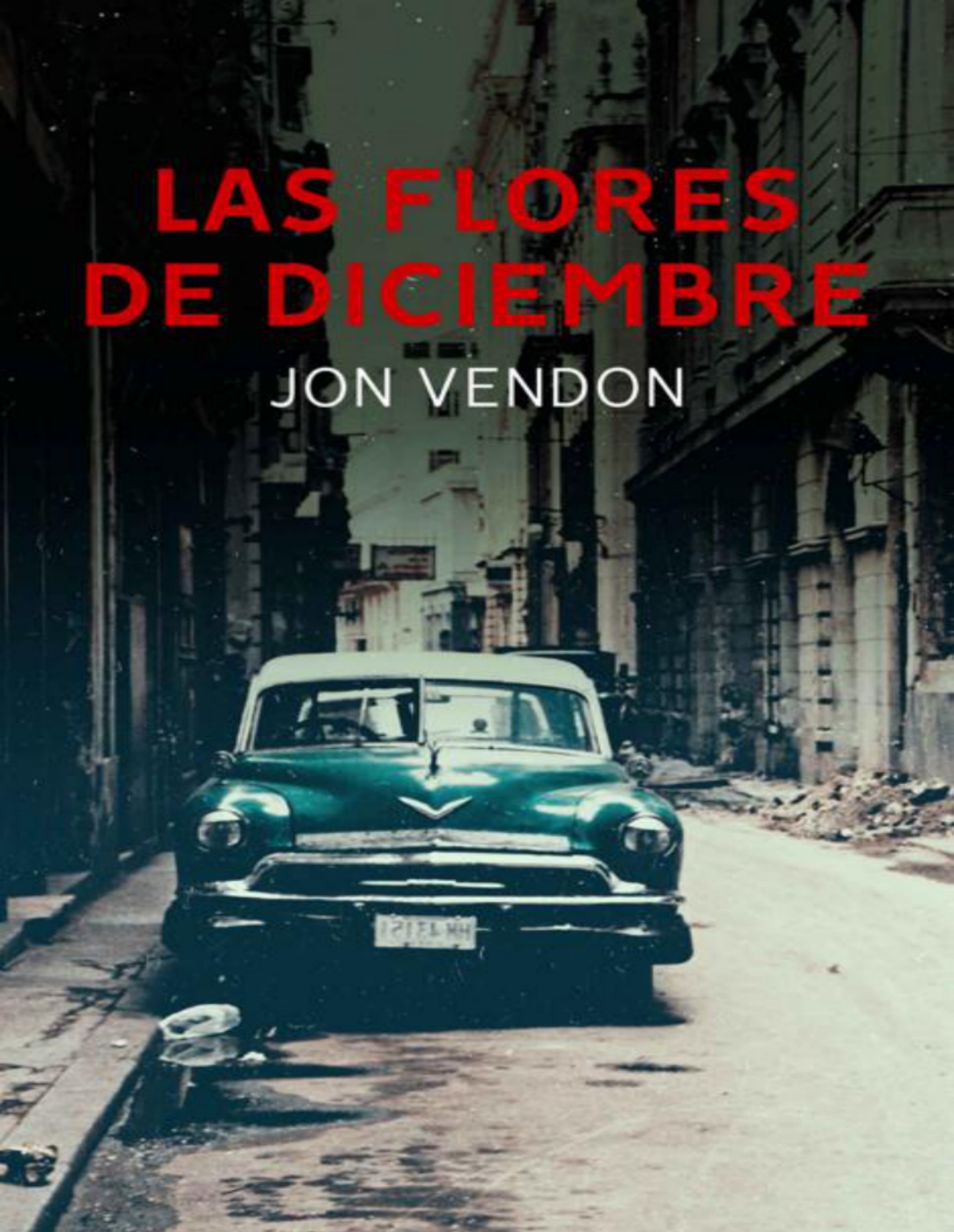

LAS FLORES
DE DICIEMBRE
JON VENDON

ÍNDICE

Tras la muerte de su abuelo Fermín, Alicia, su nieta, comienza a tener extrañas visiones.

Tanto el abuelo como la nieta son descendientes de republicanos españoles que se exiliaron a México durante la guerra civil española.

Fermín había retornado a España unos años antes, después de enviudar, por nostalgia; Alicia poco después, para realizar un postgrado universitario.

Las visiones de Alicia desaparecen cuando encuentra un misterioso baúl en casa de su abuelo. Dentro hay una carta dirigida a ella, así como unas antiguas cartas, documentos y fotografías de Fermín en su juventud, lo que llevará a Alicia a embarcarse en un viaje al pasado de su abuelo, una aventura en la que descubrirá la asombrosa vida de Fermín y un secreto oculto durante décadas.

Título original: *Las flores de diciembre*.

Portada: Alba Tur
Corrector: Luis Solís
Editor digital: Convertio

Para mi padre, por inculcarme los
valores esenciales de mi vida.
Nunca te olvidaré.

«No podemos juzgar la vida de otros, ya que cada persona conoce su propio dolor y sus propias renuncias. Una cosa es sentir que estás en el camino correcto, pero otra es pensar que el tuyo es el único camino».

Paulo Coelho

Capítulo 1

Se despertó agitada, bañada en sudor, a oscuras. No estaba sola. Sintió una presencia. Trató de aplacar su inquietud y se esforzó por respirar de forma pausada, para pasar desapercibida. El reloj electrónico de la mesita de noche marcaba las tres y treinta y cinco de la madrugada. Se armó de valor y presionó el interruptor de la pequeña lámpara de pared, junto a la cama. La bombilla estalló y, entonces, la oyó. Era la áspera voz de su abuelo paterno. Eso la tranquilizó, aunque no comprendía nada de lo que decía. Parecía hablar en otro idioma, uno que ella desconocía. Y, sin embargo, le sonó familiar, como si lo hubiese escuchado antes en algún lugar.

El despertador sonó a las seis y media de la mañana, como cada día. Alicia lo apagó de un manotazo. Aún recordaba la vívida pesadilla. Accionó el interruptor de la lámpara de pared inútilmente. La inquietud se adueñó de ella. «¿Y si no fue un sueño?», se preguntó en silencio.

La escasa luz del alba que se colaba por la ventana le permitía ver la habitación en penumbra. Cogió el teléfono móvil de la mesita de noche y lo activó. No tenía ninguna llamada perdida, tampoco mensajes. No obstante, un funesto presentimiento la asaltó.

—Abuelo —susurró.

Apremiada por el desasosiego, iba a llamar a casa de su abuelo; pero, presa del miedo a lo que escuchase al otro lado de la línea, no lo hizo. «Además, de haberle sucedido algo al *avó* Fermín, ya me habrían avisado», pensó.

En pijama, fue a la cocina y se preparó el desayuno: un café cargado, un zumo de naranja recién exprimido y dos tostadas de pan con mantequilla y mermelada de ciruela. Después, se duchó en el pequeño pero coqueto baño de su minúsculo apartamento en el barrio de Lavapiés, en Madrid, adonde se había desplazado desde su México natal dos años antes para completar los estudios de interiorismo, al tiempo que trabajaba de becaria en una empresa del sector.

Con su jefe, Fernando, había tenido una aventura. Veinte años mayor que ella, era un hombre muy atractivo. De cabello castaño y unos grandes ojos azules, había captado su atención desde el primer día de trabajo, cuando se presentó en su despacho y él, con voz cálida y una sonrisa de anuncio, se levantó de la silla y le dio dos besos en ambas mejillas en lugar de estrecharle la mano. Alicia se enamoró

como una adolescente; siempre le sucedía. Él estaba casado y lo dejó claro desde el principio de la relación. Ella se hizo ilusiones, pensaba que Fernando la quería, que cambiaría de opinión con el tiempo y que dejaría a su esposa. No ocurrió. Para él, la relación era un entretenimiento; ya lo había hecho antes con otras empleadas, tal y como le había advertido Carolina, su amiga y compañera de oficina. Carolina también había sucumbido a los encantos de Fernando.

Alicia se vistió con una camisa blanca, una chaqueta granate y un pantalón vaquero. Se calzó unos zapatos de tacón bajo que realzaban su esbelta silueta. Fue al baño y observó su imagen en el espejo. Su rostro mostraba signos de haber dormido mal: ojeras y unas pequeñas bolsas en los párpados inferiores, nada que el maquillaje no pudiera ocultar. Utilizó un secador para acabar de deshumedecer el cabello y se peinó con un cepillo que compró en una de las pocas y antiguas droguerías de barrio que resistían la imperante invasión de las impersonales tiendas franquiciadas. La larga melena rubia contrastaba con los ojos castaños y la tez morena. Era una joven atractiva y lo sabía.

Cuando se disponía a salir del apartamento para ir a la Universidad Autónoma de Madrid, recibió una llamada en su teléfono móvil. Era su padre, el único hijo de su abuelo paterno.

Descolgó.

—Hija, el abuelo Fermín ha muerto esta madrugada.

Un torbellino de emociones se apoderó de Alicia. Tras la muerte del resto de sus abuelos, el *avó* Fermín era el único nexo con el pasado familiar. Entonces, su corazón de desbocó. Después del fallecimiento de su esposa, la abuela Ana, Fermín se había trasladado desde Ciudad de México al país que lo vio nacer casi noventa años atrás, a la ciudad de donde procedía su familia paterna: Santiago de Compostela. Alicia lo había visitado varias veces. Vivía en una regia casona de piedra que había comprado en el centro de la ciudad, una casa de dos plantas y un altillo con escaso mobiliario, pero de buena calidad. Con varios siglos de antigüedad, lo que más le llamó la atención la primera vez que entró en la vivienda fue la cocina, la presidía un hogar que en otro tiempo sirvió para cocinar y atemperar los fríos y lluviosos días de invierno. También captó su interés la biblioteca del salón. Sus baldas de roble, ahora casi vacías, debieron soportar el peso de cientos de libros por la deformación que mostraban.

—Alicia, ¿sigues ahí?

—Sí, papá, aquí estoy. ¿Cómo ha muerto?

—Al parecer, de un infarto, durmiendo. Ya sabes que tenía el corazón delicado. La asistenta lo encontró esta mañana, cuando accedió a la vivienda. Primero llamó a emergencias y más tarde a mí, cuando el médico certificó su defunción.

Alicia recordó la extraña vivencia de esa noche. «¿Qué trataba de decirme el abuelo, o su espíritu? ¿Por qué a mí?». Retomó la llamada telefónica.

—Avisaré en la oficina. Iba a salir para la universidad cuando me has llamado, pero preparo una mochila con lo más básico y tomo el primer tren de alta velocidad que salga de Madrid para Santiago. Creo que hay uno a las ocho de la mañana desde la estación de Chamartín. Si me apuro, podré tomar ese tren. ¿Cuándo vendréis?

—Sólo iremos tu madre y yo. Pedro no puede venir por asuntos de trabajo.

«Más bien no quiere», pensó ella. Desde que su hermano Pedro conoció a Valeria, su novia, y se fue a vivir con ella, poco a poco había ido distanciándose de la familia, hasta que su presencia se limitó a los aniversarios y algunas festividades. Sus padres culpabilizaban a Valeria, pero ella no. Valeria era una joven egocéntrica, procedente de una familia adinerada, consideraba que el mundo debía girar a su alrededor. Sin embargo, era Pedro quien debía haber pensado en su propia familia. No, no lo podía exculpar. Esperaba que en algún momento recobrara la sensatez, aunque cada vez albergaba menos esperanzas.

—Papá, tengo que colgar o perderé el tren. Confírmame cuándo aterrizará vuestro vuelo.

—He reservado dos asientos en un vuelo que llega a Madrid mañana a las seis de la mañana. Después, tomaremos otro para Santiago de Compostela. Si todo va bien, a las ocho estaremos allí. La asistenta me ha informado que el entierro será mañana a las doce del mediodía en el cementerio de Boisaca. Ahí estaremos.

—Pues hasta mañana. Dale un beso a mamá de mi parte.

Alicia colgó y llamó a la oficina al tiempo que salía del apartamento y accedía a la calle de la Fe.

—Buenos días. In Design. ¿En qué puedo ayudarle? —contestó Fernando, que aún le despertaba sentimientos encontrados.

—Buenos días. Soy Alicia. No iré a la oficina hasta el jueves. —Era martes y el funeral se celebraría con toda probabilidad el día siguiente — Mi abuelo ha muerto y parto para Santiago de Compostela esta mañana.

—Lo siento mucho. Te acompaño en el sentimiento. Si necesitas tomarte unos días libres, hazlo —dijo con su habitual tono de voz varonil, el que a Alicia le provocaba un escalofrío cada vez que lo escuchaba.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Me irá bien retomar mi vida lo antes posible.

—Estabas muy unida a él, ¿verdad?

—Sí, al fin y al cabo, era el único abuelo que me quedaba —mintió,

porque, si bien era cierto que el resto de sus abuelos había fallecido, siempre había sentido predilección por el abuelo Fermín. No sabía muy bien por qué, pero el *avó*, a pesar de su perenne seriedad, le hacía sentirse en paz siempre que lo veía. Tal vez era por la forma reflexiva en la que hablaba, o puede que porque siempre la escuchaba sin interrumpirla.

—¿Cómo piensas ir a Santiago? —quiso saber Fernando.

—Ahora voy a la estación de Chamartín. Tomaré el primer tren que salga con parada allí.

—Cuídate, Alicia. Y ya sabes, si necesitas hablar, aquí me tienes.

—Lo sé. Gracias, Fernando.

Alicia colgó. Iba a caminar hasta la cercana plaza de Lavapiés para buscar un taxi cuando vio acercarse uno con la señal luminosa verde de no ocupado. Lo detuvo, subió a la parte trasera del vehículo con su mochila y cerró la puerta.

—¿A dónde la llevo? —preguntó el taxista, un hombre con el pelo cano, de unos sesenta años y con un marcado acento madrileño.

—A la estación de Chamartín.

Alicia llegó a la estación a las nueve y media, pagó al taxista, salió del automóvil y, ya dentro del amplio vestíbulo, se dirigió a una de las ventanillas de venta de billetes. Compró un pasaje de ida. Su tren salía a las diez y la hora prevista de llegada a Santiago era la una y tres minutos de la tarde. Nada más pasar el control de seguridad, se encaminó hacia el andén, se sentó en uno de los bancos y aprovechó para llamar a Carolina, quien, al igual que Fernando, le dio el pésame y se ofreció para hacerle más llevadero el duelo a su vuelta.

Alicia aún estaba en la fase de negación cuando el ferrocarril, procedente de La Coruña, se detuvo en la vía. Tuvo que esperar a que se apeasen los pasajeros para subir a su coche. Localizó su asiento, se sentó y colocó la mochila entre los pies; sacó de esta el iPhone y un libro, se colocó los auriculares inalámbricos y seleccionó una lista musical para escucharla, al tiempo que abría la novela por la página en que se había quedado días atrás.

La mala noche pasada no tardó en cobrarse su tributo y se durmió. Cuando despertó, ya estaba en Galicia, a quince minutos de su destino. No dejaba de sorprenderle la velocidad de los ferrocarriles españoles en comparación con los de su México natal. Guardó el teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón y el libro en la mochila. Decidió tomar un tentempié en el coche restaurante. Una vez ahí, se dirigió a la máquina expendedora de comidas y bebidas. Seleccionó un sándwich de cangrejo y un zumo envasado de naranja. Comió con avidez y volvió a su asiento, justo cuando por megafonía una voz grabada de mujer anunciaba que el tren iba a hacer su entrada en la estación de Santiago de Compostela. Una vez que el convoy se detuvo,

cogió la mochila y se bajó, accediendo al andén de la vetusta pero reformada estación. Caminó hasta la salida y esperó su turno para tomar un taxi.

—*Bo día* —saludó el taxista en gallego, un hombre rubicundo de pequeña estatura y algo orondo, que salió del automóvil con la intención de depositar el equipaje en el maletero del coche.

—Buenos días —correspondió Alicia—. No es necesario. —Se volteó para dejar a la vista la mochila que llevaba colgada en la espalda—. La llevaré conmigo en el asiento.

El taxista masculló algo ininteligible y volvió a sentarse en el asiento del conductor; Alicia lo hizo en uno de los asientos traseros.

—¿A dónde la llevo?

—Al número dieciséis de la rúa Nova.

Optó por ir a la casa de su abuelo antes de acudir al tanatorio. Sentía la necesidad de volver a la que había sido la última morada del *avó*, como un ritual, para comprobar que realmente no seguía ahí, sentado en el sillón orejero de piel de segunda mano, desgastado por décadas de uso, delante de la chimenea que presidía el salón.

Una pertinaz lluvia repiqueteaba contra la carrocería y las ventanillas del taxi. Las calles ofrecían el aspecto húmedo propio del clima atlántico, tan diferente al de Madrid y Ciudad de México. El musgo y los líquenes que crecían en muchas fachadas de edificios centenarios convertían las paredes y los muros en paletas cromáticas.

Se despidió del taxista y se plantó delante de la puerta, observando la madera barnizada y el timbre anexo que, por primera vez, no iba a usar. Sacó del bolso una copia de las llaves que su abuelo había tenido a bien entregarle en su primera visita. Abrió la puerta y encendió la luz. Nada más cruzar el umbral sintió un escalofrío. La temperatura de la estancia era muy baja, de lo que daba constancia el vaho de su respiración. Una extraña sensación la embargó. Olió el aroma a la crema de afeitar de su abuelo y lo buscó con la mirada inútilmente. Los leños del hogar, aunque humeantes, estaban apagados. El sofá donde solía sentarse su abuelo, vacío. Las lágrimas, que se habían resistido a salir, emergieron de los ojos acompañadas de un gemido ahogado que dio paso a un llanto desconsolado. Se enjugó las lágrimas con la manga de su chaqueta. Fue hasta la cocina y después al dormitorio, en la primera planta, donde la temperatura era más elevada. Bajó las escaleras y llegó al salón. Salió de la casa y cerró la puerta con llave. Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y llamó a la compañía de taxis que solía usar en sus desplazamientos a Santiago; acto seguido, a su padre.

—Hola, papá. ¿Dónde está el cuerpo del *avó* Fermín?

—¿Ya estás en Santiago? ¿Cómo ha ido el viaje en tren?

—Tranquilo, la mayor parte del trayecto lo he hecho durmiendo.

Acabo de llegar y he pasado primero por su casa.

—Tu abuelo está en el tanatorio del cementerio de Boisaca, en la sala número tres. No te costará encontrarla. Me ha dicho la asistenta…

—María. La asistenta se llama María —lo interrumpió Alicia.

—Vale, pues María me ha dicho que en la entrada del tanatorio encontrarás un plano del edificio y, también, que está a más de una hora caminando desde el centro de la ciudad. Deberías usar algún medio de transporte. Seguro que hay un autobús que llega hasta allí.

—Acabo de pedir un taxi y ya lo veo llegar.

—Hija, lamento que tengas que pasar por esto sola.

—Ya, bueno. Ahora tengo que colgar; me espera el taxi. Nos vemos mañana.

Colgó.

A pesar de haber pasado casi toda su vida en México, la asistencia al velatorio del abuelo era considerable. Alicia sólo reconoció a un par de vecinos del *avó*. Dedujo que las personas que en ese momento le daban el pésame debían haber sido avisadas de su parentesco, puesto que ella no las conocía. La mayoría eran ancianos que pronto ocuparían el lugar de su abuelo. Ella correspondía a las muestras de condolencia, en apariencia sinceras. Se preguntó si alguno ya conocía al *avó* antes de que este emigrase a México, cuando tenía siete años.

—¡Alicia! —escuchó al fondo. Era María, la asistenta municipal.

Se acercó hasta ella y, al pasar delante del expositor protegido por un cristal, se detuvo para contemplar a su abuelo. El trabajo de maquillaje era admirable. De no hallarse donde se encontraba, cualquiera pensaría que estaba dormido.

—¿Cómo estás? —le preguntó María.

—Cansada y…

Las dos mujeres se abrazaron y Alicia no pudo reprimir el llanto. Un sonido ahogado, casi inaudible, le brotó de la garganta. María la abrazó con más fuerza. Las dos permanecieron así más de un minuto, hasta que Alicia se separó y, cabizbaja, se sentó en un sofá.

—¿Quieres un café, agua…? —se ofreció María.

—Un café, gracias —contestó enjugándose las lágrimas con la manga de la chaqueta.

María regresó con dos vasos de plástico humeantes y se sentó a su lado.

—A todos nos llega la hora. Fermín era muy mayor. Llamé a tu padre para informarle del deceso porque no sabía cómo reaccionarías. ¿Y tu familia?, ¿vendrán todos para el entierro?

—Mis padres sí; mi hermano… Bueno, es complicado.

—Es comprensible. Está en México y todo ha sido tan precipitado —lo disculpó María.

Alicia frunció el ceño. Iba a contestarle que su hermano siempre se

había desentendido de la familia, pero no dijo nada y tomó un sorbo de café.

—Esta noche dormiré en casa del abuelo.

—¿Estás segura? —quiso saber María—. En mi casa tenemos una habitación de invitados y nos gustaría que nos acompañases. Además, no creo que sea lo más adecuado que duermas allí, sola y con el recuerdo de Fermín.

—Te lo agradezco —respondió Alicia fijando la mirada en la de María—, pero es lo que deseo, pasar unas horas, quizás las últimas, en esa casona que tan buenos recuerdos me despierta.

—Como quieras, pero si cambias de opinión, me avisas y preparo la habitación.

—Parece mentira —afirmó Alicia mirando el cuerpo inerte—. Hoy estás vivo y mañana…

Lloró de nuevo.

—Ya tenía noventa años —apuntó la asistenta encogiéndose de hombros.

—Tienes razón, María, pero es que parecía tan lleno de vida, tan… —Alicia negó con la cabeza—. Es como si volver a esta casa, a esta ciudad, después de la muerte de la abuela Ana, lo hubiese rejuvenecido. ¿Sabes que recordaba los nombres de todos sus amigos, de los vecinos? Y eso que vivía en Madrid. Es sorprendente que, tras más de ochenta años, la memoria parezca empeñarse en no olvidar tus primeros años de vida, como si fuesen muy importantes.

—Y lo son, Alicia. Yo me acuerdo de cuando tenía esa edad más que de lo que sucedió hace unos días. Supongo que la infancia es una etapa de aprendizaje y eso hace que los años corran más despacio.

Una anciana vestida de luto y con el pelo cano recogido en un moño alto se acercó, se inclinó y las besó en las mejillas.

—Te acompaño en el sentimiento. —Fijó la mirada en los ojos de Alicia, que perfiló una sonrisa antes de contestar.

—Gracias por venir.

—No hay de qué. Qué menos podía hacer, qué menos… Tu abuelo era un buen hombre… El terruño, la morriña… que tiran mucho.

La mujer se alejó.

—¿Quién es? —preguntó Alicia.

—Me suena su cara, pero ahora mismo no sabría decirte. Igual conoció a tu abuelo en el centro donde se reúnen los ancianos.

—¿Acudía mi abuelo a ese sitio? No me había dicho nada al respecto.

María se volvió a encoger de hombros.

—Pues claro que iba, cada día, a relacionarse, a charlar, a los bailes de los domingos. ¿No te lo contó?

—No —respondió Alicia con gesto serio.

—Se le olvidaría mencionarlo. Como cuando venías a visitarlo se desvivía por ti y no acudía al centro de ancianos… —intentó justificarlo María, que se había percatado del gesto contrariado de la nieta.

—¿También asistías tú a esas reuniones? —quiso saber Alicia.

—No, yo todavía no estoy jubilada y tengo que trabajar, pero tampoco era necesario. Aunque Santiago sea grande, esas cosas se saben.

—Lo extraño es que me haya reconocido como una familiar.

—No tanto si te ha visto en alguna de las ocasiones en que visitaste a tu abuelo.

—Sí, claro. Debe ser eso. Siempre se descubre algo nuevo de una persona, incluso cuando está muerta.

—Fermín salía mucho, no solo al centro de día para ancianos, también acudía a menudo a la biblioteca municipal y, por supuesto, al bar de Antolín, en donde cada día, después de la siesta, echaba unas partidas de cartas.

—Eso sí me lo había contado —apuntó Alicia.

—Bueno, yo tengo que seguir trabajando. —María le dio un par de besos antes de levantarse del sofá—. Mañana acudiré al entierro.

—Gracias por todo lo que has hecho por mi abuelo.

—Ha sido un placer atender a Fermín.

María caminó entre los asistentes hasta que la perdió de vista.

A Alicia no le gustaban los velatorios; a los pocos a los que había acudido a sus veintidós años, lo había hecho por deferencia hacia la familia del difunto, pero no solía quedarse más que unos minutos, lo imprescindible. Ahora, como único familiar presente, se sentía obligada a permanecer ahí. Sabía que debía tener más parientes en España, pero siempre que sacaba el tema su abuelo torcía el gesto. Sus padres tampoco hablaban de ello, parecía un tabú. A menudo pensaba qué podía haber sucedido. Si había tenido tíos o primos, su abuelo nunca se lo dijo. «¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¿Tendría algo que ver con la guerra de la que había huido con sus bisabuelos siendo un niño?». Pronto salió de dudas.

Una mujer de unos sesenta años, baja, morena y de riguroso luto se acercó, la miró de arriba abajo y suspiró.

—Eres la nieta de Fermín, ¿verdad?

—Sí. ¿De qué lo conocía? —preguntó Alicia a la desconocida.

—Mi nombre es Rosa. Soy prima hermana de tu abuelo, hija de Herminio, un hermano de tu bisabuelo. ¿Puedo? —preguntó señalando el sofá.

—Sí, por favor. Hace mucho que esperaba este momento. ¿Qué sucedió para que no supiese nada de mis familiares en España hasta ahora? —quiso saber Alicia.

—Tu *avó* no te lo contó, ¿verdad? Perdón, me refiero a tu abuelo Fermín. Es la costumbre de hablar en gallego.

—No tiene importancia, Rosa; de hecho, yo también lo llamaba *avó*. Y no, nunca me contó nada. Por cierto, me llamo Alicia.

La mujer colocó su mano sobre la de Alicia, apoyada en el muslo de esta.

—La guerra, *filla*… la guerra, que separó familias. Mi padre tampoco hablaba mucho de ello. Era militar, un capitán de la Marina en mil novecientos treinta y seis, cuando el Alzamiento.

—¿El Alzamiento? —preguntó confundida Alicia.

—El golpe militar contra la República que desembocó en la Guerra Civil —aclaró la anciana—. Mi padre estaba en el bando nacional cuando estalló la guerra, pero la verdad es que profesaba auténtica devoción por el fascismo. En aquella época, tu bisabuelo, Anselmo, mi tío, ejercía la medicina en Madrid, a donde se había trasladado unos años antes. Allí conoció a tu bisabuela y se casó. Pero esto ya lo debes saber.

—La verdad es que no llegué a conocer a mis bisabuelos y el *avó* rehuía hablar de esa época.

Rosa suspiró antes de continuar.

—Tu bisabuelo, como médico, atendió a los republicanos heridos durante la guerra. Por eso huyó a México con su mujer, Paloma. Eso es lo que se comentaba en la familia, que se marchó cuando los nacionales estaban a punto de tomar Madrid. Por cierto, imagino que mi tío tuvo más hijos, ¿verdad?

—No. Después de nacer mi abuelo mi bisabuela tuvo varios abortos. Estuvo a punto de morir y le tuvieron que extirpar el útero. Supongo que tengo más familia española por parte de mi bisabuelo, porque, por lo poco que contó mi abuelo, sé que mi bisabuela paterna perdió a sus padres y a una hermana en un bombardeo aéreo, y sus otros dos hermanos murieron en el frente. Eso al menos es lo que me dijo.

—Sí y no —contestó Rosa.

Ante la ambigua respuesta, Alicia pensó en el dicho sobre los gallegos: «Nunca sabes si van o vuelven».

—¿Qué quieres decir? —preguntó abandonando el formalismo para tutear a la anciana.

—Mira, Alicia, sobre lo que ocurrió durante la guerra con tu familia madrileña no puedo desmentir lo que me acabas de contar porque no sé nada, pero tu bisabuelo tuvo más hermanos aparte de mi padre, una hembra y dos varones. Uno de ellos, creo que se llamaba Agustín, fue fusilado por los republicanos. Eugenia, la única mujer, murió de unas fiebres poco después de acabar la guerra. Su marido emigró con sus tres hijos a Argentina y se desentendió de la familia española; supongo que se volvió a casar y rehízo su vida. Y del otro hermano, cuyo

nombre nunca pronunció mi padre, no sabemos casi nada. Por la abuela sé que se llamaba Herminio, puesto que se pasaba las tardes llorando su nombre y preguntándose por qué se había marchado. Era el menor de todos y creo que un republicano encubierto que se hizo a la mar en un carguero. Pero eso son recuerdos de la niña que fui. No me hagas mucho caso. Mi hermano murió de un cáncer de colon hace dos años y tuvo dos hijas más o menos de tu edad, Sofía y Magdalena.

Alicia dirigió su mirada a la gente congregada.

—No están aquí —continuó Rosa—, ni mi hermana Francisca tampoco, está ingresada con Alzheimer en una residencia. Pobrecilla. Su marido le dio mala vida.

Rosa alzó la mirada y Alicia creyó ver cómo se le humedecían los ojos.

—¿Quieres decir que la maltrataba?

—Sí, *filla*. Gerardo la culpaba de no darle hijos varones y siempre estaba borracho. Ahora que ese desgraciado está muerto y podría vivir en paz… La vida es a veces tan injusta… Yo enviudé hace cinco años. A Mateo, mi difunto marido, le habría gustado conocerte. Uno de mis hijos sí que ha venido, se llama Manuel. Su hermana, Ester, se casó y vive en Barcelona; ya mismo me da un nieto. Ahí está Manuel.

Un hombre de unos treinta años se aproximó. Vestía un traje negro a juego con la camisa y la corbata de color burdeos. Rubio, de mediana estatura y fuerte complexión, miró a Rosa y esta asintió.

Alicia se puso en pie. Dudó entre estrecharle la mano o darle dos besos, pero él se anticipó y la besó en ambas mejillas.

—Lamento tu pérdida y que nos hayamos conocido en estas circunstancias —dijo con gesto sobrio—. Me llamo Manuel.

—Yo, Alicia.

—Tus padres…

—Asistirán al funeral —lo interrumpió ella—. Viven en México, como yo hasta hace menos de dos años. Ahora resido en Madrid, por lo que aprovechaba para visitar al *avó* con cierta frecuencia, hasta… —Alicia miró el cuerpo inerte de su abuelo—. ¿Lo llegaste a conocer?

—No, aunque mi madre ya me había contado que vivía en Santiago —dijo mirando a Rosa.

—Y sabiéndolo, no… —Alicia, dubitativa, pensó en las palabras que debía usar para no herir los sentimientos de Manuel y de Rosa—. ¿No se te…? ¿No se os pasó por la cabeza hacerle una visita? —preguntó mirando primero al hijo y después a la madre, aún sentada.

—La verdad es que sí, varias veces, pero es que él… —contestó Manuel mientras se giraba hacia el féretro— tampoco hizo nada para conocernos y lo fui dejando. Creía y creo que no quería remover el pasado. Mi madre me contó lo de la guerra. Supongo que tu padre o tu abuelo también te lo dijo.

Alicia, que se había sentado, se removió inquieta en el sofá. No entendía por qué todos parecían conocer el turbulento pasado de su abuelo y su bisabuelo, todos menos ella. Porque estaba convencida de que su padre también era conocedor de esos acontecimientos. Por un instante vio a su abuelo de otra manera. «¿Por qué? ¿Tan rencoroso era? ¿O quizás tenía motivos para ocultarme lo que desconozco?», se preguntó.

—Bueno, eso ya no importa. —Alicia intentaba destensar la conversación—. Creo que ya es el momento de olvidar viejas rencillas; al fin y al cabo, con la muerte de mi abuelo también han expirado.

En ese momento, los tres miraron el cuerpo de Fermín: madre e hijo con gesto circunspecto, arrepentidos por no haber dado un paso adelante para presentarse ante él en vida; Alicia, confundida.

—Me tengo que ir —intervino Manuel—. ¿Vas a quedarte unos días o marchas para Madrid después del entierro?

—Me quedaré hasta el funeral. Tengo que retomar los estudios y el trabajo.

—Pues nos vemos mañana. —Manuel le entregó una tarjeta de visita y se despidió de las dos mujeres. Alicia se quedó mirando cómo caminaba hacia la salida de la sala.

Una pareja de ancianos se acercó, saludaron a Rosa en gallego y la mujer miró a Alicia.

—Es la nieta de Fermín —dijo Rosa.

—Lo sentimos mucho —tomó la palabra el hombre—. Conocíamos a Fermín del centro para la tercera edad.

—Un buen hombre y un gran bailarín —añadió la mujer.

Alicia nunca había visto bailar a su abuelo, quien, por momentos, le parecía un desconocido. «¿Cuántos más secretos escondía el *avó*?», se preguntó.

—Te acompañamos en el sentimiento. Yo soy Marcial y ella es mi mujer, Elvira.

De nuevo, más besos. Poco después se fueron, con paso firme pese a su edad.

—¿Quieres otro café, zumo, agua…? —preguntó Rosa.

—Sí, por favor. Un café me sentará bien.

Alicia aprovechó la momentánea ausencia de Rosa para estirar las piernas. Se levantó del sofá y recorrió toda la estancia, escrutando los rostros de las personas con las que se cruzaba, intentando en vano hallar una cara conocida. Cuando regresó al sofá, este ya estaba ocupado por tres ancianas que hablaban en voz baja.

—¡Alicia! —escuchó, y dirigió su mirada hacia el origen de la voz.

Rosa se encontraba en la puerta de entrada, con un vaso de plástico en cada mano. Alicia se encaminó hacia ella.

—Lo siento —se disculpó Alicia—. He aprovechado para dar una

vuelta y estirar las piernas. Llevo demasiado tiempo sentada.

—No es necesario que te disculpes, *filla*. Cuando yo tenía tu edad no estaba quieta más de un minuto. —Rosa esbozó su primera sonrisa en una mañana que ya daba paso al mediodía—. ¿Te apetece comer algo? Estás muy delgada.

Alicia se tomó esas palabras como un halago. Era lo que solían decir las personas de la generación de Rosa a las jóvenes que no mostraban un ligero sobrepeso. Aunque en los últimos meses había perdido unos kilos y quizás la anciana tenía algo de razón.

—Por qué no —respondió.

—El tanatorio dispone de un restaurante. No es barato, pero la comida es bastante aceptable. Lo que desconozco es si a estas horas servirán algo más que bocadillos o tapas —apuntó mirando su reloj de pulsera.

Las dos mujeres se encaminaron hacia el fondo del vasto vestíbulo y llegaron al restaurante. El establecimiento era moderno y espacioso, con dos de las paredes acristaladas, lo que permitía ver unos jardines y parte del estacionamiento.

Ya en la barra, se acercó una camarera. Era joven, bajita y morena, con unos grandes ojos negros y el cabello recogido con una goma para el pelo.

—Buenos días. ¿Desean tomar algo?

—Buenos días —devolvió el saludo Rosa—. ¿Ya se puede pedir el menú?

—Aún no —respondió la camarera señalando con la mirada el reloj digital que pendía de una de las paredes y que hacía también las veces de termómetro e higrómetro—. Hasta la una no está abierta la cocina. Sólo puedo ofrecerles bocadillos fríos, empanada, pulpo *a feira* y lacón.

El hecho de que no estuviese abierta la cocina dejaba a las claras que la comida era del día anterior, algo que no amedrentó a Alicia, hambrienta.

—Yo tomaré lacón y una cerveza —dijo la anciana.

—Yo, el pulpo y otra cerveza —añadió la joven.

—Ahora se lo llevo a la mesa —se ofreció la empleada.

Se sentaron a una mesa de cristal con sillas de diseño, una frente a la otra. Alicia, con la vista perdida en algún punto indefinido por encima de Rosa, que la observaba hasta que esta rompió el silencio.

—He visto que mi primo, a pesar del maquillaje, tiene una marca en la cara —mintió, porque ya había observado esa pigmentación cutánea en la cara de Fermín un día que se cruzó con él en el mercado municipal.

—Es una pequeña marca de nacimiento que también heredó mi padre en el mismo lugar, junto a la oreja izquierda y algo menor —

concretó Alicia, aún abstraída—. Supongo que por eso se dejó el pelo largo en los años setenta del siglo pasado.

—No, *filla*. Era la moda, como las patillas largas y el bigote. Tu abuelo sólo seguía las costumbres, como mi Mateo, que en paz descanse.

La camarera interrumpió la conversación cuando apareció con una bandeja y dejó la comida y la bebida sobre la mesa.

—*Bo proveito*. Buen provecho —repitió en castellano.

—*Grazas* —agradeció Rosa.

—Gracias —se sumó Alicia.

Tras dar buena cuenta de las viandas, Alicia sugirió salir del tanatorio.

Fuera, aunque no hacía frío, la humedad reinante producía esa sensación. La llovizna se acumulaba en los vehículos del estacionamiento en forma de gotas que resbalaban por la carrocería y los cristales. Alicia sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Te molesta que fume?

—No, estoy acostumbrada. Mi marido también tenía ese hábito.

—Yo prefiero estar de pie. Entre el tren y ahora llevo muchas horas sentada, pero no sé si tú…

—No, no. Me parece bien —la cortó Rosa—. Tampoco me conviene estar mucho tiempo sentada. El médico me ha recomendado que camine, por la tensión arterial y el colesterol.

—Una cosa es estar de pie y otra caminar —repuso Alicia sonriendo.

—Si ya camino. Todos los días, de lunes a viernes, me reúno por la mañana con un grupo de jubilados en el centro de salud y salimos a pasear por el campo, unos cinco kilómetros, cada uno a su ritmo.

El tiempo transcurrió más deprisa de lo que Alicia había supuesto. Después de cenar en el restaurante del tanatorio, esta vez sí, un sabroso menú, se despidió de Rosa.

—Me marcho. Son las ocho y media y estoy cansada.

—Yo también me voy —dijo la anciana—. ¿Quieres que te acompañe? Desde el cementerio parte un autobús que te dejará cerca de la casa de Fermín.

—Te lo agradezco, pero tomaré un taxi.

—En cualquier caso, si necesitas compañía, llámame y hablamos. Mi hijo estará en casa, o eso espero.

Rosa le dictó su número telefónico a Alicia, que lo introdujo en la agenda de contactos de su iPhone. Ella pensó que la soledad a la que aludía Rosa era más propia que ajena.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—En cualquier caso, nos vemos mañana en el entierro.

Alicia asintió y llamó a la compañía de taxis mientras observaba

cómo Rosa se alejaba resguardándose de la lluvia con un gran paraguas negro, hasta que la perdió de vista entre unos arbustos.

Media hora más tarde, el taxi se detuvo frente a la puerta de la casa de su abuelo. Pagó la carrera, se despidió del taxista y salió del vehículo bajo la pertinaz llovizna. Sacó las llaves del bolso, abrió la sobria puerta y entró. Encendió la luz del salón y se recostó en el ajado sofá. Algo en su ángulo de visión captó de inmediato su atención: junto a una de las paredes había un antiguo baúl de grandes dimensiones. No recordaba haberlo visto antes. «Eso no estaba aquí en mis anteriores visitas», se dijo.

Se levantó como impulsada por un resorte y recorrió los escasos metros que la separaban del arcón. La tenue luz de la estancia impedía ver con nitidez los detalles, aunque la carcoma de la madera dejaba a las claras la antigüedad del mueble. Era de madera oscura y parecía haber sido recientemente restaurado, incluso olía a barniz.

Súbitamente, la temperatura descendió varios grados, como por la mañana. Volvió a oler la fragancia de la crema de afeitar de su abuelo y se sobresaltó, pero continuó con la inspección ocular del baúl. Tenía remaches de hierro forjado en las juntas y una cerradura para una llave grande y clásica, de las de forma cilíndrica y que finalizaba, por un lado, en una punta mellada rectangular y, por el otro, en una cabeza tipo aldaba para colgarlas de algún gancho.

Estaba tan aterida de frío que decidió ducharse para entrar en calor. Fue hasta el baño, abrió el grifo del agua caliente de la bañera y se desnudó. Entró, cerró la mampara y dejó correr los chorros de agua por todo el cuerpo. Empezó a sentir que la piel se resentía por el calor y abrió el grifo del agua fría, lo suficiente como para seguir notando el calor del agua. Así estuvo unos minutos más. Se secó con una toalla y utilizó otra más pequeña para enrollarla en su cabello. Se vistió y se dirigió a la cocina, donde las brasas del hogar ya se habían apagado. De uno de los armarios sacó un bote de cacao soluble, se sirvió dos cucharadas en una taza de cerámica y la acabó de rellenar con leche. Removió el contenido y lo vertió en un cazo de aluminio, lo colocó sobre uno de los quemadores de gas de la cocina que, previamente, había encendido con una cerilla, hasta que comenzó a hervir, momento que aprovechó para verter el chocolate líquido en la taza. La sostuvo entre las manos pensando en el baúl. Tras tomarse el chocolate y guiada por un impulso impetuoso, revisó los cajones donde pudiera encontrarse la llave del arcón: en la cocina, en todos los cuartos, incluso en la buhardilla. Encontró varias, antiguas, pero ninguna abrió la cerradura.

Agotada, decidió acostarse en la habitación que solía usar cuando se quedaba en Santiago. Cayó en la cuenta de que no había traído ningún pijama, así que optó por usar en su lugar un largo jersey de

lana azul claro. Vestida únicamente con el jersey, se recostó en la cama y se cubrió con la sábana de algodón y la manta de lana, apagó la luz de la habitación girando el antiguo interruptor cerámico situado cerca de la cama y se acurrucó. Sólo tardó unos minutos dormirse. La mala noche anterior y el ajetreo del día habían hecho mella en su cuerpo y su cabeza.

Pero se volvió a despertar sobresaltada.

Capítulo 2

Alicia creyó que el motivo de su desvelo había sido una llamada, pero no. El iPhone que había dejado sobre la mesita de noche no mostraba ninguna llamada perdida, aunque sí la hora: las dos y treinta y cinco de la madrugada. Había soñado con un edificio colonial. Tenía un campanario, pero no era una iglesia ni una ermita. Era grande, opulento, de dos plantas y una torre. Todas las ventanas tenían en la parte superior una vidriera de colores con forma de abanico y contraventanas azul marino. La fachada estaba encalada en un blanco que reflejaba la intensa luz solar. El tejado, a dos aguas, acababa en una cornisa de madera ricamente elaborada.

Junto a la casa había una construcción de la misma época, un edificio con apariencia de almacén. Las palmeras rodeaban las dos construcciones y, más lejos, lo que parecía un cultivo de caña de azúcar se extendía hasta donde su vista lograba alcanzar. También le resultaba familiar. «¿He visto esa plantación antes? No que yo recuerde».

Y de nuevo el frío. Creyó que se había dejado la ventana abierta; sin embargo, estaba cerrada, como la puerta de la habitación, e iluminada por la tenue luz de las farolas de la calle.

—Ya pensaré en esto mañana —se dijo en voz baja. Se cubrió hasta la cabeza con la manta y se durmió pasado un rato.

No escuchó el despertador del teléfono móvil; su agotado cerebro lo ignoró. La luz matinal que se colaba por la ventana la desperezó. El reloj del iPhone marcaba las diez y cincuenta y nueve de la mañana y tenía dos llamadas perdidas, las dos de su padre. Descolgó y devolvió la llamada.

—Papá, lo siento. Me he dormido y no he escuchado tus llamadas. ¿Dónde estáis?

—En la puerta. He llamado al timbre varias veces, pero no nos has abierto —respondió él.

—Dame un segundo para que me vista. Ahora mismo bajo y os abro.

Sin tiempo para ducharse, Alicia se cambió de ropa interior, se vistió con la ropa del día anterior, se calzó las deportivas, bajó las escaleras y abrió la puerta. El sol, tan escaso en Santiago, la cegó unos segundos. Delante de ella, con dos maletas de cabina y otras dos más grandes, sus padres la miraron un momento antes de abrazarla.

—Pasad y disculpad por la espera. ¿Habéis desayunado?

—Sí, en el aeropuerto de Madrid, antes de tomar el vuelo para Santiago de Compostela —contestó el padre.

—Mejor, porque tenemos el tiempo justo para acudir al cementerio. Entrad y dejad las maletas en cualquier sitio —sugirió Alicia.

Sus padres hicieron lo que les pidió: entraron y dejaron el equipaje cerca del sofá. Por fortuna o por previsión, vestían ropa acorde con la situación, porque el tiempo apremiaba; su madre de negro, camisa de seda y una chaqueta de lana, igual que la falda, ligeramente por debajo de las rodillas, con medias y calzado del mismo color; su padre, camisa gris oscura de algodón con una corbata negra y una chaqueta de cachemira de color gris marengo abotonada, con el pantalón y el calzado a juego: unos relucientes zapatos Oxford.

Los progenitores, Rodrigo y Clara, eran de mentalidad abierta, al menos para los cánones de su edad, sesenta y tres años él, sesenta y dos ella. Alicia vino al mundo como un regalo caído del cielo para los Vázquez, cuando ya nadie lo esperaba, como suele pasar, cuando sus padres se habían resignado a tener únicamente un descendiente, y con su madre premenopáusica a los cuarenta años. Los dos procedían de familias acomodadas, ambos de ascendencia española; Rodrigo, gallega y castellana; Clara, canaria, aunque sus padres hubieran perdido todo contacto con sus antepasados españoles por haber emigrado sus ancestros en el siglo XVIII.

Era habitual, en los tiempos que les tocó vivir, que los mexicanos descendientes de españoles contrajesen matrimonio entre ellos. Paradójicamente, esta costumbre se consolidó tras la independencia de México entre los ladinos, como así se hacían llamar, y, además, los matrimonios mixtos estaban mal vistos en esa comunidad. Así, partiendo de la buena posición económica y de poder, reforzada durante siglos, copaban casi todos los puestos de decisión en el pasado y el presente de su país.

Por fortuna, los nuevos hábitos, más aperturistas, estaban rompiendo moldes trasnochados y las parejas ya no estaban tan condicionadas por el origen. No obstante, y quizás precisamente por este motivo, los padres de Alicia vieron con buenos ojos su traslado a España, pensando, tal vez, en que en la madre patria encontraría el amor de su vida, cuando lo único que había hallado era un donjuán que le había partido el corazón.

—Menos mal que nos hemos podido bañar en la sala VIP del aeropuerto de Madrid —intervino su madre. Alicia entendió que se refería a ducharse, puesto que, en México, no existe la diferencia entre darse un baño o una ducha. Sacó el iPhone y llamó a la compañía de taxis, remarcando la urgencia del caso.

Antes de diez minutos, el taxi se detuvo delante de la casa. Se

subieron y en poco más de media hora llegaron al cementerio, con el tiempo justo de asistir a la misa funeraria en la capilla del tanatorio. Nada más tomar asiento en el banco más cercano al altar, el cura comenzó la homilía, excesivamente larga para Alicia, que, por instantes, desconectaba del monólogo del párroco para volver a pensar en sus pesadillas y en lo que había descubierto de su abuelo.

Tras la misa y ya fuera del templo, llegó el momento de las condolencias. Los primeros en mostrar su pésame fueron Rosa y su hijo.

—Lamentamos mucho su pérdida —dijo Rosa.

—Os presento a Rosa, prima hermana del abuelo, y a su hijo Manuel —intervino Alicia mirando a sus padres—. Rosa, Manuel, estos son mis padres; Rodrigo y Clara.

Rosa estrechó la mano de Rodrigo y abrazó a Clara. Manuel repitió el ritual instantes después.

—Les acompaño en el sentimiento —añadió Manuel.

—Gracias —contestaron casi al unísono los padres de Alicia, que continuaron recibiendo muestras de afecto por parte de los asistentes al funeral, hasta que el féretro salió de la capilla sobre una angarilla que empujaban dos empleados de la empresa funeraria vestidos para la ocasión.

La comitiva avanzó hacia el crematorio.

El abuelo Fermín había manifestado en vida su intención de ser enterrado con su esposa Ana en el panteón familiar del Cementerio Francés de Ciudad de México. Puesto que intuyó que acabaría sus días en Galicia, optó por la incineración y que fuese su hijo quien llevase sus restos de vuelta a México.

—Os espero fuera —dijo Alicia, que no deseaba pasar por el innecesario trance de asistir a la cremación del abuelo.

Sus padres sí entraron en el crematorio, junto con Rosa, María y un reducido grupo de conocidos, o eso pensaba Alicia, porque ya no estaba segura de conocer al hombre que la había malcriado en México y con el que había conversado en las ocasiones que acudió a verlo en Santiago. Se sentó en un banco de madera, bajo la sombra de un ciprés. Sacó un paquete de cigarrillos del bolso, y cuando se disponía a encenderse uno, Manuel se adelantó con su mechero.

—¿Cómo estás? —preguntó él y se sentó a su lado.

Ella se encogió de hombros antes de hablar.

—Cansada.

—Quizás no sea el momento oportuno, pero ¿cómo te va por Madrid?

—Estudio y trabajo. He hecho algunas amistades. No me puedo quejar.

—¿Echas de menos tu país? —quiso saber Manuel, que se había

recostado en el banco sin dejar de mirarla.

—Al principio lo extrañaba mucho, ahora no tanto —apuntó Alicia, que fijó la mirada en la de él—. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Estudié criminalística y ahora trabajo en una agencia de detectives mientras me preparo las oposiciones para la Guardia Civil —comentó mientras prendía un cigarrillo que se había llevado a los labios.

—No sé si yo podría ver muertos continuamente —apuntó ella.

—No creas. No te voy a mentir, hay que estar en la escena del crimen, y aunque no haya fallecidos, siempre hay víctimas, lo que no es muy agradable, pero, como a casi todo, te acostumbras. Nuestro trabajo consiste, principalmente, en establecer el perfil del criminal, para acotar la búsqueda de los investigadores. No somos forenses, aunque colaboramos con ellos de forma estrecha. Pero puesto que no ejerzo, tampoco es que pueda hablar con mucho conocimiento sobre ello —aclaró Manuel, perfilando una sonrisa con sus carnosos labios. Alicia no había reparado hasta ese momento en lo atractivo que le resultaba Manuel.

—Ya salen. Ha ido rápido —anunció ella cuando sus padres, María, Rosa y el resto de los asistentes salieron por la puerta del crematorio.

Rosa se despidió de Alicia y se marchó en compañía de su hijo. Sus padres se sentaron junto a ella.

—Mañana nos entregan las cenizas —afirmó el padre con los ojos vidriosos.

—Yo vuelvo a Madrid hoy mismo —dijo Alicia.

—Tendrás que posponerlo —intervino su madre—. Al parecer, el notario requiere tu presencia para la lectura del testamento de tu abuelo mañana jueves a las diez de la mañana, aquí, en Santiago.

—¿Yo? —preguntó Alicia incrédula.

—Así es, hija —aseveró su padre—. Tu madre puede asistir, pero nosotros tenemos la obligación de hacerlo.

—¿Y cómo es que no me lo dijiste antes, papá? Tengo cosas que hacer.

—Lo siento, Alicia. El notario me ha llamado al celular esta mañana y, con las prisas del entierro, me olvidé de contártelo.

—¿Y Pedro?

—Tu hermano no ha sido requerido —contestó su madre con tono enojado. Aunque nunca lo reconocería, y a pesar de sus desagravios y desinterés en lo relativo a la familia, su hermano era el hijo preferido de su madre. Por el contrario, ella gozaba de ese privilegio por parte de su padre.

Alicia estaba desconcertada. Su padre, al ser hijo único, debía ser el heredero universal de los bienes del *avó*, pero ella… El único sentido que le encontraba era que su abuelo la hubiese incluido en el

testamento. «Pero ¿por qué sólo yo y no Pedro?», se preguntó.

—Está bien —aceptó resignada—. Llamaré al trabajo. No creo que tengan inconveniente en que, dadas las circunstancias, me incorpore un día más tarde. Por cierto, supongo que esta noche dormiréis conmigo en casa del abuelo, hay habitaciones de sobra.

Su padre agachó la cabeza antes de hablar.

—Hemos reservado una *suite* en el Parador de Santiago, pero si no quieres dormir sola podemos cancelar la reserva.

A Alicia no le sorprendió lo más mínimo que sus padres se alojasen en el hotel más lujoso y céntrico de Santiago, en la misma plaza de la catedral compostelana. Su estatus social se lo permitía, pero también porque no les gustaba la casona familiar, al menos es lo que dedujo de la manifiesta indiferencia a las fotografías de la casa que les había ido enviando desde que llegó a España.

—Es igual. No es necesario que paséis la noche conmigo. Creo que estaréis mejor en el hotel.

—La *suite* es para tres huéspedes. Habíamos pensado… —En ese momento, su padre miró a su madre antes de continuar—. Bueno, habíamos pensado que igual querías estar con nosotros y alejarte un poco de los dolorosos recuerdos que te pueda despertar esa casa.

«Como si dormir en otro lugar pudiera hacerme olvidar lo sucedido. Lo hacen con buena voluntad, pero me apetece dormir en la casa», decidió Alicia.

—Gracias por haber pensado en mí, pero estoy acostumbrada a dormir en la habitación que me ofreció el abuelo desde que me trasladé a España.

—Hija, piénsatelo —intervino su madre nerviosa.

—Lo haré, aunque dudo que cambie de opinión. Voy a llamar a un taxi y de camino os acerco al hotel.

—Habíamos pensado en almorzar. ¿Nos acompañas? —propuso el padre.

Ella no había desayunado y su estómago se encargaba de recordárselo, así que aceptó la invitación.

—Por supuesto. Además, hace meses que no nos vemos y apenas hemos hablado.

—Desde agosto —concretó su madre con un rictus recriminatorio.

—Sí, desde agosto —repitió su padre mientras Alicia sacaba el iPhone del bolso y solicitaba un taxi.

—¿Habéis pensado en algún lugar en especial para comer? —quiso saber ella.

—No, cualquier restaurante cercano al hotel servirá —intervino su padre—. Ya tengo ganas de cambiarme de ropa, darme un baño y ponerme cómodo.

—La verdad es que estoy igual que vosotros. Cuando visitaba al

abuelo solíamos comer en su casa. Ya sabéis lo que le gustaba cocinar. Si salíamos, lo hacíamos para pasear. Aunque un día me invitó a un restaurante cerca de la catedral, próximo a vuestro hotel. No recuerdo el nombre, pero sabría llegar caminando desde la plaza.

—Pues ahí mismo —dijo su madre—. ¿Es…?

—Sí, mamá. Es pulcro y el servicio impecable —la interrumpió Alicia. Ella, que ya se había acostumbrado a los bares de Madrid, casi había olvidado la reticencia, sobre todo de su madre, a acudir a locales de restauración donde tuviese que compartir espacio con comensales de clase baja, e incluso media.

El taxi los dejó en la Plaza del Obradoiro, frente a la entrada del Parador Nacional de Santiago de Compostela. El lujoso hotel que habían escogido sus padres conformaba uno de los cuatro lados de la plaza donde se ubicaba la fachada principal de la catedral compostelana. Inaugurado en mil cuatrocientos noventa y nueve como Hospital Real para albergar a los peregrinos, era considerado el hotel más antiguo del mundo.

Se dirigieron a la entrada del parador. El portero les abrió la puerta. Ataviado con un uniforme que incluía una chaqueta austriaca gris a juego con la levita, el pantalón y el abrigo, zapatos negros resplandecientes y un sombrero de copa igual de lustroso, los saludó mientras atravesaban el umbral, haciendo gala de unos exquisitos modales que hicieron sentirse incómoda a Alicia. Por el contrario, su madre apenas prestó atención al empleado.

—Os esperaré en el jardín interior —dijo Alicia, que conocía su existencia por su abuelo.

—Perfecto, es un lugar precioso. Lo he visto en la galería de imágenes del hotel —apuntó su padre, que, junto a su madre, se encaminó a uno de los ascensores del vestíbulo.

Alicia llegó al jardín gracias a las indicaciones de uno de los empleados del hotel. Como si se tratase de un claustro medieval, el patio ajardinado estaba rodeado de una galería porticada con arquerías que descansaban sobre columnas. Sin árboles, pero con césped y setos vegetales, era un rincón ideal para el recogimiento. Lo recorrió y decidió sentarse en uno de los bancos de madera, en la galería, justo cuando unas nubes amenazadoras comenzaban a cubrir el cielo.

Pasados unos tres cuartos de hora, sus padres, que hicieron aparición por la misma puerta por la que ella había accedido al jardín, llamaron su atención gesticulando con las manos. Sin abandonar el luto, ahora vestían de manera más informal. Su padre lucía un traje de chaqueta y pantalón negro de algodón a juego con la corbata y los zapatos, así como una camisa gris oscura, igual que el cinturón; su madre, un vestido de seda de color rojo vino, holgado y cubierto por

una chaqueta negra de encaje, además de calzar unos botines de piel, también negros.

Alicia, ataviada con sus vaqueros negros, unas zapatillas deportivas rojas y una camisa negra, como la chaqueta, se percató de que desentonaba con sus padres. Pero le daba igual.

Pasearon por el casco antiguo de la ciudad hasta que ella localizó en un callejón el restaurante al que meses atrás su abuelo la había invitado a comer. Por fuera nada parecía indicar que se tratase de un establecimiento de postín; sin embargo, un rápido vistazo a la carta, con nombres de platos inacabables y de difícil pronunciación, dejaba bien a las claras que no era un restaurante apto para cualquier bolsillo, eso y que nada más cruzar el umbral, el metre del establecimiento los recibió haciendo gala del refinamiento propio de un local de restauración con una estrella Michelin. Después, los acompañó hasta una de las mesas.

Se sentaron a la mesa, cubierta por un mantel de un blanco impoluto, como las servilletas. Estas estaban flanqueadas por la reluciente cubertería de acero inoxidable, las copas de vidrio y los platos cerámicos de caprichosas formas y con las iniciales del restaurante grabadas. Un joven camarero les sirvió una crema fría de erizo de mar en unos pequeños cuencos de porcelana. Antes de que pudiesen acabarse la deliciosa crema, el metre volvió a hacer acto de presencia.

—Aquí les dejo la carta —dijo colocando una copia delante de cada comensal—. No obstante, si lo prefieren, tenemos un menú degustación de temporada.

—Gracias, pero no —intervino el padre esbozando una sonrisa—. Ya sabemos lo abundantes que suelen ser esos menús, así que elegiremos los platos de la carta.

—Por supuesto. Como deseen —contestó el metre, que se retiró.

Únicamente había tres mesas con clientes: la suya y otras dos, ocupadas por comensales de aspecto escandinavo.

El padre miró a su hija antes de hablar.

—¿Alguna sugerencia?

—Sólo he comido aquí una vez, pero el abuelo me dijo que todo estaba muy sabroso —apuntó Alicia.

Tras revisar los platos de la carta, los tres las dejaron sobre la mesa, momento que aprovechó un camarero, siempre atento, para acercarse.

—¿Ya han decidido lo que van a tomar?

—Yo pediré, de primero, flor de calabacín y, de segundo, arroz con bogavante —indicó el padre.

—Yo, el pastel de zanahoria y merluza —añadió la madre.

—No tengo mucha hambre. Pediré el salmonete —intervino Alicia, al tiempo que su madre negaba con la cabeza.

—Gracias —dijo el camarero. Segundos después, desapareció por la puerta de la cocina.

—¿A qué ha venido eso? —le interpeló a su madre airada—. Ya he dicho que no tengo hambre.

—No he dicho nada —contestó la madre alzando los brazos en señal de rendición.

—Pero has gesticulado mostrando tu desaprobación.

—Tengamos la fiesta en paz —intervino su padre mientras colocaba la mano izquierda sobre la de su mujer y tomaba la de su hija con la derecha, por debajo de la mesa—. Creo que no es momento ni lugar para desavenencias familiares, y menos por la comida.

—A ti te da igual todo. Es que no ves la delgadez de tu hija —murmuró la madre.

—Por favor, Clara —insistió el padre cuando se aproximaba el sumiller.

—Buenas tardes. Les dejo la carta de vinos. Espero que encuentren el que desean. No obstante, si no aparece en la carta, en nuestra bodega disponemos de más caldos.

—Gracias —contestó el padre, que se ofreció para coger el pesado bloc y lo abrió buscando los vinos blancos—. ¿Qué os parece este? —Mostró la carta, primero a su esposa y después a su hija, señalando un albariño que costaba treinta euros. «El doble que en cualquier bodega», pensó Alicia.

—Me parece bien —opinó la madre—. Ya sabes que confío en tu experiencia.

—A mí me da igual. Tomad el que queráis. Yo beberé agua —añadió Alicia, todavía enfadada con su madre.

El sumiller retornó.

—¿Ya se han decidido?

—Este —dijo el padre indicando con el dedo en la carta, por temor a equivocarse en la pronunciación—, además de una botella de agua.

—Excelente elección. Marida perfectamente con los platos que van a degustar —afirmó el sumiller—. ¿Alguna marca de agua en especial?

Su madre la miró y Alicia tomó la palabra.

—¿Tienen Bezoya?

—Por supuesto. ¿Para usted sola?

—No —intervino su padre—. Traiga una botella de…

—Bezoya —lo interrumpió Alicia al percatarse de que su padre no recordaba el nombre de la marca de agua mineral.

—Entonces, agua para ustedes tres, ¿verdad? —quiso saber el empleado.

—Sí, gracias —le confirmó su padre.

El sumiller recogió la carta de vinos de la mesa y se alejó hasta desaparecer por una escalera descendente mientras parecía hablar

solo. En realidad, lo que hacía era dar instrucciones a través del minúsculo micrófono incorporado en la solapa del bolsillo de la camisa. Poco después, el joven camarero asignado a su mesa les llevó la botella de vino dentro de una cubitera metálica plateada, se la mostró a Rodrigo y procedió a descorcharla, la cubrió con un paño blanco y sirvió un poco de líquido ambarino en la copa de vino blanco del padre, quien la agitó y acercó la nariz para oler. Cató un pequeño sorbo y asintió. El empleado vertió el vino con pulso firme en las copas de Rodrigo y Clara, introdujo la botella descorchada en la cubitera y se la llevó hasta una de las paredes de piedra, para regresar sólo unos instantes más tarde con una botella de agua de vidrio de un litro, que abrió y sirvió en tres copas de agua.

Cada cierto tiempo, justo cuando alguno acababa de dar el último sorbo a la copa, el mismo camarero aparecía puntual para servir más vino o agua, lo que fuese menester.

Tras dar buena cuenta de los platos principales, el atento empleado les entregó la carta de postres, una para cada uno.

Alicia y sus padres cerraron las cartas y el camarero se acercó.

—¿Ya han decidido qué postre desean?

—Sí —dijo su padre—. Tarta de Santiago.

—Yo, la *panna cotta* —añadió la madre.

—Y yo, el postre de frutos rojos —finalizó Alicia.

—Gracias —dijo el empleado, que recogió las cartas y se encaminó a la cocina.

—Todo excelente, de momento, ¿verdad, querida? —quiso saber el padre.

—Exquisito —remarcó su esposa—. Y el servicio, magnífico. Tu abuelo tenía razón, Alicia.

Ella se limitó a asentir y, aprovechando el ínterin hasta que les sirviesen de nuevo, llamó a la oficina. Sólo tuvo que esperar tres tonos de llamada para que al otro lado de la línea escuchase una voz femenina, la de Yolanda, la secretaria.

—In Design. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, Yolanda. Soy Alicia. Por favor, le podrías decir a Fernando que no iré a trabajar mañana. Un tema de testamento.

—Buenas tardes, Alicia. Tenemos un problema informático y por eso no he identificado tu llamada. Fernando me ha contado que había muerto tu abuelo. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias. Ahora tengo que colgar. ¿Te acordarás del aviso?

—Por supuesto —contestó la secretaria.

Alicia colgó.

Yolanda era la nueva aventura de Fernando. Aunque no lo habían hecho público porque él siempre se negaba, era la comidilla de la oficina. Alicia la compadecía.

El almuerzo había transcurrido, como siempre, entre las excentricidades de su madre y el pragmatismo de su padre. Alicia, abstraída por momentos, se perdía en la conversación y apenas intervino.

Salieron del restaurante bajo un sol impropio de la estación y del lugar. Recorrieron parte del centro histórico con visita obligada al tercer centro de culto de la cristiandad: la catedral de Santiago de Compostela, donde, supuestamente, reposan los restos del apóstol Santiago el Mayor. La concurrencia de peregrinos era evidente en una de las entradas habilitadas para el acceso al templo; no la Puerta Santa, puesto que esta únicamente se abre en los años de jubileo. Y era más numerosa en la cripta bajo el altar mayor, así como en la parte posterior del mismo altar, donde la estatua del apóstol era objeto del abrazo de los peregrinos, en un rito tan ancestral como la propia catedral.

Sus padres realizaron el ritual completo, incluyendo el rezo en uno de los bancos de madera, frente al altar. Ella sólo los acompañó. A pesar de haber ido a una escuela cristiana regentada por una comunidad de monjas, o precisamente por eso, sus creencias no eran tan firmes como las de sus progenitores.

Al salir del templo, su madre la miró.

—A ti te pasa algo. ¿Nos lo vas a contar o vas a seguir así todo el día?

—No me pasa nada —contestó Alicia sin mucha convicción—. Estoy cansada y afectada por la muerte del abuelo.

—Mira, hija —continuó su madre—, te he parido y te conozco mejor de lo que tú crees. Así que, si quieres contarnos lo que te sucede, mejor, y si no, allá tú.

—Déjala en paz —intervino su padre—. Ya es mayor.

A Alicia le tentó la posibilidad de contarles los extraños sucesos que la perturbaban, las visiones, el olor al *avó*, pero lo más probable es que no la tomasen en serio, porque ni siquiera ella estaba segura de no haber tenido alucinaciones. Aunque sí podía contarles el resto: el extraño baúl y la vida que llevaba el abuelo, y así lo hizo.

—He encontrado un baúl en casa del abuelo Fermín. El caso es que no recuerdo haberlo visto en mis anteriores visitas y está cerrado con llave.

Su padre se encogió de hombros antes de hablar.

—Quizás ya estaba ahí y no lo viste.

—No, es grande y no lo habría pasado por alto. Además, parece que lo han restaurado recientemente. Es viejo, de madera y aún huele a barniz.

—¿Y no es posible que lo hubiese comprado después de tu última visita? —preguntó su madre—. A tu abuelo le gustaban los objetos

antiguos.

—O puede que lo hubiese bajado de la buhardilla. Sólo Dios sabe qué podía haber almacenado ahí arriba —concluyó su padre.

—Lo dudo mucho. Ya os he dicho que es grande y pesado. No me imagino al abuelo bajándolo él solo por la empinada escalera.

—Mi padre era más fuerte de lo que aparentaba, o puede que lo ayudasen. ¿Has preguntado a la asistenta?

—Y al parecer estaba en plena forma —apuntó Alicia—. ¿Sabéis que tenía fama de buen bailarín en Santiago? Nunca lo había visto bailar.

Su padre carraspeó antes de tomar la palabra.

—Yo sí lo vi bailar con tu abuela cuando era un niño, en las celebraciones. No hay nada de malo en que se relacionase y bailase con gente de su edad.

—No, no lo hay —afirmó Alicia—. ¿Cómo sabes que lo hacía en el centro de ancianos?

—No lo sabía, pero supongo que es normal que bailase con gente de su edad.

A Alicia no le convenció la respuesta de su padre. Además, se había tocado la nariz, algo que solía hacer en las ocasiones que mentía.

La tarde transcurrió rápido. Alicia acompañó a sus padres hasta la entrada del Parador Nacional. No mencionó la posibilidad de que visitasen la casa de su abuelo; ellos tampoco mostraron interés alguno.

—¿Estarás bien? —preguntó la madre—. En la *suite* hay sitio para ti. No sé si es buena idea que vuelvas… a la casa, un lugar que te trae tantos recuerdos del abuelo Fermín.

Alicia, cabizbaja, negaba con la cabeza.

—Estaré bien, mamá.

—Como quieras —admitió su madre resignada y la besó en las mejillas, igual que su padre.

—Buenas noches. No olvides la cita de mañana con el notario. Te esperaremos a las nueve de la mañana hora aquí —añadió él antes de darse la vuelta y entrar en el hotel cogido de la mano de su esposa.

Una fina lluvia la acompañó en su recorrido hasta la casa del abuelo. Entró y colgó la mojada chaqueta en el perchero. Cogió la manta del recibidor y se acomodó en el sofá. Sacó el iPhone del bolso y llamó a Carolina, que a los dos tonos descolgó.

—Hola, Alicia. ¿Cómo estás?

—De eso quería hablarte, pero prométeme que no te reirás.

Alicia le contó todo, desde sus vívidas pesadillas y los súbitos descensos de la temperatura hasta la aparición del baúl y la vida que llevaba su abuelo en Santiago, así como del requerimiento de su presencia en la lectura del testamento.

—¿No estarás exagerando? —intervino su amiga—. Has vivido una

experiencia traumática y estabas muy unida a tu abuelo. Es normal que tengas sentimientos encontrados.

—Quizás tengas razón y mañana salga de dudas. Ojalá todo esto termine aclarándose.

—No tengas prisa por volver a la oficina. Tómate los días libres que te corresponden por derecho. Además, ya sabes que, si necesitas más tiempo, Fernando no pondrá ninguna objeción.

—Es lo que me dio a entender, pero me vendría bien volver a la normalidad lo antes posible. Bueno, no te molesto más.

—Nunca me molestas, Alicia. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Te lo agradezco. La verdad es que necesitaba hablar con alguien de confianza. Hasta luego.

Alicia colgó y miró los libros de la estantería; se levantó y fue hacia allí. Revisó los títulos y cogió uno de Gabriel García Márquez que no había leído, *La mala hora*. Regresó al sofá y se recostó, abrió el libro y comenzó a leerlo, hasta que se durmió. Se despertó poco después con mucho frío y el libro abierto en su regazo, sobre la manta. Decidió acostarse. Colocó el libro en la estantería y subió a su habitación.

Capítulo 3

Alicia acudió al Parador Nacional, donde sus padres la estaban esperando en el restaurante. Ahí, sentados a una mesa para cuatro comensales, estaban su padre y su madre, una frente al otro. Ella se sentó al lado de su padre.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café, bollería? —preguntó él.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—¿A qué hora tenemos que estar en la notaría? —quiso asegurarse la madre.

—A las diez y media. Te lo he dicho en cuanto nos hemos despertado —contestó el padre sin dejar de leer el periódico.

—Disculpa, es la cabeza. El *jet lag* me tiene aturdida. ¿De verdad que no quieres comer nada? La repostería está exquisita —sugirió la madre señalando un plato con un surtido de bollería—. Has adelgazado desde la última vez que nos vimos.

La insistencia de su madre la hizo recapacitar. «Quizás tenga razón. Ya son varias las personas que me han hecho un comentario similar».

Aunque el desengaño amoroso con Fernando le había provocado la pérdida del apetito, creía que ya lo había superado, pero lo cierto es que no había pasado página. Todavía sentía algo por su jefe, y compartir parte del día con él no ayudaba a olvidarlo.

—Prueba al menos la tarta de Santiago, está deliciosa —aseguró su madre.

Alicia tomó una porción del dulce de la bandeja y le dio un bocado.

—Sí está rica, sí —dijo cuando acabó de comer el trozo de pastel.

Llegaron a la notaría diez minutos antes de la hora acordada. La secretaria del notario, una mujer que superaba la cincuentena, vestida con un traje de chaqueta y pantalón azul oscuro, los hizo pasar a la sala de espera. En las paredes, varios títulos, una orla y diversos certificados de cursos realizados se alternaban con unas réplicas de cuadros impresionistas. Una mesita de madera oscura, en la que reposaban apiladas varias revistas, ocupaba una de las esquinas. Ellos se sentaron en tres de las doce sillas de piel que ocupaban la pared donde se situaba la puerta por la que habían accedido.

—El notario los espera —dijo la secretaria desde el umbral, cuando apenas se habían acomodado, con una mano apoyada en el marco y otra sosteniendo un portafolio—. Acompáñenme, por favor.

Recorrieron un corto pasillo en cuyo final se encontraba una puerta entreabierta, la cruzaron y la empleada la cerró a sus espaldas. Un

hombre sexagenario, alto y enjuto, con el pelo canoso y engominado, los esperaba de pie. Vestía un traje de chaqueta y pantalón gris, una camisa de algodón blanca sobre la que resaltaba una corbata de seda gris marengo y calzaba unos zapatos negros relucientes. Uno a uno los fue saludando, estrechando sus manos al tiempo que se presentaba.

—Por favor, tomen asiento —sugirió señalando con la mano una gran mesa ovalada de madera clara, rodeada de diez sillas ergonómicas de tela marrón oscuro y con reposabrazos.

Alicia y sus padres se sentaron en sillas contiguas. El notario lo hizo en la que presidía la mesa, cerca de su escritorio y de la amplia ventana con una cortina que impedía ver el exterior, pero por la que entraba la luz suficiente como para prescindir de las bombillas LED de techo, que estaban encendidas. El notario abrió una carpeta y leyó:

—Rodrigo Vázquez Quiroga… —Miró al padre y este asintió—. Alicia Vázquez Romero. —Repitió el gesto y Alicia admitió—. Por favor, ¿serían tan amables de mostrarme un documento oficial que demuestre su identidad?

El padre le entregó el pasaporte, ella el documento nacional de identidad español.

Gálvez, que así se apellidaba el notario, miró los documentos y luego a sus titulares. Tomó nota y se los devolvió. Entonces, expuso una diatriba legal sobre la legislación en materia de herencias y testamentos.

—¿Han entendido lo que les acabo de decir? —preguntó Gálvez mirando a los presentes por encima de la montura de sus gafas.

Todos asintieron, incluso la madre, aunque en realidad se habían perdido más de una vez en la jerga legal, plagada de fechas, leyes y disposiciones.

Como era de esperar, siendo hijo único, la totalidad de la herencia recayó en el padre, todo menos la casa de Santiago de Compostela, que heredó Alicia.

Tras firmar diversos documentos y cuando se disponían a abandonar el despacho, Gálvez llamó la atención de Alicia.

—Señorita Vázquez, ¿podría hablar un momento con usted a solas?

Alicia, sorprendida, se giró hacia sus padres y se encogió de hombros, mostrando así su desconcierto. Entró en el despacho y se volvió a sentar, pero esta vez, y por indicación del notario, en una de las sillas del escritorio situado delante del ventanal, frente a Gálvez, que acababa de cerrar la puerta.

—Usted dirá —apuntó ella.

—El señor Fermín Vázquez me dio instrucciones precisas para que le entregase un sobre.

—¿Y por qué no me lo ha dado antes, cuando estaba con mis padres?

—Porque esa era la voluntad de su abuelo —dijo Gálvez sin inmutarse mientras le hacía entrega de un pequeño sobre lacrado. Alicia estaba a punto de abrirlo cuando el notario intervino.

—¡No lo haga! Era otra de las voluntades de su abuelo, que lo hiciese en su casa; quiero decir, en la casa de su abuelo en Santiago, que ahora es suya.

—¿Alguna sorpresa más? —preguntó Alicia, que ya había depositado el sobre dentro de su bolso.

—Que no les cuente a sus padres lo que le he entregado ni su contenido. Eso es todo.

Gálvez se puso en pie, bordeó el escritorio y le tendió la mano. Ella la estrechó sin mucho ímpetu y salió del despacho. Fuera, sus padres la miraron.

—¿Qué quería el notario? —preguntó la madre.

—Nada importante. Se le había olvidado algo, un mensaje de despedida del abuelo Fermín para mí —mintió—. Me lo ha leído.

—¿No te lo ha entregado? —quiso saber su padre.

—No, sólo lo ha leído.

Sus padres la observaban fijamente, sin hablar, porque no hacía falta. Esperaban que su hija les contase el contenido de la misiva. Un incómodo silencio se instaló en el pasillo, hasta que Alicia lo rompió con una improvisada respuesta.

—Era un mensaje muy emotivo en el que me agradecía las visitas, haberle acompañado en sus últimos días y… —Los ojos se tornaron vidriosos y una lágrima le corrió por la mejilla. No fingía, decía lo que esperaba encontrar dentro del sobre.

—Su madre se acercó y la abrazó con ternura.

—Hija, yo también perdí a mis abuelos. Que Dios los tenga en su gloria. Es duro aceptar que nunca más los vas a volver a ver.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alicia, porque ella no lo había visto, pero sí que lo había escuchado hablar en un idioma que desconocía. «O quizás sólo fueron alucinaciones, como me sugirió Carolina», pensó y se separó de su madre.

—Volvemos a casa mañana —intervino el padre—. Esta tarde he quedado con un gestor para que se encargue del papeleo que conlleva el fallecimiento y la herencia, lo que te incluye a ti. Ya sabes, impuestos y esas cosas. Por tanto, si nos quieres acompañar, eso que te ahorras.

—Gracias, porque no esperaba heredar nada —apuntó Alicia—. Aunque pensaba que aprovecharíais el viaje y os quedaríais unos días.

—Si quieres… Si necesitas compañía en estos momentos, podemos retrasar nuestro regreso a México —sugirió su padre.

—No. Además, creo que a mí también me vendrá bien retomar la cotidianidad.

—Como prefieras —añadió la madre.

La tarde se le hizo larga, muy larga. Con la mente enfrascada en el contenido del sobre que le había entregado el notario, las horas parecían eternas.

Tras recoger las cenizas en el tanatorio y almorzar en el restaurante del Parador Nacional, acudió a la cita con el gestor y, después, siempre acompañada por sus padres, a visitar la universidad medieval de Santiago de Compostela, una de las más antiguas del mundo. Alicia hizo de guía, mostrándoles los rincones menos turísticos de los distintos edificios.

Cenaron en el mismo restaurante en el que habían almorzado el día anterior. Se despidieron en la entrada del hotel y ella regresó caminando hacia la que ahora era su casa. Un intenso frío la recibió al abrir la puerta, encendió la luz del salón, cerró con llave y se recostó en el viejo sofá. Con la respiración acelerada y un nudo en el estómago sacó el sobre del bolso y lo examinó tiritando. Una única frase en el anverso, con caligrafía temblorosa: «Para Alicia». El sobre era acolchado, pero enseguida se percató de que contenía algo pesado que logró palpar. Rompió el lacre del reverso e intentó abrirlo, pero no pudo. Fue hasta la cocina, cogió el primer cuchillo que encontró y lo usó a modo de abrecartas. El objeto resbaló entre los dedos trémulos y golpeó el suelo cerámico con un sonido metálico que reverberó en las paredes. Era una antigua llave de hierro cilíndrica, con un extremo en forma de corazón y el otro dentado. Dentro del sobre había una breve nota manuscrita. La leyó.

Hola, Alicia:

No estés triste por mí. La vida sólo cobra sentido con la existencia de la muerte, y cuando esta se asoma, únicamente cabe hacer balance de lo vivido y disfrutar de cada momento, porque a cierta edad ya no sabes si será el último.

He disfrutado de tu compañía estos últimos tiempos, también de las de otras personas. Pero hay algo que debes saber y que no te he contado por cobardía, por pusilánime y para evitar disgustos.

Tú eres la más adecuada para conocerlo y estás en tu derecho de renunciar a ello, si esa es tu voluntad. Pero si estás interesada, tendrás que descubrirlo. He intentado que tu búsqueda sea fácil, pero es necesario que lo hagas tú, porque demostrará si reúnes el coraje que a mí me faltó para contarlo.

No me arrepiento de nada de lo que he hecho, lo volvería a hacer, aunque a veces el destino es caprichoso.

Te quiere,
tu *avó*.

Alicia volvió a fijarse en la llave, la recogió del suelo y, de manera automática, como impulsada por un resorte, salió de la cocina y se adentró en el salón con un objetivo claro: el baúl. Introdujo la llave y la giró una vez, después, otra más. Escuchó el clic de desbloqueo y abrió la pesada tapa de madera. Entonces, el frío que invadía la

estancia desapareció.

La tenue luz del salón no le permitía apreciar con claridad el contenido del arcón. Lo primero que extrajo fue un antiguo álbum de fotografías. Pegadas a las páginas y cubiertas por un fino papel translúcido había instantáneas en blanco y negro de sus abuelos paternos, cuando todavía no lo eran; jóvenes, en distintas localizaciones; algunas las reconoció, otras no; los dos juntos o por separado. Posaban con una sonrisa impostada. En muchas de las fotografías su abuelo no salía y ella supuso que era quien más usaba la cámara.

Fue pasando las páginas, mirando con nostalgia imágenes de otro tiempo. Reuniones con amigos, estampas de campo y playa, pero sobre todo las de sus abuelos, solos, muy jóvenes. Se le hacía extraño comprobar que sus abuelos habían tenido la misma edad que ella en esos momentos, y pensó que, si a pesar de la distancia generacional, habrían sentido sus mismas inquietudes, si habrían tenido sus mismos sueños y decepciones.

Dejó el álbum en el suelo y sacó el siguiente objeto: una caja de latón del tamaño de una de zapatos, dorada y que reflejaba los escasos rayos de luz. Dentro encontró varias pilas de cartas, atadas y con matasellos de los años cincuenta. Al desatar el lazo que las unía sintió que estaba violando la intimidad de su abuelo, pero, puesto que él le había dejado la llave que abría esa puerta al pasado, dedujo que era precisamente lo que ansiaba.

Los sobres estaban abiertos y comenzó a leer el contenido. Eran cartas de amor de su abuelo a su abuela y viceversa. Le asombró la esmerada caligrafía, tan diferente, no solo de los desgarbados trazos de sus escritos, sino de los de toda su generación. Enseguida comprendió que esa dejadez era consecuencia del cambio en las comunicaciones, del paso de la misiva manuscrita a la comunicación mediante teclados, reales o virtuales. «Como dice mi padre, lo que no se usa se atrofia. Y cuánta razón tiene», pensó Alicia.

Los escritos eran educados hasta el exceso, sin una concesión a frases malsonantes o subidas de tono. Alicia se preguntaba si en la intimidad de sus encuentros seguirían el mismo patrón de comportamiento, aunque supuso que no, eran jóvenes y debían dar rienda suelta a sus impulsos de alguna manera. Se percató de que en la fecha de timbrado de las cartas de su abuelo había dos interrupciones temporales: primero, de varias semanas; más tarde, de meses. En el primer caso, en febrero de mil novecientos cincuenta y ocho. En la segunda ocasión, entre mayo de mil novecientos cincuenta y ocho y enero de mil novecientos cincuenta y nueve.

Capítulo 4

A finales del mes de noviembre de mil novecientos cincuenta y siete, Fermín recibió un telegrama. Lo habían aceptado para el puesto de jefe médico en una plantación de caña de azúcar en Cuba. Acababa graduarse en Medicina y Cirugía en la Universidad Nacional Autónoma de México, situada en la capital mexicana, donde vivía con su familia: su padre y su madre.

Hijo del prestigioso neurocirujano Rodrigo Vázquez, un republicano español que huyó con su madre y él en los momentos en que la Guerra Civil se decantaba hacia la victoria del bando fascista, encabezado por el general Francisco Franco, a principios de mil novecientos treinta y nueve. Fermín sólo tenía siete años. Apenas guardaba recuerdos de esa etapa de su vida, como si la memoria fuese un ser autónomo que se encargaba de borrar aquello que le hacía daño: el miedo a los bombardeos, el refugio subterráneo, el olor a pólvora y humo, cuando su madre estuvo a punto de morir al dar a luz al que nunca sería su hermano, dejándola estéril y a él como hijo único. No eran más que vagas reminiscencias en su cerebro que sólo rememoraba en algunas pesadillas.

Su padre, de origen gallego, ejercía la medicina en Madrid, donde conoció a su madre, Paloma, con la que contrajo matrimonio. Un año después nació él, Fermín. Poco antes de partir hacia México, casi toda la familia de su madre murió en su casa, un edificio que sucumbió a los bombardeos de la aviación italiana, aliada de Franco. El resto, dos hermanos maternos, fallecieron en el campo de batalla, víctimas de las balas enemigas. De la familia paterna no se hablaba, al menos delante de él, aunque hubiese pasado algunos veranos en Santiago de Compostela con sus primos. Ni siquiera cuando le exigió a su padre conocer el destino de sus familiares gallegos obtuvo respuesta, como si se los hubiese tragado la tierra.

A pesar de la insistencia de su padre para que siguiese sus pasos ejerciendo la medicina en la prestigiosa clínica que había inaugurado años atrás, Fermín deseaba labrarse su propio futuro. Puso un anuncio en el tablero de la facultad de medicina habilitado para ello. En el papel manifestaba su disposición a trasladarse a cualquier lugar; no imaginaba que sería tan lejos. Pero, por otro lado, la idea de cambiar de aires, de país, le resultaba una aventura tentadora, algo que, dada su edad, le atraía mucho.

Tendría que decírselo a su novia, Ana María, Ana para todos, salvo para los padres de ella, sus tíos y la única abuela que conservaba, la materna. Ana le había mostrado sus reticencias a su proyecto viajero. Ella prefería, como era de esperar, que ejerciese en Ciudad de México, donde no le faltarían ofertas, pero respetaba su decisión, o más bien se había resignado. «Se lo diré, pero después de comprar el boleto para el tren que parte hacia Veracruz y el del barco que hace la ruta Veracruz-La Habana a diario», se dijo.

Bajó las escaleras de la primera planta. En el vestidor se encontró con la asistenta, Francisca, una mujer de mediana edad que servía a la familia desde que su padre compró el céntrico palacete neocolonial de la calle República de Chile.

—¿Se marcha? —preguntó Francisca.

—Sí, estaré fuera unas horas.

—¿Tiene algo que ver con el telegrama que ha recibido esta mañana? Dios quiera que no sean malas noticias —dijo la asistenta persignándose.

—No se preocupe. Son buenas noticias, al menos para mí.

El tenso rostro de Francisca se relajó antes de hablar.

—Menos mal. Así recibí la noticia de la muerte de mi padre. Desde entonces, cada vez que entregan un telegrama me temo lo peor.

—Pues no es el caso y es una sorpresa. No se lo comente a nadie, Francisca. —Fermín esbozó una sonrisa, antes de darle un par de besos a la que había hecho de madre cuando la suya no pudo.

Tomó el abrigo gris del perchero y se lo colocó. Salió, alcanzó la acera y, con paso decidido, cruzó la calle y se encaminó a la estación de tren de Buenavista, a poco más de un kilómetro de su casa. No era una mañana muy fría, por lo que, entre la emoción y la prisa por llegar a su destino, comenzó a sudar. Se secó las gotas que le perlaban la frente mientras una mujer madura reparó en él. De cabello castaño, alto y con ojos azules, se sabía un hombre atractivo y estaba habituado a las miradas femeninas, a veces de soslayo, otras sin disimulo.

No había mucha gente haciendo cola para comprar pasajes de barco en la agencia, dentro del colosal recibidor de la estación, por lo que no le llevó más de unos minutos comprar el pasaje en primera clase. Su barco zarparía de Veracruz en dos días, a las seis de la tarde. Tampoco tardó mucho en comprar el boleto de tren para el día siguiente, a las siete de la mañana.

A su regreso a casa, descolgó el teléfono accesorio del despacho de su padre y llamó a casa de Ana. A los tres tonos la sirvienta contestó.

—Buenos días. Residencia de los Quiroga. ¿Qué desea?

—Miguela, soy Fermín. ¿Está Ana en casa?

—Buenos días, señorito Fermín. La señorita Ana está en su cuarto.

Ahora le digo que desea hablar con ella. No cuelgue.

A punto estuvo Fermín de decirle que no era tan tonto como para colgar; en su lugar, se limitó a escuchar los pasos de Miguela alejándose y, después, otros pasos acercándose, más ligeros.

Durante el trayecto a su casa pensó en cómo decirle a su novia que estaría fuera de México un año, quizás más. No debía dejarse llevar por la felicidad que lo embargaba, no podía aparentar que se alegraba de separarse de ella. Debía calibrar cada palabra y no improvisar. Ella conocía su intención de ejercer la medicina lejos de la influencia de su padre, de labrarse un futuro por méritos propios, no por su apellido. Ana respetaba su decisión, pero no la compartía.

Se habían conocido dos años atrás, en una fiesta universitaria. El flechazo fue instantáneo, como suele suceder cuando dos personas están destinadas a compartir su vida. Fermín quedó prendado de la alegría que desbordaba Ana, de su locuacidad, de sus ojos verdes, de su larga melena rubia y ondulada, de las curvas de su cuerpo, menudo, a pesar de los tacones. A ella la cautivaron los grandes ojos azules de Fermín, su determinación y forma de ver la vida, siempre optimista.

En cuanto tuvo ocasión le solicitó un baile que ella aceptó complacida. Desde los primeros pasos en la improvisada pista de baile supo que sería la mujer de su vida. Como todas las mujeres de su edad y posición social, había sido instruida en las labores del hogar, aunque las delegaba en el servicio doméstico. Además, ella estudiaba derecho, algo poco común para los cánones machistas de la época, lo que le había costado más de una discusión con su padre, paradójicamente, un reputado letrado. Ese espíritu rebelde no había hecho más que aumentar la admiración de Fermín por esa chica de ascendencia española.

—Buenos días, mi amor —escuchó por el auricular del teléfono.

—Buenos días, Ana. Acabo de recibir un telegrama. Me contratan como jefe médico en una plantación, en Trinidad, una ciudad de Cuba.

Un incómodo silencio se instaló al otro lado de la línea. Fermín creyó escuchar cómo Ana se sonaba la nariz.

—Te felicito. Es lo que querías, ¿verdad? —contestó al fin ella, agarrando el brazo de la silla donde acababa de sentarse, apretando con fuerza mientras unas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Te amo. Nada va a cambiar entre nosotros. Esta misma tarde le pediré tu mano a tu padre. Nos vemos… —miró su reloj de pulsera— en una hora. ¿Te va bien?

—De acuerdo —convino ella afligida.

—Entonces me paso por tu casa. Hasta ahora.

Ambos colgaron, primero Ana, luego Fermín, con una extraña mezcla de sentimientos encontrados; por un lado, la innegable ilusión

por cumplir uno de sus sueños; por otro, la desazón por separarse de Ana y el daño que le había infligido a su amada la noticia. Aun esperada, Ana siempre evitaba hablar del tema desde el día en que él le habló de sus proyectos para cuando finalizase sus estudios de medicina, como si no nombrándolos dejasen de existir, como si al no mencionarlos su marcha fuese sólo una remota posibilidad. Por eso, Fermín había comprado un anillo de compromiso meses atrás, para entregárselo en cuanto la viese esa tarde, para que ella sintiese que esa pieza de oro y brillantes era un vínculo inquebrantable.

Fue a su habitación, se cambió de ropa, cogió la cajita aterciopelada del cajón de la mesita de noche, la guardó en el bolsillo derecho de su pantalón de pinzas y salió. Bajó las escaleras y se topó de nuevo con la asistenta.

—¿A dónde va tan reluciente? —preguntó Francisca, que le guiñó con picardía—. ¡Ah, ya! Va a encontrarse con la señorita Ana. Se alegrará de verle tan apuesto.

—Eso no lo tengo tan claro, Francisca. Ojalá no se equivoque.

Salió de la casa y tomó un taxi. Media hora más tarde, el automóvil se detuvo frente a la valla de piedra de la residencia de los Quiroga. Fermín pagó la carrera y salió del vehículo. Presionó el timbre anexo a la puerta de hierro forjado y esperó unos segundos. Se identificó a través del interfono, escuchó el chasquido indicador del desbloqueo de la cerradura de la puerta, la cruzó y accedió al jardín de la entrada principal. Caminó bajo los flamboyanes, desprovistos de las hojas y flores que los poblaban a partir de la primavera, hasta alcanzar el porche de la casa, donde doña Conchita, la madre de Ana, sentada en una mesa de madera azul apuraba un zumo de naranja.

—Buenos días, Fermín —saludó ella—. Hoy tienes un brillo especial en la mirada. ¿Deseas acompañarme y tomar algo? No siempre se presenta la ocasión de desayunar en compañía de un joven tan apuesto.

—Se lo agradezco, doña Conchita, pero he quedado con Ana y llego tarde —mintió. La que esperaba fuese su futura suegra era una mujer atractiva y que conservaba su esbelta figura. A pesar de los cuatro embarazos, a sus cuarenta y dos años, la genética, una dieta estricta y los partidos en el club de tenis le permitían compartir los vestidos de Ana, la tercera de sus cuatro hijos: dos chicos y dos chicas. Ana había heredado los ojos de su padre, pero el cabello y el rostro eran de su madre, como el cuerpo.

—Anda, ve y no la hagas esperar —dijo la señora de la casa haciendo aspavientos con las manos.

—¿Estará en casa don Gabriel esta tarde, sobre las siete?

—Supongo que sí, pero con mi marido nunca se sabe. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que me gustaría hablar con él.

La mujer torció el gesto, después perfiló una sonrisa cómplice con sus labios rojo carmesí.

—Le avisaré para asegurarnos de que esté a esa hora —afirmó ella.

—Gracias —dijo Fermín, que se adentró en el vestíbulo, del que partían dos escaleras ascendentes a ambos lados, con los peldaños enmoquetados en rojo y las barandillas de madera oscura. Arriba, en la primera planta, en cuanto lo vio desde el mirador, Ana comenzó a descender por la escalera derecha. Lucía un vestido de tirantes con motivos florales, ajustado por un cinturón negro que resaltaba su estrecha cintura. Era, sin duda, una joven muy bella. Su largo cabello rubio y ondulado danzaba al son de sus caderas. Sus ojos, almendrados y de un verde esmeralda, eran la envidia de sus amigas, también de los amigos de Fermín.

Ana llegó al final de la escalera y, ante la atenta mirada de Miguela, se abrazaron. Era uno de esos abrazos sentidos, prietos, largos, un abrazo donde sobran las palabras. Él, con un nudo en la garganta; ella, gimiendo. Fermín le ofreció el pañuelo que sobresalía del bolsillo superior de su chaqueta. Ana se enjugó las lágrimas con el paño de algodón.

Sus miradas se cruzaron. Por un momento, un instante fugaz, Fermín se replanteó la decisión de ir a Cuba. Como si le leyese el pensamiento, mirándolo a los ojos, Ana habló.

—¿Hay alguna posibilidad de que rechaces ese trabajo? Es que…

—No hablemos ahora de eso —la interrumpió sellando sus labios con un beso.

Cuando salieron de la casa, cogidos de la mano, el chófer de los Quiroga, Antonio, estaba estacionando un Pontiac blanco en la cochera.

—Aprovechad que ha llegado Antonio —intervino la madre de Ana —. Él os llevará donde queráis.

—Eso haremos —afirmó Fermín mirando a Ana, buscando su aprobación. Ella asintió. Tras despedirse de su madre con un beso en la mejilla, Fermín tomó la mano de su novia. Ambos se encaminaron hacia el portón de la cochera, donde se encontraron al chófer abrillantando la carrocería del automóvil con un trapo.

—Por favor, Antonio, ¿sería tan amable de llevarnos al Parque de los Venados? —preguntó Fermín.

—¿El Francisco Villa? —quiso saber Antonio.

—Sí, ese es su nombre oficial —intervino Ana.

Antonio miró su reloj de pulsera antes de contestar.

—No hay problema.

Media hora más tarde, Antonio detuvo el Pontiac delante del acceso principal al parque. La pareja se bajó de la parte trasera del vehículo y

Fermín se acercó a la ventanilla del chófer.

—No es necesario que nos espere, Antonio.

—Tampoco podría, en una hora debo recoger a don Gabriel.

—Gracias.

—A usted —respondió el conductor, que aprovechó el escaso tráfico para incorporarse al tránsito de la ciudad.

Fermín y Ana entraron de la mano en el parque. Anduvieron unos minutos por una de las avenidas principales sin decir nada.

—¿Nos sentamos? —propuso él señalando un banco de piedra.

Ella se sentó, pero Fermín permaneció en pie, introdujo la mano en el bolsillo derecho de su pantalón y, producto de la ansiedad, a punto estuvo de dejar caer la cajita roja aterciopelada.

—No lo hagas —dijo Ana sonriendo cuando Fermín se arrodillaba delante—. Te vas a manchar el pantalón.

Él, haciendo caso omiso, abrió la caja dejando a la vista el anillo dorado con incrustaciones de brillantes.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con gesto serio, como si albergase alguna duda sobre la respuesta de su amada.

—Pues claro que sí, tonto.

Ella se levantó del banco y él se puso en pie. Se abrazaron y se besaron, ajenos a las miradas de los transeúntes. Por un instante, el mundo parecía haber quedado reducido a ellos dos, a una pareja mostrando su amor.

—Pruébate el anillo. Si no te gusta o no…

Ella lo silenció colocando los dedos sobre los labios de Fermín.

—Me gusta.

—Si aún no lo has mirado —repuso él.

—Me gusta —repitió ella.

Fermín se lo colocó en el dedo anular de la mano izquierda. Ella lo observó.

—No era necesario. No tenías que haberte gastado tanto…

Entonces, fue él quien selló los labios de Alicia con un beso.

—Es poco para lo que te mereces —añadió.

Para celebrarlo, acudieron a almorzar a su restaurante favorito, un italiano con cuyo propietario, Alberto, habían fraguado amistad desde que iniciaron su relación.

—Hola, pareja —saludó Alberto cuando los vio entrar—. ¿Lo de siempre?

Alberto había emigrado de Italia con su familia poco antes de que estallase la Segunda Guerra Mundial, para hacer las Américas, como muchos de sus compatriotas, buscando un futuro mejor que el que les ofrecía la vieja Europa.

Fermín miró a Ana y esta asintió.

—Sí. Lo de siempre, Alberto.

—Adelante. Vuestra mesa está libre.

El propietario del restaurante se refería a la mesa para dos comensales en la que se sentaron el primer día y que siempre que estaba libre ocupaban, porque rara vez reservaban, una que estaba al fondo del establecimiento, alejada de miradas indiscretas, pero con vistas al resto de las mesas. Porque, a pesar de que su relación era conocida, les gustaba disfrutar de los momentos de intimidad como dos adolescentes que ya no lo eran.

Se sentaron a la mesa de un local que en ese momento estaba vacío, uno frente a la otra. Él tomó la mano de ella entre las suyas, sobre la mesa cubierta por un mantel de algodón estampado con los colores de la bandera italiana y una botella de vino que hacía las veces de portavelas.

Alberto, ataviado con un delantal que no podía ocultar su prominente panza, con el pelo negro engominado y peinado hacia atrás, les sirvió vino Chianti en las copas y dejó la botella sobre la mesa.

—Ahora le paso la comanda a Paola —dijo el dueño del establecimiento antes de volver detrás de la barra del restaurante.

—Gracias —respondieron de manera espontánea Fermín y Ana.

Paola era la cocinera y la esposa de Alberto. Porque el negocio era familiar. Los tres hijos del matrimonio, una chica y dos muchachos, trabajaban en el restaurante; la joven en la cocina, lejos de las miradas libidinosas de los clientes; los hermanos, sirviendo las mesas.

—¿Dónde vas a trabajar? —quiso saber Ana.

—En una plantación de azúcar, en Trinidad, una ciudad situada más o menos en el centro de la isla. Está fresco —añadió Fermín dando el primer sorbo de vino.

—¿Hay mar? Me han dicho que las playas cubanas son extraordinarias.

—No está lejos, pero dudo que tenga tiempo para ir a la playa.

—¿Has pensado en la boda?

Fermín carraspeó antes de hablar.

—Sí, y creo que deberíamos casarnos lo antes posible. Si todo va bien y nuestros padres no ponen problemas, me gustaría celebrar la ceremonia cuando vuelva de vacaciones, dentro de un año. El contrato es renovable y así podrás venirte conmigo, ya como mi esposa. El salario está muy bien y me ofrecen una casa gratuita en la misma hacienda.

—Un año —repitió Ana apenada.

Fermín se llevó la mano de ella a los labios y la besó.

—Para mí también será duro estar alejado de ti tanto tiempo, pero podemos llamarnos por teléfono y escribirnos cuantas veces queramos.

—Si tienen teléfono, ¿por qué te han enviado un telegrama para

decirte que te contrataban? —repuso ella.

—Por motivos administrativos. Tú mejor que nadie deberías saberlo. Para quedarme en Cuba tanto tiempo necesito demostrar en la aduana que tengo un trabajo ahí.

Fermín no fue del todo sincero. Si bien era cierto lo que acababa de decirle a su novia, el verdadero motivo era que la revuelta había hecho que los controles de viajeros fuesen más estrictos. No quería preocuparla innecesariamente.

De pronto, a Ana la asaltó un sentimiento aciago. Los ojos se le tornaron vidriosos y una lágrima se deslizó por una de las mejillas.

—Tengo un mal presentimiento. No vayas, Fermín.

—Sólo es el miedo a la separación. A mí también me sucede.

—Lo que tú digas, pero no vayas, por favor —insistió Ana.

A Fermín se le hizo un nudo en la garganta. Incapaz de decir una sola palabra, volvió a besar la mano de Ana y la miró con los ojos empañados. De nuevo calibró la posibilidad de renunciar a su sueño, de quedarse en México por ella. Al fin habló.

—Nada ni nadie nos podrá separar nunca, te lo juro.

Se levantó, recostó el cuerpo sobre la mesa y buscó los labios de Ana, que recibió el cálido beso, pero no le tranquilizaron las palabras de Fermín.

Giorgio, unos de los hijos del matrimonio italiano, se acercó.

—Buenas tardes —saludó. Iba a decir alguno de sus chistes, como era costumbre. Sin embargo, al ver los rostros consternados de la pareja, decidió retirarse después de recibir el saludo de ambos.

—¡Brindemos por el compromiso! —sugirió Fermín forzando una sonrisa.

Alzaron las copas y las entrechocaron, provocando un tintineo que resonó en el comedor. En ese preciso instante, entraron dos hombres de mediana edad, otros asiduos clientes que Fermín, de cara a la entrada, reconoció.

Tras la *pizza*, una napolitana, llegó el turno del postre. Él optó por un tiramisú; ella, empachada, por un café expreso.

—¿Qué le vas a decir a mi padre? —inquirió Ana.

Fermín sacó un papel avejentado del bolsillo del pantalón y lo leyó. Primero, en silencio, para sí mismo. Después, en voz alta, para ella.

—Don Gabriel, deseo pedirle la mano de su hija Ana, y así hacerla feliz el resto de mis días, si usted… —Calló, comprimió el trozo de papel dentro del puño y lo introdujo en el bolsillo.

—¿Por qué no sigues? Estaba poniéndose interesante —dijo ella perfilando una sonrisa. Ana pasaba de la tristeza a la alegría en un tobogán de emociones que reflejaban su cambiante estado de ánimo.

—Lo escribí hace tiempo. Me lo sé de memoria.

—Pero yo no —repuso ella.

—Será una conversación intrascendente entre hombres.

—¿Qué quieres decir?

—Que será un mero trámite, o eso espero. Dudo que tu padre se oponga a la boda —afirmó él, y de nuevo le dedicó su mejor sonrisa a Ana, intentando sosegarla.

—Y si… Nada, no es nada.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Fermín.

—Me preocupa que conozcas a otra. Las cubanas tienen fama de… «seductoras», pensó Ana, pero no lo dijo—. No importa. —Y lo besó en un intento de cambiar de tema.

Fermín pagó la cuenta y dejó una generosa propina. Salieron del restaurante y la acompañó hasta su casa. Se despidieron como siempre, en la acera, frente a la entrada de la finca, con un intenso beso. Él regresaría más tarde, sobre las siete, pero antes tenía que comentarles las novedades a sus padres.

Caminó bajo un cielo plomizo, algo habitual en esa época del año, donde un sol radiante podía dar paso a una lluvia torrencial en cuestión de horas, a veces minutos.

—Francisca, ¿ha regresado mi madre? —preguntó en cuanto atravesó el umbral del palacete.

—Está en sus aposentos. Acaba de volver de compras.

Por compras se entendía ropa, calzado y complementos. De la comida y los productos de higiene y limpieza se encargaba Francisca, la sirvienta.

Su madre, Paloma, no trabajaba desde que su padre había abierto la clínica, y no por falta de ganas ni actitud, puesto que una republicana como ella creía en la igualdad entre hombres y mujeres. Costurera de oficio, conoció a su esposo en la pensión donde él dormía cuando llegó a Madrid recién licenciado en medicina, un día que pasó a recoger ropa para zurcir y hacer arreglos. Siempre contaban que lo suyo fue un flechazo a primera vista. A su padre, Anselmo, le encandilaron los grandes ojos grises y la larga melena azabache de Paloma; a ella, el porte distinguido y al mismo tiempo humilde del médico, su pícara mirada y su ensortijado cabello pelirrojo. Ahora, no sin cierto disgusto, aceptaba el papel de esposa y señora que se esperaba de una mujer de su posición en los años cincuenta.

—¿Y mi padre? —preguntó mientras colgaba el abrigo en la percha de la entrada.

—Don Anselmo ha llamado para comunicar que llegaría tarde. Por lo visto, tiene una cirugía complicada.

—Gracias, Francisca. Subiré a ver a mi madre.

Fermín subió por la escalera de mármol deprisa y sin apoyarse en el pasamanos de la barandilla de hierro. Saltando de dos en dos los escalones, llegó a la primera planta y recorrió el largo pasillo hasta el

fondo, donde se encontraba la habitación de matrimonio, y golpeó la puerta de madera con los nudillos.

—Soy yo, mamá. ¿Puedo pasar?

—Entra, hijo.

Giró el pomo, abrió la puerta y entró en la amplia habitación. La cama era el centro de la estancia. Grande y con cabezal de hierro forjado, había sido su refugio las noches de pesadillas, cuando aún era un niño. Sobre el cabezal y en la pared, un crucifijo, que a él, siendo un crío, siempre le había causado miedo por el realismo de la talla de madera de Jesucristo. Porque sus padres eran republicanos como el que más, pero también creyentes, de los que no faltan a misa los domingos.

Su madre salió del baño incorporado a la habitación luciendo un nuevo vestido de tirantes de color marfil y que brillaba como la seda, resaltando su tez morena y el cabello negro salpicado por algunas canas.

—¿Cómo me queda? —preguntó ella girándose.

—Fantástico. Te sienta fenomenal —mintió, porque con los años su madre había ganado unos kilos y todos parecían haber acabado en su cintura.

Ella se situó frente a un espejo, de pie, dándole la espalda a su hijo.

—Creo que hay que hacer algún arreglo aquí —dijo ella señalando el escote, algo pronunciado—. Y tú, ¿dónde vas tan arreglado?

—Vengo de pedirle a Ana que se case conmigo.

Su madre, con un gesto de sorpresa, abrió la boca antes de hablar.

—¿A qué viene tanta prisa? No estará…

—No, mamá, no es eso. No está embarazada. Es que parto para Cuba mañana. Me han hecho una oferta de trabajo que me retendrá allí un año y quería dejar las cosas arregladas entre Ana y yo.

El gesto de la madre se tornó circunspecto y chasqueó la lengua.

—¿Lo sabe tu padre?

—Aún no, y no podré decírselo hasta la cena de esta noche.

—Entonces, el matrimonio se celebrará pronto. ¿Es lo que pretendes decirme?

—No, a mi regreso. Esta misma tarde voy a pedirle la mano de su hija a don Gabriel.

—Escúchame, Fermín. Eres mayor de edad y puedes hacer lo que te apetezca, pero tu familia está aquí, como tu novia y futura esposa. Puedes encontrar trabajo en cualquier clínica de la ciudad, si es que no deseas hacerlo con tu padre. Quizás…

—Ya lo hemos hablado, mamá. Quiero conocer mundo —la interrumpió Fermín.

—Y ya lo harás si es lo que deseas.

—¿¡Ah, sí!? ¿Cuando esté casado y con hijos? No, mamá, es algo

que debo hacer ahora.

—Está bien. No te podemos retener —dijo con tono de desaprobación y negando con la cabeza.

Fermín se acercó a su madre, que permanecía de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es un día feliz para mí, no lo estropeemos enfadándonos.

—¿Y si conoces a otra chica? ¿Y si Ana conoce…? No la pierdas, Fermín. Es una chica extraordinaria y de buena familia. No encontrarás otra como ella.

—Nos amamos y eso no va a cambiar porque nos separen miles de kilómetros.

—Sí, claro —contestó la mujer sin mucha convicción—. ¿Has comido?

—Sí, Ana y yo hemos almorzado en el restaurante de don Alberto. Pero te puedo acompañar durante la comida.

—Gracias, hijo, porque ya sabes que no me gusta comer sola.

Mientras la cocinera, Ángela, servía los platos que Paloma comía con desgana, no sacaron de nuevo el tema. En su lugar, optaron por hablar de cuestiones triviales, como la visita al centro de ancianos que su madre pensaba realizar al día siguiente en compañía de unas amigas. Todas eran benefactoras de la fundación San Ignacio, así se llamaba el asilo donde, amparados por las monjas del Sagrado Corazón, las mujeres adineradas buscaban la salvación eterna contribuyendo al cobijo y la manutención de los ancianos y las ancianas menos afortunados de la sociedad, los pobres entre los pobres. Eso sí, convenientemente separados los hombres de las mujeres, tanto de día como de noche, para no tentar al diablo.

—Tienes una mancha en el pantalón —señaló Paloma cuando Fermín se disponía a salir en dirección a la casa de Ana—. Espera que te la quite. —Sacó un pañuelo del bolsillo de la falda y frotó la pernera—. Sólo era polvo. Ya te puedes presentar como es debido ante don Gabriel —añadió ajustando el nudo de la corbata de su hijo, con los ojos vidriosos—. Vete ya, no vayas a llegar tarde.

—Y tú no le digas nada a papá de mi marcha; ya se lo contaré yo en la cena.

Fermín cogió el abrigo de la percha, se cubrió con él y abrió la puerta, sin girarse, para no ver cómo lloraba su madre.

El timbre resonó tanto que incluso Fermín lo pudo escuchar. Segundos después, Antonio, el chófer, abrió la cancela tras comprobar por la mirilla de quién se trataba.

—Buenas tardes, Antonio.

—Buenas tardes, Fermín —correspondió el chófer—. La señorita

Ana está en su habitación, creo que acompañada por su hermana, que acaba de regresar del instituto.

María Elena era la menor de los cuatro hermanos. El resto de la familia Quiroga lo completaban Alejandro y Ramiro, de veintitrés y veintidós años, respectivamente. Alejandro estaba casado con Juana, de la que esperaba un vástago para la primavera. A Pedro no se le conocían novias, lo que alimentaba los rumores sobre su hombría. Ninguno de los dos vivía en la casa, aunque visitaban a la familia todos los domingos, después de misa, para almorzar.

—¿Y don Gabriel? —quiso saber Fermín.

—Supongo que en su despacho, pero no sabría decirle.

—Está bien. Gracias, Antonio.

El sol comenzaba a caer en el horizonte, dando lugar a extrañas sombras producidas por los árboles y arbustos del jardín, donde se encontró otra vez con la madre de Ana.

—Buenas tardes, Fermín. Gabriel te está esperando en el despacho —dijo ella con una sonrisa forzada.

«Ana le ha contado lo de Cuba, estoy seguro», pensó él.

—Buenas tardes —saludó Fermín. Subió los tres peldaños que lo separaban del porche y cruzó la puerta principal de la casa accediendo al vestíbulo. Colgó el abrigo en una de las perchas y se encaminó al despacho, situado al fondo de la planta baja y que también hacía las veces de biblioteca. La doble puerta corredera de madera estaba entreabierta, lo que permitía ver el amplio escritorio rústico y a su ocupante, que alzó la mirada un momento.

—Pasa, Fermín. Estoy firmando unos documentos, pero enseguida acabo.

—Buenas tardes, don Gabriel.

Atravesó el umbral, cerró la puerta y se mantuvo en pie, a la expectativa, observando las paredes repletas de libros que descansaban sobre estanterías acristaladas, también títulos académicos y cuadros impresionistas, la única afición que conocía del padre de Ana.

—Toma asiento, por favor —dijo el señor de la casa señalando dos sillas de madera y cuero, sin levantar la cabeza, firmando. Fermín pensó que lo hacía a propósito, que estaba poniendo a prueba su templanza, hasta que cerró el portafolio y lo dejó sobre la mesa. Entonces lo miró.

—Tú dirás —inquirió.

—Don Gabriel, sabe que su hija Ana y yo llevamos dos años de noviazgo. Yo la amo y ella me corresponde. Deseo pedirle su mano.

El padre se tomó unos segundos antes de contestar, serio, sin dejar de mirar a Fermín. Unas gotas de sudor frío comenzaron a cubrir la frente del joven.

—¿Te gusta?
—¿¡Perdón!?
—Que si te atrae físicamente.
Fermín se había preparado para todo tipo de preguntas, pero nunca había imaginado que su futuro suegro se interesase por la atracción carnal hacia su propia hija.
—Por supuesto. Es una mujer muy bella, la envidia de muchos de mis conocidos.
Don Gabriel sonrió y, poco después, soltó una sonora carcajada.
—Verás, Fermín. La atracción física es muy importante, sobre todo al principio de la relación, y muchas veces una garantía de fidelidad. Sólo necesitaba asegurarme. Tenéis mis bendiciones.
Don Gabriel extendió el brazo sobre el escritorio, ofreciéndole la mano. Fermín se la estrechó y el padre de Ana apretó con fuerza, y con gesto serio dijo:
—Te casarás con mi hija, pero si le haces daño, te mato. ¿Queda claro, joven?
La amenaza parecía real y Fermín confuso.
—Le doy mi palabra de que respetaré a Ana hasta el día en que me muera.
La presión de la mano se redujo al tiempo que don Gabriel esbozaba una sonrisa.
—Era una broma —aclaró—. Ya sabes cómo soy.
Fermín suspiró, pero seguía pensando que la amenaza no era un farol.
—¿Cuándo será la boda? Imagino que ya lo habéis decidido, porque estas cosas llevan su tiempo.
—Cuando regrese de Cuba, dentro de un año.
—¿Cuba? —preguntó el padre de Ana frunciendo el ceño.
«Si se lo ha contado a su madre, a su padre desde luego que no», pensó Fermín.
—Me han ofrecido el puesto de jefe médico en una plantación y lo he aceptado.
—Pues deberíais posponer una decisión tan importante hasta tu regreso. A vuestra edad… una separación tan prolongada… Vamos, que podéis conocer a otras personas.
Fermín comenzaba a estar cansado de escuchar la misma monserga. Todos parecían haberse puesto de acuerdo.
—Sin duda, don Gabriel. Conoceremos a más gente, pero nuestro amor es verdadero, sólido. Además, con mi compromiso doy mi palabra y la cumpliré.
—No lo dudo, pero precisamente ahí puede radicar el problema —apuntó don Gabriel reclinándose sobre la mesa—, que te cases con mi hija por obligación, por una cuestión de honor, y eso sería un

tremendo error. ¿Un *whisky*?

El padre de Ana se levantó y se dirigió al mueble bar con paso decidido. Extrajo una botella del líquido ambarino, quitó el tapón de corcho y vertió el contenido en dos vasos. Volvió al escritorio, dejó uno de los vasos frente a Fermín y, con el otro en la mano, se sentó.

—Se lo agradezco, don Gabriel, pero no tomo bebidas destiladas.

—Es un *whisky* de malta de doce años. No desprecies este elixir. Lo reservo para ocasiones especiales y creo que esta lo merece, ¿verdad?

Fermín asintió. Tomó un sorbo y carraspeó.

—Un poco fuerte para tu gusto —intervino su futuro suegro.

—No, es que hacía mucho que no tomaba una bebida de tanta graduación alcohólica.

—Me alegro —añadió y se bebió el contenido del vaso de un trago —, porque estos escoceses saben lo que hacen. Anselmo, tu padre, creo que es de mi misma opinión.

Fermín no quiso rebatir las supuestas virtudes del licor. Como médico, conocía los efectos perniciosos de las bebidas alcohólicas sobre la salud física y mental, pero no era ni el momento ni el lugar para exponerlas.

—Mi padre bebe de vez en cuando, pero prefiere el vino y, normalmente, sólo para acompañar las comidas.

—Vino español, imagino.

—A veces. Cuesta mucho encontrar productos españoles en las tiendas.

—Eso es porque no conoce a las personas adecuadas —afirmó don Gabriel, que comenzó a escribir con una estilográfica en una hoja que entregó a Fermín—. Dile a tu padre que llame y pregunte por Marcial, él le conseguirá cualquier cosa de España.

Sacó un cigarro de una caja de madera, cortó la punta con una guillotina para puros y le pasó otro a Fermín, junto con la guillotina.

—Gracias —dijo este.

—Es un Montecristo número cuatro —alardeó don Gabriel. Después, exhaló una bocanada de humo—. ¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí, en tu viaje a Cuba. ¿Puedo preguntarte por qué prefieres ejercer la medicina en el extranjero pudiendo hacerlo aquí? Tu padre tiene una clínica.

Fermín le explicó de forma sucinta sus motivos, los mismos que había esgrimido ante Ana y su propia madre. Al terminar su exposición, don Gabriel tomó la palabra.

—Es normal esa rebeldía a tu edad. Que quieras ganarte una buena reputación como médico sin la influencia paterna te honra, pero hay más lugares en esta ciudad donde hacerlo.

—Cierto, pero la oferta es muy tentadora. No podía dejar escapar esta oportunidad.

—He leído que hay cierto malestar en Cuba. Los periódicos hablan de una revuelta, de enfrentamientos armados de un grupo de rebeldes comunistas con el Ejército y la Policía.

—Algo he oído, pero no me voy a amedrentar. Enfrentamientos también hay aquí de vez en cuando y duran poco —restó importancia Fermín.

Él sabía perfectamente de lo que hablaba su futuro suegro. La universidad era un hervidero de reuniones y mítines por la lucha contra la desigualdad social, por el reparto de la riqueza. Cada día aumentaban los afines al comunismo. Fermín no formaba parte de ninguna organización política socialista. Aunque comulgaba con su ideario, no podía ni quería sembrar la duda en don Gabriel sacando el tema a colación. No era el momento.

«Además, sólo voy a ejercer la medicina. No tengo ningún interés en meterme en problemas en un país que no es el mío», pensó.

—Como quieras. Yo no me voy a oponer a vuestro enlace. Tendréis todo mi apoyo, pero piensa en lo que te acabo de decir.

—Entonces, ¿tengo su aprobación? —preguntó Fermín nervioso.

—Pues claro que sí. Y ahora dame un abrazo, futuro yerno.

Los dos se levantaron y se fundieron en un abrazo, con palmaditas en la espalda por parte de don Gabriel.

—Me tengo que ir —dijo Fermín.

—¿Tan pronto? Apenas has probado el *whisky*, por no hablar del habano.

—Lo siento, pero debo comunicarle la buena nueva a mi padre.

—Lo entiendo, y por favor, deja de tratarme de don; ya casi eres un miembro más de esta familia.

—Lo intentaré, pero me va a costar dejar de darle ese trato.

—De tú, Fermín, de tú.

Él asintió y, sin poder disimular su felicidad, salió del despacho deprisa y se topó con Ana, que trastabilló.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿No estarías escuchando detrás de la puerta?

—Sí —contestó Ana en voz baja y mostrando una sonrisa cómplice.

—¿Lo has escuchado todo?

—Casi todo, al menos lo más importante.

Sin ningún pudor se abalanzó sobre Fermín y lo besó.

—¿Crees que es pronto para los preparativos de la boda? —quiso saber él.

—Nunca es pronto para comenzar a preparar un casamiento. Hay tantas cosas que hacer…

—Te amo —afirmó él tomando la mano de Ana, en la que lucía el brillante anillo de compromiso—. Ahora debo ir a casa. Tengo que contarle a mi padre nuestro compromiso.

—¿Te acompaño?

—Mejor no. También debo decirle lo de Cuba. Después de cenar, pasaré a recogerte y daremos un paseo.

El rictus de Ana se tornó serio. Abrumada por la emoción, había olvidado la inminente marcha de Fermín.

—Vale, aquí estaré. Aprovecharé para contarle lo de nuestra boda a Patricia y María Fernanda —las mejores amigas de Ana—, pero no te demores.

—No lo haré —aseguró él.

Fermín recogió su abrigo y salió por la puerta principal. En el porche seguía la madre de Ana.

—Mi enhorabuena —dijo la mujer.

—Gracias, doña Conchita. ¿Cómo sabía que iba a obtener la aprobación de don Gabriel?

—Porque llevamos muchos años juntos. Además, él nunca le negaría nada a Ana, es su ojito derecho. Así que trata bien a mi hija o irá a por ti —sentenció y dio una profunda calada al cigarrillo que tenía entre los dedos, provocando que la ceniza de la punta cayese al suelo. Después sonrió.

Fermín pensó otra vez que la velada amenaza de don Gabriel iba en serio.

—Descuide. La trataré como a una reina.

—Más te vale. —advirtió ella—. Dejó el cigarrillo en el cenicero de la mesita, se acercó a Fermín y lo besó en ambas mejillas—. ¿Te volveré a ver antes de tu partida?

—Ya veo que Ana se lo ha contado.

—Es lo primero que ha hecho, antes incluso de mostrarme el anillo de compromiso. Muy bonito, por cierto. Te habrá costado un dineral.

—¡Bah! Ana se merece eso y más. Y sí, pasaré esta tarde a recogerla; entonces, podremos despedirnos.

Fermín abandonó la residencia y se encaminó a casa, buscando en su mente las palabras adecuadas para anunciar su marcha a Cuba, sabiendo que, dijese lo que dijese, causaría desazón en su padre. Confiaba en que el anuncio de su compromiso matrimonial apaciguase los ánimos, pero no las tenía todas consigo.

Cuando llegó a casa, lo recibió Francisca.

—Sus padres lo esperan para cenar.

—Gracias —fue su escueta respuesta. Colgó el abrigo en la percha de la entrada y se dirigió al comedor, sin saber si su madre le habría adelantado la noticia a su padre. Al entrar, como siempre, le dio dos besos en las mejillas a su progenitora, que se hallaba sentada a la mesa con Rodrigo, su padre.

—Te sienta muy bien ese traje. ¿Celebramos algo? —preguntó la madre despejando las dudas de Fermín.

—De eso precisamente quería hablaros. Le he pedido a Ana que se case conmigo. También he recibido una oferta de Cuba y la he aceptado —dijo como si soltase una bomba esperando que no explotase.

—¿Os casáis? —disimuló la madre.

—¿¡Cómo que te vas a Cuba!? —exclamó el padre en voz alta y fijando la mirada en la de su hijo.

—Sí —afirmó girándose hacia su madre y esbozando una sonrisa forzada—. Acabo de hablar con don Gabriel y me ha dado su visto bueno. —Entonces, miró a su padre—. Pero lo haremos a mi regreso de Cuba. Parto mañana temprano para Veracruz, donde tomaré el barco que me llevará a La Habana.

—¿Y don Gabriel ha aceptado sin más? Me extraña —apuntó el padre.

—No sin antes darme unos consejos, pero lo ha hecho, papá.

—Ya —fue la escueta respuesta de su padre, casi siempre tan parco en palabras.

La cocinera irrumpió en la estancia con una bandeja de plata en las manos.

—¿Desean comer ya los señores?

—Sí. Gracias, Ángela—contestó el padre.

Ángela sirvió el primer plato, una sopa de pollo, y se retiró.

—Habrá que reservar fecha para la ceremonia religiosa en la catedral —sugirió la madre—. El arzobispo me conoce y creo que es un buen amigo de Conchita Figueroa.

En la alta sociedad de Ciudad de México todos se conocían, o al menos sabían de la vida de los otros, más cuando las familias eran exiliadas.

La comunidad española tenía un centro en Ciudad de México, el Ateneo Español, donde se reunían los republicanos, aunque estaba abierto a todos aquellos de origen español y a los propios mexicanos. Ahí se conocieron los padres de Ana y Fermín. Los Vázquez y los Quiroga también entablaron amistad en el Ateneo, años antes de que sus descendientes comenzasen su relación, y a pesar de sus diferentes ideologías políticas, porque al fin y al cabo primaba el amor a la patria.

En el Ateneo Español coincidían los recién llegados, en busca de la solidaridad de sus compatriotas, con los asentados, los más pudientes, los que ayudaban a los primeros; algunos con un largo linaje, otros sin familia conocida. Ahí se celebraban las festividades más conocidas: los Sanfermines, las Fallas, el Pilar… Allí se bailaba y se reía.

—No estoy seguro de que sea lo que queremos —apuntó Fermín—. Nos gustaría una ceremonia más íntima, sin…

—¡Tonterías! Te casarás como Dios manda —sentenció su madre.

Su padre, que seguía comiendo y escuchando, intervino.

—Tu madre tiene razón. De lo que no estoy tan seguro es de la conveniencia de que te marches a Cuba precisamente ahora, cuando las revueltas sociales están a la orden del día.

Anselmo, que había vivido como médico todos los horrores de la Guerra Civil, sentía auténtico pánico al pensar que su hijo podría verse envuelto en un conflicto armado.

—¿Qué clase de revueltas? —quiso saber su madre.

—Nada importante, mamá —manifestó Fermín en un intento de quitarle hierro al asunto.

La madre se volvió hacia el padre.

—¡Anselmo!, ¿qué sucede en Cuba? Me estáis asustando.

—Unos sublevados atacaron un cuartel hace unos dos años, si no recuerdo mal. Los detuvieron y los encarcelaron, pero, al parecer, al ser liberados han vuelto a las andadas —le explicó su marido.

—¿Es un golpe de Estado? —preguntó la madre con evidentes signos de inquietud.

—No, mujer. No es como en España —intentó tranquilizar Anselmo a su esposa, quien, con frecuencia, lloraba la muerte de todos sus familiares durante la guerra civil española.

—Mamá, sólo son unos descontentos con la oligarquía cubana que se han organizado ante tanta injusticia, por la pobreza que padece la mayoría de la población —añadió Fermín.

Anselmo intuyó en las palabras de su hijo el espíritu republicano por el que había luchado, y eso, por un lado, lo enorgullecía y, por el otro, lo aterraba. No quería que su hijo se viera de nuevo inmerso en el terror de las bombas, que no distinguen civiles de militares, en el odio generado hacia el enemigo, personas, en su mayoría, obligadas a matar para no ser matados; a veces, hasta sus propios hermanos. «En la guerra, al principio, luchas por unos ideales, después por tus compañeros, pero al final, únicamente por sobrevivir», pensó.

—Esos son los más peligrosos —afirmó su madre—. Los que creen que matando se arreglan los problemas.

—Si de todas formas vas a ir, hazme caso, aunque sólo sea una vez —dijo su padre—. Cuídate de meterte en líos y aléjate de cualquier enfrentamiento.

—Hijo, ¿de verdad necesitas ir? ¿Qué opina Ana? —preguntó la madre.

Fermín inspiró profundamente, con la mirada perdida en algún punto indefinido del salón, espiró y habló.

—Lo acepta —fue su escueta respuesta.

Tras la cena, acudió a casa de Ana, tal y como habían acordado. A pesar de la distancia, prefirió ir caminando; necesitaba tomar el aire después del disgusto infligido a sus padres. El anuncio de su

compromiso matrimonial no había servido para apaciguar la desazón provocada por su marcha a Cuba.

A buen paso y por unas calles muy transitadas llegó hasta la residencia de los Quiroga. Pulsó el timbre de la cancela exterior y esperó. Le abrió don Gabriel.

—Buenas noches, Fermín. Ana te está esperando en el porche.

Giró la cabeza en dirección a la casa, y allí, sentada en un balancín estaba ella. La luz de la lámpara de techo producía reflejos en su dorado cabello.

—Gracias, don Gabriel.

El padre de Ana chasqueó la lengua antes de hablar.

—Ya te he dicho que con Gabriel es suficiente.

—Lo siento. Es la costumbre —se disculpó Fermín.

—Anda, ve. No la hagas esperar. Supongo que vais a pasear o a bailar, ¿verdad?

—Sí, con su permiso. No volveremos tarde —contestó Fermín.

—No te preocupes por la hora. Disfrutad de la velada. No sabéis si… —El padre no acabó la frase, por suerte. Hubiera resultado ofensivo volver a incidir sobre la posibilidad de que la estancia en Cuba enfriase la relación de la pareja, que supusiese un punto y final en lugar de un punto y seguido—. Pasadlo bien. ¿Quieres que avise a Antonio?

—No es necesario que moleste al chofer. No hace demasiado frío y nos gusta pasear.

—Como quieras —dijo el padre cuando su hija ya había llegado a su lado.

—Hola, Fermín. Hola, papá —saludó Ana.

—Hija, acabas de dejar claras tus prioridades dirigiéndote primero a Fermín —apuntó su padre sonriendo—. Venga, id a pasear o lo que sea que penséis hacer —añadió con retintín, algo que no pasó desapercibido a la pareja de jóvenes.

A pesar de las palabras de Fermín esa misma tarde en su despacho, Gabriel no podía tener ninguna certeza de que los dos jóvenes hubiesen consumado sus instintos más primarios, porque a él, incluso siendo más joven que ellos, le costó mucho reprimirse con Conchita, su entonces novia. Quería creer a Fermín y que Ana aún conservase su virtud.

—Gracias y no se preocupe. Yo cuido de su hija.

—Lo sé, Fermín. Eres un caballero, algo cada día más escaso.

Ana se despidió de su padre con dos besos y, junto a su novio, abandonó la propiedad. El padre los observó alejarse, agarrados de la mano, hasta que los perdió de vista cuando giraron en una esquina.

—¿Al nidito de amor? —preguntó ella refiriéndose al Parque de los Venados. Ahí se encontraban las parejas por la noche, sentadas en los

bancos o tumbadas en el césped, amparadas por la oscuridad, para besarse, acariciarse, masturbarse o hacer el amor.

—Más tarde. Ahora preferiría ir a bailar. ¿Te apetece?

—Sí. Por qué no —respondió ella.

Las luces de neón anunciaron su llegada al exclusivo club, un salón de baile famoso en la ciudad, donde una orquesta alternaba canciones mexicanas con éxitos estadounidenses, baladas con rocanrol, Elvis Presley con Jorge Negrete.

El portero, alto, fornido y con el pelo engominado, les abrió la puerta y un *blues* los recibió. Quedaban mesas libres y se sentaron a una para dos ocupantes.

—Un día es un día. Voy a pedir un margarita, ¿te apetece? —preguntó Fermín sin soltar la mano de Ana, sobre la mesa, donde una vela encendida otorgaba el toque romántico.

—Un día es un día —repitió ella, que tampoco solía consumir bebidas alcohólicas.

Un camarero, impecablemente vestido con un frac negro y una pajarita anudada en el cuello de una camisa blanca, se aproximó.

—¿Qué desean tomar?

—Dos margaritas —contestó Fermín.

Capítulo 5

El despertador sonó a las cinco de la madrugada. Los dedos de Fermín aún conservaban el olor al sexo de ella.

No había pegado ojo en toda la noche. Inquieto, intentó dormirse pensando en Ana, en las baladas que habían bailado unas horas antes, con sus cuerpos pegados, sudorosos; recordando los besos, las caricias en el parque; en su adiós delante de la entrada a la casa de Ana. Porque, a pesar de la insistencia de ella, él se negó en redondo a despedirse en el andén de la estación de tren, a verla llorar desde la ventanilla del coche de primera clase, a observarla alejándose, cada vez más pequeña, cuando el tren iniciase su marcha. No, prefería recordarla en aquella noche atropellada, de risas, alcohol y manoseos furtivos; rememorando el tacto y el sabor de sus pechos; sus gemidos de placer, contenidos, sobre la hierba, con los únicos testigos de las rapaces nocturnas.

Se levantó y fue hasta el escritorio de su habitación. Escribió la primera de los cientos de cartas que presumía que escribiría en los siguientes doce meses. Cerró el sobre y anotó en el anverso la dirección y el nombre de su amada: «Srta. Ana Quiroga». Se duchó con agua muy caliente, casi hirviendo, y así estuvo un rato, bajo los relajantes chorros de agua que corrían por su piel. Se secó, se afeitó y se vistió. Escogió uno de sus mejores trajes, con corbata, por supuesto, y se calzó unos zapatos Oxford negros.

Cogió con una mano la maleta que había preparado antes de acostarse; con la otra, el maletín de médico, de piel y con todo el instrumental básico que su padre le había regalado al licenciarse. Bajó las escaleras con sigilo, para no llamar la atención. Llegó al salón, la lámpara de una mesita estaba encendida y, a su lado, de pie, su madre, vestida con una bata y con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos vidriosos. Él se acercó y dejó el escaso equipaje en el suelo. Ella le ofreció sus manos y se fundieron en un cálido abrazo.

—Te voy a extrañar mucho, hijo.

—Y yo a ti, mamá. Os escribiré y os llamaré por teléfono siempre que me sea posible.

—Venga. No vayas a perder el tren —lo apremió ella.

Su madre lo abrumó a besos, como cuando era un niño, en la frente, en las mejillas…

—Adiós, mamá —se despidió.

Fermín se puso el abrigo y se caló el sombrero —le habían advertido de que el sol en Cuba lo hacía necesario—, cogió la maleta y el maletín, abrió la puerta y dejó atrás a su madre. Su padre lo observaba desde la ventana de la habitación de matrimonio, a oscuras, para no ser visto.

Llegó a la estación de Buenavista cuarenta y cinco minutos antes de la partida del tren. El empleado del coche de primera clase esperaba a los pasajeros en el andén, delante de la puerta.

—Buenos días, señor. ¿Me permite? —preguntó mirando el equipaje que portaba en las manos.

—Buenos días —saludó Fermín, que dejó el equipaje en el suelo, sacó el pasaje del bolsillo derecho de su abrigo y se lo entregó. El empleado, tras comprobarlo, se lo devolvió y silbó. Un mozo, que pareció surgir de la nada, recogió la maleta y el maletín del suelo y subió al coche seguido de Fermín.

—Su asiento, por favor —quiso saber el imberbe joven.

—El veintitrés.

—Sígame, por favor.

Se adentraron en el pasillo del coche hasta que el mozo se detuvo, abrió una puerta corredera acristalada, entró en el compartimento y colocó la maleta y el maletín en el portaequipaje.

—Este es su asiento —dijo, y esperó.

Fermín sacó unas monedas del bolsillo derecho del pantalón de pinzas y se las entregó.

—Gracias, señor. El convoy dispone de un coche restaurante siempre abierto, justo delante. El desayuno se sirve en cuanto el tren se ponga en marcha. Que tenga un buen viaje.

El joven, raudo, cerró la puerta y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, buscando otro pasajero para ganarse una nueva propina, su único ingreso. Fermín se quitó el abrigo y el sombrero y los colocó junto a su equipaje. Después, se sentó en el asiento de piel anexo a la ventana, separado del contiguo por un reposabrazos, también tapizado en piel; en frente, otros dos asientos.

Unos minutos más tarde llegó un nuevo pasajero, sin equipaje ni abrigo; un hombre de unos treinta años, con el pelo engominado y peinado hacia atrás, que se sentó delante de él y colocó su sombrero en el asiento colindante.

—Buenos días.

—Buenos días —correspondió Fermín.

—¿Por placer o por trabajo? Disculpe, no es de mi incumbencia.

—No es ninguna molestia. Por trabajo —respondió Fermín.

—Igual que yo. Me dirijo a Veracruz para cerrar un acuerdo comercial. Perdón, no me he presentado. Me llamo Germán González

—dijo ofreciéndole su mano.

—Fermín Vázquez. Un placer —añadió y estrechó la mano de su compañero de viaje—. Yo también voy a Veracruz, pero mi destino es Cuba.

González torció el gesto antes de hablar.

—Un país muy bello y con hermosas mujeres. Tenga cuidado, esas damas tienen la virtud de encandilar a los hombres, especialmente si es un joven y apuesto médico —dijo sonriendo y mirando el portaequipajes de Fermín.

—Le agradezco la advertencia, porque estoy comprometido —apuntó Fermín, que sacó una fotografía de Ana y se la mostró a Germán.

—Mi enhorabuena. Un bombón su prometida. No se ofenda, es que suelo decir lo que pienso.

—Lo sé. Soy afortunado. Nos casaremos a mi regreso de Cuba, dentro de un año. Y no me ofende, soy como usted —remarcó Fermín, que guardó la instantánea en la cartera.

El hombre sonrió y, después, soltó una sonora carcajada.

—Un año es mucho tiempo, Fermín, y más en Cuba.

Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para dudar de la solidez de su relación tras su marcha a Cuba, algo que empezaba a soliviantarle.

—Soy un hombre de palabra —afirmó solemne, sosteniendo la mirada en la de Germán.

—Disculpe si le ha molestado mi observación. No dudo de que sea un hombre cabal.

Sin más ocupantes en el compartimento, el tren emitió varios bocinazos y arrancó. Germán miró a Fermín.

—Me permite que le invite a tomar algo en el restaurante, para resarcirle de mi desliz.

—No es necesario. Gracias.

—Insisto. El viaje dura más de doce horas y es conveniente estirar las piernas de vez en cuando.

Fermín no tenía ni hambre ni sed, y puesto que acababa de subirse al tren, tampoco sentía la necesidad de caminar, pero no quería ser descortés.

—Está bien. Acepto su invitación.

Los dos salieron al pasillo y él siguió a Germán, que parecía conocer el tren como la palma de su mano. Llegaron al coche restaurante y se sentaron a una mesa para dos, junto a la ventana. A la luz del alba, los campos de maíz se extendían por el horizonte.

Un camarero, ataviado como un botones de hotel, se acercó a la mesa.

—Buenos días. ¿Qué les sirvo?

—Un tequila —respondió Germán.

—Un zumo de naranja y un tamal verde —añadió Fermín, al que se le había despertado el apetito.

—Sólo tenemos tamales verdes de pollo —concretó el camarero.

—Pues de pollo —aceptó Fermín.

—¿No acompañaría mejor una cerveza a ese tamal? —sugirió Germán cuando el camarero se retiró.

—Seguramente, pero no suelo consumir bebidas alcohólicas, y menos tan temprano.

—Pues comenzar el día con un trago de tequila es lo mejor para la salud.

—Creo que en eso debo discrepar.

—Es médico, así que debería considerar su opinión, ¿verdad?

—No necesariamente. No soy su médico.

—Me cae bien, Fermín. ¿A qué localidad de Cuba se dirige?, si no es indiscreción, por supuesto.

—A Trinidad.

Germán chasqueó la lengua antes de continuar. En ese instante el camarero llegaba con el zumo y la comida en una bandeja que soportaba con una sola mano a la altura de la cabeza. Ni rastro del tequila.

—Buen provecho —dijo el empleado tras depositar la comanda en la mesa.

—Gracias —contestaron casi al unísono los dos.

Germán se reclinó sobre la mesa hasta invadir el espacio personal de Fermín.

—No sé si es una buena idea su viaje a Trinidad. Supongo que está al corriente de la situación —susurró.

—Si se refiere a la revuelta, sí.

—No es una revuelta, se trata de algo más serio, una revolución —contestó en voz baja, sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa y se la entregó a Fermín, que la miró. Se trataba de una tarjeta comercial manuscrita, con el nombre y la ocupación de su extraño acompañante.

—Guárdesela —continuó Germán—. Si se encuentra con algún revolucionario y no lo mata antes, dígale que tiene que entregarle esta tarjeta a Fidel en persona.

—¿Lo conoce? ¿Conoce a Fidel Castro?

—Conozco a mucha gente —afirmó Germán con una sonrisa socarrona—. Pero Fermín, usted y yo no hemos tenido esta conversación.

El hombre estiró su pantalón dejando por un instante a la vista la culata de una pistola, lo que Fermín interpretó como una advertencia.

—No se preocupe, soy una tumba.

Germán soltó otra sonora carcajada.

—Procure no acabar en una en los próximos meses.

Durante el desayuno hablaron de temas banales. Ninguno volvió a mencionar Cuba o la Revolución. Germán le entregó un papel con la dirección de un hotel en Veracruz. Fermín se lo agradeció e insistió en pagar la cuenta, puesto que su acompañante no había consumido nada. El tequila lo trajo el camarero a instancias de Fermín, pero Germán, para sorpresa de Fermín, no lo probó. Al regresar a sus asientos seguían solos en el compartimento. Fermín sacó un libro de su maleta y lo abrió.

—Veo que la cabra tira al monte —dijo Germán.

—¿Perdón?

—El libro, *Principios de Medicina Interna* —aclaró su acompañante.

—Ah, sí. Quiero revisar algunos casos clínicos —mintió Fermín, que con esa estrategia intentaba dar por zanjada la conversación con un hombre que comenzaba a intimidarlo, del que desconfiaba—. No le importa, ¿verdad?

—En absoluto. El viaje es largo y pensaba echar una cabezada. Disfrute de la lectura. —Se colocó el sombrero ladeado, con el ala ocultando los ojos. Después, se apoyó en la ventanilla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Disculpe —era una voz femenina.

Fermín, mecido por el rítmico traqueteo del tren, se había dormido. El libro de medicina estaba en el suelo y él, medio tumbado, ocupando parte del asiento contiguo.

—Perdón, señora. Me he dormido.

—No se preocupe, joven —afirmó la mujer, de unos cincuenta años, baja y oronda, que intentaba colocar su maleta en el compartimento superior.

Él se levantó y la ayudó con el equipaje.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. Para servirle. Fermín Vázquez —se presentó ofreciéndole la mano derecha, que la mujer estrechó.

—Herminia Robles del Pozo —correspondió ella.

Germán ya no estaba y su asiento lo ocupaba un anciano, lo que implicaba que le había mentido sobre su destino o se había apeado del tren antes de llegar.

«¿Por qué? ¿Quién era de verdad ese hombre armado?», se preguntó Fermín.

—¿Dónde estamos?

—Entre las estaciones de Rinconada y San Andrés —respondió la mujer.

Miró su reloj. No sabía con certeza el tiempo que había dormido, pero calculó que al menos seis horas. Tenía la boca seca y una extraña sensación de aturdimiento. Sus conocimientos de medicina le llevaron

a la conclusión de que lo habían sedado con algún barbitúrico. «Germán lo debió añadir al zumo durante el desayuno», concluyó.

—Señor —dijo elevando el tono de voz para llamar la atención del anciano—, ¿ha visto al hombre que ocupaba su asiento antes que usted?

—No había nadie aparte de usted cuando entré en el compartimento. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en especial. Simple curiosidad —fue la respuesta de un atribulado Fermín.

Cinco horas más tarde, tras almorzar en el coche restaurante y acabar de leer el libro de medicina interna, el tren se detuvo en la estación de Veracruz, a las siete y cuarto de la tarde. Al tratarse del final del trayecto, todos los pasajeros recogieron sus equipajes. Fermín le entregó a Herminia su maleta y esta agradeció cortésmente el gesto. Después, hizo lo propio con su maleta y el maletín. En un acto reflejo abrió el equipaje. A simple vista no faltaba nada en la maleta, tampoco en el maletín con el instrumental médico.

Ya fuera de la estación, observó el bullicioso ir y venir de personas. Localizó la parada de taxis y se dirigió al primer vehículo de la fila.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —saludó el taxista, que salió del vehículo y colocó el equipaje en el maletero mientras Fermín se subía a la parte trasera del taxi y se sentaba. El aire era caluroso y húmedo, así que bajó la ventanilla de su lado. Para entonces, el conductor había vuelto a su asiento.

—¿A dónde lo llevo?

Fermín sacó del bolsillo del pantalón el papel con la dirección del hotel que Germán le había recomendado, pero desechó la idea de alojarse ahí.

—¿Conoce algún buen hotel? A ser posible cerca del puerto. El precio no importa.

No había tenido ni tiempo ni ganas de buscar un hotel el día anterior y, aunque no le gustaba improvisar, no le quedaba más remedio.

—Le puedo recomendar uno. Es sencillo, pero limpio, y está al lado del puerto.

—De acuerdo. Lléveme allí.

El automóvil se detuvo y, tras cobrar, el taxista salió y cargó con el equipaje hasta la recepción del hotel. Fermín llegó instantes después.

La primera impresión era deplorable. La recepción estaba limpia y olía a lejía, pero se notaba descuidada. El sofá de la entrada estaba rasgado y el suelo desgastado. Parecía haber retrocedido a principios del siglo XX.

—Serán veinte pesos por adelantado —exigió el recepcionista, que

le hizo entrega de la llave de la habitación ciento dos después de cobrar.

Fermín recogió la maleta y el maletín, y buscó infructuosamente el ascensor. El recepcionista le indicó las escaleras. Subió hasta la primera planta y accedió a un pasillo mal iluminado. Su habitación era la segunda a la derecha, tuvo que comprobarlo ayudándose de su mechero, puesto que la placa ovalada adherida a la puerta estaba desgastada. Dejó el equipaje en el suelo, usó la llave y entró. Tanteó la pared de la derecha buscando un interruptor hasta que lo palpó y lo accionó. Ante él apareció una diminuta habitación con las paredes desconchadas, sin mesitas de noche —ni de día— y con un viejo armario como único mobiliario. Todo invitaba a marcharse, incluida la raída manta del camastro individual. Salió de la habitación, recogió el equipaje y bajó las escaleras. El taxista ya no estaba. Sin pensarlo, dejó las maletas en el suelo y se encaminó a la recepción.

—Devuélvame los veinte pesos. Me marcho de este tugurio.

—¿No es del gusto del señor? —dijo el recepcionista con retintín y mostrando una sonrisa sardónica.

Fermín abrió la portezuela que le separaba del hombre y le dio un puñetazo en la cara. Notó crujir la nariz, se la había partido, pero siguió golpeándolo una y otra vez, incluso cuando ya estaba tendido en el suelo. Después, lo pateó. La ira, tantos años contenida, había sacado la bestia que llevaba dentro.

Desde que tenía memoria, recordaba su agresividad descontrolada cuando alguien lo provocaba, a veces bastaba una sola mirada. Era médico y sabía lo que le pasaba. Padecía un trastorno disociativo, dos personalidades distintas; la del médico y novio, amable y atento, y la otra, la patológica, la de una alimaña sedienta de sangre. Sus ataques de ira le habían provocado varias expulsiones escolares y el subsiguiente castigo de su padre, que incluía correazos en las nalgas.

Hacía años que no le sucedía, más o menos desde que conoció a Ana. Ella era como un bálsamo que sacaba lo mejor de él y contenía lo peor de su personalidad. Se había planteado varias veces acudir a algún psiquiatra, pero nunca lo había hecho, por vergüenza, pero, sobre todo, por miedo a perder su licencia para ejercer la medicina, su pasión.

Cogió los veinte pesos de la caja registradora y los guardó en el bolsillo de su chaqueta. El hombre, tumbado en el suelo, permanecía inconsciente, sangrando profusamente por la nariz, pero vivo. Salió por la puerta del hotel y se cruzó con una pareja que no reparó en su presencia. No obstante, agachó la cabeza y aceleró el paso. Después, comenzó a correr, con el equipaje golpeándole en las piernas. Llegó a una avenida muy transitada, paró un taxi y subió. Sacó el papel que le había dado Germán en el tren y se lo entregó al taxista, sin hablar. La

adrenalina todavía corría por sus vasos sanguíneos y resollaba. El conductor lo miró por el espejo retrovisor y él inclinó la cabeza. Entonces, Fermín vio los nudillos de su mano derecha ensangrentados.

«¿Lo habrá visto? No creo, está oscuro», se convenció a sí mismo.

El taxista le devolvió el papel y arrancó el vehículo sin dirigirle la palabra a Fermín. Los años de servicio le debían haber enseñado cuándo debía hablar con un cliente y cuándo convenía callarse. El caso es que llegaron al hotel en menos de quince minutos. El taxímetro marcaba casi tres pesos. Fermín le dio tres monedas de un peso.

—Quédese con el cambio —dijo saliendo del taxi.

—Gracias. Buenas noches, señor.

Antes de entrar en el lujoso hotel se limpió los restos de sangre con saliva y con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo del pecho de la chaqueta; después, lo guardó en el del pantalón. Ya no sangraba. Se adentró en el amplio recibidor y se encaminó hacia la recepción.

—Buenas noches —saludó al joven empleado—. Una habitación individual para esta noche.

—Buenas noches —correspondió el recepcionista, que miró el libro de registro de huéspedes y se dio la vuelta, donde varias llaves colgaban dentro de sus respectivos cubículos numerados—. Lo lamento, caballero, pero todas las habitaciones individuales están ocupadas. Le puedo ofrecer una doble a precio de una individual.

—Me parece bien —asintió Fermín.

—¿Me podría mostrar algún documento identificativo para el registro?

—Sí, claro —contestó. Sacó el pasaporte de la maleta y lo dejó sobre el mostrador de mármol negro. El empleado, un poco mayor que él y algo afeminado en sus gestos, miró el pasaporte y luego a Fermín, anotó los datos en el libro de registro y le devolvió el pasaporte esbozando una sonrisa.

—Que tenga una buena estancia —dijo entregándole la llave—. El hotel dispone de servicio de habitaciones las veinticuatro horas.

Fermín cayó en la cuenta de que no había cenado y su estómago se empeñó en recordárselo.

—¿Podría pedir que me subieran un consomé y un bistec?

—Por supuesto. Llamaré a la cocina. —Chasqueó los dedos y un botones apareció de la nada.

—No es necesario… Bueno, pensándolo bien, no vendrá mal un poco de ayuda. El viaje ha sido agotador —rectificó al ver el rostro de desilusión del botones, no mayor de catorce años y cuyos únicos ingresos procedían de las propinas de los huéspedes.

Como impulsado por un resorte, el muchacho colocó el equipaje en un carro dorado.

—Le acompaño a su habitación —se ofreció.

—La trescientos catorce —puntualizó el recepcionista.

Ya en el ascensor, el joven pulsó el botón de la tercera planta. Cuando el elevador se detuvo, el muchacho abrió la puerta, invitó a Fermín a salir, sacó el carro y la volvió a cerrar.

—Por favor, sígame —dijo con el tono de voz grave de la pubertad, pero sin la intensidad que le otorgaría la adolescencia.

Caminaron por el pasillo enmoquetado hasta que el botones se detuvo y miró a Fermín.

—¿Me permite? —dijo extendiendo la encallecida mano derecha.

—¡Ah!, sí. Disculpe.

Fermín le entregó la llave, el joven abrió la puerta, franqueó el paso al nuevo huésped y depositó la maleta y el maletín dentro, en un banco anexo al armario empotrado, junto a la puerta del baño; encendió la luz de la habitación y se quedó de pie. Fermín le dio el billete que poco antes había cogido de la caja registradora —lo sabía por la pequeña mancha de sangre seca que este conservaba en una de las esquinas—, para regocijo del joven, que no esperaba tanto pago por su servicio.

—Si necesita algo, sólo tiene que marcar el número uno en el teléfono de la mesita. Buenas noches —se despidió el muchacho, que salió de la habitación y cerró la puerta.

Entró en el baño y se lavó las manos, incidiendo en los nudillos de la derecha. Abrió el maletín y aplicó alcohol etílico sobre la herida, que cubrió con una gasa y esparadrapo. Colocó la maleta y el maletín dentro del armario, en el espacio reservado para ello, y lo cerró.

La habitación era amplia y luminosa, esto último lo dedujo por el gran ventanal y la puerta con acceso a un balcón al que se asomó. Desde ahí se veía el puerto, iluminado y con aparente actividad. La cama de matrimonio, de madera clara, igual que el cabezal, estaba en la pared de la derecha. La cubría una manta beis, plegada de manera que dejaba a la vista la almohada.

Estaba agotado y se dejó caer sobre el mullido colchón, exhalando una bocanada de aire, con la mirada perdida en la lámpara de araña del techo, pero su reposo duró poco. Alguien golpeó la puerta.

—Servicio de habitaciones —escuchó al otro lado.

Se levantó y abrió la puerta. Se trataba del mismo botones, que ahora empujaba un carrito de comida sobre el que reposaba un puchero humeante, un plato hondo vacío y otro llano con el bistec, una hogaza de pan, los cubiertos, un vaso de vidrio y una jarra de agua del mismo material.

—Buen provecho —le deseó el joven—. ¿Quiere que pase más tarde a retirar el carrito?

—No, gracias. En cuanto acabe de cenar me acostaré.

—Entonces, buenas noches.

Esta vez no esperó. El botones giró sobre sí mismo y abandonó la habitación.

Sentado en la cama, Fermín dio buena cuenta del consomé y del filete de carne. Después, se sentó en la silla, frente al escritorio que hacía las veces de cómoda, y ahí escribió la primera de las cartas que enviaría a Ana en los próximos meses; para ello utilizó una de las cuartillas apiladas sobre la cómoda. Describió someramente lo acaecido ese día, incluyendo el extraño encuentro con el enigmático Germán, pero ni una palabra sobre el incidente en el otro hotel. Dobló la hoja de papel y la introdujo en un sobre con el logotipo y la dirección del hotel en el reverso. Lo cerró, anotó el nombre de su novia y su dirección en el anverso y lo depositó en la bandeja metálica para el correo. Salió al balcón, encendió un cigarrillo, se lo llevó a los labios y observó con atención, ahora sí, la frenética actividad del puerto de Veracruz, el ir y venir de personas, la carga y descarga de mercancías en los barcos. Elucubró sobre la posibilidad de que alguno de los navíos atracados en el muelle fuese el que lo llevaría a Cuba. Suspiró, cerró la puerta del balcón, apagó el cigarrillo en el cenicero de mármol de la mesita de noche, se desnudó y se tumbó en la cama, bajo el ventilador de techo que aliviaba el húmedo calor caribeño. Apagó la luz y, agotado, se durmió.

Capítulo 6

Sediento e inquieto por temor a quedarse dormido y perder el barco, se despertó varias veces esa noche. Encendió la luz de la mesita de noche para comprobar la hora. Su reloj de pulsera marcaba las cinco y diez de la madrugada. Optó por despejarse bajo la ducha, momento que aprovechó para saciar su sed, puesto que en la cena había agotado el agua de la jarra. Se afeitó delante del espejo del baño, se peinó, aplicó gomina sobre el cabello y colonia en cara y cuello. Con la piel aún húmeda, se vistió con la ropa del día anterior, prescindiendo de la innecesaria chaqueta. Salió de la habitación con el equipaje y bajó hasta la recepción por las escaleras, para preguntar por el restaurante.

—Buenos días, señor. ¿Se marcha del hotel? —preguntó el recepcionista.

—Todavía no. Antes me gustaría desayunar.

—El restaurante acaba de abrir —dijo señalando con la mano enfrente, donde, a través de la puerta abierta, se podían vislumbrar multitud de mesas con manteles blancos, cubiertos y pulcras servilletas de tela blanca.

Fermín entró y se sentó a una mesa para cuatro comensales. A pesar de la temprana hora, dos grupos de hombres ocupaban sendas mesas. Su ropa y su porte sugerían su elevado poder adquisitivo. Él saludó con un «buenos días», pero, dada la distancia y la agitada conversación que mantenían, ninguno pareció advertir su presencia.

Un camarero se acercó.

—Buenos días. ¿Qué desea tomar?

—Buenos días —correspondió Fermín—. Un café, un huevo revuelto y jugo de naranja.

El camarero anotó la comanda y se retiró.

Fermín buscó con la mirada la prensa diaria, pero no la encontró. Supuso que aún no habría llegado. Quería saber si algún periódico se había hecho eco de la paliza que le infligió al recepcionista la noche anterior. Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo la tarjeta que le había entregado el misterioso acompañante del tren.

«Quién será», se volvió a preguntar.

Después de desayunar se encaminó a la recepción, pagó el importe de la estancia, la cena y el desayuno y solicitó un taxi. Puesto que el hotel estaba muy cerca del puerto, podía haber ido caminando, pero desconocía el lugar y, sobre todo, el muelle de donde partiría su

barco. No tuvo que esperar mucho. El portero del hotel abrió la puerta trasera del taxi y Fermín subió mientras el taxista colocaba el equipaje en el maletero del vehículo.

—¿A dónde lo llevo? —preguntó nada más sentarse en el asiento del conductor.

—Al muelle de donde parten los barcos de pasajeros que cubren la línea Veracruz-La Habana.

Sin mediar palabra, el taxista arrancó el coche, se internó en una amplia avenida y, antes de quince minutos, detuvo el automóvil, sacó la maleta y el maletín, los dejó en el suelo y cobró la carrera.

El barco no era muy grande, de unos cien metros de eslora. La pasarela que permitía subir al navío estaba colocada, pero una cadena impedía el acceso. Fermín observó la presencia de un marinero en la cubierta y llamó su atención con un silbido, después le hizo un gesto con la mano para que se acercase. Cuando descendió por la pasarela y llegó a su altura, el hombre habló:

—¿Es un pasajero?

Fermín le mostró su pasaje.

—El barco zarpará a las siete y media —prosiguió el marinero—. El embarque comenzará dentro de… —miró su reloj de pulsera— treinta y cinco minutos.

Fermín sacó su billetera y extrajo un billete de veinte pesos, lo colocó dentro del pasaporte y se lo entregó al hombre, que lo abrió y, al ver el dinero, se giró para mirar arriba.

—Disculpe. Los pasajeros de primera clase pueden embarcar antes. Aviso a un mozo para que lo acompañe hasta su camarote. Espere aquí.

En menos de tres minutos el marinero y un hombre negro de avanzada edad, aunque en buena forma física, se presentaron ante él. El empleado retiró la cadena y el mozo cogió el equipaje con sus fornidas manos.

—Acompáñeme, por favor —dijo el anciano.

Una vez en la primera cubierta, subieron por una escalera interior que finalizaba en un pasillo recién pintado de blanco y bien iluminado. Se detuvieron delante de una puerta con el número trescientos veintidós en un rótulo dorado. El mozo abrió la puerta con la llave, encendió la luz y dejó la maleta y el maletín en el suelo de linóleo. Fermín sacó de nuevo la billetera y le dio un billete de diez pesos.

—Gracias, señor. Que tenga una buena travesía —le deseó el empleado—. Si no ha desayunado, el restaurante de primera clase abre a las ocho, lo encontrará al final del pasillo. —Le entregó la llave, salió y cerró la puerta.

El camarote no era muy amplio, pero disponía de su propio baño

con ducha y todo lo necesario: una cama doble, dos mesitas de noche, una mesa con espejo y una silla, un folleto con las normativas del barco y los horarios de los servicios; sobres de cartas, papel con el logotipo de la compañía naviera y una estilográfica; también, un pequeño armario empotrado junto a la entrada. Por la redonda ventana sólo se apreciaba oscuridad, por lo que dedujo que su camarote estaba en la zona de babor, la que daba al mar.

Se tumbó en la cama, boca arriba, con la mirada perdida en el techo, hasta que se durmió. Al despertar, la luz solar inundaba la estancia y le pareció escuchar una conversación. Por un momento no sabía dónde se hallaba. Aturdido y sudoroso, miró su reloj de pulsera, las manecillas marcaban las once y cuarto. Había dormido más de cinco horas. Se desnudó y se dio una ducha con agua fría, hasta que se despejó. Volvió a vestirse con la misma ropa y salió al pasillo, con el pelo húmedo. Cerró la puerta del camarote con llave y, siguiendo las indicaciones de las paredes, llegó hasta la cubierta. Agarrado a la barandilla metálica inspiró profundamente el aire cargado de salitre, para exhalarlo a continuación mientras observaba la inmensidad del mar. Unas nubes amenazadoras dibujaban el horizonte.

—Se avecina una tormenta —escuchó a su lado. Era la áspera voz de un oficial, un marinero de unos cincuenta años con acento cubano y cuya gorra, blanca y azul, ocultaba parte del pelo canoso; el rostro era adusto, moreno y surcado por multitud de arrugas y una cicatriz en el mentón; los ojos, azules, trasmitían calma, pero sus palabras no.

—Asegure sus objetos personales después del almuerzo y no salga de su camarote —continuó—, porque en unas horas este navío se convertirá en un cascarón a merced del oleaje. Pero no se preocupe, el Santa Elena ha capeado peores tempestades.

El oficial soltó una risotada y fijó su mirada en la de Fermín.

—Disculpe, no me he presentado. Soy Miguel Ansuaga, segundo oficial al mando del Santa Elena —dijo ofreciéndole la mano a Fermín, que se la estrechó.

—Fermín Vázquez, médico. Gracias por la advertencia.

—¿Su primer viaje a Cuba?

—Sí, por trabajo —contestó esbozando una sonrisa.

—Que disfrute del viaje, doctor. Yo tengo que seguir con la ronda.

—Gracias —dijo Fermín cuando el oficial se alejaba llevándose la mano a la visera de la gorra, como gesto de cortesía.

Puesto que faltaba más de una hora para que sirviesen el almuerzo, tal y como constaba en el folleto de instrucciones, decidió volver al camarote. Una vez allí, se sentó delante del secreter, sacó la fotografía de Ana de su cartera y comenzó a escribir:

Diecisiete de noviembre de 1957.

Hola, Ana.

Espero que a la llegada de la presente te encuentres bien y ya no estés enojada.

Estoy en mi camarote, rumbo a La Habana, mirando tu fotografía.

El barco reúne todas las comodidades que cabría esperar.

Hace buen tiempo, aunque algo caluroso. Acabo de conocer al segundo oficial del navío, un cubano muy simpático. Creo que te gustaría.

No dejo de pensar en ti y en los meses que quedan para nuestro reencuentro. Estoy seguro de que esta experiencia me convertirá en un médico de verdad y que será bueno para nuestro futuro.

Cuando recibas esta carta ya te habré escrito alguna más. Confío en que en la hacienda haya teléfono. En caso contrario y como te prometí, te escribiré cada día.

Te extraño.

Tuyo, Fermín.

Dobló por la mitad la cuartilla y la introdujo dentro de un sobre amarillento, que cerró. En el anverso escribió el nombre y la dirección de Ana; en el reverso, sólo su nombre. Después, dejó el sobre en la bandeja metálica para el correo.

El ventilador apenas sofocaba el calor reinante dentro del camarote. Salió, cerró la puerta con llave y se encaminó al restaurante. El olor a café impregnaba el aire del comedor. Nada más entrar, el metre, sonriente e instalado tras un atril, lo saludó y le pidió el pasaje.

—Lo siento. Lo tengo dentro de la maleta —se disculpó Fermín.

—No se preocupe, caballero. Si es tan amable de decirme su nombre.

—Fermín Vázquez. Doctor Fermín Vázquez —recalcó.

—Perfecto —dijo el jefe de sala, un hombre bajo, de pelo ralo y facciones duras, que revisó el libro diario del restaurante y anotó algo —. Se aloja en el camarote trescientos veintidós, ¿verdad?

—Así es.

—Doctor, escoja la mesa que prefiera —dijo señalando con la mano enguantada el salón—. Pronto le atenderá un camarero.

—Gracias —contestó Fermín y se dirigió al fondo del salón, una estancia con el suelo enmoquetado en un azul cielo y motivos marineros, como anclas o delfines; con mesas redondas y sillas con reposabrazos y tapizadas en terciopelo azul. Todas con un centro floral y cubertería de plata, además de un jarrón con agua y copas de distintos tamaños; las cubría un mantel blanco de algodón, igual que las servilletas, al lado de los cubiertos.

Fermín optó por una de las últimas, junto a unos grandes ventanales por donde la luz entraba a raudales. Aun así, las lámparas colgantes del techo estaban encendidas y se balanceaban ligeramente. Se sentó mirando hacia la entrada. Sólo había tres mesas ocupadas, lo que le llevó a deducir que el navío no iba completo, al menos en primera clase. Dos de ellas las ocupaban sendos hombres de mediana

edad que leían el periódico; en la otra, una familia con aspecto de ser turistas apuraba su almuerzo entre los reproches de la madre ante el inquieto comportamiento de sus hijos y el intento del padre para apaciguar los ánimos.

Abstraído como estaba en los comensales, Fermín no se percató de la presencia de un joven camarero detrás de él.

—Buenos días, señor —saludó el camarero—. Lamento comunicarle que la langosta se ha acabado. ¿Ha decidido lo que va a comer?

—Buenos días. Todavía no —contestó Fermín.

—Enseguida vuelvo a tomar la comanda.

El camarero se retiró y él echó un vistazo a la carta y la volvió a depositar sobre la mesa, momento que aprovechó el empleado para acercarse.

—¿Ya ha decidido qué va a pedir?

—Sí. De primero, una sopa de marisco; y de segundo, pez espada a la plancha con verduras.

—¿Qué desea beber? Disponemos de una pequeña pero selecta carta de vinos. Le recomiendo…

—Tomaré agua —lo interrumpió Fermín.

—Como desee —afirmó el empleado, que acabó de anotar el pedido y se alejó.

El barco se escoró provocando el chillido de la mujer, que suspendió por un momento la reprimenda a sus vástagos. De pronto, Fermín recordó la advertencia del oficial; se aproximaba una tormenta.

Después de almorzar subió a la cubierta. El viento arreciaba por momentos y el sol ya se había ocultado tras unas nubes amenazadoras. Caminó hasta la proa y observó el mar embravecido embistiendo la quilla del barco y provocando que el navío se elevase unos metros con cada embestida.

—Señor, no puede estar aquí —escuchó y se giró hacia la voz—. Por favor, vuelva a su camarote.

Se trataba de un marinero que vestía un impermeable amarillo con capucha y calzaba unas botas de agua. Fermín lo saludó cuando pasó a su lado y bajó con dificultad las escaleras. Agarrado a la barandilla para evitar un traspié llegó al pasillo y, tambaleándose, a su camarote. No sin problemas, consiguió introducir la llave en la cerradura para abrir la puerta. La lluvia repiqueteaba con fuerza en la ventana redonda. El cielo y el mar eran casi indistinguibles, tenían la misma tonalidad de gris oscuro, sólo roto por los relámpagos y la espuma blanca de las olas.

Se tumbó en la cama. Ni siquiera se descalzó. Tuvo que agarrarse al cabezal de hierro para no caer al suelo con cada bandazo, cada vez más frecuentes. El barco crujía emitiendo su particular quejido, como

un animal herido. La inquietud y el miedo se apoderaron de Fermín, que rezó lo que no había hecho en su vida.

Después de cuatro horas y el doble de vómitos, el barco dejó de zarandearse, los rayos de sol atravesaron la ventana y él se levantó. Mareado, se dirigió al baño, se remojó la cara y se cepilló los dientes para eliminar el agrio sabor de la boca. La mano le temblaba cuando giró el pomo de la puerta. En el pasillo, un empleado salía de un camarote arrastrando un carro con productos de limpieza, toallas, un cubo escurridor y una fregona.

—¿Cómo ha pasado la tormenta? —preguntó el empleado al llegar a la altura de Fermín—. Tiene mala cara.

—Vomitando. Así que, si es tan amable, limpie el suelo de mi camarote antes de que el hedor inunde el pasillo.

—Por supuesto, señor. Los marineros ya estamos acostumbrados a los caprichos de la mar, pero los pasajeros…

—Gracias —fue la escueta respuesta de Fermín, aún con vértigos.

Apenas pudo probar bocado en la cena. Una manzanilla y una aspirina le apaciguaron el estómago y la cabeza.

Se acostó temprano y temprano se despertó. Desayunó y subió a cubierta. Las gaviotas, surcando el cielo, anunciaban la cercanía de la isla, que ya podía vislumbrar en la lontananza.

Cuando el barco atracó en el en el puerto de La Habana, había mucha gente en el muelle esperando su turno para subir al navío y hacer el viaje inverso, hacia Veracruz. La mayoría, familias adineradas, a tenor de la vestimenta y el abundante equipaje que portaban los mozos en carretillas. Bajó por la pasarela y buscó una parada de taxis. En el momento en que la encontró y dijo que se dirigía a Trinidad, la respuesta de los taxistas siempre era la misma: «Lo siento, señor. No llevo pasajeros a oriente». Hasta que la visión de un billete de cien dólares americanos hizo cambiar de opinión a uno de ellos, un hombre orondo, de unos cuarenta años y que se santiguó antes de iniciar el viaje, un trayecto muy largo, más de cinco horas en las que apenas intercambiaron unas palabras. Llegaron a su destino pasado el mediodía, por un bacheado camino de tierra bordeado de cañas de azúcar que apenas permitían ver las colinas cercanas.

El conjunto era impresionante. La que parecía la casa principal lucía un blanco inmaculado, con soportales para protegerse del impenitente sol. Grandes ventanales se alternaban con pequeñas ventanas de diversos colores en las dos plantas de las que constaba la casa. La coronaba una torre con vidrieras ricamente elaboradas. Anexa al edificio, una capilla del mismo estilo arquitectónico colonial y, al otro lado, a unos cien metros, lo que a Fermín se le antojaba un almacén o una fábrica con una chimenea humeante.

Se despidió del taxista y se dirigió a la puerta principal. De repente,

un hombre se cruzó en su camino y lo escrutó de arriba abajo.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —correspondió Fermín.

—¿Es usted el doctor?

—Sí, el mismo. Fermín Vázquez —contestó tendiéndole la mano, que el hombre estrechó con firmeza mientras exhalaba el humo de un cigarro soportado por sus escasos dientes ennegrecidos. Era alto, de unos cincuenta años, tal vez menos, con el rostro plagado de arrugas y un sombrero que protegía su rala cabeza del sol. Las facciones eran duras, igual que la mirada.

—Bienvenido al ingenio Oyarzábal. Yo soy Aurelio Comis, el capataz.

—¿Ingenio? —preguntó Fermín.

—Disculpé, olvidé que era mexicano.

—Español —repuso Fermín.

—Con más motivo entonces. Yo nací en Barcelona, pero vine a Cuba con veinte años, en busca de fortuna. El ingenio es como se llama aquí a las instalaciones industriales dedicadas a la molienda y al procesado de la caña de azúcar. Don Ignacio, el propietario del ingenio y de la plantación, también es de ascendencia española, y es evidente que le ha ido mejor que a mí —dijo mostrando algo similar a una sonrisa—. Me ha encargado que le reciba y le acompañe a su despacho, pero puesto que esperábamos su llegada más tarde, ha salido un momento a dar una vuelta en caballo por la hacienda.

El capataz accedió al porche salvando dos peldaños de piedra y cruzó la puerta de madera de dos hojas, que en ese momento estaba abierta. Fermín lo siguió con la maleta en una mano y el maletín en la otra. Aunque la temperatura de la casa era agradable, sudaba profusamente. Vio de soslayo cómo una mujer negra se asomaba a una de las puertas del amplio recibidor y siguió caminando detrás de Comis.

—Aquí es —anunció el capataz, que abrió la doble puerta corredera de madera con cristales biselados—. Este es el despacho de don Ignacio. Me ha dicho que lo espere aquí, así que póngase cómodo. No creo que tarde mucho en volver y yo tengo que continuar con mi trabajo.

Comis salió del despacho y cerró la puerta. Fermín se quitó la chaqueta y la colgó en un perchero de pie. Se sentó en un sofá de piel, con el sombrero en el regazo. A falta de otro entretenimiento, miró a su alrededor. La estancia era espaciosa y con mobiliario de finales del siglo XIX o principios del XX; la presidía una mesa pequeña, pero con espacio suficiente para su uso como escritorio. En una de las paredes un mueble de amplias dimensiones hacía de librería. En la pared opuesta, un armario con puertas de vidrio guardaba lo que parecían

archivadores; el resto lo completaban un gran ventanal detrás del escritorio y varias ventanas a ambos lados de una puerta con salida a un cuidado y frondoso jardín. Pero lo que le llamó la atención fue la proliferación de fotografías enmarcadas, a todas luces antiguas, que poblaban las paredes. Ya se había levantado para observarlas de cerca cuando la puerta corredera se abrió. Un corpulento hombre de unos sesenta años entró sacudiendo sus botas de montar en la alfombra de la entrada. Vestía una camisa blanca y un pantalón marrón claro, ambos de lino. Colgó su sombrero Panamá en el perchero donde Fermín había hecho lo propio con su chaqueta.

—Son fotografías familiares y del ingenio, de la época en que mi padre compró la hacienda. Don Fermín Vázquez, supongo —afirmó acercándose a una de las instantáneas y estrechándole la mano a Fermín.

—Supone bien. Usted debe ser don Ignacio Oyarzábal.

—Ignacio para usted, doctor. Tome asiento, por favor —sugirió señalando con la mano dos sillas situadas delante del escritorio. Oyarzábal se sentó en frente, de espaldas al ventanal; Fermín delante, cegado por la luz que a esas horas atravesaba la gran ventana.

—Disculpe —dijo el anciano, que se levantó y cerró la contraventana interior—. Aquí el sol es una bendición para la naturaleza, pero un suplicio para las personas. ¿Me puede mostrar su pasaporte? Mero formalismo.

Fermín se levantó, se dirigió hasta la percha de la puerta, sacó el documento de la chaqueta, volvió sobre sus pasos, se sentó y se lo entregó a Oyarzábal. Este lo abrió, le echó un rápido vistazo y se lo devolvió antes de hablar.

—Aunque su pasaporte es mexicano, nació en España, como yo.

—En Madrid —concretó Fermín.

—Sí, eso pone en el pasaporte. Yo nací en un pequeño pueblo costero de Vizcaya, Lekeitio. Mi padre me trajo aquí nada más morir mi madre. Yo acababa de cumplir cinco años. ¿Y usted, Fermín?

—Mis padres emigraron a México cuando yo tenía siete años.

—Comprendo. Dicen que Franco ha conseguido erradicar el comunismo, esa lacra que se está extendiendo por medio mundo.

—No sigo las noticias de España, y mis padres tampoco.

—Entiendo —dijo Oyarzábal frunciendo el ceño—. Dejemos la política para los políticos.

—Sí —fue la escueta respuesta de Fermín, que sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se enjugó con él el sudor de la frente.

—Se acostumbrará a este calor húmedo, porque, al final, el cuerpo se habitúa casi a todo. ¿Un cigarro? —preguntó el anciano sacando un habano de una caja situada sobre la mesa, después se lo ofreció a Fermín junto a una pequeña guillotina mientras él encendía uno

medio consumido que rescató del cenicero.

Fermín lo aceptó, cortó la punta del cigarro con la guillotina y sacó su mechero del bolsillo del pantalón.

—¡Ni se le ocurra! —lo interrumpió Oyarzábal—. No cometa ese sacrilegio. Tenga —dijo lanzando una caja de cerillas sobre la mesa—. Un buen cigarro no debe prenderse con llama de gasolina.

—No es un encendedor, es un mechero —puntualizó Fermín.

—Eso es otra cosa. Aun así, insisto. Use las cerillas, acabará antes. Ya ha conocido a Aurelio, ¿verdad? Es… Tiene un carácter fuerte ese catalán, a veces demasiado, y eso que no está casado, supongo que por la responsabilidad de su trabajo como capataz. Pronto conocerá a Juan, el jefe del almacén y del ingenio; también a Fernando, responsable del mantenimiento y de los suministros. Ellos tres son los que hacen que todo funcione en este próspero negocio. A mi edad me limito a llevar las cuentas y a supervisar. Nos dedicamos a la venta de azúcar, pero también producimos ron a pequeña escala, para consumo propio y suministro local, en la provincia. Por cierto, ¿le apetece probarlo?

—No, gracias. No consumo alcohol.

—¿Una limonada, un guarapo, un refresco?

—¿Guarapo? —preguntó Fermín.

—Es el jugo de la caña de azúcar. Demasiado dulce para mí.

—Lo probaré.

Oyarzábal agitó una campanilla cuyo tintineo resonó en toda la estancia. Segundos después, un joven asistente negro entró en el despacho.

—Buenas tardes. ¿Qué desea, don Ignacio?

—Una jarra de guarapo y otra de agua fresca, Julián.

—Ahora mismo, señor.

El asistente regresó antes de cinco minutos con una bandeja, colocó un mantelito de encaje sobre el escritorio y, encima de este, la bandeja con dos pequeñas jarras de vidrio y dos vasos que llenó con el contenido del recipiente más turbio. Después, salió del despacho.

—Por una próspera relación —dijo Oyarzábal, que elevó su vaso y bebió el contenido de un trago.

—Por una próspera relación —repitió Fermín, que también vació su vaso—. Es dulce, pero está rico.

Oyarzábal soltó una sonora carcajada.

—En realidad, es una bebida para mujeres y niños. Le recomiendo nuestros zumos naturales. Por cierto, su casa se encuentra en la plantación, cerca del poblado de los trabajadores. El motivo es que su trabajo consistirá en atenderlos, puesto que tanto yo como los responsables de la explotación disponemos de asistencia médica en Trinidad.

—Lo entiendo. En cualquier caso, si se encuentran mal o sufren algún percance, me tienen a su disposición.

—Gracias. Se lo comentaré al resto. Supongo que se preguntará qué le sucedió al anterior médico.

—Pues no, pero ya que lo menciona…

—Álvaro, el doctor Ruiz, llevaba muchos años con nosotros y ya era mayor. Creyó conveniente jubilarse y volver a España. Dijo que quería morir allí, ahora que las cosas están mejor —afirmó con el convencimiento de un franquista, como si conociese la vinculación republicana de su familia—. Sé lo que está pensando, Fermín. Mire, no siento ninguna simpatía por los comunistas, pero usted no tiene la culpa de lo que hicieron sus padres. Además, su padre es un prestigioso médico y usted es de los primeros de su promoción.

—Se equivoca. Mis padres no son comunistas, sino exiliados republicanos.

—Si usted lo dice…

La verdad es que no podía conocer con certeza lo que hicieron sus padres durante la Guerra Civil, porque en su casa, delante de él, se hablaba muy poco de esa etapa de sus vidas, casi nada, como si se tratara de una obra de teatro a la que hubiera llegado tarde, cuando se cerraba el telón. Pero tenía la absoluta certeza de que sus padres no eran comunistas, siendo como eran miembros destacados de la alta sociedad mexicana.

—Por cierto, ¿de cuántos pacientes…, personas estamos hablando? —quiso saber Fermín.

—Unos ciento cincuenta, contando ancianos y niños e incluyendo el personal de esta casa. Pero no se preocupe, están sanos y acuden a su propia curandera cuando enferman. Únicamente si su salud empeora acudirán a usted, a veces demasiado tarde para que pueda hacer algo por sus vidas.

—¿Y usted lo tolera? —preguntó con tono reprobatorio.

—Siempre ha sido así. Yo no me meto en sus cosas y ellos no lo hacen en las mías —dijo el anciano encogiéndose de hombros.

—Pues eso tiene que cambiar. Ya estamos en el siglo XX.

Oyarzábal se reclinó sobre el escritorio hasta invadir el espacio personal de Fermín.

—Haga lo que considere, pero no me cree problemas con los trabajadores.

—No es mi intención. Haré lo que he venido a hacer: ejercer la medicina —dijo sin retirar la mirada del anciano, que volvió a sentarse.

—Me alegra que nos entendamos —apuntó Oyarzábal dibujando una sonrisa con los labios. Si me da un momento, cojo las llaves de su nueva casa, que también hace las veces de consultorio. —Abrió un

cajón y extrajo un juego de llaves—. Pues ya estamos. Si es tan amable de acompañarme, lo llevaré a su residencia.

Se levantaron y siguió al propietario. Salieron de la casa y giraron a la izquierda. A la sombra de las palmeras llegaron hasta una cochera sin puertas, dentro había dos automóviles: un Hispano-Suiza de los años treinta y un jeep Willys MB de la Segunda Guerra Mundial con la estrella del ejército estadounidense en el capó; hacia este último se encaminó Oyarzábal, se subió y se sentó en el asiento del conductor. Fermín ocupó el del acompañante. El camino, muy bacheado, estaba franqueado a derecha e izquierda por interminables cañaverales. En algo menos de diez minutos llegaron a su destino: una casa de una sola planta recién pintada de color salmón, con grandes ventanas y un porche donde se situaba la entrada principal. Una vez detenido, bajaron del vehículo y, llave en mano, el dueño abrió la puerta y encendió la luz de un pequeño recibidor con un espejo y un perchero en la pared. La siguiente puerta daba acceso a un espacioso salón, donde Fermín esperaba encontrar el mobiliario protegido del polvo por sábanas, pero los muebles resplandecían, como si aquel lugar nunca hubiera estado deshabitado. Una gran mesa rodeada de sillas con tapicería de terciopelo dominaba la estancia. La luz entró a raudales cuando Oyarzábal abrió las contraventanas exteriores, y con ella una brisa que alivió el sofoco que sentía su nuevo ocupante. No había cuadros ni fotografías en las paredes, sólo un mueble acristalado de madera con platos, fuentes y vasos cerámicos y de vidrio.

—La cubertería está dentro de los cajones, como los manteles y las servilletas —comentó Oyarzábal señalando la parte inferior del mueble.

Siguiendo el recorrido llegaron hasta la cocina, con otra mesa pequeña, cuatro sillas y una cocina de carbón. Las paredes estaban alicatadas con baldosas de cerámica andalusí, esmaltada y con dibujos azulados.

Había dos dormitorios al final del único pasillo, a derecha e izquierda. El primero era el más grande, con un armario ropero y un tocador en una de las paredes; en la opuesta, una cama de matrimonio con cabecero de hierro forjado y un crucifijo encima. Dos mesitas de noche a ambos lados de la cama y un par de sillas completaban el mobiliario. El segundo cuarto, el de la izquierda, era algo menor y disponía de dos camas individuales y un sencillo armario.

—En su carta no decía si estaba casado —intervino de nuevo Oyarzábal.

—Pensaba que lo sabía, como lo de mis padres —soltó con ironía—. Soy soltero, pero estoy prometido.

—Mi enhorabuena. Creo que a su futura esposa le gustará esto —afirmó sin mucha convicción.

—Gracias. Es algo que en todo caso debería decidir ella.

—Tonterías. Las mujeres tienen que estar donde trabajen sus maridos. Me ilusionaría volver a ver niños corretear por la hacienda.

—¿No me ha dicho antes que hay niños en el poblado?

—Los hay, pero… Bueno, no es lo mismo. Ya me entiende —dijo guiñándole un ojo.

—La verdad es que no.

—Verá, Fermín, todos los trabajadores son negros.

La naturalidad con la que dijo «negros» alertó a Fermín. El racismo también existía en México, pero en la hacienda parecía enquistado, normalizado, al menos para Oyarzábal.

—Por cierto, ¿está usted casado?

—Lo estuve. Mi esposa murió durante el parto del que debía ser nuestro segundo hijo.

El rostro duro del anciano se tornó apocado y su mirada vidriosa.

—Lo siento. No debía haber preguntado.

—No, Fermín. Está en su derecho. Yo he indagado sobre usted y su familia. Además, si vamos a ser amigos, mejor que nos conozcamos lo antes posible. Ahora veamos su lugar de trabajo —sugirió el anciano tras mostrarle el cuarto de baño. Con otra de las llaves abrió una puerta del comedor—. *Voilà*, el consultorio.

El espacio era diáfano, pero, a simple vista, con todo lo necesario para la atención médica primaria.

—¿Hay medicamentos?

—Por supuesto. El doctor Ruiz se encargó de dejar el consultorio plenamente operativo. Encontrará las medicinas en el armario y en el refrigerador, aunque sería conveniente que lo revisase. Si echa en falta algo, lo podemos encargar en la farmacia de Trinidad, pero no espere que dispongan de ello de un día para otro si se trata de material clínico o medicamentos especiales —afirmó entregándole a Fermín una tarjeta de la botica—. Aquí no hay teléfono, por lo que, en caso de necesitarlo, deberá usar el de mi casa.

Aunque era una posibilidad que había contemplado, la certeza de saber que su nuevo domicilio carecía de línea telefónica le disgustó. No podría hablar con Ana, a menos que le diese igual ser escuchado.

—¿Queda lejos el poblado?

—A un kilómetro siguiendo el camino. Si quiere lo acompaño mañana —se ofreció Oyarzábal—. Por cierto, he encargado que dejen algunas viandas. Juana, su sirvienta, se encargará de la limpieza y de la comida. Si le da algún problema o no le parece bien, dígamelo y buscaremos otra que se ajuste a sus gustos. Aunque había pensado que esta noche me acompañase en la cena, si no tiene inconveniente.

—Gracias. Será un honor. ¿A qué hora cena?

—A las ocho. Enviaré a alguien para que le traiga a casa. Por cierto,

debería plantearse adquirir un vehículo para sus desplazamientos. Por el dinero no se preocupe, corre de mi cuenta.

—No sé conducir.

El anciano soltó una carcajada antes de hablar.

—Aprenderá rápido. Pasarán a recogerle a las siete y media. ¿Le va bien?

—No hay problema. Aquí estaré.

—Pues aquí tiene sus llaves —dijo Oyarzábal entregándoselas.

En cuanto Fermín se quedó solo, lo primero que hizo fue comprobar el material sanitario y la medicación. No faltaba de nada, incluso había instrumental quirúrgico. Apagó la luz del consultorio y salió de la casa. Había decidido visitar el poblado.

Capítulo 7

Pronto se dio cuenta de que el calzado que llevaba no era el más apropiado para el camino, socavado y con abundantes charcos, lo que le obligaba a caminar en zigzag para evitar los obstáculos.

«Tengo que hacerme con unas botas enseguida», pensó.

Escuchó un cántico a lo lejos, una canción entonada por un grupo de personas. Un camión se encontraba detenido en medio del camino, por lo que tuvo que continuar andando junto al cañaveral. Le llamó la atención una planta. Los vivos colores de sus flores despertaron de inmediato su interés. En cuclillas, tomó una de ellas entre los dedos, para observar los pétalos anaranjados.

—Es la flor de diciembre —escuchó entre las cañas. Se giró y la vio.

Era una joven mulata de unos veinte años, quizás menos, de piel clara y ojos verdes y almendrados, pecosa, con labios carnosos y nariz respingona. Un turbante rosa claro, anudado y entrelazado en la frente, recogía su cabello, que se podía intuir castaño oscuro. Un vestido blanco de tirantes cubría su cuerpo. Carente de ropa interior, el sudor había pegado la tela a su piel, perfilando los turgentes pechos, las caderas, el pubis… Fermín nunca había visto semejante belleza y sensualidad en una mujer. Su miembro viril reaccionó con inmediatez presionando los calzoncillos. Temiendo que la erección lo delatase, prefirió seguir agachado.

—Buenas tardes. Me llamo Fermín Vázquez. Soy…

—El nuevo médico —lo interrumpió ella.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Lo he deducido. En la hacienda nos conocemos todos. Además, nos informaron de que vendría un doctor para substituir a don Álvaro. Pero imaginé que sería alguien más mayor —dijo sonriendo, mostrando una nívea y perfecta dentadura—. ¿Qué hace por aquí, tan lejos del consultorio?

—Tenía la intención de echarle un vistazo al poblado de los trabajadores —dijo y se puso en pie. La testosterona que había disparado la visión de la chica disminuyó en su torrente sanguíneo y la erección menguó.

—Ah, bueno. No encontrará mucha gente. Salvo los viejos y los niños, los demás estamos trabajando. Yo me he alejado un poco del grupo para orinar, pero tengo que volver. Bienvenido. Por cierto, mi nombre es Esmeralda.

—Gracias. Me alegro de haberla conocido —afirmó Fermín nervioso.

Le llevó un cuarto de hora llegar hasta el rudimentario poblado. Durante el trayecto no pudo quitarse de la cabeza a Esmeralda. Las casas estaban alineadas a ambos lados del camino, pegadas las unas a las otras. Eran de madera, pequeñas y pintadas de vivos colores, tan diminutas que Fermín podía imaginar el hacinamiento de una familia ahí dentro. A un lado del camino, junto a las casas, corría un pestilente arroyo. El hedor era muy intenso.

—¡Por Dios! —murmuró llevándose el pañuelo a la cara, cubriendo la boca y la nariz—. «Tengo que hablar con Oyarzábal esta misma noche. Este lugar es un foco de infecciones y de enfermedades contagiosas», pensó.

Al verlo, varios niños que jugaban en la calle se refugiaron en sus humildes hogares. Un anciano lo escrutaba desde una silla, mientras que un grupo de sexagenarios interrumpió su partida de damas cuando se percató de su presencia. El silencio en que se sumió la calle sólo se veía interrumpido por los llantos de varios bebés. Dudó entre presentarse o dar media vuelta, optó por lo segundo.

De regreso a su nuevo hogar se cruzó con el camión que había visto detenido en el camino; en la cabina, dos hombres blancos; detrás, en el remolque descubierto, decenas de hombres y mujeres de pie. Buscó con la mirada a Esmeralda. No la vio. Ella sí.

Cuando ya vislumbraba la casa, advirtió la presencia de un sendero a su izquierda. Ya había visto varios a ambos lados del camino, pero este era más ancho. Al fondo, a unos doscientos metros, había un claro en el cañaveral, y, en medio, una construcción con mesas y sillas a la intemperie. Se internó en el camino y anduvo hasta el lugar. El edificio era de pequeñas dimensiones, de una sola planta y con una puerta cerrada; encima, un cartel con la palabra «Cantina» pintada. La barra de servir daba fe de su propósito; también, los fragmentos de vidrio esparcidos por el suelo.

—Debe ser el único entretenimiento de la hacienda —musitó.

Volvió sobre sus pisadas y llegó a la casa. Una furgoneta estaba estacionada frente al porche de entrada y, apoyado en el capó, un hombre vestido de campesino fumaba un cigarrillo.

—Buenas tardes. ¿Don Fermín Vázquez? ¿El nuevo médico? —preguntó el hombre, que lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó pisándolo con su bota.

—Buenas tardes. Sí, soy yo.

—Don Ignacio me ha hecho una somera descripción de usted. Me llamo Gregorio Sánchez. Soy el responsable del almacén y del ingenio —se presentó ofreciéndole la mano a Fermín, que se la estrechó.

—Debo adecentarme un poco, al menos los zapatos —dijo Fermín

mirando hacia abajo. Sánchez sonrió.

—Veo que no está habituado a caminar por el campo.

—En eso tengo que darle la razón —afirmó esbozando una sonrisa —. Por casualidad no tendrá una lata de betún.

—No, lo lamento. En casa tengo varias latas y un par de cepillos para los zapatos, pero ahora no hay tiempo. Mañana se lo consigo, doctor.

—¿Vive aquí, en la hacienda? —quiso saber Fermín.

—No, en Trinidad, con mi familia. —Sacó una fotografía del bolsillo de la cartera y se la mostró. Fermín, dada la escasa luz de esas horas, tuvo que agacharse para poder verla.

En la instantánea aparecía Sánchez junto a una mujer negra que sostenía en brazos a un bebé y, a ambos lados del matrimonio, dos niños y dos niñas. El mayor, de unos quince años, superaba en estatura a sus padres.

—Enhorabuena, Gregorio. Tiene una familia muy bella —mintió, porque en realidad ni el hombre ni su familia eran agraciados.

—Y sana. Buena hembra me busqué —apostilló con orgullo—. ¿Y usted?, ¿tiene familia? Perdone si me entrometo donde no me llaman.

—No hay nada que disculpar. Además, vamos a trabajar juntos en la hacienda, es normal que intimemos. Estoy soltero, pero comprometido.

Sacó la fotografía de Ana y se la entregó a Sánchez.

—¡Fiuuu! —silbó este—. ¡Qué linda! Parece una de esas actrices de Hollywood —exclamó y le devolvió la foto.

—Gracias. Reconozco que tengo suerte. No sólo es una mujer hermosa, también es un encanto, y estudia derecho.

—¿Cuándo se casarán?

—A mi regreso, dentro de un año. Ahora, si me disculpa, voy a entrar para intentar limpiar los zapatos.

Fermín, que no estaba familiarizado con las llaves, acertó al segundo intento. Abrió la puerta y la dejó abierta; fue hasta la cocina y buscó un paño, lo encontró junto al fregadero. Abrió el grifo, mojó el trapo y lo volvió a cerrar. Frotó los zapatos sin quitárselos y repitió la acción varias veces hasta eliminar casi todo el barro. Se dio por satisfecho. Salió de la casa y cerró la puerta.

—No es necesario que cierre con llave —se anticipó Sánchez cuando Fermín se disponía a hacerlo—. Aquí nadie se atreverá a entrar en su casa sin su permiso.

Él hizo caso al encargado del almacén, que ya estaba en el asiento del conductor, con el motor en marcha. Se sentó al lado de Sánchez y este hizo girar ciento ochenta grados el vehículo. Diez minutos más tarde, detuvo la destartalada furgoneta en la entrada principal de la gran casa.

El anfitrión esperaba debajo del soportal, sentado en una silla y con un cigarro entre los dedos. Fermín se despidió de Sánchez y bajó del vehículo, que se alejó por el camino hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. Salvó los escalones y se aproximó a Oyarzábal.

—¿Un aperitivo? ¿Un trago antes de la cena? —propuso el anciano señalando una botella ambarina—. Es ron añejo, de nuestra bodega, pero puesto que no toma alcohol, le puedo ofrecer una limonada o un refresco.

—Gracias. Con agua será suficiente. Tengo mucha sed.

—En tal caso, el agua es lo mejor para saciar la sed —convino el anciano propietario—. Me he fijado en sus zapatos. ¿Hasta dónde ha llegado?

Fermín dudó un momento, lo justo para que la mujer que había visto asomarse por una puerta unas horas antes interrumpiese la conversación.

—Don Ignacio, la mesa ya está puesta. ¿Sirvo los entrantes?

—Gracias, Engracia. Ahora vamos, pero sirve además una jarra de agua con hielo para nuestro invitado, don Fermín Vázquez, el nuevo doctor.

—Encantada de conocerlo, doctor —saludó con una leve inclinación de la cabeza.

—El sentimiento es mutuo, doña Engracia —correspondió Fermín antes de que la empleada se retirase.

—Con Engracia es suficiente —puntualizó Oyarzábal—. No conviene intimar demasiado con el servicio, que luego se le suben los humos a la cabeza.

El anciano se levantó, apagó el cigarro en un cenicero y le hizo un gesto con la mano a Fermín para que lo siguiese.

El salón comedor era grande, como todo en la casa. A través de los ventanales, abiertos y enrejados, se escuchaba el trino de alguna ave que no supo identificar. La mesa, para doce comensales, era de madera de teca de una sola pieza y ricamente ornamentada con incrustaciones de otras maderas, igual que las sillas. Una lámpara de araña que colgaba del techo iluminaba la estancia. El resto del mobiliario lo completaban varios muebles de finales del siglo XIX y principios del XX y otros tantos cuadros de la misma época, algunos de personas con una postura forzada, siempre hombres, todos con bigote y perilla. También había unos antiguos espejos y algunas plantas tropicales.

—Son mis antepasados —intervino Oyarzábal—. Mi abuelo, también mi padre cuando era joven. Pero eso ya lo habrá deducido.

Los dos hombres se sentaron, primero el propietario, en uno de los extremos, presidiendo la mesa; Fermín a su lado, frente a los cubiertos de plata dispuestos sobre un mantel blanco y bordado.

Engracia entró con una bandeja, portando una jarra de agua de vidrio empañada por la humedad reinante y un par de vasos. Colocó el jarro delante de Fermín y dispuso los vasos, uno para cada comensal. Después, abandonó el comedor.

—¿Esperamos a alguien? —preguntó Fermín señalando los cubiertos del otro lado de la mesa.

—A mi hijo Íñigo. Vive en La Habana con su esposa y mis cuatro nietos. Él se hará cargo de la hacienda cuando yo muera.

—Me ha preguntado hasta dónde había llegado caminando, por los zapatos… De eso precisamente quería hablarle. He visto una cantina junto al camino.

—Sí, los hombres tienen que entretenerse después de una dura jornada de trabajo. Está abierta todos los días a partir de las ocho de la tarde, excepto los domingos y fiestas de guardar.

—Lo entiendo, pero… En realidad, lo que quería era hablarle del poblado.

—Usted dirá.

—Es insalubre. No hay un adecuado sistema de eliminación de las aguas residuales y estas circulan a la intemperie, lo que supone un foco de enfermedades, por no hablar del hacinamiento en las diminutas viviendas, una garantía de transmisión de patologías infecciosas que…

—Escuche —lo interrumpió Oyarzábal con gesto serio—. Llevan viviendo así desde que se fundó la hacienda y nunca ha habido quejas.

—¿Ni de mi predecesor?

La pregunta incomodó al anciano, que se removió en la silla.

—Algo me comentó el doctor Ruiz —se limitó a responder. Se sirvió un vaso de agua y la bebió de un trago.

Fermín, que no pasó por alto la incomodidad que había provocado en su jefe, decidió abordar el asunto desde otro punto de vista, uno más lucrativo.

—¿Tiene idea de los enfermos por tifus que ha habido entre los trabajadores estos últimos años?

—No. De eso se encargaba el doctor.

—Pero alguien le informaría de que faltaban empleados en sus puestos de trabajo, ¿me equivoco?

—Ciertamente. A veces algunos trabajadores enferman, y cuando eso afecta a la producción se me informa. Pero es normal, nadie está sano toda su vida.

—Y si no sucediese, ¿no aumentarían los beneficios de la explotación? Porque sé cómo conseguirlo.

—Lo escucho.

—Lo que le propongo es construir letrinas conectadas a fosas sépticas donde se acumulen las aguas fecales. Es una mínima inversión

y sólo requiere un mantenimiento posterior, igualmente barato.

—¿Y me asegura que así disminuiría el número de enfermos? —preguntó más relajado.

—Le doy mi palabra.

—Está bien. Lo pensaré. Vaya, creo que ya ha llegado mi hijo.

Fuera se escuchó el motor de un automóvil de alta gama, a tenor del ruido del propulsor. Un hombre alto y rubio, con un tupé en el cabello y vestido de un blanco impoluto entró en el salón.

—Hola, Íñigo. ¿Cómo está la familia? —le inquirió Oyarzábal.

—Con ganas de verte, papá. Pero no te levantes, por favor. Patricia está embarazada.

—Eso hay que celebrarlo, hijo. ¡Engracia! —gritó el anciano.

—¿No me presentas? —preguntó Íñigo mirando a Fermín, que ya estaba en pie.

—Es Fermín Vázquez, el nuevo doctor. Me acaba de hacer una propuesta para mejorar la salud de los trabajadores —comentó el padre.

—Buenas noches, señorito Íñigo —saludó la cocinera y miró al anciano—. ¿Qué desea, señor?

—Trae tres vasos para el ron, por favor. Voy a tener un nuevo nieto y eso merece una celebración.

La empleada se giró hacia Íñigo.

—Así es, Engracia. Voy a ser de nuevo padre.

—Mi enhorabuena, señorito. Me alegro muchísimo.

—Gracias. Trae otro vaso para ti y acompáñanos —sugirió Íñigo.

Engracia había compaginado su trabajo de cocinera con el cuidado de Íñigo en su infancia y hasta la adolescencia de este, desde que la madre del único hijo de los Oyarzábal falleció. Era como una segunda madre. Se tuteaban y se trataban con la familiaridad propia de un miembro más de la familia, también con el padre, aunque delante del resto de las personas el trato era formal, el que se esperaría de su posición.

—Se lo agradezco, pero es que tengo el puerco en el horno y no quiero que se queme.

—En tal caso, pasaré yo dentro de un rato por la cocina —afirmó Íñigo con un guiño. Ella sonrió y salió del comedor.

Los tres hombres tomaron asiento y el hijo miró a Fermín.

—Por favor, hágame partícipe de esa idea sobre la mejora de la salud de los trabajadores.

Fermín le contó con todo detalle su propuesta. Cuando acabó su exposición, Íñigo se giró hacia su padre.

—¿Qué opinas?

—Creo que es asumible. ¿Y tú? —preguntó Oyarzábal.

—Que el doctor tiene razón. Hace años que debías haber acometido

esas labores de saneamiento.

—Pues no se hable más. Pediré presupuesto a Octavio y, si no es abusivo, abordaremos esas obras lo antes posible. Acaba de llegar y ya me está costando dinero —dijo el padre, que soltó una carcajada justo en el momento en que Engracia hizo acto de presencia para colocar en la mesa los tres vasos que portaba sobre una bandeja, uno frente a cada hombre. Después se retiró.

Oyarzábal se levantó y se dirigió al mueble bar, sobre el que varias botellas de vidrio relucían. Cogió una de ellas y la llevó a la mesa. Vertió el contenido en los vasos y, de pie, alzando el suyo, dijo:

—Por mi nieto.

—Por mi hijo… o hija —añadió Íñigo, también en pie, como Fermín.

Los tres hombres entrechocaron los vasos y tanto el hijo como el padre los vaciaron de un trago. Fermín, para no parecer desconsiderado, hizo lo mismo y tosió.

—Es fuerte, doctor, pero también intenso y con toques de roble americano —puntualizó Íñigo.

—No es eso, hijo. Nuestro invitado no suele tomar alcohol.

—¿Es cierto eso? No conozco a ningún hombre que se resista al ron cubano. Y quede claro que con ello no estoy poniendo en duda su hombría —dijo Íñigo.

—Pues así es —afirmó Fermín—. Sólo en ocasiones señaladas, y esta es una de ellas.

—Entonces, gracias por el gesto.

—No hay de qué, y felicidades de nuevo por su próxima paternidad.

—Ahora vuelvo —dijo Íñigo, que salió del salón, llegó hasta el recibidor, cruzó una puerta, bajó las escaleras y entró en la espaciosa cocina de la casa.

—¡Ya estoy aquí!

—¡Qué susto me acabas de dar, Íñigo!

Él la abrazó.

—¡Ay! No seas bruto, que casi me asfixias —apuntó Engracia sonriendo.

Los dos rieron.

—Estoy preocupada. Aquí no llegan más que rumores, pero dicen que la gente se está marchando de Cuba.

Íñigo torció el gesto antes de hablar.

—A ti no te puedo mentir. Los rebeldes son cada vez más numerosos. Por lo visto, en su avance están cediendo el control de las fábricas, las propiedades y las plantaciones a los trabajadores.

—¿Lo sabe tu padre?

—Si lo sabe lo disimula muy bien. Creo que no quiere hacer frente a la posibilidad de perderlo todo, de sentirse el responsable de la

desaparición de todo aquello por lo que lucharon nuestros antepasados. Todo esto —dijo Íñigo extendiendo los brazos.

—¿Y el Ejército? —quiso saber la cocinera.

—Los soldados andan bajos de moral, algunos incluso se han unido a los rebeldes.

—¿¡Qué va a ser de nosotros!? —suspiró compungida.

—Si llegan a Trinidad, tendremos que huir con todo aquello que podamos. Tú y tu familia vendríais con nosotros, si así lo deseáis llegado el caso. Pero si toman la capital, no nos quedará otra que abandonar el país. Algunos ya lo están haciendo. Han malvendido sus propiedades y se han instalado en Miami.

—¿Miami? —preguntó ella desconcertada.

—La Florida. Los Estados Unidos.

Engracia comenzó a llorar y él la volvió a abrazar.

—No te preocupes. No te pasará nada, ni a ti ni a tu familia —afirmó Íñigo sin mucha convicción.

—Ve con tu padre y el médico. Mala época ha escogido don Fermín para venir a la hacienda.

Capítulo 8

Alicia se despertó en el sofá orejero. Ya había amanecido, pero no lo parecía a tenor de la escasa luz procedente de las ventanas, donde la lluvia repiqueteaba en los cristales. Aún tenía en su regazo la última carta que había estado leyendo antes de dormirse. Su abuelo le escribía casi a diario a su abuela. En las misivas le contaba con todo detalle, como si de un diario se tratase, los acontecimientos del día a día. La abuela le respondía cada vez más preocupada.

Ató con el cordel las cartas que todavía no había leído, devolvió el paquete al baúl y lo cerró con llave. Hacía frío y la humedad reinante en el salón incrementaba su percepción. Fue hasta la leñera y, tal y como el abuelo le había enseñado, seleccionó las esquirlas de madera y las pequeñas ramas secas, que partió para que cupiesen en sus manos. Arrancó una hoja del periódico que había sobre la repisa de la chimenea, hizo una bola de papel con ella y la colocó sobre la ceniza. Colocó las ramitas y las esquirlas sobre el bulto de papel y lo prendió con un antiguo mechero. Sopló y la madera comenzó a arder. Puso unos listones y, encima de estos, dos troncos cruzados, apoyados uno sobre el otro, en equilibrio. A los cinco minutos, las llamas ya superaban medio metro de altura. Fue a la cocina para prepararse un café. Se dio cuenta de que el pan estaba duro, de que no podría hacer sus tostadas. Recordó que en la calle había un bar. Se duchó, se secó el pelo, se puso lencería limpia, se vistió con la ropa del día anterior y salió.

Bajo el paraguas de su abuelo se encaminó hacia el bar. Llegó, dejó el paraguas dentro del paragüero exterior, entró y se sentó a una mesa. Era uno de esos bares modernos, que habían sustituido a las tabernas de toda la vida, aquellas regentadas por el propietario, quien conocía los gustos y las manías de los clientes; locales con olor a fritura en lugar de a lavanda, donde se hablaba de fútbol mientras los parroquianos jugaban una partida de cartas; establecimientos con las paredes desnudas o fotografías antiguas en lugar de carteles con frases memorables.

—Buenos días —escuchó Alicia a su espalda. Era Manuel—. ¿Puedo sentarme?

—¡Qué casualidad! ¿Vives por aquí cerca?

—Las casualidades no existen, Alicia. Y no, no vivo por aquí. He venido para hablar contigo —dijo mientras tomaba asiento y

depositaba una taza de café en la mesa.

Un camarero con la barba cuidada y el pelo recogido en un moño alto se acercó.

—¿Qué desean tomar?

—Otro café largo —dijo Manuel.

—Unas tostadas con mantequilla y mermelada y un café con leche desnatada —solicitó ella.

El camarero se alejó y Alicia miró a Manuel.

—No soy un pervertido, te lo aseguro —afirmó sonriendo—. Estaba haciendo tiempo aquí antes de llamar a tu puerta.

—¿Cómo sabías que estaba en casa de mi abuelo?

—Lo dijiste en el velatorio.

—Pues no recuerdo haberlo comentado delante de ti.

—Es verdad. No lo hiciste —reconoció él, aún con la sonrisa dibujada en la cara—. Soy investigador privado y tengo mis fuentes de información.

—¿Sabes?, no estoy cómoda —dijo Alicia seria e hizo intención de levantarse, momento en que Manuel le cogió la mano.

—Por favor, disculpa mi insolencia. Es que hay algo que quería contarte sobre tu abuelo.

—Tú dirás. Soy todo oídos.

—Tu abuelo murió en casa, supuestamente solo, ¿verdad?

—Sí. Lo encontró la asistenta municipal por la mañana, ya sin vida. ¿A qué viene esto?

—Deformación profesional. Estudié criminología, creo que ya te lo dije. —Alicia asintió—. Normalmente, cuando una persona fallece fuera de un centro sanitario, aunque sea en su domicilio, se suele hacer una autopsia. Pero en el caso de ancianos residentes con enfermedades graves y si no hay indicios de violencia o sospechas previas, el médico de guardia certifica la muerte y el juez se limita a ordenar el levantamiento del cadáver. De manera que es trasladado a la morgue, y si el forense no observa nada extraño, los servicios funerarios se hacen cargo del fallecido casi de inmediato. Craso error.

—¿Estás insinuando que la muerte de mi abuelo pudo no ser natural?

—No, lo que digo es que algunos casos de asesinato pueden pasar por muertes normales. No imaginas la cantidad de levantamientos de cadáveres que se solicitan cada año a instancias de la familia o de la Policía. Y si me vas a preguntar cómo sé que a tu abuelo no se le practicó una autopsia, ayer me puse en contacto con el Instituto Anatómico Forense, donde trabaja un conocido, y este me confirmó que, si bien el cuerpo estuvo allí algo más de una hora. No recibieron instrucciones para realizarle un estudio. Vamos, lo normal en estos casos.

Alicia demudó el rostro.

—En caso de una muerte violenta o con indicios de ser provocada, la Policía o el médico que certifica el deceso se habrían percatado, ¿verdad?

Manuel se encogió de hombros antes de hablar.

—Así es, pero no siempre en los crímenes hay indicios evidentes de una muerte inducida; por ejemplo, en algunos envenenamientos. —Fijó la mirada en los ojos de ella y le tomó la mano—. Alicia, tengo la certeza al noventa y nueve por ciento de que a Fermín no lo mató nadie. Lo que sucede es que el protocolo de actuación en estos casos está obsoleto. A toda persona que fallece, aunque esté enferma, incluso si se encuentra en un estado terminal, se le debería practicar una autopsia, por si acaso.

—Pero ¿quién querría matar a mi abuelo y por qué? Era una persona querida y sin enemigos conocidos.

—Todos ocultamos algo, por lo común cosas sin importancia, pero que a veces pueden ser graves para otros: una afrenta no resuelta, un…

En ese momento, el camarero se aproximó, dejó la comanda sobre la mesa y se retiró.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó ella.

—Nada. Creo que le doy demasiada importancia a la muerte, en especial cuando esta alcanza a un familiar, aunque sea lejano. Quizás no ha sido buena idea hablar contigo. Al fin y al cabo, tú conocías bien a tu abuelo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alicia, sus pupilas se dilataron y el corazón se aceleró. A la luz de los últimos acontecimientos, Fermín Vázquez Martín se le antojaba un extraño.

—Puede que no conociese tan bien a mi abuelo. Estos dos últimos días he descubierto aspectos de su vida que ignoraba.

—¿Cómo qué? —preguntó él.

—Que bailaba en un centro de ancianos.

Manuel soltó una risotada que captó la atención de algunos clientes del bar.

—¿Eso es todo? El baile es una actividad habitual y saludable que les permite socializar a esa edad.

—Mi abuelo no bailaba… Lo que quiero decir es que yo nunca lo había visto bailar. Y a decir de sus compañeros o, mejor dicho, de las ancianas, era un consumado bailarín.

—¿Se lo has comentado a tus padres?

—Mi padre me dijo que lo había visto bailar con mi abuela.

—¿Entonces? —preguntó Manuel sonriendo y abriendo sus brazos.

—No sé. Yo hablaba a menudo con él por teléfono, venía a visitarlo a Santiago al menos una vez al mes y nunca me habló de esa afición.

—No le daría importancia —afirmó él.

—Será por eso —dijo ella sin mucha convicción.

—¿Cuándo vuelves a Madrid?

—Creo que me tomaré un par de días libres para dejar la casa arreglada y adecentada.

—Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo —se ofreció Manuel —. Tengo que volver al trabajo —añadió. Apuró la taza de café, se levantó y dejó un billete de diez euros en la mesa—. Hoy invito yo.

—Gracias.

—No me las des. Me debes una —dijo guiñando un ojo.

—Alicia observó cómo salía por la puerta y desplegaba su paraguas. Acabó de comer la última tostada y también abandonó el local.

Una fina lluvia le dificultaba la visión. En su ensimismamiento había olvidado el paraguas. Volvió sobre sus pasos y lo recogió.

Ya en casa, encendió la chimenea del salón, cogió el manojo de cartas del baúl, se sentó en el sofá y, al calor crepitante de la leña, continuó leyendo.

Capítulo 9

Después de la opulenta cena, Íñigo Oyarzábal propuso ir a la cantina de la hacienda. Su padre declinó la oferta alegando que estaba cansado. Fermín aceptó gustoso la invitación.

«Me conviene empezar a congeniar con el resto de los empleados», pensó.

Subieron al descapotable Chevrolet Bel Air rojo de Íñigo y este lo arrancó. No sin cierta dificultad, giró en el desvío que acababa en la explanada y estacionó el automóvil junto a un par de furgonetas que habían vivido tiempos mejores. Bajaron del vehículo y se dirigieron a la única mesa ocupada. El capataz, el jefe del almacén y otro hombre debatían acaloradamente, pero, cuando los vieron llegar, se levantaron de las desgastadas sillas.

—¡Coño, Aurelio! ¡Cuánto tiempo! —exclamó Oyarzábal, que abrazó al capataz, gesto que repitió con Gregorio y Fernando, así llamó al tercer hombre. Tomó asiento y, mirando a Fermín, señaló la silla de al lado.

—Buenas noches —saludó Fermín.

—Es el nuevo médico, don Fermín Vázquez —lo presentó Íñigo—. Aunque supongo que ya lo conocéis.

Él estrechó la mano de los tres empleados. El último, Fernando, resultó ser el jefe de mantenimiento y de suministros.

—¡Esmeralda! —vociferó el heredero de la hacienda—. Cinco tragos, por favor

En un gesto reflejo, Fermín giró la cabeza a su derecha, en dirección a la cantina. Entonces, la vio. Apareció por una puerta, tras la barra de madera, con su larga y ondulada melena oscura cubriendo los hombros desnudos, sonriendo. Sus ojos verdes se clavaron en los de Fermín y este sintió un escalofrío.

—Enseguida, don Íñigo.

—Pero ron del bueno, no lo que están tomando estos mamarrachos —precisó Íñigo.

Fermín la seguía mirando, hasta que un chasquido de dedos delante de su cara lo sacó de su embelesamiento.

—Linda, ¿verdad? —preguntó Oyarzábal.

—¿Qué? —respondió el doctor todavía ensimismado.

—Esmeralda. Una preciosidad. Aúna los rasgos faciales de una blanca y el exotismo de una negra —afirmó Íñigo.

—Es una bruja —intervino Aurelio—. Le viene de familia.

—No exageres —dijo Gregorio—. Todos están bautizados. Únicamente conservan sus tradiciones.

—Y en ellas sacrifican animales —añadió Aurelio—. O me vais a negar que…

—¡Basta ya! —lo interrumpió Íñigo—. Incluso en Lekeitio, el pueblo de mi padre, los mozos se cuelgan del cuello de gansos vivos en el puerto hasta causarles la muerte, y no por ello son brujos.

—No es sólo eso —intervino Fernando—. Es que…

—¡He dicho que se acabó! ¡Basta ya de gilipolleces! —gritó Oyarzábal golpeando con la palma de la mano sobre la mesa. Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo?

Esmeralda, descalza y contoneándose, se acercó a la mesa y dejó una bandeja con una botella de ron añejo y cinco vasos. Sirvió el líquido ambarino y, con una sonrisa dibujada en sus carnosos labios, se retiró ante la lasciva mirada de los tres empleados.

—¡Brindemos! Por la hacienda y porque voy a ser padre de nuevo —propuso Íñigo.

—¡Enhorabuena! —le felicitaron casi al unísono todos, menos Fermín.

Los cinco entrechocaron los vasos y los vaciaron de un trago. Fermín carraspeó.

—¿Es fuerte para usted, Fermín? —bromeó el capataz.

—El doctor no bebe, salvo en fechas señaladas —aclaró Oyarzábal —. Por lo que le agradezco que comparta esta celebración. ¿Qué tal va todo por aquí? —preguntó sirviendo una nueva ronda de ron, excepto a Fermín, que cubrió con la mano el vaso.

Los tres empleados se miraron de soslayo.

—Esperamos una buena cosecha —dijo Aurelio—. Ya llevamos unos días cortando la caña.

—El almacén tiene capacidad de sobra para almacenarla —intervino Gregorio.

—Y el ingenio está listo para producir toneladas de azúcar —añadió Fernando.

Un incómodo silencio se instaló entre los presentes, hasta que Íñigo intervino.

—Fermín, vaya a la cantina. Seguro que Esmeralda tiene algún refresco para usted.

Él captó la indirecta: «Quieren hablar a solas». Se encaminó hacia el mostrador del edificio de madera, vacío en ese momento. Tenía ganas de orinar y no aguantaría mucho más, por lo que bordeó la cantina y llegó a la parte trasera. Abrió la bragueta y alivió la vejiga. Cuando estaba subiendo la cremallera del pantalón, escuchó un ruido a su espalda. Se giró y ahí estaba de nuevo ella, con un cubo en la mano y

una pícara mirada.

—No… No podía aguantarme más —dijo Fermín avergonzado y ruborizado.

—Hay una letrina justo aquí —comentó Esmeralda señalando una puerta sin ningún rótulo que indicase su función.

—Lo desconocía.

—No se preocupe, doctor. No es el primero al que le sucede —afirmó ella mientras vaciaba el contenido del cubo: agua de fregar.

—Fermín, por favor. Llámeme Fermín.

—Creo que me va a costar acostúmbrame —dijo ella mirándole a los ojos—. Además, en la hacienda no intimamos con los blancos. No está permitido.

Fermín no pudo evitar pensar en la incongruencia de las palabras de Esmeralda.

«El color claro de tu piel y esos ojos verdes sólo pueden ser consecuencia de una relación sexual entre un hombre blanco y una mujer negra, o de una mujer blanca y un hombre negro, aunque esto último es menos probable».

—Pues tutéame cuando no haya nadie más presente, ¿de acuerdo?

—¿Como un juego, Fermín? —preguntó sonriendo.

—Algo así.

—Es un juego peligroso —añadió Esmeralda con retintín—. ¿Y si nos escucha alguien?

—Diré que es culpa mía —afirmó Fermín dando un paso hacia ella.

—Entonces, lo intentaré —contestó ella sonriendo y entró en la cantina por una puerta basculante.

Había olvidado el motivo de su visita. Fue hasta la barra y esperó…, y esperó… Apoyó los brazos sobre la desgastada madera y observó la pared de en frente. Había vasos y copas en uno de los estantes; en otro, botellas, sobre todo de ron, pero también de *whisky* y de vino; debajo, un congelador, pero sin ninguna toma de corriente a la vista. De hecho, la única iluminación procedía de varios quinqués de petróleo y unas velas. Una puerta se abrió y apareció ella, resplandeciente, rodeada por una especie de halo apenas perceptible, con su sempiterna sonrisa.

—¿Mejor? —preguntó Esmeralda.

—Mucho mejor —afirmó Fermín con las pupilas dilatadas y la adrenalina corriendo por sus venas—. ¿Tienes algún refresco?

—¿Le sirve…? ¿Te sirve la Coca-Cola?

—¿Está fría?

—Debería. El hielo no se ha deshecho del todo —dijo Esmeralda desvelando la duda sobre el sistema de enfriado del electrodoméstico. Le dio la espalda y abrió el congelador. El ajustado mandil realzaba las caderas y la estrecha cintura. Al reclinarse para acceder al interior

del congelador, la blanca tela de la falda se ciñó a las nalgas, carentes de ropa interior. —Aquí está. —Se dio la vuelta y le mostró una botella del famoso refresco de cola, goteante, como sus brazos desnudos. Quitó el tapón del recipiente con un abridor y preguntó:

—¿La sirvo en un vaso?

—No hace falta —contestó Fermín.

Ella estaba dejando el refresco sobre la barra. Él lo fue a coger. Sus dedos se rozaron por un instante. Sus miradas se cruzaron. Ella perfiló una sonrisa. Él se ruborizó.

—Gracias. ¿Qué te debo?

—Nada, Fermín. Paga don Íñigo. Siempre invita cuando acude a la cantina.

No quería separarse de ella. Su olor, su mirada, su sonrisa eran como un imán. Esmeralda le despertaba una atracción salvaje, primigenia. Pero debía volver a la mesa.

Refresco en mano se acercó al grupo de hombres, enfrascados en una acalorada discusión que cesó cuando se percataron de su presencia.

—¿Está fría la Coca-Cola? —preguntó Íñigo.

—¿Qué? —fue la respuesta de Fermín, pensativo.

—Esto es cosa de Esmeralda —afirmó Aurelio, que rio.

—No. Estaba pensando en mi novia —mintió Fermín.

—¡Cómo no! El doctor está prometido con una preciosidad de mujer —afirmó Gregorio—. Perdón. Disculpe mi atrevimiento.

—No hay nada que disculpar. Es cierto. Tengo novia y nos casaremos cuando regrese a México, dentro de un año.

—Igual se casa antes —balbuceó Aurelio, que recibió un codazo de Fernando.

—Pues brindemos por el compromiso del doctor y su hermosa prometida —propuso Íñigo, que llenó cuatro vasos, alzó el suyo y lo vació de un trago. Los tres empleados lo imitaron y Fermín dio un sorbo a su refresco.

—Tenga cuidado con esa mujer —dijo de pronto el capataz.

—No digas gilipolleces, Aurelio —intervino Oyarzábal—. Creo que no te está sentando bien el ron.

—Pero…

—¡Se acabó, Aurelio! —lo interrumpió el hijo del dueño golpeando de nuevo la mesa con su mano—. Ellos tienen sus costumbres y nosotros las nuestras. Todos están bautizados y acuden a misa cada domingo. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—No me extraña que se ponga de su parte —soltó el capataz con una sonrisa sardónica.

Íñigo se levantó, cogió al capataz de la solapa y lo alzó unos centímetros para acercar su cara a la del empleado.

—He dicho que se ha acabado, ¿entendido?

—Aurelio alzó los brazos en señal de rendición e Íñigo lo soltó dejándolo caer sobre la silla.

Fermín, incómodo, se sentía fuera de lugar.

«Desconozco tantas cosas… y quizás sea lo mejor, mantenerme en la ignorancia», se dijo a sí mismo.

—Perdón, Fermín. Nos estamos comportando como unos energúmenos —se disculpó Íñigo.

—El doctor ha tenido una genial idea con la que está de acuerdo mi padre —continuó para cambiar de conversación—: dotar de servicios de alcantarillado al poblado. Con ello se evitarían muchas enfermedades, ¿verdad?

—Así es —confirmó Fermín—. Y por un coste razonable.

—Eso habrá que verlo —intervino discrepante el jefe de mantenimiento, que recibió la mirada fulminante de Íñigo.

—Puede que tenga razón. Soy médico, no ingeniero —añadió Fermín en un intento de calmar los ánimos.

—El doctor está en lo cierto —intervino Gregorio—. Sólo soy un encargado de almacenaje, pero leí hace tiempo que, gracias al alcantarillado, se habían reducido las epidemias. Creo que fue un descubrimiento de un inglés el siglo pasado.

—¿Sabes leer? —bromeó Aurelio.

Todos rieron. Fermín también.

—Bueno, yo me retiro a dormir. El viaje me ha dejado agotado —dijo Íñigo.

—Yo también estoy cansado —se sumó Fermín.

—Si nos disculpan, caballeros. Un servidor y el doctor nos vamos a acurrucar en los brazos de Morfeo. Gregorio, explícales quién es Morfeo —dijo Oyarzábal levantándose y soltando una sonora carcajada.

Iba a dejar un billete sobre la mesa, pero cambió de opinión.

—Será un momento. Espéreme aquí —dijo mirando a Fermín. Se dirigió a la cantina y entabló conversación con Esmeralda.

Podía escuchar las risas de ambos y sintió un súbito ataque de celos. Oyarzábal estuvo con ella menos de un minuto. Después, regresó.

—Doctor, ya nos podemos marchar. He decidido pagarle en mano a Esmeralda. De haber dejado el billete de diez dólares sobre la mesa, esos gañanes serían capaces de cambiarlo por pesos y quedarse el cambio.

—¿Puedo preguntarle algo? —le interpeló Fermín cuando se dirigían al automóvil.

—Usted dirá.

—¿Siempre es Esmeralda quien atiende en la cantina?

—Casi siempre.

—Entonces, si a la cantina sólo acuden los responsables de la plantación, ¿cómo vuelve al poblado?

—A veces la acompaña alguno de los hombres, pero normalmente regresa sola. Si lo que le inquieta es su seguridad, no se preocupe. Nadie se atrevería a ponerle una mano encima —aseguró Íñigo.

Fermín se dio por satisfecho. No creyó conveniente preguntar por los motivos de la manifiesta seguridad expresada por su acompañante, menos aún por la encarnizada defensa de una mulata tan atractiva que había presenciado.

Durante el corto trayecto en coche no podía quitarse de la cabeza a Esmeralda, tampoco cuando entró en su nuevo hogar. Sacó el neceser de la maleta y se cepilló los dientes delante del espejo del baño. Se enjuagó la boca con agua del grifo y aprovechó para beber hasta saciar su sed. El reloj de pulsera marcaba las doce y media. No tenía sueño, pero se desnudó por completo y se tumbó sobre la mullida cama matrimonial. Sus ojos seguían las aspas del ventilador de techo cuando escuchó un ruido, primero fuera de la casa, después dentro. Eran pasos. Iba a encender la lámpara de la mesita de noche cuando la puerta se abrió. Iluminada por los rayos de la luna llena que atravesaban la ventana, Esmeralda se detuvo en el umbral de la puerta, sonrió, se soltó el pelo y se quitó el vestido. Desnuda y descalza, avanzó hasta el lecho. Él, paralizado. Ella sobre Fermín, sudorosa. Sus duras nalgas sobre los muslos de él. Su sexo sobre su erecto miembro.

—No sé si es buena idea que…

Ella lo silenció, primero posando sus dedos sobre los labios de Fermín; después, con un intenso beso. Él la penetró. Ella comenzó a moverse, arriba y abajo, adelante y atrás; al principio, despacio, con una cadencia lenta; luego, más rápida. Él intentó tomar el mando, pero ella se lo impidió presionando con las manos sobre los hombros de Fermín, recostándose sobre él, sintiendo su piel, húmeda y caliente, escuchando sus jadeos, hasta que un gemido de placer surgió de las entrañas de él.

Esmeralda se levantó, abandonó la cama, se vistió y salió del dormitorio.

—Buenas noches —dijo a modo de despedida.

—¿Te vas? —preguntó él.

—Tengo que hacerlo, Fermín.

La vio desaparecer como una sombra fantasmagórica. Saltó de la cama, salió desnudo de la casa y la buscó en vano con la mirada. Bajo la luz de la luna el camino se mostraba desierto. Volvió a entrar, encendió la luz de la cocina y abrió el grifo del fregadero. Bebió un vaso de agua, luego otro, y otro… Fue hasta el cuarto de baño y buscó

su reflejo en el espejo, pasmado.

«Ha sido un sueño», pensó.

—No lo ha sido. Ha sucedido —murmuró y rio.

El agradable olor de Esmeralda inundaba sus fosas nasales. Nunca había sentido tanto placer. Cierto era que sus únicas relaciones sexuales consumadas habían sido con prostitutas, puesto que, a pesar de la tentación latente, había conseguido mantener la virginidad de Ana.

—¡Ana! —dijo en voz alta.

La había traicionado y sólo llevaba tres días alejado de ella. La culpabilidad se apoderó de él, pero no podía quitarse de la cabeza lo que acababa de suceder.

Capítulo 10

Alguien golpeaba una puerta en sus sueños, pero no estaba soñando. Los golpes y los timbrazos eran reales. Sobresaltado, encendió la lámpara de la mesita de noche y miró su reloj de pulsera; marcaba las doce y diez. Recordó que había olvidado darle cuerda antes de acostarse. Se vistió precipitadamente con ropa limpia que sacó de la maleta, todavía sin deshacer, fue hasta la entrada y abrió la puerta.

—Buenos días, don Fermín —saludó una mujer negra como el tizón, corpulenta y de unos cuarenta años, vestida con un traje azul de sirvienta, con delantal blanco de chorreras y una cofia—. Soy Juana, su criada. ¿¡No le habré despertado!? Lo siento mucho. Es que don Álvaro madrugaba mucho y no me han dicho a qué hora debía venir.

—La verdad es que sí, aún dormía —no tenía sentido mentir, su aspecto desaliñado lo delataba—. ¿Qué hora es? Se me ha parado el reloj.

—Las seis de la mañana —contestó Juana mirando un antiguo reloj de bolsillo—. ¿Me permite? Debo hacerle el desayuno antes de continuar con el resto de las tareas.

—Claro que sí —dijo él apartándose de la puerta para permitirle el paso—. Ah, y no hace falta que llegue tan temprano. Con que lo haga a las siete de la mañana es suficiente. Si le va bien, por supuesto.

—Lo que usted diga, doctor. ¿Qué suele desayunar?

—Unas tostadas con mantequilla y mermelada, un café con leche, un huevo estrellado con beicon, zumo de naranja y una pieza de fruta, por ese orden —contestó Fermín mientras daba cuerda a su reloj y lo ponía en hora.

—¿Un huevo estrellado? —se extrañó la mujer.

—Un huevo frito, así es como lo llama mi padre —aclaró Fermín.

La mujer abrió la bolsa de tela que colgaba de su hombro izquierdo.

—Hoy no tengo naranjas, pero mañana intentaré traerlas. Puedo hacerle un zumo de piña.

—Me parece bien —le confirmó Fermín, que no pudo reprimir un bostezo.

—¿Se lo sirvo en la cocina o en el salón?

—En la cocina está bien, gracias. Voy al baño y en unos minutos vuelvo.

—Muy bien, señor —dijo Juana, que se dirigió hacia la cocina.

Fermín encendió la luz del cuarto de baño, cerró la puerta con

pestillo, se quitó la ropa con presteza y entró en la bañera, corrió la cortinilla de tela y abrió el grifo del agua. La rudimentaria ducha emitió un ruido metálico antes de expulsar el agua, fría, porque no había calentador. Se enjabonó el pelo y el cuerpo y los frotó, eliminando con ello los últimos vestigios del olor de Esmeralda. Un escalofrío recorrió su cuerpo, no por los chorros de agua, más tibia que fría, sino por la duda de si Juana se percataría de que había hecho algo más que dormir en la cama. Se enjuagó y se secó con una de las blancas toallas de algodón del toallero. Salió de la bañera con intención de afeitarse cuando se dio cuenta de que no había sacado el neceser de la maleta, por lo que se peinó como pudo con las manos, se vistió y abandonó el cuarto de baño.

El aroma a café recién hecho invadía el pasillo. En la cocina, Juana ya había dispuesto la mesa: una cafetera, una taza de cerámica sobre un platillo, un vaso de zumo, un azucarero, dos tostadas de pan y un tarro de mermelada abierto y con una cucharilla dentro.

—Disculpe, pero no hay mantequilla, tampoco beicon. Mañana no le faltarán —dijo la mujer girando la cabeza, porque en ese momento estaba friendo un huevo en la sartén.

Fermín se sorprendió de la celeridad con la que había encendido la cocina de carbón hasta alcanzar la temperatura de cocción.

—No pasa nada, Juana. Puedo vivir sin mantequilla y sin panceta.

—¿Le sirvo el huevo ya o espero a que acabe de comerse las tostadas?

—Como prefiera.

La asistenta dispuso el huevo sobre un plato, junto a un cuchillo y un tenedor, y lo colocó sobre la mesa.

—Juana, ¿sería tan amable de acompañarme? No me gusta comer solo.

—Gracias, don Fermín, pero debo limpiar la casa, hacer su habitación, la comida, el…

—Por favor —la interrumpió él, con una sonrisa y las palmas de las manos juntas a la altura de su mentón—. Aunque sea una taza de café.

Juana fue hasta la alhacena, cogió una taza y una cucharilla y se sentó a la mesa, se sirvió café, le añadió dos cucharaditas de azúcar, lo agitó con la cucharilla y se lo llevó a los labios.

—Vive en el poblado, ¿verdad? —preguntó él.

—Sí —fue la escueta respuesta de Juana y Fermín supo que tendría que ganarse la confianza de la mujer.

—Me ha dicho que sirvió a mi predecesor.

—Sí, señor. Desde que Matilde cayó enferma. Que Dios la tenga en su reino —suspiró y se persignó.

—¿Le gusta este trabajo?

—Es mejor que el trabajo en el campo.

—¿Tiene familia? —la interpeló Fermín.

—Marido y tres hijos, de cinco, diez y dieciocho años; una hembra y dos machos. Además de mis hermanos y mis sobrinos. Mis padres murieron, igual que dos de mis hijos, una al nacer, el otro antes —comentó con la entereza propia de los que asumen la muerte como algo cotidiano.

—¿Quién cuida de sus hijos cuando no están en casa ni usted ni su marido?

Juana se encogió de hombros, como si no entendiese la pregunta.

—El mediano se encarga del pequeño. La mayor trabaja.

—Ya. ¿No van a la escuela?

—No, señor.

—Entonces, ¿quién les enseña a leer y a escribir?

La mujer volvió a encogerse de hombros.

—Juana, ¿sabe leer y escribir?

—No —contestó ella con naturalidad.

Una rabia contenida se apoderó de Fermín ante la impotencia que sentía por la discriminación racial. La esclavitud se había abolido el siglo XIX, pero la vida de los negros apenas había cambiado en las antiguas colonias. Los indígenas mexicanos no corrían mejor suerte, vivían en condiciones infrahumanas, trabajaban de sol a sol desde niños por unas monedas y se les negaba la escolarización.

—Juana, ¿le gustaría aprender a leer? Yo la puedo ayudar —se ofreció Fermín.

—No sé, doctor. Tengo mucho trabajo y poco tiempo.

—Por eso no se preocupe. No le ocupará más tiempo del que ya emplea.

—Si es lo que usted quiere.

Fermín se reclinó sobre la mesa y tomó la mano de la mujer, que en un instintivo reflejo la retiró.

—Me haría feliz enseñarle. ¿Qué opina?

—Está bien —aceptó cabizbaja.

—¿Eso es un sí?

—Sí, señor. ¿Qué tengo que hacer?

—¿A qué hora abría el doctor Ruiz el consultorio?

—A las ocho de la mañana.

—Haremos una cosa. Puesto que llega tan temprano, después del desayuno dedicaremos media hora a su aprendizaje, y lo que suela hacer durante ese tiempo, no lo haga, ya me encargo yo —propuso Fermín.

—Si se entera don Ignacio se enfadará y perderé el trabajo —dijo Juana atribulada.

Fermín volvió a tomar la mano de la sirvienta, que esta vez no la apartó.

—No padezca, mujer. Esto es una cosa entre usted y yo. Si don Ignacio se entera, hablaré con él eximiéndola de responsabilidad. Probaremos unos días y, si después no está convencida, lo dejamos. ¿Le parece bien?

—Me parece bien, doctor.

—Sin formalismos. Llámeme Fermín, por favor.

—Lo que usted diga, Fermín —convino Juana, sonriendo por primera vez.

—Creo que esto es el principio de una fructífera relación —afirmó él.

—Si me disculpa —dijo Juana, que se levantó y salió de la cocina.

Fermín cayó en la cuenta de que no había escrito a Ana. Abrió con la llave la puerta del consultorio, entró, fue hasta el escritorio y arrancó una de las hojas de la libreta que se utilizaba para expedir recetas, tratamientos e informes médicos. Buscó en los cajones hasta encontrar unos sobres amarillentos por el paso del tiempo, también una pluma estilográfica y un tintero cerrado. Con el folio, un sobre, la estilográfica y la tinta, se dirigió a la cocina. Una vez sentado, y mientras apuraba el zumo, comenzó a escribir. Relató todo lo sucedido el día anterior, obviando el encuentro nocturno con Esmeralda. Se despidió con un «Tuyo, Fermín». Introdujo la carta en el viejo sobre y lo cerró. Anotó en el anverso el nombre y la dirección postal de su prometida y, en el reverso, «Hacienda Oyarzábal, Trinidad, Cuba», de manera que Ana tuviese un lugar al que enviar sus cartas. Se llevó la mano a la frente y, abrumado por la culpa, suspiró. Recogió la mesa y dejó los cubiertos y la vajilla en el fregadero, salió de la cocina y fue hasta la entrada, donde dejó la carta en la bandeja que había sobre el pequeño mueble y se encaminó hasta su dormitorio.

Juana, arrodillada, fregaba el suelo con un paño que iba sumergiendo en un cubo de latón con agua jabonosa.

—¿Necesita algo? —preguntó ella.

—Sí, mi bata y mi maletín —contestó mirando el armario.

—Pase, señor…, Fermín. Esa parte del suelo ya está seca. Por cierto, no me han dado instrucciones sobre sus preferencias en cuanto a las comidas. Había pensado cocinarle un plato de moros y cristianos. ¿Le va bien almorzar a las doce?

—No sé qué es, Juana, pero me fío de usted. En cuanto a la hora, me parece bien. No suelo consumir alcohol, por lo que con agua o leche me apañaré.

—Es un guiso de frijoles negros y arroz. Y no beba agua del grifo —sugirió ella—. Yo ya estoy acostumbrada, pero le puede provocar diarrea. Iré al pozo y regresaré con una jarra de agua fresca.

—Demasiado tarde —dijo él con una mueca de asco—. La sed me ha vencido esta noche.

«Total, qué más da. El agua del pozo tampoco estará tratada. Si tengo que padecer una gastroenteritis, la tendré», pensó.

Se colocó la bata, cogió el maletín y fue hasta el consultorio. Se sentó tras el escritorio, apoyó los codos sobre la mesa y las palmas de las manos en el mentón, pensando.

A las ocho abrió la puerta que daba al exterior y esperó, y esperó… A las diez aún no había acudido ningún paciente. Buscó a Juana y le preguntó:

—¿Es normal que a esta hora no haya venido nadie al consultorio médico?

—No suelen acudir al médico salvo en los casos más graves. Soledad, la curandera, se encarga de ello. ¿No se lo explicó don Ignacio?

Indignado, regresó al consultorio. Vio unas botas de agua en un rincón y se las probó. Por fortuna, le iban bien. Agarró el maletín y varios medicamentos que introdujo en el bolsillo derecho de la bata. Salió a la calle, cerró la puerta con llave y tomó el camino del poblado.

—Buenos días —saludó Fermín a los mismos ancianos que había visto el día anterior, quienes continuaban con su partida de damas—. ¿Dónde puedo encontrar a doña Soledad?

Los cinco hombres se miraron con gesto de sorpresa, hasta que uno de ellos habló.

—¿Pregunta por la santera?

—Esto empeora por momentos —masculló—. Sí, ella.

—Creo que la he visto entrar en casa de Eustaquio —comentó otro de los ancianos señalando con el dedo índice una de las pequeñas edificaciones, casi en frente—. Si no la encuentra ahí, vaya hasta la novena casa de esta fila.

—Gracias —dijo él y cruzó la calle.

Llamó a la puerta de la casa con los nudillos, pero nadie respondió. Volvió a golpear la madera, esta vez imprimiendo más fuerza con el puño.

—¿Quién es? —escuchó al otro lado.

—Soy Fermín Vázquez, el nuevo doctor.

—La puerta se abrió y ante él apareció una mujer alta y enjuta, de unos sesenta años, ataviada con un vestido blanco que le llegaba hasta los pies desnudos y con el pelo recogido por un pañuelo, también blanco.

—Buenos días, doctor. ¿Qué desea?

—Quería presentarme y hablar con usted. Doña Soledad, ¿verdad? —respondió Fermín guardando la compostura.

La mujer asintió y lo miró de arriba abajo.

—Es muy joven. Pensaba que don Ignacio contrataría a un médico

más…

—Con más experiencia, ¿verdad? —la interrumpió él con una sonrisa impostada.

Alguien al fondo de la oscura casucha emitió un quejido y balbuceó unas palabras ininteligibles. Fermín apartó a la mujer con su brazo y entró. Tumbado sobre un jergón, semidesnudo y boca arriba, yacía un hombre corpulento. A la escasa luz que emitían un par de velas y la procedente de la pequeña cocina, el hombre sudaba profusamente y deliraba. Le tomó el pulso y le auscultó con el fonendoscopio que siempre llevaba en el bolsillo superior de la bata. Sacó una pequeña linterna del maletín y le iluminó los ojos para explorar los reflejos pupilares. Ardía de fiebre y percibió un extraño olor. La mirada de Fermín se dirigió hacia las piernas del hombre. Una cataplasma cubría el pie izquierdo, hinchado.

—¿Qué es esto? —preguntó mirando a Soledad, en pie, junto a él.

Fermín no esperó la respuesta, se levantó y abrió la ventana, para tener más luz y ventilar la estancia.

—¡No! —gritó la mujer abalanzándose sobre Fermín, que la detuvo con sus brazos—. Ya he expulsado a Mabuya y volverá a entrar.

—¿Quién es Mabuya? —quiso saber Fermín.

—¡El espíritu Babujal!

Él negó con la cabeza y echó a un lado a la mujer, se puso en cuclillas y retiró el apósito del pie.

—¡Por Dios! —exclamó al ver la herida: un tajo purulento de unos diez centímetros de longitud—. ¿Desde cuándo tiene este corte? Tiene el pie cianótico y posiblemente gangrenado. Necesito agua… ¡Que traiga agua! —ordenó iracundo ante la impertérrita actitud de la santera.

Soledad hizo una mueca de desdén, cogió un cubo de latón y salió de la casa.

Fermín sacó una cajita metálica del maletín y la abrió. Dentro había un par de jeringas de vidrio de distinto tamaño y con conos metálicos de rosca, así como varias agujas hipodérmicas de distinto calibre. Comprobó la sensibilidad del pie pinchando de forma simultánea en distintas ubicaciones con resultado negativo. Probó en el tobillo y el pie se movió.

—Menos mal —murmuró—. ¿Dónde estará esa mujer?

Fue hasta la calle y la vio en medio, con el cubo chapoteando agua.

—He tenido que ir a buscarla al pozo —se justificó la curandera.

Fermín le arrebató el recipiente, buscó un cazo limpio y vertió agua en él. Colocó el recipiente sobre el hierro incandescente de la cocina y esperó que el agua hirviese. Luego, sumergió con cuidado una jeringa y una de las agujas y esperó. Miró su reloj y, con la ayuda de una pinza quirúrgica, sacó la jeringa y la aguja y las colocó dentro de la

cajita metálica esperando que se atemperasen. Enroscó la aguja en la jeringa, sacó del bolsillo del pantalón una ampolla de penicilina y extrajo el contenido con la jeringa para inyectársela a Eustaquio en el muslo de la pierna.

—Crucemos los dedos —comentó Fermín—. Si la penicilina hace su efecto, puede que incluso le salvemos el pie.

Limpió la herida con varias gasas impregnadas de alcohol. El tejido cutáneo estaba demasiado inflamado como para suturarlo, por lo que lo vendó. Sacó una aspirina, abrió la boca a Eustaquio y colocó el comprimido bajo la lengua del hombre, que selló los labios en cuanto Fermín retiró la mano.

—Que no la escupa —dijo mirando a la curadera—. Aquí no puedo hacer nada más, de momento. —Iba a entregarle otra aspirina a la mujer para que se la diese al paciente ocho horas más tarde, pero no se fiaba de Soledad—. Me pasaré esta tarde. Y deje la ventana abierta, por favor.

—Yo me marcho. Aquí ya no pinto nada —contestó ella—. El crío de Eustaquio está jugando en la calle. Debería hablar con él.

—Como quiera. ¿Dónde está el niño?

Ella lo acompañó afuera y gritó una palabra de origen africano. El niño, de no más de cinco años, apareció corriendo tras doblar una esquina. Descalzo y ataviado únicamente con un pantalón corto, se acercó a Soledad con la cabeza gacha.

—Este es el nuevo doctor. Haz caso a todo lo que te diga —ordenó al niño y se alejó caminando calle arriba.

—¡Soledad! —gritó Fermín. La mujer se volvió—. Gracias por su ayuda.

Ella balanceó la cabeza en señal de aprobación y siguió andando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al niño alzándole el mentón, para obligarle a mirarle a la cara.

—Miguel, señor doctor —contestó con voz trémula.

—Yo me llamo Fermín y voy a curar a tu padre, pero necesito que seas mi ayudante. ¿Te parece bien? —El niño asintió—. Perfecto. Tu trabajo consistirá en cuidar de tu padre hasta que yo vuelva esta tarde —dijo entrando en la casa—. Le acabo de dar una pastilla. Si la escupe, se la vuelves a meter en la boca. Si sigue teniendo convulsiones antes de que yo regrese, acude a verme. Estaré en el consultorio médico. ¿Sabes dónde está?

—Sí, señor doctor.

—Muy bien, Miguel.

Fermín salió de la casa y, bajo el impenitente sol, se dirigió al consultorio. Con la frente perlada de sudor, entró y se sentó detrás del escritorio.

—La comida está hecha. ¿Se la sirvo ahora? —preguntó Juana

desde la puerta.

—Sí, gracias —respondió él alzando la mirada—. ¿Me acompañará?

—No me importaría, pero ya he almorzado —se excusó ella.

—Entonces mañana, si le apetece.

Juana afirmó con la cabeza. Fermín cerró con llave la puerta exterior del consultorio y se adentró en el salón, donde la mesa ya estaba puesta: el blanco mantel, los relucientes cubiertos, un vaso, una servilleta, un panecillo y una jarra de vidrio llena de agua. Cogió la servilleta y la extendió encima del pantalón, sobre los muslos. La vajilla era de loza: un plato llano y, encima, otro hondo con un diseño colorido que le resultaba familiar. Volteó el plato superior; en la base se podía leer: «La Cartuja de Sevilla». La misma que recordaba de Madrid, la que se hizo añicos durante un bombardeo aéreo. Puso el plato en su lugar, justo cuando apareció Juana con un caldero para servirle el arroz con frijoles y tocino.

—Espero que le guste.

—Por eso no se preocupe. Como de todo. ¿Qué hay de postre?

—Piña, pero puedo preparar arroz con leche o repostería.

—No será necesario, prefiero la fruta. Gracias, Juana.

Después de almorzar se cepilló los dientes y volvió al consultorio. Pasadas dos horas sin que nadie atravesase la puerta, se levantó de la silla y buscó a Juana. La encontró limpiando el polvo en la habitación más pequeña.

—Juana, voy a ir al poblado. Tengo que atender a un paciente en su domicilio. Si por casualidad viniese alguien preguntando por mí, dígale que regreso… —miró su reloj de pulsera— en dos horas, quizás menos. Antes de las seis.

—Hola, Miguel —saludó al niño, sentado junto al camastro.

—Buenas tardes, doctor.

—Vamos a ver cómo está tu padre.

Fermín se puso en cuclillas, le tomó el pulso y le auscultó con el fonendoscopio. Colocó un termómetro clínico en la axila de Eustaquio, esperó unos minutos y lo retiró: treinta y ocho grados. «Aún tiene fiebre, pero no muy elevada».

El hombre dormía plácidamente.

—Buen trabajo, Miguel. Tu padre está mejor.

—¿Se morirá? —preguntó el crío preocupado.

—No. Para eso estoy yo aquí —afirmó Fermín acariciando la rala cabeza del niño. «Los piojos», dedujo—. ¿Ha venido la señora Soledad en mi ausencia?

—Sí, hace un rato.

—Le ha hecho algo a tu padre.

—No, doctor. Sólo le ha abierto los ojos.

—Está bien —aceptó Fermín, que le hizo una nueva cura a la herida del pie, lo vendó y se levantó—. Mañana por la mañana volveré. ¿Sabes encender la cocina?

—No. Mi madre no me deja.

—Hace bien. Dile a tu madre que el doctor te ha dicho que la deje encendida para cuando yo regrese, y que si esta noche tu padre tiene alucinaciones o convulsiones, que me avise, ella o cualquiera.

—Alocinazo…

—Si habla alto en sueños y removiéndose o tiembla mucho —aclaró Fermín, consciente de que los tecnicismos médicos que había utilizado no sólo eran incomprensibles para un niño, sino incluso para un adulto.

De vuelta a casa, Fermín se encontró con el camión, estacionado a un lado del camino, pero en distinto lugar que el día anterior.

—¿Ha venido alguien? —preguntó según entraba por la puerta principal.

—No —respondió Juana, que abrillantaba la cubertería.

—Estaré en el consultorio.

Entró en la estancia y abrió la puerta exterior. Revisó el material quirúrgico y se sentó en el escritorio. Eran las seis y media de la tarde y quedaba hora y media para cerrar la consulta, por lo que decidió aprovechar el tiempo para escribir a Ana. Le contó el caso de Eustaquio y lo ocurrido con la curandera. También le escribió sobre Juana, resaltando su edad, que doblaba la de él, para evitar suspicacias. El remordimiento le carcomía. Pensaba que cada frase, cada palabra lo podía delatar. A las ocho en punto cerró con llave la puerta del exterior del dispensario y entró en el salón. Ahí, en pie, estaba Juana, que parecía esperarlo.

—No quería importunarlo —se justificó ella.

—No lo habría hecho. No ha acudido ningún paciente a la consulta.

—Ya lo harán. Aún no lo conocen. No sabía qué le apetecía para cenar.

—Cualquier cosa —contestó Fermín—. Ceno ligero. Con una tortilla francesa y una ensalada será suficiente. Ah, y no es necesario que me pregunte, Juana. Confío en su buena mano para la cocina.

—Gracias. ¿De dos huevos?

—¿Qué?

—La tortilla, que si la quiere de dos huevos —aclaró la mujer.

—¿Sabe hacer tortilla de patata? —quiso saber Fermín.

—Claro que sí, es uno de mis platos preferidos. Pero tardaré un poco más.

—También uno de los míos —añadió él—. Y no se inquiete por el tiempo, tengo todo el del mundo —dijo Fermín, que rio.

La mesa del comedor ya estaba puesta. Él se sentó y a los cinco minutos apareció Juana con un cuenco de ensalada y una aceitera.

—Buen provecho.

—Gracias —correspondió Fermín.

Había algo en esa mujer que le hacía sentirse bien, cómodo, como si la conociese de toda la vida.

«Si encontró algo en la cama que le hiciera pensar que había pasado la primera noche con una mujer, lo disimula muy bien… o es discreta. Eso me gusta», se dijo.

Ya estaba acabando la suculenta ensalada cuando el aroma a tortilla de patata lo alcanzó. Poco después, Juana se acercó a la mesa portando la tortilla en un plato.

—La he cocido con aceite de oliva —dijo orgullosa.

—Como debe ser —afirmó Fermín—. Y, por el olor, con cebolla.

—No sé hacerla de otra manera.

—¿Ha cenado?

—Pensaba hacerlo ahora, en la cocina, antes de fregar la sartén, los platos y los cubiertos.

—Pues traiga un tenedor. Hay suficiente para los dos —sugirió Fermín mirando el plato de tortilla sobre la mesa.

Juana regresó con un plato, un cuchillo y un tenedor. Para entonces, Fermín ya había troceado la tortilla en pequeñas porciones.

—No hacía falta ensuciar otro plato —afirmó él.

«¿Qué hago? ¿Y si es una prueba? Parece un buen hombre, pero quién sabe… Nunca he compartido plato con un hombre blanco, ni siquiera aquellos días», pensó.

—No es molestia, doctor.

—Que no le voy a contagiar nada, mujer —aseguró Fermín sonriendo—. Muy rica la tortilla, por cierto. Jugosa y no muy hecha.

—Gracias —dijo ella, que pinchó con el tenedor uno de los pedazos, uno de los del borde del plato.

Cuando la tortilla se terminó, Juana fue a recoger el plato, pero Fermín, interponiendo su mano, lo impidió y la miró.

—No, Juana. Vaya con su familia, que ya es tarde.

—Es que hay que recoger la cocina, fregar los…

—Lo sé. No se preocupe —la interrumpió Fermín—. No se me van a caer los anillos por fregar unos platos.

La mujer cedió, recogió su bolsa y se la colgó del hombro, cabizbaja. Fermín la acompañó hasta la puerta y la abrió.

—Hasta mañana, don Fermín.

—Fermín a secas —la corrigió—. Hasta mañana a las siete, recuerde.

La sirvienta asintió y se alejó andando por el camino. Fermín cerró la puerta, recogió la mesa del salón y fue hasta la cocina. Cuando

acabó de fregar los platos, los vasos, la sartén y los cubiertos, los colocó sobre el escurridor de madera, cerró el tiro de la cocina de carbón para apagarla y se dirigió al baño para cepillarse los dientes. Después, caminó hasta la puerta principal con la intención de cerrarla con llave, pero cambió de opinión y volvió sobre sus pasos. Iba apagando las luces de las estancias hasta llegar al dormitorio principal. Había refrescado, por lo que cerró la ventana y apagó el ventilador de techo. Se desnudó y, tal y como había venido al mundo, se tumbó en la cama y se cubrió con la sábana. Le dio cuerda al reloj de pulsera y lo dejó sobre la mesita de noche. Apagó la luz y cerró los ojos. Hacía rato que pensaba en Esmeralda, la imaginaba en la cantina, sirviendo ron ante la libidinosa mirada de los tres empleados. Se preguntaba si aparecería en cualquier momento, como la noche anterior. Lo deseaba. Abrió los ojos y aguzó los sentidos… Nada. Encendió la luz de la mesita y miró el reloj: las doce y cinco. El tiempo parecía no correr y el sueño le era esquivo. A las doce y media se levantó, se vistió, se calzó las botas de agua y salió de la casa.

Anduvo por el camino bajo la luz de la luna. La oscuridad se veía interrumpida por los intermitentes relámpagos de una tormenta lejana. La cantina ya estaba cerrada y escuchó unos cánticos cuando se aproximaba al poblado, pero no procedían de ahí, sino de su derecha. Vio un estrecho camino entre el cañaveral y se adentró. Las voces, cada vez más próximas, acompañaban el sonido de percusión de un tambor. Apuró el paso, pero se detuvo cuando vislumbró un resplandor.

«Debo estar cerca», pensó.

El ruido cesó y creyó haber sido descubierto. Se escondió entre las cañas de azúcar y, unos segundos más tarde, los cánticos y el tamborileo se reanudaron.

Caminó pegado a las cañas hasta que los vio. En un claro de la plantación, hombres y mujeres, vestidos de blanco, bailaban un extraño ritual alrededor de una hoguera. Sus cuerpos se contorsionaban en posturas que desafiaban las leyes de la anatomía. Y en medio, ella. Esmeralda giraba sobre sí misma, con el tronco ladeado y los brazos extendidos, pero se detuvo y lo miró fijamente. Sabiéndose descubierto, dio un paso atrás y trastabilló hasta dar con sus huesos en el suelo, entre las cañas. Se mantuvo acurrucado, pero no escuchó a nadie acercarse, por lo que se incorporó y asomó la cabeza. Iba a salir en su rescate, cual caballero medieval con su doncella, cuando la algarabía se incrementó. Una anciana mujer mostraba una gallina al resto. En un visto y no visto le seccionó el cuello. La cabeza del ave cayó y la sangre que manaba era recogida en un cuenco por otra mujer, que, uno por uno, fue ungiendo la frente de los asistentes con el rojo fluido. Algunos, sobre todo las mujeres, se

desplomaron en el suelo; el resto entró en un estado de alienación. Entre el tumulto vislumbró a Esmeralda, tendida en la tierra.

Azorado, Fermín salió al sendero y lo desanduvo sin mirar atrás. Llegó a la casa sudando, inquieto, intentando dar sentido a lo que acababa de observar. Entró, fue al baño, se desnudó y se metió en la bañera. A su mente acudían una y otra vez las imágenes de la escena que acababa de ver. Los chorros de agua que corrían por el cuerpo desnudo fueron apaciguando su inquietud. Salió de la bañera, se secó, recogió la ropa y el calzado y se encaminó al dormitorio. Era la una y veinte de la madrugada.

Esa noche no iba a pegar ojo.

Capítulo 11

Cuando Juana llamó al timbre, él ya la estaba esperando.

—Buenos días, Juana —saludó al abrir la puerta.

—Buenos días, Fermín.

Él sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y entró.

—Huele a pan recién hecho —comentó Fermín mirando la bolsa que llevaba la mujer colgada del hombro.

—Lo hago todos los días. En cuanto me levanto, enciendo el horno.

—¿Todos los días?

—Sí, cada día. Para que tenga pan recién hecho.

Fermín iba a decirle que no era necesario, que con una hogaza de pan había suficiente para dos días, pero se abstuvo de hacer comentario alguno. Intuyó que la mujer se sentía orgullosa.

—Por cierto —continuó Juana—. Tiene mala cara. ¿Se encuentra bien?

—No es nada. No he dormido mucho esta noche.

—Es que como la cama de uno no hay nada.

—Será eso, la cama, que aún no estoy acostumbrado a dormir en ella.

Estuvo tentado de preguntarle por el ritual que había presenciado. «¿Ella también participa o era algo reservado para unos pocos?», se preguntó, pero optó por la cautela. Tampoco quería incomodarla sobre un asunto que a todas luces parecía ser privado.

—No he podido conseguirle las naranjas para el zumo. Mañana sin falta las tendrá. Don Fernando me ha dado su palabra y las comprará en Trinidad hoy mismo.

Fermín había dejado sobre la mesa de la cocina unas cuartillas y una estilográfica, así que, tras desayunar, dio inicio a la lección prometida, empezando por las vocales, con ejemplos donde estas se repitiesen, como «mi mamá me ama». Le impresionó lo rápido que Juana aprendía y memorizaba la grafía de las letras, tanto en mayúscula como minúscula. Iba a seguir con las consonantes, pero miró su reloj de pulsera y ya había transcurrido la media hora acordada.

—Gracias —dijo Juana con la ilusión de un niño dibujada en la cara.

—De nada. Mañana lo revisaremos y continuaremos con las consonantes —apuntó Fermín.

Todavía no eran las ocho de la mañana, demasiado pronto para abrir el consultorio a las visitas médicas, por lo que se colocó la bata, las botas de agua y fue hasta el poblado.

La luz del sol naciente lo cegaba cuando volvió a escuchar los cánticos. Los trabajadores habían comenzado su dura jornada, así lo confirmaba la presencia del camión que acababa de dejar atrás.

Llegó a la casucha, anunció su presencia y entró. La única ventana seguía abierta y la cocina estaba encendida. Eustaquio, tumbado en el camastro, roncaba. El hijo permanecía a su lado, sentado en un tosco taburete de madera.

—Mi madre ha dejado encendida la cocina, como usted pidió —anunció Miguel.

—¿Ha vuelto a pasar Soledad por aquí? —quiso saber Fermín.

—Sí, anoche. Pero no le hizo nada a mi padre, sólo lo miró —le contó el crío mientras él colocaba un termómetro en la axila del enfermo.

—¿Puedes apretar el brazo de tu padre contra su cuerpo hasta que yo te lo diga? —le solicitó a Miguel, que afirmó con la cabeza.

Fermín colocó un cazo con agua sobre la cocina hasta que hirvió, introdujo la jeringa y la aguja hipodérmica y miró su reloj. Volvió al camastro y retiró el termómetro: treinta y siete grados con dos décimas.

—Parece que la fiebre ha remitido —afirmó mirando al niño.

—¿Eso es bueno?

—Muy bueno, Miguel —dijo sonriendo y acariciando la cabeza del niño—. Ahora vamos a ver cómo está ese pie.

La inflamación seguía presente, pero atenuada. Deshizo el vendaje y limpió la herida con alcohol. Eustaquio hizo una mueca de dolor y balbuceó algo.

—Mi papá dice que tiene hambre.

Fermín buscó por la estancia y vio un perol en la mesa adyacente a la cocina, se acercó y retiró la tapa. Contenía un guisado de pollo, aún humeante. Llenó una taza de cerámica con el caldo y la dejó sobre la mesa.

—Ya comerá más tarde. —Suturó la herida y la cubrió con una gasa que fijó al pie con un nuevo vendaje. Le inyectó una nueva dosis de penicilina y miró a Miguel—. Creo que salvaremos el pie de tu padre.

—Gracias, Fermín. —Por primera vez le llamó por su nombre de pila.

—Sólo hago mi trabajo, Miguel, y tú me has ayudado mucho. Igual te contrato como mi ayudante —bromeó.

El niño dio un salto y aplaudió. Eustaquio se incorporó sobre los codos y vio a Fermín.

—Agua, por favor —dijo y se dejó caer.

Miguel corrió hasta el cubo de latón, llenó un vaso de agua y regresó. Fermín alzó la cabeza del hombre y el niño le dio de beber, al principio pequeños sorbos, después de forma apresurada, hasta vaciar el vaso.

—Más —pidió Eustaquio.

Miguel trajo otro vaso lleno, y luego otro. Hasta tres tomó el enfermo.

—Dale de beber un vaso de agua cada hora, aunque no te la pida —le instó Fermín al niño.

Eustaquio se durmió.

—¿Está bien? —preguntó Miguel.

—Sí. Está bien, aunque algo cansado —afirmó Fermín—. Necesita descansar para recuperarse. Eso sí, cuando se despierte, le das el caldo de la taza que he dejado —dijo señalando la mesa con la mano—. Y pídele a tu madre que deje encendida la cocina hasta que yo diga lo contrario. Mañana por la mañana volveré.

—Mi mamá me ha dicho que le dé las gracias por curar a mi papá.

—Aún no está curado —replicó Fermín—. Y dile a tu madre que no hay nada que agradecer, que es mi trabajo. ¿Lo harás?

—Sí…, Fermín.

—Hasta mañana, Miguel —se despidió sonriendo y palpando la cabeza del niño, como siempre.

Salió y tomó el camino de vuelta a casa. Al pasar junto al sendero del día anterior se desvió. Llegó a la explanada y se acercó hasta los rescoldos, ya fríos. Oteó alrededor. Tenía la impresión de que alguien lo observaba.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó alzando la voz.

Nadie contestó, pero estaba convencido de que lo vigilaban. No vio nada más que le llamase la atención y abandonó el lugar.

Cuando llegó a la casa, había una mujer negra esperando en la puerta del consultorio, sentada en un pequeño banco de piedra.

—Buenos días —saludó Fermín.

—Buenos días, doctor —respondió la mujer con dificultad y vomitó.

El vómito era lo de menos. Lo que le preocupaba a Fermín era el pestilente olor fecal. Buscó la llave, abrió la puerta e invitó a la mujer a entrar, pero ella a duras penas se mantenía en pie y tenía la piel reseca. La ayudó a sentarse en la silla, se colocó una mascarilla facial y se sentó en frente, tras el escritorio.

—¿Cómo se llama? —preguntó él.

—Matilde Ortega.

Fermín anotó el nombre en la libreta habilitada para ello.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que treinta y tres años. —Fermín apuntó la edad entre interrogantes, porque no es que la mujer mintiese, pero el pelo canoso

y las arrugas de su cara le hacían aparentar unos cuantos años más.

—¿Alguna enfermedad grave?

Matilde se encogió de hombros, también de dolor.

—¿A qué debo su visita? —quiso saber él.

—Me duele mucho la barriga, vomito y tengo diarrea.

—Está bien. Túmbese en la camilla boca arriba.

La mujer hizo lo que le solicitó ayudándose de Fermín, que le colocó un termómetro en la axila, le tomó la presión arterial con un esfigmomanómetro y la auscultó con el fonendoscopio. Treinta y nueve grados con dos décimas marcaba el termómetro cuando lo retiró.

—Avíseme si nota dolor —dijo palpándole el abdomen, distendido, pero sin indicios de apendicitis.

La mujer se quejó en varios momentos de la exploración.

—¿Recuerda lo que ha comido en los últimos dos días?

—Nada —contestó ella—. No tengo apetito, pero sí mucha sed.

—¿Le ha sucedido antes algo parecido?

—Sí, pero no tanto tiempo, que yo recuerde.

Fermín rebuscó en el armario hasta encontrar el suero fisiológico y un analgésico inyectable. Cogió el frasco de suero de un litro y lo dejó sobre el escritorio. Fue a la cocina y puso un cazo con agua sobre el fogón, aún caliente. Esperó a que hirviese el agua y sumergió una jeringa y una aguja. Aguardó unos minutos, retiró el cazo, lo vació en el fregadero y volvió al consultorio. Sacó un frasco de penicilina de la nevera y, con la jeringa esterilizada, aspiró el contenido.

—Parece disentería, Matilde —dijo Fermín—. Le voy a inyectar penicilina. —Y eso hizo en el hombro de la mujer. Después, repitió la operación con un analgésico inyectable en el otro hombro—. También le acabo de administrar algo para el dolor. Cuando este remita, me avisa.

Antes de media hora el fármaco había hecho su efecto calmante y la mujer se lo dijo.

—Ya me encuentro mejor.

—Perfecto —contestó él—. La fiebre también está bajando, pero tardará algo más.

Cuarenta y cinco minutos más tarde Matilde había recuperado el brillo de los ojos y apenas sentía dolor abdominal. Se incorporó y Fermín le entregó la botella de suero.

—De momento no coma nada y únicamente beba lo que le acabo de dar. Ponga a hervir su ropa y también todo lo que use. Yo pasaré esta noche por su casa en el poblado. Y, sobre todo, descanse.

La mujer asintió y salió del consultorio. Fermín se lavó las manos con jabón, se quitó la mascarilla y limpió con un paño impregnado en alcohol la camilla y la silla donde se había sentado Matilde. Después,

puso a hervir de nuevo la jeringa y la aguja ante la atenta mirada de Juana.

—¿La conoce? —preguntó.

—¿A Matilde? Por supuesto. Nos conocemos todos. Tiene cinco hijos. Ya le dije que tendría pacientes.

—Si no me equivoco, padece disentería. Es muy contagiosa y tengo que hablar con don Ignacio. Esa mujer va a necesitar mucho suero los próximos días y sólo dispongo de dos botellas, además de penicilina, de la que no ando muy sobrado.

—Es mejor que lo hable directamente con don Fernando, él se encarga de casi todos los suministros.

—¿Y dónde lo encuentro?

La mujer se rascó la cabeza antes de contestar.

—Es que va de aquí para allá. ¿Aún no se ha pasado a verlo?

—No. ¿Debía haberlo hecho?

—Cuando estaba el doctor Ruiz, venía día sí, día no. Igual lo visita hoy.

—O lo localizo esta noche en la cantina —insinuó Fermín—. Es conveniente que me presente en la farmacia de Trinidad, es lo correcto. Por lo que le pediré que me lleve.

Quiso el destino que el responsable de suministros y mantenimiento llegase a la casa media hora más tarde.

—¡Doctor! ¡Soy Fernando! —escuchó Fermín en la calle, después de que un vehículo se detuviese. Instantes después sonó el timbre de la puerta, salió del consultorio y la abrió.

—Buenos días —saludó el hombre quitándose el sombrero.

—Buenos días —correspondió Fermín—. Precisamente estaba pensando en usted. Pase y tome asiento —dijo señalando la mesa del salón—. ¿Desea tomar un café?

—¿No tiene nada más fuerte?

—Pues no sé…

—Hay unas botellas de licor dentro del mueble —intervino Juana —. Las dejó don Álvaro.

La asistenta abrió las portezuelas del aparador y sacó dos botellas.

—Lo siento, pero no sé qué son —se disculpó Juana.

—La de su mano derecha —dijo Fernando—, el *whisky*.

Ella dejó un vaso y la botella sobre la mesa y miró a Fermín.

—Y usted, doctor. ¿Quiere algo?

—¿Queda café?

—Sí, se lo caliento ahora mismo —afirmó solícita.

—Gracias, Juana.

Los dos hombres se sentaron a la mesa, uno frente al otro. El primero en intervenir fue Fernando.

—Usted dirá…

—Necesito medicamentos y suero. ¿Me puede llevar a Trinidad? —quiso saber Fermín.

—No es necesario. Don Ignacio se encargó personalmente acreditándole con la copia de su título de licenciatura.

—Eso está bien, pero me gustaría presentarme al farmacéutico.

—Si insiste —dijo Fernando apurando el vaso de *whisky*.

—Hasta luego, Juana. Vuelvo en… —Miró a Fernando.

—Una hora y media, más o menos —murmuró este.

—En hora y media —repitió Fermín alzando la voz.

—Hasta luego, doctor —se escuchó al fondo.

Fermín fue hasta el consultorio, cerró la puerta exterior, recogió su licencia de médico colegiado y acompañó a Fernando hasta la destartalada furgoneta, una Ford F donde la herrumbre de la carrocería competía con el blanco y marrón originales.

El trayecto duró algo más de media hora. Se adentraron con el vehículo por las calles de Trinidad, una ciudad que conservaba su carácter colonial, con calzadas empedradas y edificios multicolores. Fernando detuvo la furgoneta en lo que parecía la plaza principal, junto a la farmacia. Los dos hombres entraron en la botica, con más de dos siglos de antigüedad, tal y como rezaba en el cartel de la fachada. El tintineo de la campanilla de la puerta acristalada de la entrada anunció su presencia. El establecimiento destilaba el olor de las fórmulas magistrales y las estanterías estaban repletas de recipientes cerámicos con nombres en latín, los de su contenido, en su mayoría plantas medicinales.

—Buenos días —saludó el boticario, un hombre de corta estatura, delgado y más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, con el pelo ralo y unas gafas de pasta negra que cubrían sus pequeños ojos azules. A su lado, una joven de unos veinticinco años, quizás más, atendía a una mujer de mediana edad ataviada con un vestido cuyas costuras apenas resistían la presión de su rollizo cuerpo.

—Buenos días, Santiago —correspondió Fernando—. Te presento al nuevo doctor de la hacienda Oyarzábal, don Fermín Vázquez.

Fermín estrechó la mano del farmacéutico sobre el mostrador.

—Bienvenido a Trinidad, doctor.

—Gracias, don Santiago.

—Santiago a secas, por favor. Mexicano, ¿verdad?

—No, español, pero llevo casi toda la vida en México, así que técnicamente soy mexicano.

La joven, que ya se había despedido de la clienta, carraspeó.

—Ah, sí. Disculpe. Le presento a mi hija mediana, Lucía.

—Encantado de conocerla. Un placer —dijo Fermín llevándose la mano al ala del sombrero.

—El placer es mío, doctor —afirmó ella con picardía, algo que no

pasó desapercibido a Fermín, como tampoco el hecho de que no portase en los dedos una alianza, ni la belleza de la mujer, morena, con ojos grises y una sonrisa cautivadora.

—¿A qué debemos su presencia, Fermín? —intervino el boticario.

—Mi visita es de cortesía, para presentarme, aunque también aprovecharé para llevarme suero y penicilina.

—El suero se lo puedo entregar ahora mismo, pero la penicilina no llegará hasta mañana, si es que llega. Estamos teniendo problemas con los suministros —se justificó con gesto sombrío—. Se adentró en la trastienda y salió en menos de un minuto cargando una caja de madera repleta de botellas de vidrio—. ¿Cuántas unidades de suero necesita?

—¿Cuántas contiene la caja? —quiso saber Fermín.

—Diez.

—Entonces me llevaré la caja, siempre que disponga de más, por supuesto. No quisiera ser el artífice de un desabastecimiento en mi primera visita —afirmó sonriendo.

—Así sea —dijo el farmacéutico mirando a Fernando, que cargó con la caja hasta la furgoneta.

—¿Cómo sabré si ha llegado la penicilina? —preguntó Fermín.

—Yo mismo llamaré por teléfono a don Ignacio en cuanto la reciba —respondió Santiago.

—No quisiera abusar de su confianza, pero ¿podría hacer una llamada desde su teléfono? Es a México y será breve.

—No es ninguna molestia, y no se preocupe por el tiempo. Lucía, acompaña al doctor al salón.

—Sígame, Fermín —le instó ella con la sonrisa dibujada en los labios y se internó en la trastienda para tomar un pasillo—. ¿Está usted casado?

—No, aunque sí comprometido —sentenció Fermín siguiendo con la mirada el intencionado contoneo de caderas de Lucía—. Precisamente, voy a telefonear a mi novia.

—Afortunada prometida —añadió ella con cara circunspecta—. Por aquí —le indicó abriendo una puerta, la de la vivienda.

Entraron a un amplio salón de estilo colonial y muebles indianos. Destacaba, además de la gran lámpara de araña, un amplio ventanal con salida a una terraza acristalada, donde exuberantes plantas compartían el espacio con una mesa de hierro forjado y varias sillas del mismo metal.

—¿Le gustan las plantas? —preguntó Lucía.

—Me apasiona la belleza en todas sus formas —contestó Fermín intentando compensar la desilusión que le había provocado a Lucía unos segundos antes.

—Aquí es —dijo ella señalando el terminal, un teléfono negro

colgado de la pared—. Descuelgue y espere a que la telefonista conteste. ¿Sabrá volver a la farmacia?

—Sí. No se preocupe, Lucía.

Una mujer cincuentona, vestida de negro y con el pelo canoso recogido en un moño, entró en el salón.

—Mamá, es el nuevo médico de los Oyarzábal.

—Pensaba que los atendía don Fulgencio, como a nosotros —apuntó la madre escrutando al visitante.

—No me he expresado bien. Es el doctor de la hacienda —corrigió la hija.

—Bienvenido a Trinidad —saludó la mujer.

—Gracias —respondió Fermín llevándose la mano al ala del sombrero y ofreciéndosela después—. Fermín Vázquez. Para servirla.

—Herminia González de los Álamos —se presentó la arrogante mujer y estrechó la mano de Fermín—. No parece mexicano.

El acento delataba su procedencia.

—Usted tampoco parece cubana.

La madre soltó una carcajada antes de continuar hablando.

—Es, sin duda, un joven con sentido del humor, y eso me gusta. Provengo de un largo linaje de ascendencia española. Los González de los Álamos llevamos en la isla desde mediados del siglo diecisiete y poseemos una hacienda azucarera cerca de la de los Oyarzábal. Ellos llegaron más tarde —recalcó con orgullo y altanería—. Disculpe mi indiscreción, ¿no había trabajo para usted en México?

—Lo había y lo hay, doña Herminia. Mi padre es el propietario de una clínica en Ciudad de México, pero soy de espíritu aventurero.

—Entiendo —dijo la mujer.

—Va a hacer una llamada telefónica —intervino la hija.

—Pues me retiro a mis aposentos. Encantada de haberlo conocido.

—El placer es mío —correspondió Fermín.

La mujer se marchó y su hija también. Él descolgó el teléfono y esperó.

—Centralita telefónica. ¿Qué desea? —escuchó al otro lado de la línea. Era la voz de una mujer joven.

—Buenos días. Quisiera hacer una llamada a México.

—Un momento, por favor… De acuerdo. Dígame el número de teléfono del abonado.

Fermín le facilitó los dígitos del teléfono de la casa de Ana, consciente de que la telefonista podría escuchar la conversación.

—Manténgase a la espera —apostilló la empleada.

Unos segundos más tarde comenzaron los tonos de llamada. No tuvo que esperar mucho para escuchar la voz de Miguela.

—Residencia de los Quiroga.

—Miguela, soy Fermín. ¿Está Ana en casa?

—¡Qué alegría, Fermín! Lo lamento, pero la señorita Ana no ha regresado de la universidad. No creo que tarde mucho en volver.

—Yo también me alegro, Miguela. Dígale a Ana que la he llamado… —iba a decir que añadiese que la amaba, pero era demasiado personal como para dejarle ese recado a la asistenta, por mucha confianza que tuviese con ella. «Porque la amo, ¿verdad?», se preguntó—. Que lo intentaré de nuevo en otro momento —concluyó.

—¿Cómo está? —quiso saber Miguela.

—Bien. Echo de menos a la familia y a Ana. También a usted. Y, salvo por el calor, no me puedo quejar. Adiós, Miguela.

—Adiós, Fermín —se despidió.

Él colgó, salió de la vivienda y regresó a la botica.

—Gracias, Santiago. Ya me dirá lo que le debo por la llamada.

—Nada, hombre —contestó el farmacéutico.

—Ha durado poco la llamada —se jactó Lucía. Fermín la miró y sonrió, pero no contestó.

—Que pasen un buen día. Hasta la próxima visita —se despidió, salió de la farmacia y subió a la furgoneta.

—Mañana volveré a pasar. A ver si ha llegado la penicilina —aseguró Fernando.

Fermín lo miró y asintió apesadumbrado, o quizás aliviado por no haber podido hablar con Ana. Ni él mismo estaba seguro de sus emociones. Y así se mostró durante todo el viaje: contrariado, ensimismado en sus pensamientos, con el tintineo de las botellas de suero entre sus pies como sonido de fondo.

El jefe de mantenimiento se percató de que algo no iba bien. Dedujo que debía ser por la llamada telefónica, pero no dijo nada. «En las cosas de pareja mejor no entrometerse», razonó.

—Bueno. Ya hemos llegado —dijo Fernando, que iba a coger la caja con las botellas cuando Fermín se anticipó, abrió la puerta y bajó del vehículo, detenido frente a su casa. Giró la cabeza hacia Fernando.

—Gracias por todo.

—No hay de qué, doctor. Es mi trabajo. ¿Le va bien que pase por su casa cada dos días a partir de mañana?

—Sí, creo que será suficiente —le confirmó Fermín desde el porche.

—Perfecto. Mañana volveré con la penicilina. Cruzo los dedos para que así sea.

Fernando arrancó la furgoneta y se alejó. Fermín se dirigió a la puerta exterior del consultorio, donde no había nadie esperando para ser atendido. Entró y depositó la caja sobre el escritorio. Una a una fue colocando todas las botellas en el armario y cerró la puerta corredera. Ya iba a sentarse detrás del escritorio cuando Juana se asomó por la puerta que daba al comedor.

—¿Cómo ha ido por Trinidad?

—He conocido a don Santiago, a su esposa y a su hija. Muy amables, por cierto.

—Me alegro, Fermín. ¿Ha conseguido los remedios que buscaba?

—Sólo en parte —contestó él—. Imagino que mañana Fernando traerá lo que falta. Si no estuviese yo, que lo deje dentro de la nevera del consultorio.

—Así será —confirmó Juana.

—¿Ha venido alguien en mi ausencia?

—Don Ignacio. Le he dicho que había ido a Trinidad con don Fernando.

—¿Le ha comentado el motivo de su visita?

—No, pero ha preguntado por usted —contestó Juana.

«Iré a verlo después de cenar», dijo para sí mismo.

Capítulo 12

Fermín llegó al ingenio con la noche cerrada, luego de algún que otro tropezón por el camino y después de haber visitado en el poblado a Matilde, la mujer con disentería. Se maldijo por no haber aprovechado el viaje a Trinidad para comprar una linterna.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio a Juana y a don Ignacio discutir frente a la casa de este último. Ella estaba haciendo aspavientos con los brazos cuando el anciano la cogió de los hombros y la zarandeó. No parecía que la mujer se amedrentase. Se zafó del dueño de la plantación, aproximó su rostro al de él y dijo algo que pudo escuchar Fermín, agazapado tras un tractor:

—¡No vuelvas a ponerme la mano encima!

Oyarzábal se dio la vuelta, entró en la casa y cerró la puerta con un sonoro portazo. Juana se quedó de pie unos momentos, recogió su bolsa del suelo y tomó el camino de vuelta al poblado.

Fermín esperó un tiempo prudencial después de perderla de vista y salió de su escondrijo preguntándose el porqué del trato displicente e irrespetuoso de Juana hacia su jefe.

«No es cosa mía», dijo para sí. Caminó hacia la casona, subió los peldaños para acceder al porche y pulsó el timbre de la puerta. Vislumbró de reojo cómo se descorría la cortina de la ventana más cercana. Poco después, don Ignacio abrió la puerta y, visiblemente alterado, lo saludó.

—Buenas noches, doctor. ¿Qué desea?

—Juana me ha comentado que ha pasado por mi casa en mi ausencia y he creído conveniente conocer el motivo.

La mención a la sirvienta provocó que Oyarzábal torciese el gesto antes de hablar.

—Se trataba de una visita de cortesía. Había salido a montar en caballo y, al pasar por el consultorio, se me ocurrió que podía hablar con usted, para ver cómo le iba, si todo era de su agrado… Pero pase, por favor.

Fermín cruzó el umbral, el dueño cerró la puerta y le indicó con un gesto de la mano que lo siguiese. Cerca de la puerta, sobre una mesa, había una escopeta que llamó su atención y la de Oyarzábal.

—He ido a cazar patos, pero no ha habido suerte —se justificó don Ignacio.

A Fermín no le convenció la explicación, pero prefirió hacerse el

crédulo.

El aroma y el humo de un cigarro colmaban el ambiente del despacho.

—¿Le apetece? —preguntó el anciano, que le ofreció la caja de habanos.

—No, gracias. Creo que me estoy resfriando.

—¿Desea tomar algo?, ¿un refresco, un zumo…?

—No quisiera importunar a su empleada. Ya debe haber acabado su jornada laboral.

—No es molestia. Engracia vive aquí y está siempre disponible.

—Insisto —dijo Fermín.

—Como prefiera —zanjó Oyarzábal, que exhaló una bocanada de humo—. ¿Cómo lleva el cambio?, ¿ya se ha adaptado a la vivienda y al consultorio?

—Más o menos. Juana es una cocinera excelente. Lo que me preocupa es la escasa asistencia al consultorio.

—Mis negros… Mis trabajadores gozan de buena salud —rectificó el anciano.

—No lo dudo —mintió Fermín—, pero no es menos cierto que acuden a la curandera.

—Siempre lo han hecho —afirmó Oyarzábal—. Tenga en cuenta que el primer médico al que vieron en su vida fue a don Álvaro.

—Ya —afirmó Fermín—. He atendido un caso grave de una herida infectada y con sepsis. De no ser por la casualidad de que visitase el poblado, ahora ese hombre habría perdido la pierna, e incluso la vida.

—Las casualidades no existen, Fermín. Usted estaba en el sitio adecuado en el momento oportuno. ¿Cómo está el hombre?

—Recuperándose. No perderá la pierna y pronto volverá a trabajar —dijo con retintín—. También estoy tratando a una mujer con disentería y eso me preocupa más, porque es una enfermedad muy contagiosa. Puede que haya más casos en los próximos días o semanas, incluso una epidemia.

—¿No estará exagerando?

—Es posible, pero toda cautela es poca en estos casos. Ya he encargado más dosis de penicilina. Si no acuden por propia voluntad al consultorio, iré yo casa por casa.

—Le honra su interés. No obstante, ¿no estará pecando de exceso de celo profesional?

—Son mis pacientes y es mi responsabilidad —afirmó tajante Fermín.

—Como quiera. Es su trabajo y no seré yo quien lo cuestione. Si no hay nada más…

—Creo que es todo. Le agradezco de nuevo su interés —dijo Fermín, consciente de que el anciano deseaba estar solo y de que su

visita había sido desafortunada. Aun así, no pensaba dejar pasar la oportunidad—. ¿Puedo hacer una llamada a México?

—Adelante. Ahí tiene el teléfono. —Oyarzábal señaló la pared opuesta—. Debe esperar a que la operadora…

—Lo sé —lo interrumpió Fermín—. Ya me lo ha explicado la hija de don Santiago esta mañana, cuando he acudido a presentarle mis respetos al farmacéutico.

—Esa solterona se va a quedar para vestir santos —murmuró Oyarzábal.

—¿A qué se refiere? —se interesó Fermín.

—Se comenta que Lucía tuvo una aventura con un comercial procedente de La Habana cuando estaba comprometida con Ángel Fuentes, el hijo de un industrial de rancio abolengo de Cienfuegos. De eso hará unos tres años. Al parecer, el comercial desapareció de la noche a la mañana y nunca más se supo de él. Unos días más tarde, Lucía también se ausentó, nada menos que seis meses; según sus padres, para cuidar de una tía enferma en Santiago de Cuba. El caso es que, a su regreso, la chica había ganado unos kilos y también tetas.

—¿Insinúa que había estado embarazada y que tiene un hijo?

—Eso dicen las malas lenguas, y yo creo que tienen razón, porque el hijo de los Fuentes rompió su compromiso y montó una escena en la plaza de Trinidad, delante de todo el mundo. La llamó de todo, según me contaron. Pero dejémonos de habladurías. Me acaba de decir que ha utilizado el teléfono de don Ignacio esta mañana, ¿me equivoco?

—Así es, para hablar con mi novia. Pero no ha sido posible.

—La línea telefónica, que a veces falla —dedujo el anciano.

—No es el caso. Era mi prometida la que no estaba en casa —aclaró él.

—Espero que tenga más suerte ahora. Yo estaré en el porche.

Oyarzábal salió con paso renqueante del despacho y cerró la puerta. Fermín por fin pudo hablar con Ana.

—¿Bueno? —escuchó la inconfundible voz de ella al otro lado de la línea, como si Ana esperase la llamada.

—Hola, amor.

—¡Fermín! Me ha dicho Miguela que has llamado esta mañana. Tenía muchas ganas de escuchar tu voz. ¿Cómo estás? ¿Cómo te tratan en Cuba? He recibido tus primeras cartas y me preguntaba…

—Para, para. Poco a poco, cariño —la interrumpió él—. Te echo mucho de menos. Aún no me ha llegado ninguna carta tuya.

—Yo también te extraño, mucho. Me consuelo con tus cartas y los preparativos de la boda.

—Como te comento en una de las cartas, no dispongo de teléfono en mi casa. Ahora mismo te estoy llamando desde el teléfono del patrón, Ignacio Oyarzábal. ¿Y tus padres? ¿Cómo van los estudios?

—Todo bien. Esa carta que mencionas aún no la he recibido. Por cierto, tus padres no tienen noticias tuyas. Lo poco que saben es lo que les he contado yo.

—¡Mierda! —espetó él—. Me había olvidado por completo. Diles que les escribiré hoy mismo. No quiero abusar de la confianza de mi jefe haciendo otra llamada.

—No habrás conocido a ninguna belleza cubana, ¿verdad? —preguntó Ana sonriendo, aunque él no lo podía ver.

Fermín se quedó petrificado. Se ruborizó como un niño pillado en una travesura y tardó en contestar.

—¿Fermín?, ¿sigues ahí?

—Aquí estoy. Y no seas tonta. Sabes que te quiero más que a nada en el mundo —afirmó con toda la rotundidad que pudo—. Ahora tengo que colgar.

—¿Tan pronto? Pero si apenas hemos hablado —repuso Ana.

—Yo estaría toda la noche hablando contigo, pero el teléfono no lo pago yo y esto es una conferencia internacional —mintió, porque lo único que le apremiaba era el deseo de ir a la cantina, de estar cerca de Esmeralda.

—Está bien. Buenas noches —se despidió Ana resignada.

—Buenas noches, amor mío —correspondió él, que colgó.

Salió del salón y cruzó la puerta abierta de la entrada principal de la casa. Ahí, bajo el techado, abstraído, Ignacio Oyarzábal apuraba el cigarro.

—Me marcho, Ignacio. Buenas noches.

—¿Ha conseguido hablar con su prometida? —quiso saber el anciano.

—Sí. Gracias —fue la escueta respuesta de Fermín, que ya bajaba los peldaños del porche cuando Oyarzábal llamó su atención.

—¿Va a la cantina? —preguntó, como si pudiese leer sus pensamientos.

—Me pasaré un rato por allí, para hablar con los otros empleados.

—Fermín, quiero que sepa que puede usar el teléfono de mi hogar las veces que lo necesite.

—Gracias —respondió sin volver la cabeza y apretando el paso.

Llegó al claro y vio a los tres hombres sentados a la misma mesa que dos noches atrás. Se preguntó por qué había tantas mesas si sólo se usaba una.

«Quizás las utilicen para celebraciones especiales con familiares. Sí, debe ser eso», pensó.

—¡Hombre, Fermín! Ya lo echábamos de menos —soltó el capataz con su habitual tono sarcástico. El resto rio—. Ya nos ha contado Fernando que se ha presentado en sociedad.

—Si lo quiere ver así… Yo he hecho lo que se espera de un

responsable médico: acudir a la farmacia y presentarle mis respetos al propietario.

—¿Y su prometida?, ¿cómo está?

Fermín lanzó una mirada reprobatoria al jefe de mantenimiento y suministros antes de contestar.

—Perfectamente. Sigue ilusionada con la boda —dijo y miró de reojo a la cantina. Esmeralda no estaba; de hecho, no había nadie tras la barra.

—Buenas noches, doctor. Le he traído una Coca-Cola.

Fermín no la había visto llegar y su corazón cabalgaba desbocado cuando giró la cabeza hacia ella.

—Buenas noches, Esmeralda. Se lo agradezco.

Sus miradas se cruzaron un momento. Ella sonrió y sirvió el refresco en un vaso que dejó sobre la mesa, rozando con su brazo el de Fermín. Después, volvió a la cantina.

Los planes de él se habían ido al traste: acudir a la barra e intercambiar unas palabras con Esmeralda. Quizás entonces sacase el tema del ritual presenciado la noche anterior, porque él la había visto, pero ella también había advertido su presencia, estaba seguro de ello. Tomó la decisión de quedarse hasta que sus compañeros de mesa se marchasen, hasta que Esmeralda estuviese sola.

Una partida de cartas hizo más llevadera la espera. Él perdió. No era muy ducho en los juegos de naipes.

Sus tres acompañantes dieron por finalizada la velada. Ebrios, abandonaron el lugar en sus respectivos vehículos. Él se quedó y esperó, y esperó… Se levantó de la silla y fue hacia la cantina. No vio a Esmeralda y rodeó el edificio. A tientas localizó la puerta trasera, la abrió y entró. A oscuras, como estaba, agudizó la vista y el oído. Escuchó una risa a su lado, se giró, palpó la cara de Esmeralda y la acercó a la suya. Escuchó su respiración y vio el brillo de sus ojos. La besó con pasión y ella correspondió bajándose el vestido hasta la cintura. Él cambió los labios de ella por sus pechos. Se recreó jugueteando con los pezones, lamiéndolos hasta provocar su rigidez, igual que su miembro. Ella gimió de placer. El se desabrochó el cinturón y la bragueta. El pantalón cayó. Esmeralda le bajó los calzoncillos, agarró la verga y se la introdujo en la boca. Fermín soltó un sonido gutural primitivo, el de la bestia agazapada, escondida y que iba asomándose. La cogió por los muslos y la colocó a horcajadas. Ya sin barreras, la penetró, la empotró contra la pared de madera aumentando la cadencia de sus embestidas hasta que ella gritó de placer. Poco después, lo hizo él.

Se quedaron abrazados, escuchando la respiración acelerada del otro, sin decir palabra, hasta que Fermín rompió el silencio.

—He tenido un *déjà vu*.

—¿Un *déjà vu*? —repitió ella confundida.

—Es una expresión francesa —aclaró Fermín—. Significa que acabas de vivir una experiencia que recuerdas. Es debido a que, en nuestro cerebro, a veces, se conecta por error el área de la memoria con la del presente.

—¿Es por eso? Vaya. Me ha pasado muchas veces. Te vi ayer por la noche —dijo de pronto ella.

—Lo siento. No era mi intención espiarte —se disculpó Fermín—. Escuché unas voces y…

—No importa —lo interrumpió ella y le acarició el rostro—. Se trata del culto a los *orishas*, espíritus o santos. No hay nada de malo en ello.

—¿Podría asistir a alguno de esos rituales?

—¿Te interesa verlo o participar?

—En principio, únicamente estar presente, sin tener que esconderme —dijo sonriendo.

—No sé, Fermín. No depende de mí. Tendría que preguntarlo, aunque dudo que acepten a un…

—A un blanco. Es lo que ibas a decir, ¿verdad? —la interrumpió—. Es igual, no hace falta que preguntes. Querrán saber por qué me interesa. Te acompaño a la aldea.

—No es necesario. Además, alguien nos puede ver.

—Por favor, insisto. Me da lo mismo que nos vean juntos.

—Como quieras —aceptó Esmeralda.

Salieron de la cantina sin percatarse de que estaban siendo observados.

Parapetado en el cañaveral, Aurelio llevaba más de media hora acechando. El capataz había estacionado su automóvil en el camino principal, a unos diez minutos caminando. Salió de su escondrijo con cautela y, sin ser visto, volvió al coche.

Fermín se despidió de Esmeralda antes de alcanzar las primeras casas por expreso deseo de ella.

Esa noche durmió a pierna tendida.

El timbre de la puerta lo despertó. Encendió la luz del dormitorio, se vistió con la ropa del día anterior y, desaliñado, abrió la puerta exterior de la vivienda.

—Buenos días —saludó Juana.

—Buenos días —contestó él—. Me aseo y desayunamos.

—De acuerdo. Hoy sí le puedo hacer zumo de naranja —afirmó la asistenta mirando su bolsa.

Fermín se duchó y se acicaló. Al afeitarse, el espejo le devolvió su reflejo, la cara de un hombre feliz, radiante de alegría. Sus ojos azules tenían un brillo especial.

Tras el desayuno, continuó con las clases de alfabetización. Cuando

acabó, fue al consultorio. Se sentó delante de la mesa y escribió una carta a sus padres, en la que se disculpaba por la demora en informarles de su nueva vida. Describió de forma somera lo acontecido durante su estancia en la hacienda y finalizó la misiva con un «Os quiero y os echo de menos. Vuestro hijo, Fermín». Ensobró la carta y la depositó en la bandeja de la mesita de la entrada, donde Fernando se encargaría de recogerla para llevarla a la oficina postal y de telégrafos de Trinidad.

Aún era temprano para abrir el consultorio, por lo que, al alba, decidió acudir a visitar personalmente a sus dos únicos pacientes.

—¡Juana, voy al poblado! —dijo en voz alta—. Regreso en una hora, más o menos.

—De acuerdo —respondió ella.

Llegó a la aldea con el cegador sol alzándose en el horizonte. Entró en la casa de Eustaquio, le hizo una cura en el pie y le inyectó una nueva dosis de penicilina. El hombre ya no tenía fiebre y su aspecto general era bueno.

—Gracias, doctor. No había tenido ocasión de agradecerle lo que ha hecho por mí —dijo y se incorporó para sentarse en una silla.

—Ha sido un buen paciente —afirmó Fermín, que se despidió hasta el día siguiente y fue a visitar a su otra paciente.

La casa era tan humilde como la de Eustaquio.

—Buenos días, doctor. ¡Deja de molestar, Juan! —reprendió a un niño de corta edad que tiraba de la falda de su madre—. Ahora te pongo el desayuno.

—Buenos días, Matilde —saludó Fermín—. Debería estar guardando reposo.

La mujer lo miró y luego al niño.

—Tiene que desayunar.

—¿Y su marido? Entiendo que debe estar trabajando, pero podría echarle una mano, al menos con las comidas.

Ella negó con la cabeza antes de hablar.

—No tengo esposo.

—¿Y padre o madre? Algún familiar tendrá, digo yo —insistió Fermín.

—Estoy sola. Mis padres murieron y mis hermanos se fueron de la plantación hace años. Desde entonces no sé nada de ellos.

Lo dijo sin un atisbo de melancolía, como alguien acostumbrado a una vida de penurias, como el que se echa el mundo por montera y sigue siempre adelante.

Por un lado, Fermín sintió compasión por la mujer; por otro, alivio. El hecho de que la mujer sólo compartiese vivienda con su hijo limitaba las posibilidades de contagio a otras familias. Pero la tranquilidad duró poco. Una sombra se proyectó en el suelo. Delante

de la puerta, abierta, Soledad llevaba en brazos una niña inconsciente, entró y dejó el cuerpecito sobre un camastro.

«No debe tener ni cinco años», pensó Fermín.

—Yo no puedo hacer nada por ella —dijo la curandera.

Fermín se puso en cuclillas y le hizo una completa exploración a la niña. Febril y deshidratada, apenas tenía pulso.

—Necesita ser trasladada con urgencia a un hospital —informó él inquieto—. Hay que llevarla a un hospital y hay que hacerlo ahora mismo.

—No hay ningún hospital en Trinidad. El más cercano está en Cienfuegos —intervino Soledad.

—¿Está muy lejos? —quiso saber Fermín.

—Yo fui una vez a ver a un familiar, y de Trinidad a Cienfuegos en autobús me llevó más de hora y media.

—¡Mierda, mierda, mierda! —espetó angustiado—. No hay tiempo. Ahora vuelvo.

Dejó la bata y el sombrero y salió corriendo. Llegó a su casa bañado en sudor. Entró en el consultorio, cogió una botella de suero, una aguja y un catéter de goma para la administración intravenosa.

Con la botella bajo el brazo y el resto del material en la mano, tomó el camino de regreso. Cuando llegó al poblado entró en la casa. La niña había dejado de respirar y no tenía pulso. Miró su reloj e inició la maniobra de reanimación cardiopulmonar, alternando las compresiones en el pecho con la respiración de rescate. Así estuvo hasta que lo venció el agotamiento. Miró su reloj y después a las dos mujeres.

—Ha muerto —sentenció.

Matilde se cubrió la boca con una mano. La curandera cerró los ojos y pronunció unas palabras ininteligibles. El niño jugaba con un muñeco de peluche, ajeno a la dramática situación.

Fermín salió de la casa y gritó, un bramido colérico que llamó la atención de los ancianos, sentados en la mesa de siempre, jugando su partida de damas. Una lágrima de impotencia recorrió su mejilla y cayó al polvoriento suelo. Respiró profundamente y volvió a entrar en la casucha.

—¿Cómo se llama?… ¿Cómo se llamaba? —se corrigió.

—Antonia Fernández —contestó la curandera.

—¿Y su familia?

—Los padres en el campo, recogiendo caña; sus hermanos, en casa.

—Iré a avisarles. Usted quédese con los niños —dijo mirando a Soledad.

—No, doctor. Usted no conoce el camino —repuso la mujer—. Quédese aquí, que yo les doy la noticia.

Soledad salió presurosa y Fermín se sentó junto al cuerpo inerte. A

su mente volvieron los lúgubres recuerdos infantiles que solía revivir en sus pesadillas, los cadáveres ensangrentados y desmembrados, tendidos en la calle o transportados por sanitarios, en Madrid, entre ellos el de Carmela, una niña que vivía en su calle, desmadejada como una muñeca rota. Podía oler el aroma acre de las bombas lanzadas por la aviación fascista. Volvieron los fantasmas del pasado y rompió a llorar, como aquel día, como el niño que fue, como el niño traumatizado que aún habitaba en su interior.

Cuando los padres de Antonia entraron acompañados de Soledad, se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa y les pidió perdón por no haber podido salvar a su hija.

Retornó al consultorio y rellenó el parte de defunción. Juana entró y, sin decir nada, se sentó frente a él. Fermín alzó la cabeza y la miró.

—No es buen momento, Juana. Si no es una urgencia, le agradecería que me dejase a solas.

La mujer no dijo nada. Se levantó y volvió a sus quehaceres.

Capítulo 13

Alicia, enfrascada en la lectura de las cartas de sus abuelos, había olvidado comer y los borborigmos procedentes de su estómago así se lo recordaban. Al levantarse para ir a la cocina, los sobres cayeron de su regazo y se desplegaron como un manojo de naipes sobre el sofá de cuero. Le llamó la atención uno sin sellos, lo extrajo y lo abrió. Contenía unas viejas fotografías bien conservadas. La primera era de su joven abuelo posando con tres hombres delante de una casona colonial. La segunda, más gastada, del *avó* con una joven y bella mulata de piel muy clara y cabello ensortijado. Pero la tercera fue la que le hizo dar un respingo.

—¡No puede ser! —murmuró. Desbloqueó su iPhone y buscó con el navegador del dispositivo hasta que encontró lo que buscaba—. Mi abuelo con… ¿¡Pero cómo es que nunca me dijo nada!?

Pasaron los días. Pasaron las semanas y, con ellas, la epidemia de disentería.

Fermín se ganó la confianza de los trabajadores y se empezaron a acometer los trabajos de saneamiento y alcantarillado en el poblado.

Los encuentros entre los dos amantes se hicieron costumbre y comenzaron los rumores sobre la relación de Fermín y Esmeralda.

La vida parecía ir de viento en popa. Feliz en lo personal y satisfecho en lo profesional, Fermín creía estar viviendo un cuento de hadas. Incluso la relación con los otros tres responsables de la plantación era fluida. Acudía furtivamente a los rituales afrocubanos. Ella lo sabía y él era conocedor de ello, pero nunca hablaban del tema.

Seguía recibiendo cartas de Ana, pero ya no las abría y le costó reunir los arrestos para responder a las misivas, aunque al final lo hizo. En una carta se excusaba alegando tener mucho trabajo. No obstante, un día recibió una llamada en la residencia de los Oyarzábal, y así se lo hizo saber su jefe, don Ignacio, quien acudió al consultorio a caballo para avisarle.

La conversación con su prometida fue extraña. Ella no acababa de creerse los pretextos de Fermín y este no encontraba las palabras de alivio que Ana necesitaba, porque se sentía un cobarde y era incapaz de confesar que se había enamorado de otra. Al fin, él creyó encontrar

la forma de salir del atolladero con una mentira. Le contó que había estado gravemente enfermo con cólera y que apenas comenzaba a recuperar las fuerzas, que no le había podido escribir, que no quería hacerla padecer confesándole su grave dolencia y que, a partir de ese día, respondería su correspondencia. Ella le pidió perdón por dudar de su fidelidad y él se sintió un ser ruin. Desde ese día retomó, mal que le pesase, la costumbre de enviarle a Ana una carta cada semana, un escrito relatando los hechos cotidianos y con la misma despedida: «Tuyo siempre, Fermín».

Y pasaron los meses y el invierno. Llegó la primavera y después el verano, con sus largos y sofocantes días. También las fiestas, donde aprendió a bailar las danzas de la isla: el danzón, el son, el mambo, el chachachá, la conga…

Todo iba bien, todo menos la guerra. Los guerrilleros del Movimiento 26 de Julio, comandados por Fidel Castro, ganaban adeptos y territorio. Ignacio Oyarzábal se había vuelto huraño y taciturno. Las visitas de su hijo Íñigo no lograban sacarle de su melancolía. También se negaba a abandonar la explotación agrícola que con tanto esfuerzo habían levantado sus antepasados. Muchos terratenientes ya habían dejado sus propiedades en oriente buscando refugio en occidente, sobre todo en La Habana.

Fermín no había adquirido ningún vehículo motorizado, tal y como le habían aconsejado. Con la linterna y una bicicleta se apañaba.

Anunció su presencia con unos timbrazos. Llegaba a tiempo para la partida de cartas. Dejó la bicicleta apoyada en una mesa y se dirigió a otra, la de siempre. Faltaba el capataz y preguntó:

—¿Aún no ha llegado Aurelio?

Pronto se dio cuenta de su equivocación. Sobre la mesa había tres vasos de ron, uno vacío. Formuló la pregunta de otra manera.

—¿Se ha ido?

Los dos hombres no contestaron y agacharon sus cabezas.

Un mal presentimiento lo asaltó. Miró la barra de la cantina y la halló vacía.

—¿¡Dónde está!? —insistió Fermín, que agarró a Fernando de la pechera sin obtener respuesta.

Se encaminó hacia la cantina, la rodeó y abrió la puerta trasera.

Con los pantalones bajados, tumbado sobre Esmeralda y de espaldas a él, Aurelio presionaba el cuello de la joven con sus manos mientras la violaba. Fermín agarró una pala. Aurelio se percató de su presencia y giró la cabeza hacia él, recibiendo un violento impacto que lo desplazó a un lado. Entonces, la vio, tendida boca arriba, con los ojos cerrados y el vestido rasgado, dejando ver sus senos y su sexo ultrajado. Se arrodilló y le tomó el pulso, pero no lo encontró. Tampoco respiraba.

—Pensabas que ibas a tener a esa zorra en exclusiva, ¿verdad, doctor? —dijo el capataz y soltó una carcajada histriónica mientras se incorporaba.

Fermín, encolerizado, lo volvió a golpear con la pala, una y otra vez. Sintió el crujido del cráneo y siguió apaleándole como un poseso, hasta que alguien le agarró el brazo.

—¿¡Qué has hecho!? ¡Lo has matado! —dijo una voz, la de Gregorio, en pie, con Fernando.

Él no dijo nada. Dejó caer la pala al suelo, al lado del charco de sangre que se expandía por momentos. Cargó el cuerpo de Esmeralda sobre sus brazos y salió de la cantina. Llorando y sacando fuerzas de donde pudo, llegó al poblado.

—¡La ha matado! ¡La ha matado! —repitió gritando.

Algunas luces se encendieron. Unos hombres salieron de sus casas, también una mujer; Juana. Dejó el cuerpo en el suelo, le dio un último beso en los labios, aún calientes, y huyó.

Corrió toda la noche hacia el este. Llegó a las primeras estribaciones de la Sierra Maestra y se adentró en el denso bosque tropical, sabedor de que las autoridades lo buscarían por asesinato, porque había matado a un hombre con saña para evitar, sin conseguirlo, la violación y muerte de Esmeralda, una mulata, una persona sin valor en una sociedad racista donde el color de la piel marcaba irremisiblemente el destino.

Agotado, se acurrucó en un claro del bosque, bajo una ceiba, y se durmió.

Escuchó una voz que creía estar soñando, pero era real. Un hombre barbudo lo despertó a gritos y apuntándolo con un fusil.

Fermín, con las manos en alto, intentó incorporarse.

—¡Quieto! No te muevas o te pego un tiro —amenazó el hombre y él se sentó—. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Soy médico y mi nombre es Fermín Vázquez.

—¿Tiene algún documento que lo acredite? Porque yo creo que es un espía del Gobierno.

«Al menos no es un policía o un militar que venga a detenerme», pensó.

—¿Por qué llevas la camisa manchada de sangre? ¿Es tuya? —preguntó cada vez más nervioso.

Fermín agachó la cabeza y vio las manchas de salpicadura tiñendo de carmesí su camisa. Escuchó amartillar el arma y cerró los ojos, convencido de su inminente muerte. Pero en lugar de un disparo, recibió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Cuando abrió los ojos no sabía el tiempo que había estado inconsciente. Tenía un tremendo dolor de cabeza y el pelo apelmazado y húmedo. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un

pequeño tronco y amarrado a este con una cuerda.

—El señorito se ha despertado —escuchó a su lado. Era el mismo hombre que lo había golpeado.

La ropa y el calzado de Fermín delataban su origen pudiente.

Otro hombre con ropa militar se aproximó.

—Desátalo del árbol y anúdale las manos por las muñecas —ordenó. Fermín supo que era de un rango superior al que estaba con él y, también, de trato más afable, diríase que culto por la forma de expresarse.

—Acompáñeme, por favor. Camine delante de mí, por donde le indique, y no haga ninguna bobada, como salir corriendo —dijo el sujeto llevándose la mano a la funda de una pistola que le colgaba de la cintura.

Se puso en pie y, maniatado, anduvo por donde su captor le iba diciendo. Se cruzó con varios hombres armados y alguna mujer de la misma guisa. Todos lo escrutaron con desconfianza y desdén, alguno incluso escupió a su paso.

—Gire a la derecha —le ordenó su custodio.

Comenzó a llover y las gotas de agua se detenían en el dosel selvático antes de caer sobre su cabeza, hasta que llegaron a una tienda de campaña camuflada con ramas y palmas.

—Es aquí. Espere —le instó el hombre, que entró y salió unos segundos después—. El comandante le recibirá.

Fermín tuvo que entrar agachando la cabeza por la estrecha abertura. Dentro había tres hombres que, a la luz de unas velas, comentaban un plano extendido sobre una mesa plegable. Una lata de conserva hacía las veces de improvisado cenicero, donde tres cigarros humeantes nublaban el aire. Un aparatoso radiotransmisor y varias cajas de madera completaban el mobiliario.

—Ha quedado claro, ¿verdad? —dijo el que parecía llevar el mando.

—Buenos días —saludó su captor mientras los otros dos guerrilleros salían de la tienda —. Siéntese —dijo el hombre con autoridad cuando se quedaron a solas. Le voy a hacer unas preguntas y no me mienta, porque lo sabré.

Fermín se sentó en un taburete que no era más que un tronco de madera.

—¿Es médico?

—Así es —afirmó Fermín. Había algo en ese hombre que le resultaba familiar.

—Mexicano, ¿cierto?

—Español, pero llevo dieciséis años viviendo en México, desde que mis padres huyeron de España, antes de que Franco se hiciese con el poder.

—Mal asunto este del fascismo. Y encima gallego… Sabe, tengo familia en Galicia, tíos y primos. Mi padre nació en San Pedro Láncara, provincia de Lugo.

—Mi padre también es gallego, de Santiago de Compostela.

—Claro. Vázquez es un apellido gallego —apostilló el hombre—. No se mueva. Ahora vuelvo.

Se levantó y se encaminó a la salida. Era alto y espigado, más de metro ochenta, calculó Fermín, con la nariz prominente y las facciones del rostro marcadas. Ató cabos: el asalto al Cuartel de Moncada, en Santiago de Cuba, su cara…

—Es él, Fidel Castro —musitó.

Lo había visto en fotografías, en la universidad y en la prensa mexicana y cubana, aunque más joven y sin barba, pero no le cabía duda, se trataba del líder de los guerrilleros, del autodenominado Movimiento 26 de Julio. Un escalofrío recorrió su espalda. Seguía vivo, pero quizás no por mucho tiempo. Su ropa revelaba su pertenecía a la adinerada burguesía, esa contra la que luchaba Castro.

Su empatía con el Movimiento no era ningún salvoconducto, y ni siquiera podía demostrar quién era porque, en su apresurada huida, había dejado el pasaporte y su título universitario. Entonces, recordó la tarjeta que le entregó el extraño sujeto del tren, el que conoció en el trayecto desde Ciudad de México a Veracruz, el que le dijo que se lo entregase a Castro en caso de encontrarlo. Juraría que lo llevaba en el bolsillo del pantalón. Sin saber muy bien por qué, lo había guardado todo ese tiempo, aunque, maniatado, no podía estar seguro.

Castro regresó con otro hombre, más menudo, barbudo, moreno y con ojos grandes.

—Ernesto —intervino el comandante—, este es el hombre que capturaron esta mañana. Fermín Vázquez dice llamarse, puesto que no lleva ninguna documentación. Afirma ser médico y español. Sobre lo segundo, no hay forma de saber la verdad; puede ser un espía del Gobierno. Pero, sobre lo primero… Tú eres médico. Dudo que te pueda engañar. Hazle las preguntas que consideres para llegar a alguna conclusión antes de emplear métodos más expeditivos —amenazó, se dio media vuelta y salió de la tienda.

—Fidel, hay un herido que se llama Ramón. Dile que venga y traiga mi maletín —pidió con acento argentino.

Fermín había oído hablar de un tal Che Guevara. Se comentaba en los círculos más revolucionarios de la facultad de medicina que podía estar participando en la revuelta cubana. «¿Sería posible que estuviese delante de él?», se preguntó.

Un guerrillero, con el brazo izquierdo en cabestrillo, entró, dejó sobre la mesa el maletín que portaba en la mano derecha y, después, se la llevó a la frente para hacer el saludo militar antes de hablar.

—A sus órdenes, comandante.

—Siéntate, Ramón. Le estaba haciendo una cura cuando…, cuando me avisaron para que viniese a verle… Fermín, ¿verdad?

Fermín asintió.

—Yo me llamo Ernesto. Si de verdad es médico, sutúrele la herida del brazo —exigió y le desligó las manos.

Fermín no cayó en la trampa. La sutura debía realizarse después de la desinfección de la lesión, aunque se la hubiesen realizado con anterioridad, algo de lo que dudaba por el estado purulento de la herida. Observó el brazo con atención y después lo giró. Dada la ubicación de la lesión, lateral al bíceps braquial y cerca del codo, comprobó la sensibilidad de los dedos de la mano, por si había afectación nerviosa. El paciente conservaba la sensibilidad. Colocó la mano sobre la frente del hombre, que no mostraba fiebre, y desinfectó la herida, de unos diez centímetros de longitud y tres de profundidad, con una gasa impregnada en alcohol, lo que provocó un alarido del guerrillero. Miró al supuesto médico y preguntó:

—¿Anestesia local?

—No tenemos —fue la respuesta de Ernesto.

Fermín se desinfectó las manos con alcohol, cogió una aguja e hilo de sutura del maletín y procedió a coser la herida, algo que no le llevó ni cinco minutos. Limpió de nuevo la zona afectada, cubrió la herida con una gasa y la fijó con una venda alrededor del brazo, ligando los extremos con un nudo.

—¿Penicilina? —volvió a preguntar.

—Tampoco nos queda. Yo no lo habría hecho mejor. No sé si es médico o veterinario, pero dada su destreza en el examen neurológico, me inclino por lo primero.

—Yo no miento —dijo Fermín.

—Todo el mundo miente, doctor…

—Vázquez, Fermín Vázquez —apostilló.

Tampoco había caído en la burda trampa, la de preguntar por su nombre y apellido esperando la vacilación.

—Creo que debe estar al tanto de la situación —comentó Ernesto, que sacó una cajita metálica del bolsillo de su pantalón. Dentro había una jeringa y un frasco de vidrio. Extrajo el contenido del frasco y se lo inyectó en el brazo izquierdo—. Soy asmático y debo inyectarme adrenalina de vez en cuando. No podemos dejar que se vaya y arriesgarnos a que delate nuestra posición. Por otro lado, soy el único médico y nos vendría bien su ayuda. No tengo ni idea de lo que ha hecho ni me importa —dijo mirando las manchas de sangre de la ropa de Fermín—. Pero estará unos días a prueba y no le vamos a quitar el ojo de encima. No se le ocurra intentar huir. ¿Me he expresado con claridad?

Él asintió y se frotó las abrasiones que la cuerda le había producido en las muñecas, pensando en la propuesta. No la podía rechazar, porque lo matarían.

Castro entró y miró a su compañero.

—¿Qué, boludo? ¿Es médico?

—Si no lo es, lo disimula muy bien —afirmó Ernesto—. Creo que nos vendría bien otro médico, especialmente ahora, que sólo quedo yo.

—¿Y usted, doctor? ¿Está de acuerdo?

Fermín volvió a asentir con la cabeza, sin mucha convicción.

—No lo he oído —insistió Castro con voz firme.

—Sí. Me quedaré con ustedes como médico.

—Lo primero será suministrarle ropa y calzado militar. Esto no es una misión de los jesuitas —continuó el comandante—. Creo que tiene la misma talla de ropa que Ernesto. ¿Y de calzado?

—Calzo un cuarenta y cuatro —respondió Fermín.

—A ver qué tenemos por aquí.

Castro abrió una de las cajas de madera y rebuscó en su interior.

—Pruébeselo —lo apremió, y dejó la ropa y las botas sobre la mesa.

—Tengo esto —dijo Fermín sacando la desgastada tarjeta del bolsillo trasero de su pantalón y se la ofreció a Castro, quien la cogió y la leyó. Fidel palideció.

—¿De dónde la ha sacado?

—Me la dio su propietario en el tren, durante el trayecto de Ciudad de México a Veracruz.

—¿Cuándo se la entregó?

—Hace unos nueve meses, en noviembre del año pasado.

—Eso es imposible. Germán murió hace más de un año en una emboscada —repuso Castro—. ¿¡De dónde lo ha sacado!? —insistió cogiendo de la solapa a Fermín.

—Estoy diciendo la verdad. Ese hombre, Germán, me dio la tarjeta en el tren. Me dijo que, si me topaba con usted, se la entregase.

—Es su letra, Fidel —intervino Ernesto.

—Lo sé, Che. ¿Cómo era ese hombre?

—De estatura media y tez morena, como el cabello, ojos grandes y marrones; mandíbula grande, una cicatriz en el mentón y…

—Vale. Es suficiente —le cortó Castro cariacontecido. Miró a Ernesto y este asintió y se encogió de hombros.

Capítulo 14

Recibió la noticia del asesinato de su hermano menor en la comisaría. José Comis fue el primero de los dos en llegar a Cuba desde su Barcelona natal. Ahora, veinte años después, era comisario jefe en La Habana. Divorciado y con dos hijos adolescentes, con los que apenas tenía trato, se había convertido en un hombre antipático y arisco.

Un compañero se acercó y le dijo que a su hermano lo había matado un médico de ascendencia española que trabajaba en la misma hacienda que el finado. También le entregó el informe preliminar que había enviado la Policía de Trinidad, por suerte, sin fotografías.

El comisario no dijo nada, abrió el portafolio y leyó el contenido. La rabia crecía a medida que avanzaba con la lectura del informe. Siempre había un garbanzo negro en las familias, en la suya era Aurelio. Borracho, huraño y malhablado, se había ganado el desprecio de mucha gente, pero era su hermano y nadie, ni siquiera él, merecía morir apaleado. No sabía el motivo ni le importaba, sólo tenía claro que iba a vengar su muerte.

Cogió su gabardina y una caja de balas, que introdujo en el bolsillo del impermeable, abrió la puerta del despacho y salió.

—Te dejo a cargo de todo, Santos —dijo al subcomisario Gutiérrez, compañero y amigo.

—No creo que sea buena idea —replicó Gutiérrez—. Deja que la Policía de Trinidad haga su trabajo.

José Comis ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Bajó las escaleras de la primera planta, accedió a la recepción de la comisaría y salió a la calle. Se subió a su recién estrenado Chevrolet Corvette azul cielo, lo arrancó y se internó en el tráfico del centro de La Habana.

Cuando llegó a Trinidad, los mortecinos rayos de sol teñían los edificios coloniales de un color pajizo. Aprovechó para llenar el depósito de gasolina y orinar en una gasolinera. Preguntó a los viandantes cómo llegar a la comisaría y, una vez allí, estacionó el automóvil junto a dos vehículos policiales, salió y se encaminó hacia la entrada. Un agente hizo intención de detenerlo, pero Comis ya había sacado y desplegado su credencial, dejando bien a la vista la placa y su rango. Entró en el edificio, donde un policía leía un periódico, ajeno a la presencia del comisario, que golpeó la madera del mostrador con la palma de la mano para llamar la atención del

distraído agente.

—Buenas tardes. ¿Qué desea? —preguntó el joven policía, de no más de veinticinco años.

—Buenas tardes. Soy comisario jefe en La Habana y quiero hablar con mi homólogo aquí, en Trinidad —dijo con desdén.

El joven se levantó de la silla y se cuadró al ver la placa y la acreditación de Comis.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —quiso saber el agente.

—Eso se lo diré personalmente al comisario.

—Lo encontrará en el último despacho, al fondo del pasillo —señaló con la mano a su derecha.

Llegó y se detuvo delante de la puerta, que había visto tiempos mejores. Golpeó un par de veces con los nudillos, justo debajo de la placa que rezaba «Comisario», y entró. El despacho era pequeño y muy ordenado, señal de que no abundaba la actividad delictiva. Varios muebles acristalados guardaban cajas con expedientes, algunos de los cuales reposaban sobre el escritorio, y, detrás, él, uniformado, orondo, de corta estatura, moreno y con una alopecia que solo dejaba ver cabello en sus sienes. A un lado, la bandera cubana; encima, colgada de la pared, la fotografía enmarcada de Fulgencio Batista, el presidente y jefe de las fuerzas armadas.

—Gracias, Gómez. Acaba de entrar —dijo y colgó el comisario, mirando por encima de la montura de las gafas al visitante.

—Buenos días, comisario…

—Andrés Pascual. Buenos días. Y usted es…

—José Comis, comisario jefe en La Habana.

El apellido hizo atar cabos a Pascual, pero prefirió asegurarse. Se levantó, bordeó la mesa y le tendió la mano a Comis; este se la estrechó.

—¿A qué debo su visita? —preguntó con fingida ingenuidad.

—A mi hermano Aurelio lo ha asesinado un hombre hace… —miró su reloj de pulsera— poco más de treinta y seis horas. ¿Ya lo han detenido?

—Entiendo su consternación, pero está lejos de su jurisdicción. Le agradecería que no se inmiscuyese en nuestro trabajo, inspector.

—Comisario jefe —remarcó Comis—. No estoy aquí en calidad de policía. Sólo me intereso por la muerte violenta de mi hermano, como haría cualquier ciudadano. No obstante, si puedo ser de ayuda en algo… Tengo el informe preliminar, pero le agradecería que me permitiese echar un vistazo al informe policial completo con las novedades.

—Tome asiento, por favor —le exhortó Pascual, que murmuró algo ininteligible, suspiró, tomó un portafolio de la mesa y se lo entregó a Comis.

José leyó con detenimiento el documento, que ocupaba varias páginas. Vio el informe forense y las fotografías del cadáver, en el lugar del crimen y desnudo sobre la mesa de autopsias. Cuando acabó, miró a Pascual antes de entregarle el informe.

—¿Quién es Esmeralda Ramos?

—Era, comisario. Esmeralda Ramos está muerta y enterrada. Como habrá leído y, según los testigos presenciales, su hermano estaba forzando a esa mujer y la mató estrangulándola cuando el doctor…, el asesino le asestó los golpes que le causaron la muerte al violador.

—Aquí dice que el tal Fermín Vázquez tenía una relación con ella.

—Supuestamente —recalcó.

—Seguro que esa zorra provocó a mi hermano —afirmó Comis.

—Comisario, su hermano… no era la primera vez que maltrataba a una mujer.

—Eso no justifica su asesinato —refutó enfurecido—. ¿Dónde está?

—Aurelio se encuentra en un almacén frigorífico que la Asociación de Ingenios nos cede para estos casos. Don Ignacio Oyarzábal, la persona para la que trabajaba su hermano, se ha hecho cargo de todos los gastos y las gestiones. Estábamos esperando la aparición de algún familiar antes de darle sepultura en el cementerio de Trinidad. Si no tiene inconveniente, por supuesto.

Comis negó con la cabeza antes de contestar.

—Entiérrenlo donde quieran. ¿Dónde queda ese almacén?

—Cerca. Disculpe que no lo acompañe, mis obligaciones me lo impiden. Lo hará el sargento Romero. Le atendió en la recepción.

Pascual descolgó el teléfono y habló.

—Marcial, ven a mi despacho. Se ha presentado un familiar de Comis y desea ver el cuerpo.

El sargento abrió la puerta y entró en el despacho.

—Te presento al hermano del fallecido, José Comis —dijo el comisario.

—Asesinado —corrigió Comis.

—Comis es compañero, comisario jefe en La Habana —recalcó la palabra «jefe» mirando de soslayo a Comis—. Acompáñale al almacén —ordenó Pascual tendiéndole al sargento de policía una llave.

—Sígame, comisario —instó Marcial a Comis.

Los dos hombres salieron del edificio y el sargento se subió a un coche patrulla, uno de los dos que había en el estacionamiento de la comisaría, el que estaba junto al Chevrolet de José Comis. Este se sentó en el asiento del acompañante y encendió un cigarrillo.

—Bonito coche, ¿es suyo? —preguntó Marcial mirando el resplandeciente descapotable.

—Sí —fue la escueta respuesta de Comis.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando Marcial estacionó el

vehículo policial. Comis lanzó la colilla del cigarrillo por la ventanilla y ambos salieron del automóvil.

El sargento introdujo la llave en la cerradura metálica de una gran puerta de madera y la abrió. Entraron a una estancia con un escenario y sillas apiladas a ambos lados.

—Es el centro de reuniones de los hacendados —intervino Marcial —. El almacén frigorífico se encuentra en el sótano.

Bajaron una corta y mal iluminada escalera de piedra que finalizaba en una puerta metálica. Marcial la desbloqueó girando una manija y la abrió tirando de ella. Encendió la luz. En medio, rodeado de cajas de madera estaba el féretro, destapado. Comis se acercó. Los servicios funerarios habían hecho su trabajo, pero el rostro de su hermano estaba completamente desfigurado, hasta el punto de que le costó reconocerlo.

—Ese cabrón va a pagar por lo que te ha hecho —musitó Comis, le dio un beso en la gélida frente y volvió con el sargento, que lo esperaba en la puerta de acero.

Regresaron a la comisaría. Comis se bajó del vehículo y se subió al suyo.

—¿Tiene dónde alojarse? —preguntó el sargento—. El protocolo indica que la misa y el entierro sean mañana, si no tiene objeción.

—Me parece bien. Yo no asistiré. Tengo mucho trabajo en la capital. —Encendió un cigarrillo y arrancó el Chevrolet.

Preguntando llegó a la hacienda Oyarzábal, dejó el caserón y el ingenio a su izquierda y continuó hacia el poblado. En el informe ponía que el asesino había huido hacia el este. Continúo circulando por el bacheado camino de tierra hasta el lugar donde la Policía había perdido la pista del médico: un cruce de caminos. Se bajó del coche y miró alrededor. Al fondo, a la izquierda, se veían las montañas y, guiado por su instinto, tomó esa dirección.

Capítulo 15

Fermín no disponía ni siquiera de maletín propio; tenía que compartir el de Ernesto. Escaseaban los medicamentos y el material quirúrgico. En tales condiciones, la muerte de los heridos era más consecuencia de las infecciones concomitantes que de las propias heridas de guerra. Las condiciones eran las que eran y él se resignaba.

—¿Has pensado en lo del arma? —preguntó Fidel.

—No hay nada que pensar —contestó Fermín—. Soy médico y he aceptado quedarme para salvar vidas, no para segarlas.

—Como quieras —soltó Castro levantando las manos—. Es por tu seguridad. Estás en la retaguardia, pero no totalmente seguro. En cualquier momento podemos ser objeto de un ataque de los soldados de Batista. Y si eso sucede, no te van a preguntar; te dispararán.

Cuánto recordaría esas palabras Fermín. Esa misma tarde, el fuego de mortero alcanzó su posición. Estaba bebiendo agua de una cantimplora que detuvo la metralla. Soltó el agujereado recipiente, se tumbó y se colocó en posición fetal, temblando con cada explosión, paralizado. A su mente regresaron las imágenes del refugio subterráneo de Madrid, al que acudía acompañado de su madre o solo, cuando las sirenas anunciaban el inminente bombardeo aéreo; del silencio, únicamente roto por los llantos de los bebés; de las caras de pánico, de sus pantalones mojados por el miedo. Se meó encima y rezó, él, que nunca lo hacía, como los republicanos del refugio. Porque cuando temes por tu vida, creyente o no, te encomiendas a Dios o a quien sea, como en un acto reflejo ancestral que se pierde en el origen de los tiempos.

El bombardeo y los disparos cesaron en algún momento, pero él seguía acurrucado, inmóvil, hasta que un guerrillero le tocó el hombro.

—¿Está bien, doctor?

Al principio no reaccionó. Luego, se sentó e inspeccionó su cuerpo buscando alguna herida que no encontró.

—Sí, estoy bien. Gracias —habló por fin, con voz temblorosa.

El hombre se alejó, probablemente buscando heridos. Fermín regresó a la improvisada tienda de campaña que hacía las veces de consultorio y quirófano.

«Pronto llegarán los heridos y los moribundos», pensó, sabedor de que tendría que elegir a aquellos con más posibilidades de sobrevivir y

dejar morir al resto.

Tras la partida de Ernesto, era el único médico y sólo contaba con la ayuda de una guerrillera con conocimientos de enfermería. A veces no disponía de morfina, analgésicos o anestésicos. La mayoría de los heridos graves estaban condenados a una muerte tremendamente dolorosa. Algunos, los más listos, acababan con su vida descerrajándose un tiro en la sien.

Con demasiada frecuencia Fermín caía en la desesperación y el agotamiento le pasaba factura. Ni siquiera tenía tiempo para pensar en Esmeralda, en Ana o en sus padres. Ese era el lado bueno, eso y que el Che volvería pronto, al día siguiente.

—¡Rápido, doctor! —gritó un hombre que llevaba a otro a hombros.

—Déjalo en la camilla.

Las tres camillas eran una donación forzosa del hospital de Santa Clara, como la bata que acababa de abotonarse.

El hombre tenía una herida de bala en la cabeza, con entrada en la frente y sin orificio de salida. Fermín miró a la enfermera y negó con la cabeza.

—¡Ayuda, por favor! —solicitó otro guerrillero que entró por su propio pie. Sangraba en el muslo derecho y Fermín le indicó que se tumbase en otra camilla. Extrajo el proyectil de la pierna con unas pinzas y cauterizó la herida con un hierro candente. El hombre soltó un alarido y se desmayó. Le suturó la herida, la desinfectó y, como pudo, colocó al herido en el suelo. «Sobrevivirá», se dijo a sí mismo.

De madrugada, exhausto, salió de la tienda de campaña para tomar el aire.

Un guerrillero se acercó.

—¿Un cigarrillo, doctor? —le ofreció alargándole la cajetilla.

—Gracias. —Tomó uno de los pitillos, se lo llevó a los labios y acercó la cara al encendedor del hombre.

De repente, el sujeto sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

—¿Recuerdas a Aurelio Comis? Soy su hermano.

—Nunca había comentado que tuviese un hermano —dijo y soltó una atropellada carcajada.

—¿De qué coño te ríes, cabrón? —preguntó mirando a un lado y otro, pensando que quizás Vázquez no estaba solo—. ¡Te he hecho una pregunta!

—¿¡Acaso importa!? Has venido a matarme y lo harás diga lo que diga —refutó Fermín, serio, cabizbajo.

Era la segunda vez que se enfrentaba a la muerte cara a cara en esas montañas, de ahí su repentino ataque de risa. Porque casi siempre, la reacción animal ante un peligro vital inminente es la huida o la parálisis, pero a veces el cerebro reacciona de una manera

inesperada y, con esa actitud, la presa desconcierta al depredador.

Escuchó un disparo y no sintió nada, pero sí oyó el bramido. Alzó la vista y lo vio en el suelo, con la mejilla derecha destrozada y, a los pies, la pistola. El hombre se levantó como impulsado por un resorte y corrió. Sonó otro disparo antes de que el supuesto hermano de Comis se adentrara en la maleza.

—¿Está bien, doctor? —escuchó a su espalda.

—Sí —contestó volviéndose—. Gracias por salvarme la vida.

El auténtico guerrillero le sonrió y marchó en búsqueda de su frustrado verdugo. Rastrearon la pista de la sangre derramada, pero nunca llegaron a dar con su paradero.

Al día siguiente, temprano, Ernesto regresó con un nuevo médico. Fidel partió hacia oriente con un numeroso contingente de hombres y el recién llegado sanitario.

Fermín ya había escrito varias cartas a Ana y a sus padres explicándoles su situación, pero obviando el asesinato de Aurelio, aunque dudaba de que las recibiesen.

El Che, que ya había dejado su trabajo para centrarse en la guerra, ordenó desmantelar el campamento y avanzar hacia el oeste. Antes de lo previsto llegaron a las proximidades de Trinidad, donde se instaló el nuevo acantonamiento. Trinidad cayó sin apenas resistencia ese otoño y Fermín se quedó en la retaguardia con sentimientos encontrados. Rehusó entrar en la ciudad. No obstante, gracias a sus indicaciones, un combatiente recuperó su cartera, su pasaporte, el maletín e incluso su título de medicina. También le informó de que Ignacio Oyarzábal, obligado por su hijo Íñigo, había abandonado la hacienda unos días antes para ir a La Habana, igual que los responsables de la plantación. Como en el resto de las explotaciones agrícolas del valle, donde los propietarios habían huido, los trabajadores se habían encargado de que las cosechas siguiesen adelante.

Fermín sintió pena por Ignacio Oyarzábal. Podía ponerse en su piel y sabía que el anciano estaría muy afligido por abandonar lo que había sido su hogar y el de sus antepasados. Recordó a Juana y a sus compañeros y se preguntó qué habría sido de ellos, y, por supuesto, de Esmeralda, que acudía a sus sueños casi a diario. Supo que la farmacia de don Santiago seguía abierta. De hecho, la última remesa de medicamentos que recibió fue requisada en la botica.

El treinta y uno de diciembre de mil novecientos cincuenta y ocho tomaron La Habana sin apenas resistencia. El convoy de vehículos, con el Che Guevara al mando, era vitoreado por los ciudadanos reunidos en las calles. El mismo día, Fidel Castro ocupó Santiago de Cuba y, poco después, acudió a la capital para formar el nuevo Gobierno. A Fermín le ofreció el Ministerio de Sanidad, pero el médico declinó la oferta. Su única intención era volver a México lo antes

posible.

—Doctor Vázquez, Fermín, es una buena oferta. Al menos piénsatelo —le ofreció el comandante en jefe a solas, en una reunión informal—. Por cierto, nunca me dijiste qué había pasado.

—¿A qué te refieres?

—El día que nos conocimos. Las manchas de sangre en tu ropa.

—Maté a un hombre y hui.

—Yo he matado a muchos, doctor.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

—Lo mío fue un asesinato.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó Fidel reclinándose sobre la butaca hasta invadir el espacio personal de Fermín, sentado enfrente.

—Violó y asesinó a una mujer.

—Entonces, hiciste lo que debías. Un hombre que viola y mata a una mujer no es humano, es una bestia —sentenció el comandante, que separó su cara de la de Fermín—. No tienes intención de aceptar el ministerio, ¿verdad?

—Te lo agradezco, Fidel, pero debo volver a casa. Me esperan.

—Como quieras, pero el tráfico marítimo entre Cuba y el continente está interrumpido.

—Gracias por tu comprensión. Ya me las apañaré. Antes, tengo que hacer una llamada telefónica que ya he pospuesto demasiado tiempo.

—La línea telefónica funciona de manera intermitente. —Castro señaló el terminal sobre la mesa que antes había sido de Batista.

—Es a mi prometida —recalcó Fermín.

—Entiendo —contestó Fidel, que cogió el cigarro del cenicero, se levantó de la silla y, sonriendo, salió y cerró la puerta.

Fermín descolgó el teléfono y marcó el número de teléfono de los Quiroga. Esperó unos tonos, cruzó los dedos de la mano izquierda y escuchó la voz de la hermana de Ana.

—Residencia de los Quiroga. ¿Qué desea?

—María Elena, soy yo, Fermín.

—¡Qué alegría escucharte! ¿Te encuentras bien? ¿Sigues en Cuba?

—Estoy bien. ¿Está Ana en casa? Me gustaría hablar con ella.

—No cuelgues. Voy a buscarla.

…

—¡Fermín! ¿Dónde estás? Me tenías muy preocupada. Recibí alguna carta tuya desde Cuba y…

—Estoy perfectamente y tengo la intención de regresar a México en cuanto pueda —la interrumpió—. Y tú, ¿cómo estás?

—¡Fermín!… ¡Fermín!…

Fue lo último que escuchó antes de que la conexión se interrumpiese.

Comis había conseguido una nueva identidad gracias a sus contactos en los bajos fondos. Ahora se llamaba Fulgencio Arias y era gestor de aduanas en La Habana. Se había dejado crecer la barba y su familia y conocidos habían huido a La Florida, en Los Estados Unidos, pero había detenido a muchos y la mayoría permanecían encarcelados. Tuvo que encargarse personalmente de eliminarlos antes de que los revolucionarios abriesen las prisiones. No podía permitir que alguien lo identificase antes de consumar su venganza.

Capítulo 16

Fermín, harto de esperar, le pidió a un pescador, previo pago de cien dólares, que lo llevase a México. En aquellos días, y pese a la vigilancia del nuevo ejército revolucionario, muchos cubanos intentaban abandonar la isla con suerte dispar, algunos incluso fueron fusilados por traición a la patria. Casi la totalidad lo hacía por la ruta marítima más corta: la del norte, en dirección a los cayos de Florida. Él, por el contrario, lo haría hacia el suroeste. Además, llevaba encima un salvoconducto del propio Fidel Castro.

Se embarcó en el pequeño pesquero a mediados de enero y llegó al puerto de Veracruz cinco días más tarde. Comis se enteró mucho más tarde, cuando la salida de ciudadanos cubanos estaba prohibida y se habían reforzado los controles de la Armada. Podía haber matado a Fermín cuando entró de forma triunfal en La Habana subido a un camión, pero de haber errado el disparo, no sólo no conseguiría su objetivo, sino que, además, lo matarían. Ahora se arrepentía de no haberlo intentado.

En el andén de la estación de tren de Buenavista lo esperaba su padre y su madre, también Ana, con sus padres. Después de lo vivido se le antojaba extraño encontrarse de nuevo en Ciudad de México. Había pasado más de un año y Ana continuaba con los preparativos de la boda. Él, poco a poco, volvió a enamorarse de su prometida. Tal vez nunca había dejado de amarla.

«¿Es posible amar a dos personas al mismo tiempo?», se preguntó más de una vez. Porque, aunque cuando estaba con Esmeralda su mundo se reducía a ella, no era menos cierto que, cuando se encontraba a solas, recordaba a Ana y eso le hacía sentirse dichoso.

Nunca le contó su romance con Esmeralda, pero sospechaba que algo intuía Ana. La que no albergaba ninguna duda era doña Conchita, su futura suegra.

—A mi hija la podrás engañar, o quizás prefiera hacerse la ciega… Ojos que no ven, corazón que no siente —le dijo el día anterior a la boda, cuando acudió a casa de los Quiroga. Estaba apoyada en una de las columnas de madera del porche, con un cigarrillo en una mano y un cóctel en la otra—. Pero yo sé que hubo otra en Cuba.

—Buenas tardes, doña Conchita —contestó él sin entrar al trapo—. Ana me espera para ultimar unos detalles de la boda.

La despedida de soltero era esa misma noche. Ana celebraría su

despedida en casa, con su madre, suegra, hermana y amigas, tal y como dictaban las conservadoras normas de mediados del siglo XX.

Fermín salió de cena esa noche en compañía de sus amigos de la facultad y los hermanos de Ana: Alejandro y Ramiro. Estos últimos, paradójicamente, fueron los que más insistieron en acudir a un prostíbulo después de cenar.

—Puesto que a partir de mañana no voy a permitir que le faltes al respeto a mi hermana, desahógate hoy todo lo que quieras —dijo Alejandro, marido y padre de dos hijos.

—¿Y vosotros qué? —inquirió Fermín—. Estáis casados.

—Esto no cuenta. Son prostitutas, no amantes —intervino Ramiro, soltando una carcajada socarrona que llamó la atención de algunos comensales, más permisivos de lo habitual al ser conscientes de que los jóvenes de la mesa estaban de despedida de soltero.

Llegaron al prostíbulo pasadas las doce de la noche, ebrios y cantando rancheras. La madama, una mujer mayor que conservaba parte de la belleza pretérita, los recibió con una sonrisa y un vestido rojo aterciopelado de pronunciado escote, ceñido al cuerpo, que luchaba por liberarse de la opresión del corsé.

—Buenas noches, caballeros. Acompáñenme al salón. Las señoritas los esperan —dijo como preámbulo de un ritual memorizado y harto repetido.

El salón al que se refería era una amplia estancia con mesas bajas, sillas y sofás de estilo rococó. Predominaba el rojo, incluso en las paredes con cuadros y fotografías de mujeres desnudas que posaban para el pintor o fotógrafo de turno en posturas sugerentes. Varios clientes, acompañados por jóvenes a las que triplicaban la edad, reían las ocurrencias de las deslenguadas mujeres, tan escasas de ropa como sobradas de nalgas y pechos.

Una a una, la madame, en un discurso que debía repetir varias veces cada día, les presentó a no menos de diez jóvenes, según ella, las más cariñosas y exclusivas.

Todos escogieron acompañante, los primeros sus cuñados, el último él, porque le daba lo mismo una que otra.

—Hola. Eres muy guapo y apuesto —fue la presentación de una de las jóvenes.

A pesar del trabajo de maquillaje y peluquería, la chica no tendría más de dieciocho años. Vestía un traje azul claro, ceñido a su pequeña cintura por un innecesario cinturón del mismo color. Grandes y oscuros ojos contrastaban con el largo y rubio cabello, teñido igual que las cejas; labios carnosos pintados de rojo bermellón y una sonrisa que dejaba ver sus níveos dientes, alguno mellado.

—Seguro que tienes una hermosa novia esperándote, pero ella nunca te hará lo que yo —afirmó convencida. Y a un gesto de la

mano, acudió raudo un camarero con dos copas y una botella de champán francés.

—Gracias, pero no tomo alcohol.

—Cariño, tu aliento te delata.

—Bueno, he bebido vino durante la cena. Eso es suficiente por hoy —refutó él.

—Pero no para mí —zanjó la joven sirviendo las dos copas—. ¿Quién se casa?

—¿Cómo sabes que es una despedida de soltero? —Unos instantes después se percató de su ingenuidad. «Ella, aunque joven, sabe distinguir a un soltero de un casado sin necesidad de buscar la dorada alianza. Y el grupo que me acompaña, con sus continuas bromas, tampoco es muy discreto».

—¿Subimos? —preguntó ella—. Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Fermín. ¿Y tú?

—Celeste.

Fermín sabía que no era su auténtico nombre, porque nunca lo era. La madame les imponía un nombre con encanto.

Celeste le tomó de la mano y lo acompañó a una habitación de la primera planta, un cuarto sencillo y limpio, con una cama de matrimonio y un cuadro encima en vez del tradicional y poco estimulante crucifijo. La habitación disponía de su propio baño. «Al fin y al cabo, se trata de una prestigiosa casa de citas». Un par de sillas y una mesita de noche con una lámpara de tela roja encendida completaban el mobiliario. La luz era tenue, pero suficiente.

Alguien llamó a la puerta y entró. Era el camarero con dos copas y otra botella descorchada del caro champán que apenas había probado Celeste.

—Gracias, Lucio —dijo ella colocando la botella y las copas sobre la mesita. Lucio salió y cerró la puerta—. ¿No te bañas, cariño? —Celeste se había quitado el vestido, cubierta únicamente por un bodi negro bordado que dejaba poco lugar a la imaginación y del que partían unas ligas que fijaban las medias, también negras—. Es por higiene. Yo ya lo he hecho antes.

—No vamos a hacer nada, Celeste. Te pagaré, pero no me apetece.

—¿No te gusto? —preguntó confusa.

—No es eso. Eres una mujer preciosa, pero como te digo, no tengo ánimo para hacerlo.

Celeste se sentó en el borde de la cama y dio unos golpecitos con la mano sobre la colcha, invitándole a sentarse a su lado. Él lo hizo y ella le tomó la mano.

—Debes amarla mucho. Muy pocos hombres rechazan acostarse conmigo antes de casarse, pero los hay. Tenemos una hora que ya está

pagada, así que, ¿qué te parece si platicamos?

—De acuerdo —respondió Fermín.

Y así estuvieron durante los sesenta minutos, charlando de forma distendida. Celeste, sobre su humilde origen y del anhelo por regresar a su pueblo, cerca de Villahermosa; de volver con su hijo, ahora a cargo de su madre, cuando reuniese el dinero para darle la vida que a ella le fue negada; de su intención de casarse con un buen hombre y formar una familia. Sueños que difícilmente se cumplirían, porque del «negocio» era casi imposible salir. Fermín le habló de su periplo en Cuba, de la Revolución y de su relación con Esmeralda. Era la primera vez que hablaba de ello con alguien y, probablemente, la última, porque las putas, como los curas con el secreto de confesión, eran una tumba donde se enterraban las confesiones de sus clientes. La discreción era lo más importante en su trabajo.

Cuando dejaron a Fermín en casa, sobre las tres de la madrugada, su padre lo estaba esperando en la penumbra del recibidor. Este lo abrazó y le dio unas palmadas en la espalda antes de hablar.

—Al menos no llegas borracho. Anda, ve a acostarte y duerme unas horas, que mañana a las doce es la boda y debes estar presentable.

Fermín creyó ver en los ojos vidriosos de su padre un atisbo de sensibilidad, algo poco frecuente en su progenitor.

Capítulo 17

Fermín llegó a la catedral a las once y media, vestido de chaqué y acompañado por sus padres, sus únicos familiares. A falta de familia, la asistencia de republicanos exiliados y de otros españoles era numerosa, aunque no tanto como los invitados de los Quiroga. La concurrencia en el Zócalo capitalino era variopinta, desde intelectuales vestidos de manera informal hasta lo más florido de la sociedad de Ciudad de México, ataviados con sus mejores galas, incluido algún político. Algunos con gafas de sol, más para protegerse de las miradas indiscretas que del astro rey.

Fermín y sus padres saludaron a cuantos pudieron, hasta que, quince minutos antes de las doce, los asistentes a la boda entraron en el templo y tomaron asiento. En los bancos de la derecha, los invitados de la novia; en los de la izquierda, los del novio. Él apuró hasta las doce menos cinco, cuando del brazo de su madre entró en la catedral, subió los peldaños que daban acceso al altar y saludó al arzobispo.

La novia, para no perder la costumbre, se retrasó. A las doce y diez la puerta principal se abrió iluminando el pasillo central. Ana, del brazo de su padre, caminaba despacio acompañada por la música de los dos órganos: la marcha nupcial de Mendelssohn. El traje de la novia, diseñado por un modisto de la capital, era blanco marfil bordado de pedrería, ceñido y de manga larga, igual que la cola, con corchetes y que se deslizaba por el suelo. Cuando llegó a la altura del novio, la música cesó, y tanto la madre de Fermín como el padre de Ana se sentaron en el primer banco, uno en el de la derecha, la otra en el de la izquierda; la madre con una lágrima en la mejilla, el padre de Ana reprimiendo la emoción, al lado de su impasible esposa.

Sus miradas se encontraron. El traslúcido velo que cubría el rostro de la novia permitía ver su belleza radiante de alegría.

—Estás preciosa —murmuró Fermín.

—Tú también estás muy guapo —contestó ella en voz baja.

La ceremonia religiosa duró algo más de una hora, demasiado para Fermín. Tras la entrega de los anillos, las arras y el consentimiento por ambas partes, el arzobispo los declaró marido y mujer. Llegó el momento del beso. Fermín retiró con delicadeza el velo y fundió sus labios con los de Ana. Un tímido aplauso se escuchó al fondo del templo.

Los feligreses comenzaron a abandonar la catedral, todos excepto

los novios y los testigos: el padre de Ana y la madre de Fermín, que entraron en la sacristía para firmar los documentos que daban validez al matrimonio.

La pareja salió por la puerta principal bajo una lluvia de arroz y los destellos del *flash* del fotógrafo. Después, llegó el momento de la tediosa sesión fotográfica con todos o casi todos los asistentes.

El coche nupcial —un Oldsmobile 98 descapotable de color verde oscuro y propiedad de Fermín, que al fin se había sacado la licencia de conducción— hizo acto de presencia cuando los congregados se retiraron. Conducido por Alejandro, el hermano mayor de Ana, recogió a los novios para llevarlos al restaurante, donde su entrada fue recibida con aplausos de los invitados, la mayoría en pie.

Comieron como se suele comer en todas las bodas, con gula. Y bebieron. Fermín también; de nuevo, en exceso. «Un día es un día», se dijo el novio.

Acompañada de la música de la orquesta llegó la tarta nupcial sobre un carro que empujaba un camarero hasta la mesa presidencial. Ana, siguiendo el ritual, le dio el primer corte con la pesada espada.

Fermín se levantó, golpeó una copa con un tenedor para llamar la atención de los asistentes, con lo que consiguió reducir el ruido ambiental. La orquesta dejó de tocar y él comenzó el manido discurso, destacando su alegría por casarse con la mujer de su vida y agradeciendo la asistencia a los invitados.

—¡Ole tus cojones! —vociferó uno de los españoles.

—¡Que se besen!, ¡que se besen! —canturreó otro.

Ana besó a Fermín, arrancando los aplausos de los convidados.

Un republicano español, Antón, se acercó a la mesa presidencial con la intención de cortar en pedazos la corbata del novio. Siguiendo la tradición, su propósito era recaudar fondos para los novios pidiendo dinero por cada pedazo de corbata. El padre de Fermín se lo agradeció, pero lo convenció de lo inapropiado del gesto en una boda con invitados tan distinguidos.

Antón rectificó y volvió a su mesa.

—¡Que vivan los padres del novio! —se escuchó al fondo del salón.

—¡Vivan! —contestaron casi todos.

—¡Que vivan los padres de la novia, carajo! —replicó Pedro, el menor de los hermanos de Ana. Y de nuevo los asistentes respondieron:

—¡Vivan!

Tras la tarta, la orquesta inició los primeros acordes de un vals: *El Danubio Azul*, de Johann Strauss.

Fermín tomó de la mano a Ana y la acompañó hasta el centro del salón, habilitado como pista de baile. La pareja adoptó la posición inicial y comenzó a moverse al ritmo de la música.

«Un, dos, tres. Un, dos, tres…», repetía mentalmente Fermín marcando los pasos, tal y como había ensayado con su madre los días previos.

Poco a poco se fueron sumando más parejas que, siguiendo el sentido de las agujas del reloj y el ritmo de la música, se desplazaban por la pista con giros casi simultáneos.

Eran las cinco de la tarde y, después de dos horas de baile y mucha bebida, los novios obsequiaron a los invitados: Ana, un pequeño espejo a las mujeres; Fermín, un habano a los hombres. La mayoría de los invitados hacían, a cambio, entrega de un sobre cerrado que contenía dinero, para empezar la vida de casados con un colchón financiero que no necesitaban, pero que agradecían, igual que los regalos de boda, recibidos los días anteriores al casamiento.

Ana y Fermín se despidieron de la familia y abandonaron el salón de ceremonias entre los vítores de los invitados. Fuera, en el estacionamiento reservado para los clientes del restaurante, Alejandro los esperaba al volante del flamante descapotable de Fermín.

—¿Os llevo primero a vuestra nueva casa o directamente al hotel? —balbuceó el hermano mayor de Ana con los ojos vidriosos.

—Ni hablar —se opuso Fermín—. No estás en condiciones de conducir.

—Aun borracho conduzco mejor que tú, cuñado.

—Haz caso a Fermín —intervino Ana con voz grave—. No querrás que me enoje el día de mi boda, ¿verdad?

—Como queráis, pero mañana os recojo en el hotel.

—Mañana nos vemos —aceptó Fermín—. Ahora, vuelve con los demás y diviértete.

Alejandro salió del automóvil y el novio ocupó su lugar, después de abrir la puerta a Ana, que, no sin dificultad, se sentó disponiendo la cola del traje sobre sus piernas.

—¡Qué alivio! —exclamó al quitarse los zapatos de tacón—. Ya no los aguantaba más.

Fermín se giró para besar a Ana, arrancó el coche y se internó en el tráfico de la calle. Detuvo el automóvil delante de la entrada del cercano y lujoso Gran Hotel, en el Zócalo, la plaza principal de la ciudad. La noche de bodas, la ceremonia eclesiástica y el banquete eran un regalo de los padres de Ana. Presto, el portero del hotel abrió la puerta del vehículo para que saliese la novia mientras Fermín lo hacía por el otro lado.

—Buenas tardes —saludó el hombre que, con un gesto, avisó al botones.

Fermín abrió el maletero y el joven colocó el equipaje con sorprendente agilidad en un carro portamaletas dorado. Él llevaba una maleta, pero Ana había llenado cuatro para la luna de miel.

El aparcacoches ya estaba junto a Fermín.

—Buenas tardes, señor. Yo me encargo de estacionar su automóvil.

Fermín le entregó las llaves y el empleado condujo el descapotable hasta una rampa descendente, donde lo perdió de vista.

Ana no llegó a calzarse. Con los zapatos en una mano y la larga falda en la otra, subió los peldaños de acceso a la puerta acristalada con una sonrisa dibujada en los labios. Como una niña con una muñeca nueva, era la personalización de la felicidad. Cuando Fermín la alcanzó, el portero les abrió la puerta. Entraron y se dirigieron al mostrador de la recepción, bajo el gigantesco vitral de estilo *art nouveau* que hacía las veces de techo y que reflejaba sobre el suelo los últimos rayos de sol con colores caprichosos.

—Buenas tardes —saludó Fermín.

—Buenas tardes —correspondió uno de los recepcionistas, un hombre de mediana edad, bigotudo, moreno y con el pelo engominado y peinado hacia atrás.

—Soy Fermín Vázquez y esta es mi esposa, Ana Quiroga —dijo girando la cabeza hacia ella, que, ajena a la conversación, escrutaba cada rincón del amplio y lujoso recibidor.

—Mi enhorabuena —le felicitó el empleado, que basculó la cabeza hacia abajo—. Correcto. Aquí está la reserva.

Fermín depositó su pasaporte sobre el mostrador. El empleado le echó un rápido vistazo y miró a Ana.

—¡Ana! Tu pasaporte —reclamó Fermín.

—No es necesario, señor Vázquez. Con el suyo es suficiente. La Suite Real —afirmó y le entregó la llave—. Que pasen una buena noche —añadió con una sonrisa cómplice.

—Gracias —respondió Fermín.

—Yo los acompaño a su habitación. Síganme, por favor —se ofreció el botones, que conducía el portaequipaje sobre el resplandeciente suelo amarmolado, en dirección a los ascensores. La puerta de uno de ellos estaba abierta y el joven entró seguido por los novios. Pulsó el botón con el número cuatro, la puerta metálica se cerró y ascendieron con lentitud. Salieron en la cuarta planta, siempre siguiendo al botones. Se cruzaron con una limpiadora que, en ese momento, pasaba la aspiradora sobre el suelo enmoquetado del pasillo. El joven se detuvo delante de una puerta: la Suite Real, según constaba en la placa troquelada sobre la vetusta madera.

—¿Me permite? —preguntó el joven mostrando la palma de su mano.

—Ah, sí. Perdón —se excusó Fermín, que le entregó la llave.

Ana entró corriendo, giró a la derecha y la perdieron de vista. El botones dejó el equipaje dentro del armario de la entrada y esperó. Fermín rebuscó en el bolsillo del pantalón y le entregó unas monedas.

—Gracias, señor. Que disfrute de su estancia.
—De nada —respondió él—. El empleado salió y cerró la puerta.
—¡Fermín, hay un teléfono en el baño! —vociferó Ana, porque la suite era enorme.
Tras cruzar la puerta lacada del recibidor, el recién casado accedió a un salón con muebles de estilo Luis XV que parecían originales y que compartían espacio con otros más modernos, en una mezcolanza que enriquecía la estancia. Había un televisor encendido emitiendo noticias. Como el preciado objeto que era, y a pesar de su reducido tamaño, presidía el salón sobre la chimenea, en el centro de una de las paredes, frente a un sofá de cuero con capacidad para al menos cuatro personas.
—¡Fermín! —volvió a escuchar.
—Ya voy —contestó y se encaminó hacia el dormitorio, de donde procedía la voz.
Ana estaba tumbada en la cama con dosel, con la cabeza apoyada sobre las manos, cruzadas tras la nuca y una sonrisa angelical. Con la mirada perdida en la lámpara de araña del techo, hasta que lo vio entrar.
—¡Es enorme! —exclamó ella.
Un timbrazo los sacó de su ensimismamiento.
—Servicio de habitaciones —se escuchó débilmente en la entrada.
Fermín abrió la puerta. Otro botones estaba de pie, portaba un carrito reluciente, sobre el cual reposaba una bandeja con un gran plato de plata, con tapa y cubiertos del mismo metal, además de una botella de champán dentro de una cubitera, dos copas y un par de servilletas de seda.
—Cortesía del hotel para los recién casados —dijo el empleado, algo más mayor que el primero y que dejó la bandeja en la mesa principal.
Fermín sacó un billete de su cartera y se lo entregó.
—Gracias, señor. Si se le ofrece algo más, no tiene más que pedirlo, a cualquier hora —remarcó el botones—. Descuelgue el teléfono y espere. Ya aviso para que no retiren el servicio hasta mañana, si no desean lo contrario, por supuesto. La cena se sirve a partir de las siete en el restaurante de la planta baja —continuó el empleado—, o también en la habitación. Lo que prefieran.
El hombre salió de la suite y Fermín levantó la tapa que cubría el plato más grande.
—¿Qué es? —preguntó Ana.
Él la miró y sonrió antes de contestar.
—Una tarta para al menos diez personas. ¿Te apetece?
—Pues claro que sí, sabes de sobra que me encantan los dulces.
—Entonces habrá que probarla, pero antes tengo que hacer algo.

Fermín abrió la puerta de la suite, regresó y la cogió en brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella riendo.

—Seguir la tradición.

Salió al pasillo de la cuarta planta, volvió a entrar y cerró la puerta de un taconazo. La besó y la dejó sobre el sofá, tumbada.

—Ya está hecho, señora de Vázquez.

Ana se puso de pie, colocó sus manos alrededor de la nuca de Fermín, lo miró fijamente a los ojos y lo besó con pasión. Él, excitado, intentó desabrochar el vestido de novia, pero la cremallera de la espalda se resistía.

—Ya lo hago yo —se ofreció Ana, que, no sin cierta dificultad, se deshizo del vestido dejándolo caer al suelo, en torno a los pies.

Aunque no era ni mucho menos la primera vez que veía el cuerpo semidesnudo de Ana, nunca lo había contemplado ataviado con una lencería tan exclusiva. De encaje blanco y pedrería en las correas, la escasa tela del corsé y las bragas realzaban sus curvas. Ella se soltó el pelo y agitó la cabeza moviéndola de lado a lado. El dorado cabello cayó sobre sus desnudos hombros.

—Creo que la tarta puede esperar —dijo Fermín mientras se desnudaba. Sus pupilas se dilataron y su respiración se aceleró. Con los calzoncillos como único abrigo, se acercó a ella y la besó en las mejillas, en los ojos, en el cuello…

Ana suspiró. Él iba desnudándola mientras le cubría el cuerpo de besos a medida que la piel se liberaba de las prendas. Ella se agachó, le bajó los calzoncillos y se introdujo la erecta verga en la boca. Él apoyó la mano en la nuca de Ana para marcar el ritmo del vaivén. Retiró la cabeza de ella y la obligó a alzarse, la besó y la llevó hasta la pared de la chimenea, se puso en cuclillas y le comenzó a lamer el sexo. Ella separó las piernas y gimió. Fermín le agarró la estrecha cintura con las dos manos, la levantó en volandas y la penetró. Ana cruzó sus piernas alrededor de él y soltó un gemido.

—¿Te hago daño? —quiso saber Fermín.

—No es nada. Sigue así.

Él comenzó a embestirla contra la pared con una cadencia ascendente. Ana se estremeció y emitió un grito ahogado. Fermín imprimió más potencia a sus embates hasta alcanzar el clímax.

Permanecieron ahí, con sus cuerpos fundidos en uno solo, jadeando, sudando. Fermín la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, sin hablar, porque las palabras sobraban. Volvió a acariciarla, a besarla. Le hizo el amor una vez más, y otra… Al final, se durmieron, exhaustos, sin decir nada, porque las palabras sobraban.

Capítulo 18

Habían olvidado correr las cortinas la noche anterior y los rayos de sol inundaban la habitación. Fermín se despertó, salió de la cama de un salto y las cerró un poco. Miró y la vio al otro lado del lecho, dormida, con su rostro angelical y el áureo cabello cubriéndole parte de una mejilla. Abrió la puerta de la terraza con sigilo y salió en calzoncillos al aire libre. El fresco aire matutino le erizó el vello corporal, pero eso no fue impedimento para que caminase descalzo sobre la madera barnizada hasta llegar al murete que daba al Zócalo. Las buganvillas de vivos colores que crecían a ambos lados de la terraza imposibilitaban que fuese visto por otros huéspedes. La altura del hotel le permitía ver la plaza en todo su esplendor, incluida la catedral, donde el día anterior se había desposado. Había en el mirador dos hamacas y una mesa de hierro forjado con cuatro sillas del mismo metal. Volvió a entrar en la habitación, cerró la puerta y se encaminó al salón. Descolgó el teléfono y esperó.

—Buenos días. Recepción. ¿Qué desea? —escuchó al otro lado de la línea.

—Buenos días. Nos gustaría desayunar en la habitación.

—No hay problema, señor Vázquez. ¿Qué les servimos?

—Un par de desayunos continentales con zumo de naranja.

—¿Café, té o ambos?

—Café y leche —contestó Fermín.

—En diez minutos se lo suben.

—¿Podrían ser quince?

—Quince minutos entonces, señor Vázquez.

—Gracias —dijo Fermín y colgó.

Ana seguía durmiendo cuando él accedió al baño. Cerró la puerta, se quitó el calzoncillo, entró en la bañera, corrió la cortinilla y abrió el grifo de agua caliente. Se frotó con la pastilla de jabón, primero el cuerpo, después el cabello. Se colocó bajo los chorros de la ducha y dejó correr el agua por su piel. El recuerdo de la apasionada noche le provocó una erección. Salió de la bañera, se secó con una suave toalla de algodón y se cubrió con uno de los dos albornoces blancos colgados del perchero, el de mayor tamaño, cortesía del hotel de lujo, como las zapatillas de baño. Fue hasta la cama y besó a su esposa en los labios.

—Buenos días, princesa.

Ella abrió los ojos, bostezó, los volvió a cerrar y se cubrió la cabeza

con la colcha. Él retiró el edredón y la sábana, dejando a la vista el desnudo y curvilíneo cuerpo de Ana.

—Tengo sueño —afirmó ella, que intentó en vano volver a taparse.

—No me extraña tu somnolencia, ha sido una noche muy intensa —apuntó Fermín y rio—. ¡Venga! Despierta de una vez, dormilona, que ya he pedido el desayuno.

Ana se desperezó estirando los brazos.

—Un poco más —pidió juntando las palmas en señal de ruego, con el gesto forzadamente compungido.

—Está bien, sólo unos minutos más —aceptó él.

Un delicado repiqueteo de campanas sonó en la suite; no procedía de la cercana catedral, sino del timbre de la puerta.

Fermín fue hasta la puerta y observó por la mirilla. Era un botones con un carrito de comida.

—Buenos días. Servicio de habitaciones. Traigo su desayuno.

—Buenos días —saludó y se apartó para franquear el paso al empleado, que dejó la bandeja cerca de la tarta, cubierta y sin estrenar.

—¿Lo retiro? —preguntó el botones con la mano enguantada y señalando el recipiente del dulce.

—No, déjelo. Aún no hemos probado el pastel. —Se llevó la mano de forma mecánica al trasero, buscando infructuosamente su billetera, porque llevaba puesto el albornoz.

—No se preocupe —dijo el avispado botones, que salió y cerró la puerta.

Ana, que había olido el aroma dulzón de los cruasanes, asomó la cabeza por el acceso al pasillo antes de hablar.

—Se me ha despertado el apetito.

—No me extraña nada. Tu cuerpecito tiene que recuperar la energía consumida esta noche —apuntó Fermín con una pícara sonrisa—. Buenos días de nuevo, princesa.

—Buenos días, descarado. Me voy a dar un baño, a ver si me despejo.

—No te entretengas o el desayuno se enfriará —la arengó él.

—Me acompañas para frotarme la espalda.

—No me provoques, Ana.

—Era broma. Enseguida vuelvo —comentó devolviéndole la sonrisa.

Y así fue. Ana regresó poco después cubierta por el albornoz con el logotipo del Gran Hotel, una prenda que le venía algo grande, porque debía servir para todas las tallas de mujer. Se sentó en una de las sillas, enfrente de su esposo, con el cabello todavía húmedo cayendo sobre los hombros.

—Parece que de verdad tienes mucho apetito —afirmó Fermín.

—¿Por qué lo dices?
—Porque has empezado con los huevos y el beicon.
—Tú también.
—Es verdad —admitió él sin dejar de mirarla a los ojos—. Anoche no llegamos a probar el pastel. ¿Quieres una porción?
—Por qué no.
Fermín cortó un pedazo del pastel de chocolate y se lo sirvió a Ana en un platillo. Ella hundió una cucharilla en el dulce y lo probó.
—Está riquísimo. ¿Quieres un poco?
—Pues claro. Ahora corto un…
No pudo acabar la frase. Algo pegajoso impactó sobre su nariz. Ana había utilizado la cuchara a modo de catapulta para lanzarle el postre de chocolate.
Fermín tomó una porción y se la estampó a su esposa en la cara. Los dos rieron.
—Se me acaba de ocurrir algo —dijo él—. Creo que hay otra forma más divertida de comerse la tarta. Ve a la cama y te lo explico.
—¿Vamos a desayunar en la cama? —quiso saber ella.
—Algo así.
Ana fue al dormitorio y Fermín la siguió portando la tarta, la dejó en la mesita de noche y habló.
—Quítate el albornoz —ordenó él.
—¿Qué piensa hacer, doctor? —preguntó Ana desprendiéndose de la prenda y tumbándose en la cama.
—Cierra los ojos —exigió con voz firme y ella le hizo caso.
Fermín untó el cuerpo de Ana con el pastel. Ella se revolvió al principio, hasta que él empezó a lamerle la piel teñida de marrón. Ana se agitó y su respiración se aceleró, más aún cuando Fermín le lamió la entrepierna, hasta que un gemido de placer surgió de la boca de Ana. Su cuerpo se convulsionaba. Entonces, la penetró. En ese instante sonó el timbre de la puerta.
Fermín, desconcertado, se cubrió con el albornoz.
—No salgas de la cama —dijo cubriéndola con la colcha.
Fue al baño, se limpió los restos de chocolate de la cara y se encaminó hacia la puerta de entrada, descalzo. Comprobó por la mirilla de quién se trataba.
—¡Me cago en todo! —espetó y abrió.
—Buenos días, cuñado. ¿Interrumpo algo? —preguntó Alejandro al ver el ceño fruncido de Fermín.
—¡Joder! Quedamos a las doce de la mañana y son… —Miró su muñeca izquierda, carente del reloj de pulsera.
—Las doce y diez —dijo Alejandro.
—¡Mierda! Nos hemos dormido. Anda, pasa. Voy a avisar a tu hermana, que aún está en la cama.

Alejandro entró, cogió el cartel de «No molestar» del tirador interior de la puerta y se lo mostró a Fermín.

—Deberíais haberlo colocado —sugirió, lo colgó del pomo exterior y cerró la puerta. Vio el desayuno sobre la mesa y enseguida dedujo que Fermín y Ana no estaban precisamente durmiendo cuando pulsó el timbre. Sonrió, pero no añadió nada más.

—Come lo que quieras mientras nos vestimos —le propuso Fermín señalando la mesa.

—Ya he comido. Tomaré algo más contundente, un tequila, por ejemplo.

Fermín aprobó la decisión de su cuñado alzando el dedo pulgar y se dirigió al dormitorio. Alejandro abrió la nevera y extrajo un botellín de tequila añejado.

—Es tu hermano —afirmó nada más entrar en la alcoba.

—Ya lo he oído —contestó Ana, que, cubierta con el albornoz, se encaminaba hacia el baño—. ¿Vamos bien de hora?

—Sí, tranquila. Tómate el tiempo que precises, pero avísame cuando acabes. Estoy pringoso —dijo guiñándole un ojo.

—Eres un marrano —murmuró ella con una sonrisa dibujada en los labios.

Cuando Ana cerró la puerta del baño sucedió algo extraño: Fermín ya no veía el pasillo de la suite, sino el de su casa de Trinidad. Olió el aroma de Esmeralda y un niño mulato pasó corriendo a su lado. Cerró los ojos. Los volvió a abrir y se hallaba de nuevo en el lujoso pasillo de la suite. Inspiró profundamente y espiró el aire de los pulmones. Regresó al salón y se sentó en el sofá, con Alejandro, que apuraba el tequila.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su cuñado—. Estás pálido.

—Algo me ha debido sentar mal —se justificó él.

—Será el alcohol de ayer. Como no bebes…

—Será eso —comentó Fermín intentando encontrar sentido a lo que había ocurrido instantes antes.

—He llamado a la compañía aérea y, en principio, el avión sale a la hora prevista.

El viaje a Europa, su luna de miel, era un regalo de los padres de Fermín. Visitarían Francia e Italia en un recorrido que incluía los hoteles y los desplazamientos. Ana estaba muy ilusionada. Él pensaba en España, su país, un recuerdo lejano de una infancia feliz y terrible a partes iguales. A veces sopesaba la posibilidad de una escapada aprovechando la estancia en los pueblos costeros de San Juan de Luz y Hendaya, ya en la frontera francoespañola. Llevaba pasaporte mexicano, pero no era ninguna garantía al constar en este como lugar de nacimiento Madrid. Por muy pocas luces que tuviese el funcionario de aduanas, no le costaría relacionarlo con los hijos de los

republicanos exiliados. Las noticias que llegaban de España tampoco eran muy alentadoras. A pesar de que el gobierno franquista había restablecido relaciones diplomáticas con la mayoría de los países y de que el turismo de sol y playa había traído aires de modernidad a las anacrónicas e impuestas costumbres hispanas, la herida provocada por la guerra seguía abierta y los ajusticiamientos a los «enemigos de la patria» eran habituales.

—Buenos días —saludó Ana, ataviada con un vestido nuevo.

Irrumpió en el salón como un vendaval y abrazó a su hermano.

—No veo moratones, así que no tendré que abofetear a tu marido —bromeó Alejandro, que soltó una carcajada.

—Ja, ja, ja —contestó con sarcasmo Fermín—. Voy a vestirme.

Después de dejar las llaves en la recepción, los tres salieron del hotel acompañados del botones, que llevaba las maletas en un portaequipajes.

El portero silbó al aparcacoches y este apareció al cabo de unos minutos conduciendo el Oldsmobile 98 de Fermín.

Alejandro se anticipó a Fermín, tomó las llaves de la mano del empleado cuando este salía del automóvil y se sentó en el asiento del conductor.

—¿Cómo se sube la capota? Hace fresco y no quiero que empecéis la luna de miel resfriados.

—El interruptor rojo del salpicadero —contestó Fermín, que se sentó en el asiento trasero después de que lo hiciese Ana.

El techo retráctil se desplegó hasta cubrirlos y Alejandro arrancó el vehículo.

—¡Mierda! He olvidado darle la propina al aparcacoches.

—Ya lo he hecho yo, igual que al botones —afirmó Fermín.

El trayecto hasta la terminal del aeropuerto de Ciudad de México les llevó casi una hora. Un muchacho de no más de quince años se acercó al vehículo empujando un carro para transportar maletas. Fermín salió del automóvil y abrió el maletero. El joven se abalanzó sobre las maletas, las sacó, las colocó sobre el carro y esperó.

—Gracias —intervino Ana.

—De nada, señora —correspondió el joven.

El trato de «señora», dada su juventud, la sorprendió. Era la primera vez que Ana recibía ese tratamiento y, por un momento, se sintió mayor.

—¿A dónde vuelan? —quiso saber el mozo.

—A París —respondió Fermín—. Y tú trata bien el coche —dijo mirando a su cuñado—. Lo quiero en la puerta de casa a nuestra vuelta.

Ana se despidió de su hermano con dos besos y unas lágrimas.

El muchacho llevó el carro hasta la ventanilla de facturación y dejó

el equipaje en el suelo. Fermín le entregó una generosa propina y, tomando la mano de Ana, esperó su turno en la hilera de personas del vuelo de Air France. Tal y como había visto hacer a los pasajeros que los precedían, colocó las maletas en una balanza, junto al mostrador.

—Buenas tardes —saludó y entregó los pasajes y los pasaportes a la sonriente azafata de tierra, una mujer delgada, de unos treinta años, vestida con un uniforme azul sobre una camisa blanca y un sombrero del mismo color.

—Buenas tardes. ¿No llevan equipaje de mano?

—No —contestó Fermín mientras Ana mostraba su bolso de piel.

La empleada comprobó el listado de pasajeros, alzó la cabeza y miró a Fermín y, después, a Ana.

—Todo correcto. Aquí tienen sus pasaportes, las tarjetas de embarque y los resguardos para las maletas. Su puerta es la número once. El vuelo sale en hora y les avisarán por megafonía, pero, puesto que son pasajeros de primera clase, procuren estar media hora antes, porque tienen prioridad. Que tengan un buen vuelo.

—Gracias. Que tenga un buen día —se despidió Fermín.

Después de pasar el control aduanero, la pareja accedió a una amplia sala repleta de tiendas de recuerdos, licorerías y algunos establecimientos de restauración.

—Se me ha despertado el apetito. ¿Comemos algo? —sugirió Fermín.

—Precisamente estaba pensando en eso. Yo también tengo hambre.

—No me extraña, nos hemos saltado el almuerzo —comentó él, que acarició con ternura la mejilla de Ana con el dorso de la mano.

Los dos se sentaron a una mesa en el restaurante más cercano. Fermín echó un vistazo a la carta que había sobre la mesa y se la entregó a Ana.

Un joven camarero vestido de blanco se acercó a la mesa.

—Buenas tardes. ¿Qué desean tomar?

—Un burrito de carne y una Coca-Cola —dijo ella.

—Buenas tardes —saludó Fermín—, un taco de pollo y zumo de naranja, por favor.

Cuando el joven se retiró, Fermín tomó la mano de Ana entre las suyas, sobre la mesa.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por el vuelo. Es la primera vez que viajamos en avión.

—Pues no, al menos de momento. Dicen que es el medio de transporte más seguro.

—Eso dicen —confirmó Fermín fingiendo normalidad cuando, en realidad, le aterraba la idea de volar.

El camarero regresó muy pronto con la comanda y dejó en la mesa

los platos con la comida, cubiertos y dos vasos, uno con zumo de naranja y otro con unos cubitos de hielo. Abrió el tapón de la botella de Coca-Cola y la sirvió en el vaso con hielo, que crepitó al contacto con la bebida espumosa.

Fermín supuso que se trataba de comida precocinada, torció el gesto y pagó el triple de lo que costaba en la ciudad. Ana empezó a comer con avidez.

Por la megafonía de la terminal se anunció el inminente embarque del vuelo a París. La pareja se encaminó hacia la puerta número once, donde los pasajeros guardaban cola. Ellos se colocaron al final. El pasaje era variopinto, la mayoría europeos, hombres solos y muchas parejas jóvenes. Paradójicamente, los europeos viajaban de luna de miel a América, mientras que los americanos estrenaban su matrimonio en Europa; los adinerados, por supuesto.

Cuando llegó su turno, Fermín entregó los dos pasaportes y las tarjetas de embarque a la azafata, que estaba en pie, detrás de un atril.

—Buenas tardes —saludó la empleada de Air France, embutida en un estrecho vestido de falda y chaqueta de color azul claro—. No tenían que haber hecho cola. Sus pasajes son de primera clase y tienen prioridad de embarque. Que disfruten del vuelo —dijo pronunciando las erres con el habitual acento gutural galo.

—Gracias —contestaron casi al unísono Fermín y Ana. Bajaron unas escaleras y accedieron a la pista del aeropuerto, siguieron a los viajeros que los precedían y llegaron hasta la escalerilla móvil, en la parte trasera del avión, un Super Constellation cuatrimotor.

Arriba los esperaba otra azafata de vuelo, que los acompañó hasta sus asientos, en la parte delantera de la aeronave, de piel y cómodos, como comprobaron en cuanto se sentaron. Fermín, que había cedido el de ventanilla a Ana, prefirió el que daba al estrecho pasillo; no tenía ninguna intención de constatar la altura a la que se encontrarían cuando el avión despegase.

Poco después de media hora el avión empezó a moverse. El comandante saludó por radio a los pasajeros y les deseó un grato vuelo, les recordó la obligatoriedad de permanecer sentados durante la maniobra de despegue y la duración del vuelo: veintidós horas con escala en Nueva York.

—¿Su primera vez? —preguntó la misma azafata.

—Sí —contestó presta Ana.

—¿Saben abrocharse los cinturones de seguridad?

—No —intervino Fermín.

La mujer inclinó el torso y les indicó cómo debían abrochar, desabrochar y ajustar el cinturón.

Segundos después, la empleada repetía el proceso, pero esta vez de pie y para todos los pasajeros de primera clase, separados del resto de

la cabina por unas cortinillas.

Los motores de las hélices incrementaron su zumbido y el avión aceleró antes de despegar.

Fermín asió los reposabrazos con fuerza. Ana miraba por la ventanilla.

Capítulo 19

Alicia había almorzado algo de embutido acompañado de un vaso de vino. Las preguntas se le agolpaban en la cabeza: ¿Fue su abuelo un guerrillero? ¿Quién era la mulata de la foto?

Volvió al baúl, aún abierto, y rebuscó. Halló cachivaches y una libreta de ahorro. La abrió por la primera página. El titular era su abuelo. Había abierto la cuenta bancaria poco después de su llegada a Santiago de Compostela. Ya la iba a dejar en su sitio cuando tuvo un pálpito. La abrió y revisó los apuntes. Cada primero de mes aparecía el mismo movimiento: una transferencia internacional por un importe de mil euros seguida de la comisión por la operación internacional, pero no constaba el destinatario ni el país de destino. También figuraba el saldo: 99.236 euros, una suma considerable de dinero.

«Lo más probable es que el abuelo Fermín hubiese dado la orden de realizar las transferencias automáticamente; de manera que, si en algún momento no podía realizarlas personalmente, como era el caso, se transfiriese el dinero», pensó Alicia.

Su abuelo era de la generación analógica y no le gustaba internet, prefería el trato personal a la frialdad de las relaciones telemáticas. Así que tentó a la suerte, entró en la página web de la entidad bancaria y pulsó en su iPhone el icono del «Área de clientes». Se abrió una ventana con un espacio para introducir el DNI y otro para la clave de acceso, y, debajo, lo que buscaba: «Darse de alta en la banca electrónica». Se abrió otra ventana y cumplimentó los campos con los datos identificativos de Fermín Vázquez Martín, su dirección de correo electrónico y una clave que coincidía con la fecha de su nacimiento; le dio a aceptar y esperó hasta que en la pantalla del teléfono apareció el mensaje de bienvenida a la operativa telemática, con todas las supuestas ventajas que ello suponía. La cuenta bancaria no estaba bloqueada y ella había cometido un delito de suplantación de identidad, aunque poco le importaba. Pulsó encima de uno de los movimientos bancarios, el más reciente, y apareció el nombre del destinatario, Juan F. Ramos, y el de la entidad financiera adonde se hizo la transferencia, el Banco Popular de Ahorro, en Trinidad, Cuba.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alicia. Miró de nuevo las tres antiguas fotografías en blanco y negro, pero esta vez se fijó en el reverso: Estudio Fotográfico Cugat, Trinidad. Era lo que constaba en dos de ellas, la de la mulata y la de su abuelo con los tres hombres.

Impulsada por su instinto, tomó la decisión que le cambiaría la vida. Creía haber borrado el número de teléfono personal de Fernando, pero ahí seguía, en la agenda del iPhone, como si el caprichoso destino supiese que en algún momento lo necesitaría. Decidió usarlo una última vez y después eliminarlo; prefería eso a hablar con la secretaria de la oficina. Esperó unos tonos hasta escuchar la voz que aún le erizaba el vello.

—Hola, Alicia. Hacía tiempo que esperaba esta llamada.

—Te llamo para decirte que voy a tomarme unas vacaciones. Estos días he pensado en el bufete y mi futuro en la empresa. Tengo que tomar una decisión definitiva, pero ahora mismo creo que voy a dejar de trabajar para ti.

—¿Estás segura? Aquí te necesitamos.

—Nadie es imprescindible, Fernando.

—Tómate el tiempo que necesites y espero que reconsideres tu decisión. De momento, te mantengo en plantilla, y las vacaciones son remuneradas.

—Gracias. Ahora tengo que colgar.

—¿Te pasa algo? Ya sabes que puedes contar conmigo y…

—Adiós, Fernando —lo interrumpió y colgó. Bloqueó el número telefónico del que ya consideraba su exjefe, para impedir que la llamase, y telefoneó a su mejor amiga en Madrid.

—Buenas tardes, Carolina. Acabo de hablar con Fernando y le he dicho que dejo el trabajo. En realidad, lo que le he expresado es mi intención de hacerlo, pero lo tengo decidido.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Carolina.

—Nada. Es algo que debía haber hecho hace mucho tiempo. No puedo pasar esta página de mi vida si trabajo codo a codo con él. Me voy a ausentar un tiempo.

—Yo lo hago cada día y no pasa nada —repuso su amiga.

—Pues yo no puedo.

—Creo que nunca has dejado de amarlo, pero no es lo único, ¿verdad? A ti te pasa algo más, Alicia. Desde el día de la muerte de tu abuelo no te reconozco. Aunque, después de lo que me contaste… En fin, que sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé y te pido perdón —se disculpó Alicia con una lágrima pugnando por brotar de su ojo—. Pero es que estoy muy nerviosa. He descubierto más cosas sobre mi abuelo y necesito llegar hasta el final. Él querría que lo hiciese y esa es mi intención.

—Como quieras, pero llámame, ¿vale?

—Lo haré, Carolina. Un beso —se despidió y colgó.

Utilizó su teléfono para buscar vuelos a La Habana y encontró uno para el día siguiente. Salía del Aeropuerto de Barajas, en Madrid. Abrió otra ventana en el navegador, entró en la cuenta del *avó* y

ordenó una transferencia bancaria a su propia cuenta por un importe de diez mil euros. No recibiría el ingreso hasta pasadas veinticuatro o cuarenta y ocho horas, pero lo iba a necesitar en Cuba y no quería pedírselo a sus padres y tener que dar explicaciones. Por alguna razón, sabía que su abuelo ya contaba con ello, porque la conocía, y después de haber visto lo que le había dejado, no le quedaba más opción que ir a donde todo había comenzado, a Trinidad. Salió de la web del banco y reservó un asiento de ida a La Habana en el vuelo del día siguiente, con el billete de regreso abierto, sin fecha, lo que casi agotó sus escasos ahorros.

Abrió la mochila y buscó su bolso. Dentro estaba la tarjeta de Manuel, su primo lejano. No era policía, sino criminalista, pero debía saber mucho más que ella de investigaciones y, al fin y al cabo, había sido él quien la había localizado para hablarle de la muerte de su abuelo esa misma mañana. Dudó un momento, pero al final lo llamó.

—Hola, Alicia —escuchó al otro lado de la línea telefónica.

—Hola, Manuel. ¿Cómo sabías que era yo?

—Porque intercambiamos los números de teléfono.

Alicia no recordaba haberle dado su número telefónico, pero tampoco lo descartaba, puesto que, en su estado de inquietud, era fácil olvidar las cosas.

—Hola, Manuel. Me voy a Cuba. Mi abuelo me dejó algo que quería que encontrase, cartas, fotografías. Era un guerrillero y ahora…

—Paso a paso, Alicia —la interrumpió él—. En una hora tengo una visita. Si quieres, me paso ahora a verte y me lo cuentas todo con tranquilidad. ¿Estás en casa?

—No quisiera ser una molestia. Debes estar muy ocupado… No sé si ha sido buena idea llamarte. Tienes razón, estoy muy nerviosa y me he dejado llevar.

Ya iba a colgar cuando escuchó algo inesperado.

—Ya lo imaginaba.

—¿Qué es lo que imaginabas? —lo interpeló Alicia.

—Que Fermín tuvo algo que ver con la revolución cubana.

—¿Cómo? —preguntó incrédula.

—Verás, no te lo dije antes, pero tu abuelo hizo una visita a Láncara, un pueblo de Lugo. Lo llevó en coche un anciano del centro para la tercera edad al poco de instalarse en Santiago.

—¿Y qué tiene que ver eso con la Revolución cubana?

—Que en ese pueblo nació el padre de Fidel Castro. Llega un anciano republicano y lo primero que hace es visitar a los familiares vivos de Castro. Como comprenderás, la noticia corrió como la pólvora por la ciudad.

—Y crees que la muerte de mi abuelo estuvo relacionada con ello —afirmó Alicia.

—La verdad es que no. Fidel Castro murió hace años y los servicios de inteligencia cubanos no habrían esperado tanto para eliminar a un enemigo. No, no lo creo… Paso por tu casa.

—Aquí estaré —aceptó ella.

Alicia no tenía intención de hablarle de sus supuestas experiencias paranormales, tampoco de entregarle la correspondencia entre sus abuelos, era demasiado personal, pero sí le hablaría de las cartas y le mostraría las tres fotografías. Algo le decía que su abuelo había guardado un secreto durante mucho tiempo y que estaba cerca de descubrirlo, que era la voluntad de su ancestro.

Cuando el timbre de la puerta sonó, ella ya estaba de pie, esperando.

—Pasa, Manuel. Puedes dejar el paraguas aquí —dijo señalando el paragüero de madera—. ¿Te apetece tomar algo?

—Un café.

—Por favor, siéntate —le conminó Alicia mirando el sofá—. Ahora vuelvo.

Fue hasta la cocina y colocó una cafetera italiana sobre el quemador. Cinco minutos más tarde, el gorgoteo indicaba que el café ya estaba listo. Cogió dos tazas cerámicas y un azucarero del armario, así como dos cucharillas de uno de los cajones de la vieja cocina. Lo colocó todo sobre una bandeja, la llevó hasta el salón y la depositó sobre la mesita, frente a Manuel, ya sentado.

—Tú dirás —la interpeló él en cuanto Alicia se sentó a su lado.

—Esto es lo que he encontrado. —Sacó del bolsillo trasero del pantalón vaquero las fotografías y se las entregó—. También las cartas de las que te he hablado y una libreta de ahorro. Cada mes, puntualmente, se realizaba una transferencia internacional de mil euros.

—Una extorsión —sugirió Manuel.

—No estoy segura. Mi abuelo era caritativo, pero mil euros cada mes…

—Si ordenó que se traspasase ese dinero una vez al mes, lo más probable es que se siga haciendo. Si acudes a cualquier sucursal de la entidad bancaria con el certificado de defunción, bloquearán la cuenta y fin de la historia. A no ser…

—Sé lo que estás pensando y lo voy a hacer —intervino Alicia con gesto serio—. En la cuenta hay un saldo de más de noventa mil euros. En cualquier caso, Hacienda no tardará en bloquear la cuenta corriente. ¿Qué opinas?

—Que deberías sacar todo ese dinero, pero no se me ocurre cómo si no eres titular —aconsejó Manuel—. Sin dinero no se podrán realizar

más transferencias.

—¿Y si se trata de una extorsión y la amenaza abarca a toda la familia?

—Ya te he expuesto antes, por teléfono, por qué no lo creo posible —sentenció Manuel.

—Quien recibe el dinero es un tal Juan F. Ramos, en una cuenta de un banco de Trinidad, Cuba. Allí trabajó mi abuelo como médico en una plantación.

—¿Me vas a seguir dando la información a cuentagotas? —le reprochó Manuel.

—¿No te lo había contado? Se me habrá olvidado, como lo de mi número telefónico, que no recuerdo habértelo dado —apuntó ella con sarcasmo.

—Será eso —afirmó él haciendo caso omiso a la indirecta.

—Ahora me alegra que hayamos coincidido, aunque sea en estas circunstancias —añadió ella.

—Las coincidencias no existen, Alicia. Son excusas para convencernos de lo que no podemos explicar. Por cierto, ¿esa información estaba en la libreta de ahorro? —preguntó un escéptico Manuel.

—No. He suplantado la identidad de mi abuelo y he activado la banca electrónica. Estaba segura de que él no la tendría, era reacio a todo lo que tuviese que ver con internet. Así es cómo he accedido a los detalles de las transferencias y he traspasado una pequeña cantidad a mi banco, para el viaje a Cuba.

—Vaya, vaya. Veo que eres avispada. Pues ya sabes cómo dejar esa cuenta bancaria a cero. Y otra cosa, yo de ti no iría a Cuba, pero puesto que ya lo has decidido, infórmate sobre el terreno del tal Juan Ramos antes de contactar con él.

—¿Crees que puede ser peligroso?

—Es posible, como que sea un angelito. Tu abuelo vivió allí. Por otro lado, todo parece indicar que participó en una guerra, y eso crea unos vínculos afectivos con los compañeros que suelen durar toda la vida. Quizás sólo se trata de un amigo al que ayuda económicamente. Ya sabes cómo es la vida en ese país.

—No, no lo sé. Únicamente lo que se comenta —repuso ella.

—Yo fui de turista hace unos años y hay muchas necesidades. Me pasaba el tiempo regalando jabón de manos, papel higiénico y, sobre todo, medicamentos, incluso bolsas de plástico de las tiendas. ¡Bolsas de plástico, Alicia!

—No imaginaba que estuviesen tan mal.

—Y no lo están si se comparan con los ciudadanos de la mayoría de las islas caribeñas. Al menos hay seguridad y no se mueren de hambre. Llévate medicamentos, los que sean. Te lo agradecerán más que el

dinero.

—No sé si me dará tiempo a comprarlos, pero lo intentaré —afirmó Alicia.

—Bueno. Yo me tengo que marchar. Me esperan —dijo él mirando su reloj de pulsera—. Llámame si tienes cualquier duda o inquietud.

Volvía a llover cuando Manuel salió por la puerta. Alicia reavivó el fuego de la chimenea con un fuelle, se cubrió con la chaqueta, cogió el paraguas y abandonó la casa. Su cuerpo le pedía calor y su estómago algo caliente. Fue hasta el bar de siempre, dejó el paraguas en el paragüero y entró.

Cuando regresó a casa, la lluvia arreciaba y los relámpagos anunciaban tormenta. Los aguaceros le provocaban dolor de cabeza, por lo que se tomó un analgésico, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Se despertó al día siguiente, temprano. Se duchó, se vistió y apagó los rescoldos de la chimenea con agua. Se cubrió con la chaqueta, se sentó en el sofá del salón, pidió un taxi por teléfono y esperó. Escudriñó cada rincón de la estancia, como si no pensase regresar. En eso estaba cuando escuchó el claxon. Se colgó la mochila en la espalda, salió de la casa y cerró la puerta con llave. La calle estaba mojada, pero ya no llovía. Se subió a la parte posterior del taxi, que estaba con el motor en marcha.

—Buenos días. Al aeropuerto —dijo en cuanto tomó asiento y se colocó el cinturón de seguridad.

—Buenos días. ¿Salidas o llegadas? —preguntó el taxista mirando por el retrovisor.

—Salidas.

El hombre arrancó y ella echó un último vistazo a la casa, a sus vetustos muros, permanentemente húmedos.

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Madrid y Alicia salió por la rampa. Ya en la terminal cuatro, y sin tiempo para pasar por su apartamento y recoger algo de ropa, puesto que apenas quedaban dos horas para la salida del vuelo a La Habana, decidió comprar varias prendas de verano en una de las tiendas, las introdujo en la mochila y se alegró de llevar lencería de sobra. Por suerte, la temperatura en La Habana y Trinidad era agradable, incluso calurosa, lo había consultado en su iPhone. Se encaminó a un establecimiento de restauración y se dispuso a tomar la primera comida del día: un cruasán de chocolate, un zumo de tomate y un minibocadillo de tortilla de patata con cebolla, así lo especificaba en el rótulo. Ella siempre había comido la tortilla con cebolla. No fue hasta que llegó a Madrid por primera vez que descubrió la incipiente costumbre de pedirla sólo de patata. Junto con un vaso de vidrio, colocó los

alimentos sobre una bandeja de plástico marrón y llegó hasta la cafetería, donde pidió un café con leche que le sirvieron con una cucharilla. Ella cogió un sobre de edulcorante de un dispensador; tenía que contrarrestar de alguna manera el exceso de grasas saturadas y de azúcares. Pagó a la cajera con la tarjeta de crédito. Como imaginaba, aún no había recibido el dinero de la trasferencia del día anterior. Se sentó a una mesa para cuatro y dio buena cuenta del carísimo desayuno.

Puesto que no soportaba los restos de comida entre los dientes, accedió al baño de señoras más cercano, sacó su neceser y se cepilló la dentadura. Aprovechó para acicalarse delante del espejo y después orinó. Salió del baño y se encaminó hacia la puerta de embarque. Miró el monitor situado encima y comprobó que su vuelo saldría con diez minutos de retraso. Se sentó en una de las incómodas sillas alineadas y fijadas al suelo y esperó.

Ya se había organizado una pequeña cola de pasajeros, pero Alicia decidió apurar hasta que apareciesen las azafatas de tierra. No entendía qué motivaba a los viajeros a preferir estar de pie pudiendo esperar sentados. Como si con su actitud inquieta forzasen el despegue del avión.

En cuanto accedió a la aeronave localizó su asiento, el único de los tres de esa fila que daba a la ventanilla, el más alejado del pasillo de los dos con los que contaba el Airbus. Porque le gustaba observar el paisaje que sólo se podía ver desde diez mil metros de altura. Sacó el bolso de la mochila y colocó esta en el portaequipajes.

—Buenas tardes —saludó a un cincuentón sentado en el asiento de en medio y que le obstaculizaba el acceso al suyo—. ¿Me permite, por favor?

—Por supuesto. A una chica guapa no le puedo negar nada.

—Gracias —contestó ella con voz queda.

—¿Por negocios o por placer? —continuó el hombre—. Disculpa, no me he presentado. Me llamo Antonio.

—Alicia —dijo sin mirarlo y eludiendo estrecharle la mano.

Sacó el iPhone del bolso, se colocó los auriculares y seleccionó en su terminal la lista de canciones que ella misma había confeccionado, dejando claro que no le apetecía seguir hablando.

A la media hora de vuelo, Antonio había entablado conversación con otro viajero, al otro lado del pasillo, de su edad, también calvo. De hecho, la mayoría del reducido pasaje lo componían hombres maduros. Alicia dedujo que el motivo de su viaje a Cuba no podía ser profesional. No vestían como ejecutivos, sino con ropa casual, vulgar para su gusto. Bajó el volumen de la música y pudo escuchar el diálogo que mantenían los dos hombres.

—Yo la voy a ver cada tres meses. Está obsesionada con que nos

casemos y he pensado en dejarla, aunque debo admitir que tiene un buen par de razones —dijo uno llevándose al pecho las dos manos, soltando una carcajada.

—Sale caro, pero merece la pena —intervino el otro—. Muévete, mi *amol*. Dame *plaser* —añadió imitando el acento cubano.

Entonces, lo comprendió todo. Esos hombres hacían turismo sexual. Una ola de indignación la embargó.

«Cerdos asquerosos», pensó, y cayó en la cuenta de que Manuel también había estado en Cuba. «No. Él es guapo y apuesto. No tiene nada que ver con estos degenerados. Aunque bien pensado, apenas lo conozco. No, no puede ser», se autoconvenció y subió el volumen de la música.

No sabía en qué momento se había dormido, el caso es que el depravado de al lado la despertó.

—¡Alicia!… ¡Alicia!… Están sirviendo el almuerzo.

—¿Qué desea comer? —preguntó un tripulante de cabina afeminado.

—¿Qué hay? —quiso saber ella, aún somnolienta.

—¿No ha mirado la carta? —preguntó el empleado señalando el compartimento situado enfrente de Alicia.

Ella rebuscó con premura entre los folletos y las revistas hasta que dio con la carta de menús. La abrió y echó un rápido vistazo antes de contestar.

—La crema de calabaza y el pollo.

—¿Y de beber?

—Una Coca-Cola Zero.

—¿Con hielo y limón?

—Sí, por favor.

El azafato sacó una bandeja del carrito y se la entregó. Después, hizo lo mismo con el refresco y un vaso de plástico desechable.

—Gracias —dijo ella resuelta.

No tenía mucho apetito, y menos aún al ver el aspecto de los filetes de pollo. Abrió el sobre que contenía los cubiertos, también de plástico, y usó la cuchara sopera para probar el puré.

—Al menos está caliente —susurró.

No se había acabado de comer el pollo, aunque sí el postre: un flan de huevo tibio, cuando una azafata se personó empujando otro carrito.

—¿Les apetece tomar café, té, chocolate…?

—Café solo —contestó su compañero de viaje.

—Un té con leche desnatada y sacarina —pidió ella.

—¿Con limón? —quiso saber la azafata.

—Sí, gracias —respondió Alicia.

La mujer sirvió el café al hombre, en primer lugar, y, después, el té a ella, en una tacita con una rodaja de limón flotando. Alicia la

depositó sobre la bandeja de comida y, puesto que quemaba al tacto, la dejó templarse. Más tarde, removió el contenido con una cucharilla de postre. No había acabado de tomarse la infusión cuando otro tripulante de cabina pasó solicitando las bandejas, los cubiertos y los vasos.

Aprovechando que la mesita plegable estaba extendida, Alicia sacó del bolso las cartas de sus abuelos y las volvió a ojear. Anotó en un documento de su teléfono todo aquello relevante que iba encontrando: nombres, direcciones, fechas, lugares, edificios… Por suerte, Antonio, el hombre sentado al costado, se durmió después de tomarse dos *whiskys*.

Cuando el comandante anunció por megafonía la maniobra de aproximación al Aeropuerto Internacional José Martí de La Habana, Alicia devolvió las cartas al bolso y se abrochó el cinturón de seguridad. El Airbus aterrizó a la hora prevista: las seis de la tarde, hora local. Con su mochila al hombro abandonó la aeronave y se dirigió al control aduanero: varias cabinas alineadas. A ella le tocó una funcionaria negra con un niño de unos cuatro años a su lado y que no paraba de incordiar. El rostro serio e impostado de la mujer contrastaba con lo cómico de la situación.

Entregó el pasaporte.

—¿Ese es todo su equipaje? —preguntó la funcionaria.

—Es todo lo que traigo —contestó Alicia tocando la mochila con la mano.

—¿Y su visado, señora Vázquez?

—Mierda —espetó al tiempo que se sonrojaba—. Lo siento mucho. Se me ha olvidado. —Alicia sopesó la idea de mentir, de decirle que había aprovechado una oferta de última hora de la compañía aérea y que no le había dado tiempo a tramitar el visado, pero concluyó que la mujer descubriría la treta y que eso empeoraría su situación.

—¿Se le ha olvidado o no lo ha tramitado?

—No lo tramité. Verá, mi abuelo falleció hace…

—Salga por dónde ha venido y espere a que lleguen los policías. Ellos le devolverán el pasaporte —la interrumpió la mujer sin inmutarse.

Alicia volvió a la sala de espera visiblemente nerviosa.

—¿Algún problema? —preguntó su compañero de vuelo, que esperaba su turno en otra cola, con un tono de voz que destilaba empatía—. No te preocupes, Alicia —continuó Antonio—, aquí siempre hay problemas, pero son buena gente. Se solucionará.

—Gracias —respondió ella, aunque las palabras del hombre no la tranquilizaron lo más mínimo.

Se sentó y esperó viendo cómo se vaciaba la sala a medida que los pasajeros de su vuelo pasaban el control. Dos policías con un perro, un

pastor alemán, se acercaron hasta su posición. Uno de ellos llevaba su pasaporte en la mano. Ella se levantó.

—¿¡Alicia Vázquez Romero!? —intervino uno de los dos agentes, el más mayor.

«Como si no supiesen de sobra por la foto del pasaporte que sólo podía ser yo», pensó.

—Sí, soy yo.

—Acompáñenos, por favor —le pidió el más mayor.

Alicia siguió al policía que la precedía; el otro, con el pastor alemán, la seguía de cerca. Accedieron a un pasillo y llegaron hasta una puerta acristalada. Uno de los agentes pulsó un interruptor y la puerta se desbloqueó con un sonido chirriante. El policía entró y se cuadró.

—Camarada Boris, esta es la ciudadana española que no ha solicitado el visado de entrada al país —informó, le entregó el pasaporte a Alicia y salió cerrando la puerta.

El hombre, vestido de militar, de unos sesenta años y en pie detrás de un escritorio, le hizo señas para que se sentase mientras daba una calada a un cigarro. Alicia se sentó casi al mismo tiempo que el militar.

—¿Me deja su pasaporte, por favor?

Ella se lo entregó. Él lo abrió por la primera página y comenzó a pulsar el teclado, mirando el monitor de un ordenador.

—Su primera vez en Cuba, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puedo saber los motivos de su visita?

—Mi abuelo vivió aquí, en Trinidad. Falleció hace un par de días y decidí conocer los lugares que marcaron su vida.

—Ya. Entiendo. Señorita Vázquez —carraspeó antes de continuar—, lamento su pérdida. Vamos a hacer un trato: yo le expido un visado de turista con validez para quince días, pero no nos dé problemas, porque la devuelvo a su país en el primer vuelo que salga para España. A cambio, le agradecería que me dijese el nombre y los apellidos de su abuelo y cuándo estuvo en la isla.

Alicia sabía que estaba acorralada, que tenía que darle la información sobre su abuelo y que podrían descubrir que había sido un revolucionario, y que, entonces, debería responder muchas preguntas para las que no tenía respuesta, porque era eso lo que buscaba en Cuba, respuestas. Así que no le quedaba más remedio que darle al militar lo que le pedía.

—Fermín Vázquez Martín. Trabajó como médico en Trinidad, en la hacienda Oyarzábal, entre noviembre de mil novecientos cincuenta y siete y enero de mil novecientos cincuenta y nueve.

El funcionario frunció el ceño, volvió a teclear y miró la pantalla

del ordenador, apuntó algo en una libreta y abrió un cajón del que sacó un documento, lo cumplimentó, lo selló, lo firmó y se lo entregó a Alicia, junto con el pasaporte, también sellado.

—El visado cuesta doscientos dólares.

—¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?

La carcajada del hombre contestó su pregunta.

—Sólo tengo euros. ¿Sirven?

—Está bien. Doscientos euros entonces —contestó el militar.

Ella abrió su bolso y rebuscó en el monedero. Tenía algo más de trescientos euros, le entregó el dinero al hombre y este lo metió en otro cajón.

—Alójese siempre en un hotel. Ya puede marcharse. Bienvenida a Cuba.

—Buenas tardes —se despidió Alicia—, que se levantó de la silla, se dirigió hacia la puerta y escuchó cómo la cerradura de esta se desbloqueaba, la abrió y salió. En el pasillo estaban los dos policías con el pastor alemán. Al verla, uno de ellos, el más joven, le lanzó un piropo.

—Por ahí encontrará la salida a la parada de taxis. Es la puerta metálica —le indicó el risueño agente señalando el final del pasillo.

Alicia llegó hasta la puerta de emergencia y la abrió presionando hacia abajo una palanca. Fuera hacía calor y mucha humedad. Le recordó a la costa de Alicante, adonde había acudido un par de veces en verano, invitada por Carolina.

Un taxista de tez morena y sonrisa sincera se acercó y la saludó.

—Buenas tardes, señorita. ¿Necesita un taxi?

—Buenas tardes —correspondió ella—. Sí, necesito un taxi.

—¿Española? —quiso saber el amable hombre.

—¿Cómo lo ha sabido? —Alicia eludió decirle que tenía doble nacionalidad.

—Por el acento.

—Claro —dijo ella ante la obviedad. Sus dos años en España habían borrado todo rastro de su origen mexicano en el idioma.

—Yo soy medio español. Mis abuelos eran españoles, de Tenerife. Ya he iniciado los trámites en la embajada para conseguir la nacionalidad española.

—¡Qué casualidad! Mi abuelo también vivió en Cuba —afirmó ella.

—No crea, señorita, porque no está casada, ¿verdad? —Alicia negó con la cabeza—. En La Habana casi todo el mundo tiene antepasados españoles.

Entonces, recordó las palabras de Manuel: «Las casualidades no existen».

—¿A dónde la llevo? —preguntó el taxista abriendo la puerta trasera del vehículo, un Lada amarillo.

—A Trinidad. —Los ojos del hombre se iluminaron—. ¿Le importa que vaya delante?

—Como usted quiera —admitió y cerró la puerta de atrás para abrir la delantera—. ¿No trae equipaje?

—No —contestó ella.

Se subió al taxi y se sentó en el asiento del acompañante, colocando la mochila entre los pies. Para cuando se abrochó el cinturón de seguridad, el hombre ya había arrancado el automóvil y activado el taxímetro.

—Es un viaje largo, más de cuatrocientos kilómetros. Estaría más cómoda si deja su mochila en el maletero o en la parte trasera.

—Alicia agarró la mochila y la lanzó hacia atrás, al asiento trasero.

—Está usted delgada, pero fuerte —afirmó el taxista sonriendo.

—Pesa poco —se justificó ella—. Puesto que vamos a compartir varias horas, preferiría que me tutease. Me llamo Alicia.

—Eso nunca, señorita. Mis pasajeros merecen todo mi respeto. Mi nombre es Alfonso, como mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo. Era monárquico.

—¿Quién?, ¿su abuelo?

—No, mi bisabuelo. Mi abuelo siguió la tradición poniéndole el mismo nombre a mi padre y este, a mí. Ya ve. Ahora hay un nuevo rey, Felipe VI. Yo le tenía simpatía a su padre, Juan Carlos. Lástima que tuviese que abdicar.

—Abdicó por corrupción —repuso Alicia, a la que le traía sin cuidado la monarquía española.

—¿¡Corrupción!? Escúcheme, Alicia —murmuró el taxista, como si alguien más que ella lo pudiese escuchar—, corrupción es tener a tu pueblo pasando necesidades cuando a ti no te falta de nada. ¡Malditos Castro y sus adláteres!

—¿Tan mal están? —quiso saber y cayó en la cuenta de que había olvidado comprar los medicamentos que le había recomendado Manuel.

—Peor que mal. Si no fuese por las propinas que me dejan los turistas, en casa pasaríamos hambre.

Apenas había tráfico en la autopista y el asfalto estaba tan deteriorado que Alfonso conducía dando volantazos para evitar los socavones.

—¿Tiene hijos? —preguntó Alicia, que ya empezaba a aburrirse y no quería mostrarse maleducada escuchando la música de su iPhone con los auriculares.

—¡Oh, sí!, cuatro, y me han salido buenos. Dos chicos y dos chicas, todos con estudios universitarios. Todos menos uno, que trabaja para el Estado. Eduardo es más espabilado, ocupa un puesto de recepcionista en un hotel español, el Meliá Cohiba. Su sueldo se lo

paga el Gobierno, unos once dólares al cambio. Pero tiene suerte, porque los turistas suelen ser muy generosos con las propinas, unos trescientos dólares al mes, lo que le da para llevar una vida holgada. Compra en los supermercados para los extranjeros e incluso tiene un televisor de pantalla plana. Me ha dado un nieto, Jorge, un encanto de niño. Mis otros tres hijos lo tienen peor, yo les ayudo como puedo, para que a mis otros nietos no les falten alimentos ni medicinas. Por cierto, ¿por casualidad no llevará medicamentos?

—Lo siento, pero no.

Alicia creyó advertir una mueca de frustración en el rostro de Alfonso y se sintió culpable.

—¿Le da igual si paro un momento? —preguntó el taxista sin dejar de mirar la autopista—. La próstata. Ya sabe, cosas de la edad.

—En absoluto. Haga sus necesidades.

Alfonso tomó la primera salida de la autovía, llegó a la entrada de un pueblo y detuvo el taxi frente a un bar, salió del vehículo y abrió la puerta de Alicia.

—¿No le apetece tomar algo?

—Es que no tengo apetito.

—No, mujer. Me refería a beber.

—¡Ah, bueno! Sí. —Se bajó del automóvil y siguió a Alfonso. Entraron en el establecimiento, una reliquia con el encanto de los bares antiguos: las neveras para el hielo, el suelo de cerámica gastada formando mosaicos y las mesas de mármol redondas con sillas de madera que habían vivido tiempos mejores. Y sin clientela.

—¡Coño, Alfonso! ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó un hombre detrás de la barra y que aparentaba la misma edad que el taxista. Salió y se fundió en un abrazo con Alfonso.

Alicia supuso que la presunta necesidad fisiológica de su compañero de viaje no era más que una excusa para reencontrarse con un viejo amigo.

—¡Joder, Marcos!, por ti no pasa el tiempo —afirmó Alfonso.

—Eso díselo a mis huesos —contestó el otro soltando una espontánea carcajada.

—Sírvele a la señorita lo que quiera, corre de mi cuenta, y a mí lo de siempre.

—Ya lo pago yo —se ofreció Alicia.

—Ni hablar. Usted es mi pasajera y la invito.

—Pues que sea un refresco de cola sin azúcar.

—Sólo tengo Coca-Cola normal y jugos de fruta envasados.

Alicia dudó un momento.

—Pues la Coca-Cola —decidió al fin.

Alfonso atravesó una puerta y volvió enseguida. Para entonces, Alicia se había sentado a una mesa para dos. Marcos le había servido

el refresco, así como un vasito de vidrio y una botella sin etiqueta de un líquido ambarino que depositó sobre la mesa. El taxista se sentó, llenó el pequeño vaso, se lo bebió de un trago y lo volvió a llenar.

—¿Todo a su gusto? —preguntó Alfonso.

—Sí. Muy amable. Gracias —respondió ella.

—No es la primera vez que está en Cuba, ¿verdad?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque los turistas suelen quedarse unos días en La Habana y usted ha decidido viajar directamente a Trinidad.

—No soy una turista. El propósito de mi viaje es otro. Como le he dicho, mi abuelo, que falleció hace unos días, vivió en su país, en Trinidad, donde ejerció de médico en una hacienda azucarera casi dos años. Quiero conocer los lugares que marcaron su vida y, si es posible, hablar con personas que lo conociesen —se sinceró obviando la etapa «revolucionaria» de su antepasado.

—Y regresó a España —afirmó Alfonso.

—En realidad no, fue a México, donde se casó y, bueno… Es una historia muy larga.

—Me gustan las historias —bisbiseó Alfonso reclinado sobre la mesa, de manera que Alicia percibió el olor a ron en su aliento—. Aquí no tenemos mucha información sobre lo que sucede en el extranjero. Somos chismosos. ¿Cómo dicen ustedes?, que ahora no me sale la palabra.

—Cotillas —contestó ella.

—¡Eso!, cotillas. Hay que ver cómo se olvidan las cosas con la edad.

—¿Puedo pagar con tarjeta de crédito? —quiso saber Alicia.

—Aquí no.

—Me refería al taxi —aclaró ella.

—En principio sí, pero la cobertura inalámbrica es escasa o nula en algunos sitios y el datáfono deja de funcionar cuando menos te lo esperas.

—Es que sólo me quedan cien euros en efectivo y, hasta que no vaya a un banco, no podré disponer de más dinero —expuso Alicia.

—No se preocupe. Por si acaso, haremos una cosa: cuando el taxímetro llegue al equivalente a cien euros, lo paro —propuso Alfonso.

—Gracias, pero no. Es su trabajo y quiero pagárselo —repuso ella.

El taxista soltó una carcajada.

—Mire, Alicia. Yo recibo lo mismo facture lo que facture, unos once dólares al cambio. El resto es para el Estado y sus sanguijuelas. Ya le he dicho que si no fuese por las propinas…

—Entonces le dejaré una buena propina —dijo ella y rio por primera vez en días.

—¡Así me gusta! Está más bella con una sonrisa. Porque es muy

guapa. ¿Verdad que parece una actriz de esas de Hollywood, Marcos?

—Es una auténtica preciosidad, señorita —intervino el camarero.

—Gracias —respondió ella a punto de ruborizarse.

—Si yo tuviese veinte años menos, la cortejaría —afirmó Alfonso.

Alicia perfiló una sonrisa y, sin pensárselo, le tomó la mano al taxista por debajo de la mesa antes de hablar.

—Y yo me dejaría cortejar. Es usted un buen hombre.

—Y guapo que era —aseguró el taxista, que sacó su cartera y la abrió para mostrarle una fotografía de estudio donde Alfonso no tendría más de veinte años y mucho más cabello.

—Es verdad que era un hombre atractivo —dijo Alicia, más para satisfacer el ego de Alfonso que porque realmente lo pensase.

Capítulo 20

Llegaron a Trinidad con el crepúsculo. El taxista preguntó a un transeúnte por un buen hotel y este le recomendó el hotel Cubanacán Las Cuevas, fuera del casco histórico, pero a diez minutos andando. También le dio instrucciones de cómo llegar.

Detuvo el taxi en de la entrada del establecimiento hotelero, paró el motor, salió y le abrió la puerta a Alicia. Alfonso entró delante de ella y se dirigió a la recepcionista.

—Buenas noches, compañera. Mi clienta necesita una buena habitación, y limpia, ¡eh!

La mujer buscó en el ordenador antes de levantar la cabeza.

—No nos quedan habitaciones individuales. ¿Le interesa una doble? —preguntó mirando a Alicia.

—Me sirve —contestó ella.

—¿Cuántas noches piensa quedarse en Las Cuevas?

—Aún no lo sé.

—Entonces dejaré la salida abierta. ¿Me permite su pasaporte?

Alicia se acercó y le entregó el documento a la recepcionista, que lo usó para realizar el registro de entrada y se lo devolvió.

—El precio es de dos mil trescientos pesos cubanos por noche —continuó la recepcionista.

—Unos cien dólares —dijo Alfonso ante el gesto de incomprensión de Alicia.

—Más bien noventa y seis—concretó la empleada.

—Me parece bien —aceptó ella.

—Necesitaría una tarjeta de crédito —comentó la recepcionista.

Alicia sacó una tarjeta Visa de su bolso y se la entregó. La mujer se giró y entró en un cuarto. Se escuchó el inconfundible sonido de una fotocopiadora, salió y le devolvió la Visa junto con la llave magnética.

—Su habitación es la trescientos quince, con terraza y vistas a la ciudad y al valle. Estamos aquí —dijo señalando en un plano del recinto con un bolígrafo—. Su habitación está… aquí —marcó con un círculo la ubicación en el mapa—. Es un bungaló. ¿No trae equipaje?

—Únicamente esto —indicó Alicia llevándose la mano a su mochila, en la espalda.

—No tardará ni tres minutos en llegar siguiendo el camino de subida de la izquierda —afirmó señalando al fondo del vestíbulo, a una arquería abierta hacia lo que se vislumbraba como un jardín—. En

la terraza encontrará una mesa con un par de sillas y dos tumbonas. El acceso a la habitación se encuentra en la puerta de cristal corredera. La cocina ya ha cerrado, pero dispone de varios restaurantes en Trinidad, a menos de diez minutos andando por la carretera. En la habitación encontrará la información sobre los servicios del hotel y sus horarios —añadió y le entregó el plano del complejo y un mapa de Trinidad.

—Gracias, compañera —intervino Alfonso.

Alicia, que aún no le había pagado, llamó su atención.

—Tengo que abonarle el viaje.

Él hizo un gesto para que lo siguiese y salió a la calle.

—Con cien euros será suficiente. Detuve el taxímetro cuando llegó a esa cifra. Ha sido una compañía muy agradable, Alicia.

—Lo mismo digo, Alfonso.

—Además, aprovecharé para comprar algo de verdura a algún guajiro.

—¿Guajiro? —quiso saber ella.

—Un campesino. Aquí los llamamos así. Es que, en La Habana, o no hay hortalizas frescas o son muy caras. ¿Quiere que la acerque a la ciudad?

—No, gracias. Lo haré más tarde. Además, ya es de noche y tiene que regresar con su familia.

—Si necesita un taxi para la vuelta no dude en llamarme —se ofreció el hombre tendiéndole una tarjeta que ella aceptó—. Suerte con su búsqueda —le deseó el taxista tras recibir los cien euros.

—Gracias por todo, Alfonso. Ha sido un placer compartir viaje con usted.

—El placer ha sido mío —concluyó él, que se subió al taxi y lo arrancó.

Alicia siguió el trayecto de las luces traseras del vehículo hasta que este desapareció por las calles de la ciudad. Volvió a entrar en el vestíbulo del hotel y lo atravesó para salir al jardín y tomar el camino de la izquierda. A derecha e izquierda fueron apareciendo los bungalós. El suyo, tal y como le había indicado la recepcionista, lo encontró rápido. Pasó la tarjeta magnética por el lector electrónico de la puerta corredera y la abrió. Entró y encendió la luz. Lo primero que hizo tras dejar la mochila sobre la cama fue ir al baño para ducharse y liberarse así del pegajoso sudor. Accedió a la bañera, se enjabonó el cuerpo y el cabello y se lo aclaró; después, dejó correr los relajantes chorros de agua tibia por su cuerpo. Salió de la bañera y se secó con una toalla grande, usando una más pequeña para recoger el pelo. Se vistió con ropa interior limpia, una camiseta y un pantalón vaquero que había comprado en el aeropuerto de Madrid y se tumbó en la cama boca arriba, mirando rotar las aspas del ventilador de techo.

Ya con el pelo seco y cepillado, se calzó unas zapatillas deportivas, salió del bungaló con su inseparable mochila a la espalda y desanduvo el camino para llegar al edificio principal. Tenía apetito, así que abandonó el hotel y caminó por el borde de la carretera, hacia la ciudad. La oscuridad era tal que pudo ver el baile de las luciérnagas entre la vegetación. Hacía muchos años que no disfrutaba de ese espectáculo de la naturaleza. Una vez en la ciudad, buscó un restaurante. No le costó mucho; la música la orientó hasta la entrada del mesón. La puerta estaba abierta y entró.

—Buenas noches. ¿Desea cenar? —preguntó una camarera mulata, cuyo color oscuro contrastaba con el blanco del uniforme.

—Sí —fue la escueta respuesta de Alicia.

—¿Le parece bien esa mesa? —preguntó la empleada señalando una junto a un ventanal enrejado.

Alicia asintió y se sentó a la mesa para dos.

—Disculpe —intervino la camarera—, no le he preguntado si espera a alguien.

—No. Cenaré sola.

La mujer, rolliza, le entregó la carta y se marchó. Entre los platos a elegir destacaba la langosta, con el añadido «Según disponibilidad».

«La probaré», decidió Alicia que, desde su ubicación, veía tanto la calle, alumbrada por las farolas, como el comedor, donde un grupo musical amenizaba la velada a los escasos comensales, todos rubicundos extranjeros.

El cantante, un anciano, movía las caderas y los pies al ritmo de la música del son cubano. Los ventiladores de techo y la brisa que se colaba por la ventana aliviaban el húmedo calor reinante en la estancia.

Estaba contemplando la desgastada cerámica del suelo cuando la camarera regresó.

—¿Ya ha decidido lo que desea comer? —preguntó con una pequeña libreta en una mano y un bolígrafo en la otra.

—Una ensalada César y langosta —contestó ella.

—Lo siento, pero no nos queda langosta —se excusó la mujer.

Alicia volvió a echar un rápido vistazo a la carta antes de hablar.

—Pues pollo con arroz.

—El pollo ya incluye arroz y verduras —apuntó la camarera.

—Pues borre la ensalada y tráigame sólo el pollo.

Ya estaba dando buena cuenta del suculento pollo cuando se percató de la presencia de un niño. El crío, de no más de diez años y negro como el tizón, agarraba los ornamentados barrotes del ventanal con los ojos abiertos de par en par. Y no era a ella a quien miraba, sino al plato de pollo.

—Hola, ¿cómo te llamas? —quiso saber Alicia.

—Alexis Ramírez, señora.
—¿Tienes hambre, Alexis?
—Hace mucho que no como gallina —murmuró sin dejar de mirar por encima de Alicia.
—Es pollo. Entra, siéntate conmigo y pido otro para ti. Está muy rico.
Ya estaba sentándose a la mesa cuando un camarero se acercó con gesto serio.
—¡Vete! No molestes a los turistas. Ya estoy cansado de decírtelo —espetó el camarero, que aparentaba ser el jefe.
—No me molesta. Lo he invitado yo —protestó ella elevando el tono de voz—. Y tú, ¡vuelve a sentarte! —añadió Alicia mirando al chiquillo, que ya se había levantado de la silla.
Un tenso silencio se impuso hasta que el hombre, con la frente perlada de sudor, lo rompió.
—Está bien —dijo al fin el camarero—. ¿Va a comer algo el niño?
—¿Qué te apetece? —preguntó Alicia sonriendo y mirando al crío.
—Pollo —respondió Alexis señalando con la mirada el plato de la mesa.
—Ya lo ha oído —dijo ella girando la cabeza.
—¿Y para beber? —preguntó el hombre.
—Lo mismo que la señora —afirmó el niño.
El empleado apuntó la comanda y se retiró.
—¿Qué haces en la calle a estas horas? —quiso saber Alicia.
—Estaba jugando.
—¿Solo?
—No, con unos amigos, pero se han marchado y volvía a mi casa cuando…
—Cuando me has visto —lo interrumpió ella.
Alexis asintió justo cuando la camarera se aproximaba a la mesa. Esta le sirvió el pollo con guarnición y el refresco en un vaso con hielo.
—Buen provecho, Alexis. Hoy has conseguido que te inviten. Debes agradecérselo a la señora.
—Gracias, señora —dijo el niño.
—Alicia. Me llamo Alicia, Alexis.
—Gracias, señora Alicia.
—De nada, señorito Alexis —respondió, giró la cara y le guiñó un ojo a la empleada—. Aunque las gracias se las deberías dar a esta camarera tan amable.
—Gracias, Yanelis.
—Vaya, veo que delante de los turistas muestras respeto —dijo con retintín Yanelis, que parecía conocer bien al niño—. Anda, aprovecha y come.

Alexis comió con fruición y avidez, como si en cualquier momento pudiesen arrebatarle el que, para él, sin duda, era un manjar.

Alicia tenía sentimientos encontrados; por un lado, satisfacción por la buena acción; por otro, indignación al comprobar por sí misma lo que habían comentado Manuel y el taxista sobre las penurias que padecían los cubanos, al menos algunos.

Después de cenar se despidió de Alexis y se dirigió al hotel. Esa noche le costó poco dormirse, agotada como estaba por el viaje y, sobre todo, por el cambio de horario. No obstante, se despertó inquieta a las tres y diecisiete de la madrugada, según su iPhone. Había tenido otra pesadilla: estaba en una casa antigua que no conocía y no encontraba la salida. Un niño de unos cinco años pasó corriendo y entró en una habitación. Ella lo siguió, encendió la luz del cuarto y, aunque escuchaba unas risitas, el niño ya no estaba. Miró debajo de la vetusta cama y del no menos viejo armario sin encontrarlo.

Intentó volver a conciliar el sueño, infructuosamente, así que se duchó y se vistió. Aún quedaban dos horas y media para que abriese el comedor, por lo que decidió aprovechar el tiempo para llamar a Carolina.

—Buenos días, Alicia. ¿Cómo estás? —escuchó al otro lado de la línea telefónica.

—Buenos días. Regular.

—¿Por eso me llamas?

—No. Te llamo porque… —a punto estuvo de decirle a Carolina que no sabía qué hacer hasta la hora del desayuno, pero rectificó a tiempo—, porque ya he llegado a Cuba. De hecho, llegué ayer por la tarde, madrugada en España.

—Es verdad. Allí deben ser las…

—Las cuatro menos veinte de la mañana —se anticipó Alicia.

—¿Y qué haces despierta tan temprano?

—Me he despertado por una pesadilla y ya no he podido conciliar el sueño.

—¿Estás en La Habana?

—No, en Trinidad, una ciudad colonial donde trabajó mi abuelo, a tenor de lo que descubrí en la correspondencia que mantuvo con mi abuela cuando tenía más o menos la misma edad que yo. Aquí está la sucursal bancaria a donde enviaba mil euros cada mes, y aquí supongo que vive el destinatario de ese dinero. Además, sé que este lugar marcó su vida y quiero saber por qué.

—¿Qué buscas exactamente?

—Respuestas, Carolina. Repuestas.

—¿Y por qué no te lo dijo o lo dejó escrito? Hubiese sido lo más sencillo.

—No tengo ni idea. Lo único que se me ocurre es que, quizás, se trataba de algo de lo que no se sintiese orgulloso. Todos guardamos secretos y algunos se los llevan a la tumba. Puede que fuese su caso, que prefiriese que saliese a la luz una vez muerto. Además, está lo de las transferencias a Juan F. Ramos.

—¿Y por qué tú y no tu padre? —quiso saber Carolina.

—Igual mi padre ya lo sabe… Yo qué sé. El caso es que sólo te lo he comentado a ti y a un familiar lejano, Manuel, un poco mayor que yo y criminalista.

—Criminalista —repitió Carolina—. ¿Crees que tu abuelo estuvo implicado en algún asunto turbio?

—No lo sé. A veces tengo la sensación de que Fermín Vázquez es un desconocido. En las cartas explica que estuvo con los revolucionarios de Fidel Castro. He visto una fotografía de esa época en la que aparecen, entre otros, mi abuelo, Castro y el Che Guevara en lo que parece una zona selvática.

—¿Y por qué se iba a meter tu abuelo en ese fregado?

—Eso quisiera saber yo.

—O sea, que tus padres no tienen ni idea de lo que estás haciendo.

—Exacto.

—Creo que deberías decírselo, Alicia. Igual te liberan de esta carga.

—Toda la documentación estaba dentro de un baúl que no había visto antes. El notario, en un aparte, me llamó y me entregó la llave del arcón porque esa era la voluntad de mi abuelo. Fueron sus condiciones, por algo será.

—Si encuentras algo, lo que sea, ya sabes que puedes contar conmigo. Ahora tengo que seguir trabajando —le informó Carolina.

—Lo sé —fueron las últimas palabras de Alicia antes de colgar.

Encendió el televisor de pantalla plana con el mando a distancia. Disponía de canales vía satélite y por cable, incluidos varios españoles, pero optó por ver la televisión pública cubana. En ese momento emitía anuncios de complejos hoteleros de caza y de clínicas de adelgazamiento y estética. Dudaba que los cubanos pudiesen acceder a esos servicios, por lo que concluyó que estaban dirigidos a los turistas. No es que le interesase lo que veía, pero al menos distraía su mente antes de pensar en los pasos a seguir.

Sólo conocía el nombre y el número de cuenta del destinatario de las transferencias mensuales. Lo más probable es que viviese en Trinidad, pero no era una certeza. No podía ir al banco a pedir la dirección del sujeto porque era información confidencial, tampoco a la Policía, no después del incidente del aeropuerto. No obstante, ella sabía, por la correspondencia de su abuelo, los nombres y apellidos de sus compañeros en la hacienda Oyarzábal a finales de los años cincuenta. Podía empezar por ahí. Si alguno de ellos seguía vivo, igual

conocía el paradero de Juan Ramos, o quizás incluso en la farmacia a la que acudía su abuelo.

«Las farmacias son lugares a los que tarde o temprano todo el mundo acude», pensó.

El bufé del restaurante era como todos: abundante y excesivamente calórico. Alicia se decidió por un café con leche de máquina y un zumo que resultó ser de toronja, así como unas tostadas con mermelada de fresa.

Volvió a la habitación, se cepilló los dientes y salió del hotel en dirección a Trinidad. La ciudad se despertaba del letargo nocturno con los primeros rayos de sol. Pasó junto al restaurante en el que había cenado la noche anterior, cerrado a esas horas, y se cruzó con varios transeúntes, entre ellos una mujer muy anciana a la que abordó.

—Buenos días, ¿conoce la farmacia de don Santiago?

—Buenos días, señorita. Usted se refiere a la farmacia La Plaza. Por supuesto que la conozco. Don Santiago falleció hace décadas, poco después de que su mujer lo abandonase para ir a La Florida, pero su hija siguió con el negocio y aún lo regenta. ¡Con lo mayor qué es! Claro, soltera, sin hijos ni nietos, igual se aburre.

A Alicia le desagradó el comentario machista de la anciana. No podía comprender cómo en el siglo XXI todavía había personas que menospreciasen a las mujeres que no tenían hijos ni una relación estable. «Es que es muy mayor y su mente se ha quedado en el siglo pasado», se dijo a sí misma disculpándola.

—La acompaño —se ofreció la mujer tomándola del brazo.

—No es necesario. Si me indica cómo llegar, me las apañaré para encontrar la farmacia.

—Es por aquí —dijo la anciana sin soltarle el brazo y haciendo caso omiso a sus palabras—. No había estado antes en Trinidad, ¿verdad?

—No, y me gusta lo que he visto —respondió Alicia condescendiente.

—¿Española?

—Bueno… Sí —contestó dubitativa.

—No sé si encontrará el remedio que busca. Antes de… Hace muchos años, en la farmacia había todo tipo de medicamentos, pero ahora… —añadió con nostalgia no disimulada y negando con la cabeza.

—En realidad, sólo voy de visita.

—Muchos turistas acuden a hacer fotografías a la vieja farmacia —dijo sonriendo la anciana—. No sé qué le ven a la botica, pero algo interesante encontrarán, digo yo.

Alicia tuvo una idea.

—¿Qué edad tiene? —preguntó a la mujer.

—Ochenta y siete años, joven.

—¿Ha vivido siempre en Trinidad?

—Aquí nací y aquí moriré, si Dios quiere.

—¿Llegó a conocer a estos hombres? —Alicia abrió la agenda del iPhone y buscó los nombres de los compañeros de su abuelo en la hacienda Oyarzábal, los que suponía que lo acompañaban en la fotografía en blanco y negro. Le tendió la instantánea y leyó los nombres de los tres.

—Disculpe, mi vista ya no es la que era. El caso es que esos nombres me suenan.

—Trabajaban en la hacienda Oyarzábal cuando usted debía ser muy joven —añadió Alicia.

—Ahora los recuerdo. Aunque no tenía trato con ellos, los llegué a conocer. Y tiene razón, trabajaban en el ingenio Oyarzábal y vivían en Trinidad.

—¿Todavía viven aquí? —la interpeló Alicia.

—¡Ah, no! Se marcharon de la ciudad con sus familias antes de que el Che tomara por la fuerza Trinidad, como muchos, durante la guerra. No debe saber a qué me refiero.

—Algo he estudiado. Se refiere a la Revolución, ¿verdad? —preguntó con fingida ingenuidad.

—Sí. No conoce exactamente lo que sucedió aquí, ¿verdad?

—Un poco sí. Sé que Fidel Castro derrocó el gobierno de…

—Fulgencio Batista —intervino la anciana ante las dudas de Alicia.

—Y que después instauró un nuevo régimen comunista con la ayuda de la Unión Soviética —añadió ella.

—Así es. Fidel nos liberó de la tiranía de la dictadura y la Revolución continuó pese a la injerencia de los Estados Unidos. Ahora todo el mundo tiene trabajo, estudios y asistencia sanitaria.

A Alicia le llamó la atención la contraposición de opiniones entre Alfonso, el taxista que la llevó a Trinidad desde La Habana, y la anciana. Supuso que, como en todos los países que conocía, la sociedad estaba dividida en cuestiones políticas. Sucedía en España y también en México.

—Un momento —dijo la mujer y se detuvo—. A ese hombre, Comis, lo mató el médico del ingenio por un lío de faldas, al menos eso es lo que se comentaba. Después… Después llegó el socialismo y no se volvió a saber más del asunto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alicia.

«¿¡Mi abuelo un asesino!? No puedes ser, ¿o sí? Eso explicaría algunas cosas. ¡Y el lío de faldas! ¿A qué se refiere? ¿Acaso la abuela tenía razón al dudar de la fidelidad de su novio? Demasiados interrogantes. Mejor ir paso a paso».

—Aquí está la botica, en la Plaza Mayor —afirmó la mujer al doblar la esquina que daba a la florida plaza—. Aún no ha abierto, pero, si

espera un rato podrá entrar.

—Gracias. Ahora que la tengo localizada lo dejaré para más tarde —dijo Alicia aturdida, intentando que sus palabras no denotasen su desconcierto—. ¿Sigue en funcionamiento la hacienda Oyarzábal?

—Así es, señorita, aunque su nombre oficial es Cooperativa Agrícola Dos de Mayo, pero todo el mundo en Trinidad se refiere a ella por su antiguo nombre.

—¿Y se puede visitar?

—Por supuesto. Es uno de los reclamos turísticos de la ciudad. Puede ir en su automóvil o en el bus turístico que sale de esta misma plaza, pero desconozco los horarios.

—Gracias. Me ha sido de gran ayuda —afirmó Alicia.

—No hay de qué. Usted es la que me ha hecho el favor con su compañía. Edelmira Sánchez, para servirle en lo que necesite. Vivo unas calles más atrás. Si pregunta por mí, le acompañarán hasta mi casa.

Alicia se sentó en uno de los bancos de la plaza, de cara al sol, para sosegarse y pensar en los pasos a seguir.

—¿Cómo encuentro a Juan Ramos? ¿Y si es peligroso? —murmuró.

Entonces se le ocurrió una idea, descabellada en apariencia, pero posible. Abrió la aplicación de su entidad bancaria en el teléfono móvil.

—¡Bien! —exclamó. Había recibido la transferencia de diez mil euros que ella misma había ordenado haciéndose pasar por su abuelo.

Se incorporó, echó un vistazo alrededor de la plaza y localizó una sucursal bancaria. Se acercó y descubrió que se trataba del banco a donde el *avó* realizaba las transferencias mensuales de mil euros. El cajero automático estaba fuera de servicio. Los astros parecían haberse alineado para echarle una mano. Por un momento se le pasó por la cabeza volver al hotel y vestirse con ropa más sensual. No lo creyó necesario para usar sus armas de mujer. «Ahora sólo necesito que me atienda un hombre».

Entró.

El interior de la sucursal, en contraste con la vieja fachada, era moderno y funcional. Tras un mostrador, un empleado de unos treinta años miraba el monitor de un ordenador, pero la presencia de Alicia captó rápidamente su atención. Ella se encaminó resuelta hacia su presa.

—Buenos días.

—Buenos días —correspondió él con una sonrisa dibujada en los labios—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Alicia sabía lo que significaba esa sonrisa y la mirada que la acompañaba. Le sucedía con casi todos los hombres.

—Buenos días, caballero. Verá, tengo un problema y creo que usted

me puede ayudar.

—Si está en mi mano hacerlo, no lo dude.

Alicia le dio la espalda y se adelantó un par de pasos, simulando que buscaba algo. El empleado ya la había visto por delante, ahora quería que apreciase sus curvas desde otra perspectiva.

Volvió al mostrador.

—Bonita oficina.

—Sí. Es nueva. Se reformó hace un par de años —puntualizó él. La mirada del hombre había ido de sus ojos a sus pechos varias veces.

—No puedo sacar dinero del cajero automático y necesito retirar efectivo —expuso ella.

—No hay ningún problema si dispone de una tarjeta de crédito y su pasaporte.

Alicia sacó de su bolso los documentos y se los entregó.

—¿Qué importe desea retirar de su tarjeta?

—¿Cree que cinco mil pesos serán suficientes?

—Pues depende de lo que piense gastar, pero, en principio, debería ser suficiente para varios días. ¿Va a estar mucho tiempo en Trinidad?

—Puede que unos días. ¿Usted vive aquí? —preguntó ella sin dejar de mirarle a los ojos.

—Sí, y si puedo ayudarla en algo más, no tiene más que decírmelo.

—Pues ahora que lo dice… —Alicia se reclinó sobre el mostrador hasta invadir el espacio personal del empleado—. Mi abuelo, que falleció hace unos días en España, tenía un amigo cubano al que ayudaba económicamente, Juan Ramos. El caso es que, puesto que su muerte fue fulminante, nadie en la familia tiene conocimiento de su dirección ni de su teléfono. Dada la estrecha relación que mantenían, he creído conveniente comunicarle personalmente su defunción, pero no sé cómo localizarlo. Sólo dispongo de su nombre y del número de su cuenta bancaria. Creo que vive en Trinidad, pero no estoy segura.

—Señorita…

—Alicia Vázquez —se adelantó ella cuando el hombre se disponía a buscar su nombre en el pasaporte—. Alicia para ti, porque te puedo tutear, ¿verdad?

—Ricardo Hernández. Ricardo para usted… —carraspeó él— Quería decir, para ti —añadió nervioso. Para entonces, ya se había deshecho del anillo de casado que poco antes lucía en su dedo anular.

—Ricardo, me tienes que ayudar, por favor —le exhortó ella.

—No nos está permitido dar esa clase de información personal de nuestros clientes, pero tratándose de un caso tan trágico, creo que puedo hacer una excepción. ¿Tienes el número de la cuenta bancaria del tal Ramos?

Alicia buscó la información solicitada en su teléfono antes de contestar.

—Apunta.

Uno a uno fue diciendo los dígitos de la cuenta bancaria hasta completar los veinticuatro del código IBAN.

Ricardo los tecleó y la miró.

—Calle Magallanes número veintisiete, Trinidad. Tenías razón, vive aquí, pero no en la ciudad, sino en el ingenio Oyarzábal.

A punto estuvo Alicia de soltar una exclamación de alegría, pero se contuvo. En su lugar, se lo agradeció al cajero.

—Gracias. No sé cómo agradecértelo, Ricardo —dijo mientras recogía los cinco mil pesos que el hombre le entregó dentro de un sobre.

—Permíteme que te acompañe al ingenio. Trinidad es bastante segura, pero nunca se sabe… Una mujer como tú llama la atención y no me perdonaría que te pasase algo malo. ¿Has alquilado un automóvil?

—Sí —mintió ella—, y agradezco tu ofrecimiento, pero es algo muy íntimo y prefiero ir sola.

—Permíteme entonces que haga de guía turístico y te invite a un trago cuando salga de trabajar —insistió Ricardo—. Si me dejas tu número de teléfono, te llamaré para quedar.

—Hagamos una cosa, dime el tuyo y yo te llamo —propuso ella.

—Como quieras —aceptó él, que escribió en un trozo de papel y se lo entregó a Alicia.

—Perfecto. Te llamaré —afirmó ella guiñando un ojo.

—Cuando quieras.

—Hasta luego —se despidió, salió del banco y arrojó el papel dentro una papelera.

En la plaza había una parada de taxis. Dos antiguos automóviles norteamericanos de los años cincuenta aguardaban a los clientes. Se dirigió al primero, que tenía las ventanillas bajadas.

—Buenos días.

—Buenos días —correspondió el taxista, un hombre rubio de mediana edad, que enseguida se bajó del vehículo, lo rodeó, subió a la acera y, una vez junto a Alicia, abrió la puerta trasera del taxi—. Es que se atranca y cuesta abrirla. ¿A dónde quiere ir?

—Al ingenio Oyarzábal.

—Suba, por favor. No debería llevarla, porque estos taxis son para los cubanos. Si nos para la Policía, diga que no encontró ningún taxi para turistas.

—Claro, al fin y al cabo, es la verdad —comentó ella.

No lo era, puesto que, en cuanto el vehículo giró a la izquierda, Alicia pudo ver la parada exclusiva para los no nacionales, con varios automóviles iguales al que le llevó de La Habana a Trinidad.

—Hace bien, señorita. El bus turístico no sale si no llega a un cupo

mínimo de pasajeros, creo que diez. Además, yo le puedo hacer de guía turístico, si le parece bien.

«¡Qué manía tienen estos cubanos de ofrecerse como guías!», se dijo a sí misma.

—No será necesario. Voy a ver a un conocido que vive allí —repuso ella.

Pronto se hallaron entre cañaverales de un verde brillante que reflejaba los rayos de sol. A lado y lado de la estrecha carretera, la caña de azúcar era la dueña del paisaje, hasta que el taxi giró a la derecha. Entonces la vio. Era la casona de sus sueños, la fachada de la fotografía de su abuelo con los tres hombres.

—Hemos llegado —dijo el taxista, que detuvo el ruidoso vehículo al lado de una construcción sin muros, con un techado soportado por cuatro columnas. Dentro, un hombre y una vieja máquina. Nadie más.

—¿Cuánto le debo?

—Doce euros.

—Lo siento, pero ya no me quedan euros. —No era cierto, pero Alicia prefería guardarlos para su regreso a España—. Únicamente dispongo de pesos cubanos.

—Pues doce pesos —dijo resignado el taxista—. Si le parece bien, la puedo recoger cuando acabe la visita —se ofreció y, girándose en su asiento, le entregó una tarjeta.

Alicia se lo agradeció, guardó la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón y le dio un billete de veinte pesos, el de menor valor de los que portaba.

—Quédese con el cambio.

—Gracias, señorita. Espere un momento a que le abra la puerta.

El hombre salió del taxi, lo rodeó y tiró de la palanca un par de veces, hasta que la puerta se abrió con un chirrido. Alicia se bajó del vehículo y se encaminó hacia la construcción. Un hombre negro y de complexión atlética, que se limpiaba las manos con un trapo junto a la máquina, la miró antes de hablar.

—Buenos días. ¿Quiere una visita guiada?

—En realidad no. Busco a Juan Ramos y tengo su dirección. ¿Lo conoce?

—¿A Juan?, pues claro, pero vive un poco lejos, en el poblado. La llevaría con mi motocicleta, pero no antes de que llegue mi compañero. No puedo dejar el ingenio abandonado.

—Gracias, aunque no quisiera ser una molestia —aceptó de forma implícita Alicia. Desconocía con quién se iba a encontrar y recordó la advertencia de Manuel: «Infórmate sobre el terreno del tal Juan Ramos antes de contactar con él».

—No es ninguna molestia. Alejandro no tardará mucho y en moto son cinco minutos. Sin embargo, con esos zapatos… —dijo mirando el

calzado de Alicia—, no menos de media hora.

—Entonces esperaré. Por cierto, me llamo Alicia Vázquez —se presentó y le tendió la mano derecha, que el hombre estrechó con suavidad. Incluyó su apellido por si ello despertaba alguna reacción en él, pero nada en su rostro pareció cambiar.

—Yo soy Julio Delgado. Por cierto, ¿le apetece un guarapo?

—¿Guarapo? —se extrañó ella.

—¡Ah, claro! No lo conoce. Es el jugo de la caña de azúcar, dulce y refrescante.

Antes de que Alicia pudiera contestar, Julio ya había accionado la máquina manual. Una caña era tragada por el engranaje; debajo, un vaso de vidrio se llenaba de un líquido turbio y espumoso.

—Aquí lo tiene —dijo el hombre ofreciéndole el vaso a Alicia, que dio un trago.

—Demasiado dulce para mí.

Julio rio antes de hablar.

—Como el mosto para el vino, esta es la base del ron. Una bebida que gusta más a los niños que a los adultos. Ahí está Alejandro —afirmó mirando por encima del hombro de Alicia, que se giró y vio aproximarse a otro hombre, más blanco que ella, alto y delgado; también mucho mayor, de unos sesenta años.

—Buenos días. Me llamo Alicia.

—Buenos días. Yo soy…

—Alejandro —lo interrumpió ella—. Me lo acaba de decir Julio.

—Ha venido a ver a Juan Ramos y yo me he ofrecido para llevarla a la aldea —intervino Julio.

—¿Por qué quiere hablar con Juan? —preguntó Alejandro torciendo el gesto.

—No quisiera parecer impertinente, pero es un asunto privado —contestó inquieta.

Alejandro extrajo un teléfono móvil del bolsillo del pantalón y se retiró unos metros, lo suficiente como para que no pudiesen escuchar la conversación que acababa de entablar.

Alicia se asustó, sacó la tarjeta que le había entregado el taxista de Trinidad y lo llamó.

—Soy la turista del ingenio Oyarzábal. ¿Puede venir a recogerme? —preguntó con voz trémula mientras se alejaba de la construcción y de los dos hombres.

—¡Qué rápido! ¿Ya ha acabado de hacer lo que tenía pensado? —preguntó el taxista.

—Más o menos. ¿Puede pasar por aquí? —insistió Alicia.

—En cinco minutos estoy ahí —afirmó el hombre—. ¿Está usted bien?

—Sí, es que he olvidado algo urgente y necesito volver al hotel —se

justificó ella y colgó.

Alicia aceleró el paso al llegar a la carretera.

—¡Señorita! —escuchó detrás de ella.

—¡Alicia! —insistió Julio.

El taxi apareció por un recodo y frenó con brusquedad haciendo chirriar las ruedas.

El hombre se bajó del vehículo y, sin apagar el motor, abrió la puerta trasera. Alicia, hiperventilando, se subió al taxi y cerró la puerta. El taxista se puso al volante.

—Al hotel Las Cuevas, por favor —dijo ella.

El taxista la miraba furtivamente por el retrovisor durante el trayecto. Alicia esquivaba las miradas, no tenía ganas de hablar y no lo hizo. El hombre tampoco preguntó.

—Ya hemos llegado —informó el chófer, que detuvo el taxi frente a la entrada principal del hotel.

—¿Es suficiente? —preguntó Alicia haciéndole entrega de otro billete de veinte pesos cuando el taxista, siguiendo el ritual habitual, salió para abrirle la puerta del vehículo.

—Sí, de sobra. Gracias. Y si necesita mis servicios, llámeme.

Alicia se dirigió a su bungaló con paso apresurado, hasta el punto de que casi embistió a un jardinero que en ese momento despejaba el camino de hojas secas.

—Perdón —se disculpó y siguió caminando.

Presa de los nervios, le costó desbloquear la cerradura de la puerta con la llave magnética. Entró, la cerró y se sentó en el borde de la cama, pensando. Se tumbó en posición fetal, cerró los ojos e hizo unos ejercicios de respiración que había aprendido en un vídeo de meditación, hasta que se durmió.

El timbreo del teléfono de la mesita de noche la despertó. Descolgó y se llevó el auricular al oído.

—Buenos días, señora Vázquez. Un hombre pregunta por usted, dice llamarse Juan Ramos.

Alicia, aturdida y temerosa, no sabía qué contestar.

—Señora Vázquez, ¿qué le digo? Está esperando en la calle —insistió la recepcionista.

—Dígale que ahora voy. No tardaré más de cinco minutos —dijo y colgó.

«¿Cómo me ha encontrado? ¿Qué hago ahora? ¿Qué le digo? Lo mejor será intentar ser cordial», pensó mientras caminaba hacia la recepción.

—¿Dónde está? —preguntó a la recepcionista.

—¿Quién? —se extrañó la empleada.

—Perdone. No me he explicado. Soy Alicia Vázquez y me acaban de llamar de la recepción para decirme que me esperaba un hombre.

—Ha debido ser mi compañera. Un momento, por favor.

Otra recepcionista, más joven que la anterior, salió de un cuarto, cerró la puerta y se dirigió hacia la posición de Alicia.

—¿Alicia Vázquez?

—Sí —contestó mirando a un lado y otro de la amplia sala.

—Soy yo quien la ha llamado a su habitación. Ese es el hombre que pregunta por usted —dijo girando la cabeza hacia la entrada.

Cobijado bajo la sombra del edificio, Alicia sólo alcanzaba a distinguir el contorno de un hombre que vestía ropa de un color claro, no más alto que ella.

—¿Por qué no le ha dicho que esperase en la recepción? —quiso saber Alicia.

—Son las normas. Los cubanos, si no son empleados del hotel, suministradores o reparadores, no pueden acceder al recinto si no les autoriza el director o un huésped —informó la recepcionista—. ¿Quiere que le diga que entre?

—No. Ya salgo y se lo digo yo.

A medida que se acercaba al sujeto, las facciones se iban volviendo reconocibles.

—¡No puede ser! —murmuró Alicia tras cruzar la puerta y salir a la calle.

Capítulo 21

Era junio de mil novecientos setenta y cinco cuando Fermín, sentado en su despacho de la clínica familiar, revisaba el correo. Una carta con matasellos de Cuba llamó de inmediato su atención. La abrió con el abrecartas que le había regalado Ana por su treinta cumpleaños y sacó el contenido. Se trataba de un recordatorio de la invitación para asistir al Congreso Iberoamericano de Neurología que ese año se celebraba en La Habana, un mes más tarde.

Fermín se había consagrado como un famoso neurocirujano gracias a las pioneras intervenciones de tumores cerebrales que realizaba en México, y donde lo requiriesen.

Ya habían pasado quince años de su estancia en Cuba y Ana trabajaba en un prestigioso bufete de abogados de Ciudad de México. Sin embargo, las vivencias acaecidas en la isla habían sido tan intensas que las tenía a menudo presentes, incluso durmiendo. Las visiones no habían desaparecido: Esmeralda en sus brazos, a veces gimiendo de placer, otras veces muerta; la guerra y sus secuelas: el síndrome del estrés postraumático; y el hermano de Comis, apuntándole a la cabeza con una pistola.

«¿Seguirá vivo?», se preguntó. Tenía el presentimiento de que aún lo buscaba para consumar su venganza.

Colocó un folio en la máquina de escribir y, cuando acabó de redactarlo, firmó el documento, lo introdujo en un sobre con el membrete de la clínica, lo cerró y lo depositó en la bandeja del correo. Acababa de aceptar asistir de ponente al congreso. Ni siquiera tenía que preparar su exposición, puesto que disponía de las diapositivas sobre su innovadora técnica de abordaje de los tumores cerebrales, presentado en el Hospital Mount Sinai de Nueva York dos meses atrás. Compaginaba la práctica clínica con las clases que impartía en la Facultad de Medicina de la UNAM, la Universidad Nacional Autónoma de México.

—Hola, cariño —saludó Ana según entraba al despacho.

—¿A qué debo esta agradable visita? —preguntó Fermín con una sonrisa.

—Tenía que salir a merendar y he pensado en hacerlo contigo —dijo mostrando una bolsa—. Son dónuts. Ahora hace falta el café. ¿Has aceptado la invitación para el congreso? —preguntó al ver el sobre en la bandeja de correo.

—Sí, al final he aceptado asistir como ponente.

—Te vendrá bien. Ya verás cómo desaparecen esas pesadillas.

—Ojalá tengas razón —murmuró él con la cabeza gacha.

No era un tema del que le gustase hablar. Ni siquiera estaba seguro de no haber pronunciado el nombre de Esmeralda en alguna de sus ensoñaciones; de haberlo hecho, Ana nunca le había comentado nada al respecto.

Su único hijo, Rodrigo, también le había preguntado más de una vez por sus pesadillas, cuando lo despertaban sus lamentos en voz alta por la noche. «Papá, ¿tú también tienes pesadillas?». A lo que él siempre respondía: «Sí, pero pienso en ti y se me pasan». Entonces, le atizaba con la almohada y el crío respondía haciendo lo mismo, transformando una noche aciaga en una divertida pelea.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Ana.

—El ocho de julio. El congreso dura cuatro días, pero no estaré tanto tiempo. Tengo que reservar el vuelo, porque el resto de los gastos corren a cuenta de los organizadores.

Ana, que se había sentado, se levantó, rodeó el escritorio y le dio un casto beso en los labios.

—Todo irá bien —aseguró ella.

—No sé qué sería de mí sin ti —afirmó él, que le devolvió el beso.

—No exageres —apuntó Ana con una sonrisa dibujada en los labios —. ¡Venga, vamos a merendar!, pero no en el restaurante de la clínica, el café es malísimo.

Después de la merienda, Fermín regresó al despacho y Ana al bufete. No tenía visita médica programada hasta las cinco de la tarde. Abrió uno de los cajones del escritorio, uno de los que estaban cerrados con llave, y sacó unas fotografías antiguas, entre ellas, la única que conservaba de Esmeralda. Suspiró y se quedó mirándola, pensando en qué habría sido de su vida de no haber muerto ella aquel fatídico día. También elucubró sobre el hermano de Comis: «¿Estará vivo? Y, en caso de estarlo, ¿seguirá viviendo en Cuba o habrá huido del régimen, como tantos miles?».

En Santiago de Cuba, como en todo el país, el Gobierno había distribuido carteles sobre el inminente Congreso de Neurología Iberoamericano. Cada vez que había un evento internacional en la isla, el régimen castrista procuraba que todos los ciudadanos, incluso los niños, supiesen que Cuba contaba en un mundo dividido en dos, cuando la realidad era que dependían para casi todo de la Unión Soviética, de la que se copió el modelo político, social, laboral e institucional, con resultado dispar.

José Comis, ahora Fulgencio Arias, se había trasladado a Santiago

poco después de la toma del poder por parte de los castristas, por seguridad personal. A pesar de la cirugía facial y de la barba para ocultar la horrenda cicatriz, aun habiéndose deshecho de todos los que lo conocían, los que no se marcharon a La Florida, de haberse quedado en La Habana, alguien podría haberlo reconocido por la voz. Gracias a la masiva huida de funcionarios afines a Fulgencio Batista, no le costó encontrar trabajo de vigilante en los muelles del puerto. Allí, en la caseta de los trabajadores, vio el cartel del Congreso Iberoamericano de Neurología. Reconoció el nombre de Fermín Vázquez entre los ponentes destacados y el corazón se le aceleró.

Comis era consciente de que podría tratarse de cualquiera, pero algo le decía que era el asesino de su hermano y no podía desaprovechar la oportunidad de saldar cuentas.

Cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de La Habana, Fermín salió de la aeronave con el escaso equipaje que portaba: una pequeña maleta. El húmedo calor reinante en la pista de aterrizaje lo recibió como la primera vez que llegó en barco, diecisiete años atrás. Muchas cosas habían cambiado desde entonces. Lo primero, el férreo control aduanero, que, en su caso, al tratarse de un invitado del Ministerio de Sanidad, fue menos exhaustivo que para el resto de los viajeros.

—Buenas tardes —saludó un joven militar tras una mesa de madera —. Su pasaporte y el visado, por favor —exigió con gesto serio.

—Buenas tardes —correspondió Fermín entregándole la documentación requerida, además de la carta de confirmación como ponente del congreso, que comenzaba esa misma noche con una cena de bienvenida para los asistentes.

—Puede pasar. Bienvenido a Cuba, doctor Vázquez. Que disfrute de su estancia. —El tono de voz del militar se había tornado amigable, incluso familiar, como su sonrisa.

—Gracias. ¿No quiere revisar la maleta?

—No es necesario. Adelante —dijo el joven señalando la sala contigua, casi vacía.

Fuera de la terminal, unos taxis de la época en la que vivió en Cuba se alternaban con otros más modernos, aunque desconocidos para él. Hacia uno de estos últimos se dirigió.

—Buenas tardes —saludó Fermín a través de la ventanilla bajada.

—Buenas tardes —repitió el taxista, que en ese momento leía un ejemplar del *Granma*, el periódico oficial del Partido Comunista Cubano.

Fermín abrió la puerta trasera, subió al taxi, se sentó con la maleta a un lado y cerró la puerta.

—Al hotel Nacional, por favor.

—Viene por lo del congreso, ¿verdad? —preguntó el taxista mirando por el retrovisor, como si fuese una obviedad.

—Así es —fue la escueta respuesta de Fermín.

—Es que casi todos los asistentes al congreso están alojados en el Nacional —añadió el taxista, un hombre negro de mediana edad—. Bienvenido, doctor.

—Gracias.

Durante el trayecto, Fermín iba observando a través de la ventanilla; primero, los verdes campos salpicados de palmeras; más tarde, los edificios de la ciudad, algunos nuevos y de clara influencia soviética.

El taxi accedió a los jardines delanteros del exclusivo hotel y se detuvo frente a la entrada principal.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al taxista desde el asiento trasero.

—Nada, lo paga el Gobierno. Sólo necesito que me firme aquí con su nombre y apellidos —dijo extendiéndole un documento emitido por el Ministerio de Sanidad.

Después de entregarle el escrito, salió del vehículo, cuya puerta ya había abierto solícito el portero del hotel.

Apostado tras un arbusto, Comis, que lo apuntaba con un revólver, disparó.

Casi al mismo tiempo que Fermín escuchó la detonación, el proyectil impactó en la fachada del edificio. En un gesto reflejo entrenado en la guerra, se lanzó al suelo y eso le salvó la vida, porque el segundo disparo pasó por donde un par de segundos antes estaba su cabeza.

—Mierda —espetó Comis, que, cubriendo parte de su cabeza con una capucha, corrió hacia la salida para los vehículos de suministros, cruzó a la carrera la calle y aminoró el paso al doblar la primera esquina, donde había estacionado su coche. Se retiró la capucha, subió al automóvil, lo arrancó y accedió a la avenida del malecón, donde aceleró. En su huida se cruzó con varios vehículos policiales cuyas sirenas ululaban su peculiar melodía.

En el recinto del hotel Fermín seguía tendido en el suelo, hasta que un soldado se acercó. Otro militar salió corriendo en busca del atacante, por donde el portero le dijo que había escapado. Demasiado tarde, porque no lo encontró.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herido? —preguntó el soldado, en pie y de espaldas a él, apuntando al frente con su fusil de asalto.

—Sí, estoy bien.

—No se levante hasta que yo se lo diga —le instó el militar—. ¿Ha visto al tirador?

—No —afirmó Fermín, que ya intuía que se trataba del hermano de Comis o de un sicario enviado por este.

Ya dentro del lujoso hotel y en un cuarto reservado para el servicio, Fermín esperaba sentado a una mesa y escoltado por un policía. La puerta se abrió, el policía salió y un corpulento hombre negro de unos cincuenta años y con gafas de sol entró para tomar asiento delante de él, sacó una fotografía de la chaqueta de su traje gris y la miró. Después, fijó su mirada en Fermín y lo escrutó.

—Fermín Vázquez, ¿verdad? —preguntó y él asintió—. Tiene que acompañarme —dijo con autoridad.

—Yo no he hecho nada. Además, ya le he explicado al policía todo lo que sé del incidente —repuso Fermín.

—Lo sé. Recoja sus pertenecías y sígame.

—Soy ciudadano mexicano y exijo la presencia del embajador de mi país.

—Por favor, no me lo ponga más difícil. Cumplo órdenes que incluyen no usar la fuerza con usted. No está detenido.

—¿Dónde me lleva? —preguntó Fermín.

—No puedo decírselo.

—¿Me va a esposar?

—No, ya le he dicho que no está detenido —respondió el hombre mostrando una sonrisa que parecía sincera—. Es nuestro invitado y somos personas civilizadas.

A Fermín no le convenció la argumentación, pero no tenía otra alternativa que hacer caso. Se levantó de la silla y siguió al hombre hasta la cocina del hotel, donde la actividad era frenética y casi nadie reparó en su presencia, salvo alguna mirada furtiva rápidamente autorreprimida. Cruzaron una puerta metálica abatible que daba a un pasillo con cajas de alimentos y bebidas apiladas a ambos lados. Otro hombre mucho más joven, alto y fornido, los esperaba y los precedió el resto del recorrido, mirando a un lado y otro, hasta que salieron al muelle de carga y descarga. Ahí los esperaba un coche negro con los cristales tintados del mismo color. El joven abrió la puerta trasera del vehículo y le conminó a entrar con un gesto. Fermín entró y se sentó, lo mismo que el sujeto de más edad, a su lado. El conductor ya había arrancado el automóvil, de manera que, cuando el tercer hombre se sentó en el asiento del copiloto, el vehículo abandonó el recinto del hotel.

—Por favor, colóquese esto en la cabeza. Es el protocolo —le instó el hombre sentado a su lado ofreciéndole una capucha de tela oscura.

—¿También es por seguridad? —inquirió Fermín con ironía.

—También —repitió el hombre, de nuevo con una sonrisa dibujada en los labios.

Fermín se colocó la prenda que impedía su visión, pero no la audición.

Durante el trayecto escuchó cómo abandonaban la ruidosa ciudad y

se adentraban en lo que parecía una autopista, puesto que la velocidad del vehículo aumentó de manera significativa y apenas se percibían las curvas. Poco después, el automóvil redujo la velocidad y giró trescientos sesenta grados en lo que aparentaba ser una salida de la autovía. Enseguida se detuvo y Fermín escuchó el chirrido metálico de una puerta corredera. El vehículo descendió por una rampa y se paró. Su acompañante le retiró la capucha. Se encontraban en un estacionamiento subterráneo, donde pudo alcanzar a ver varias motocicletas y dos todoterrenos.

El hombre de al lado salió del automóvil, le abrió la puerta y le conminó a salir.

—Acompáñeme, por favor.

—¿Qué es este sitio y a dónde me lleva? —preguntó más sereno de lo que cabía esperar.

—Pronto lo descubrirá —respondió su custodio.

Entraron en un ascensor y el sujeto presionó un botón. El elevador subió un par de plantas y se detuvo. Salieron a un anodino pasillo, que tanto podía ser de una vivienda como de otro uso. Había cámaras de seguridad en las desnudas paredes.

—Aquí es —dijo de pronto su acompañante frente a una puerta, que desbloqueó marcando un código en el teclado anexo—. Entre. Lo está esperando.

Fermín abrió la puerta y lo vio, con algún kilo de más y con menos cabello que la última vez, pero con la misma barba y la nariz aguileña.

Fidel lo escrutó antes de levantarse de la silla de piel, detrás de un escritorio con la bandera cubana a un lado, en un despacho sin ventanas, aunque bien iluminado y dotado de aire acondicionado. En las paredes se alternaban las fotografías con muebles funcionales, así como un sofá con una mesita baja. La estancia estaba presidida por una mesa ovalada para al menos diez personas, con sus correspondientes sillas tapizadas de rojo.

—¡Coño, Fermín! Perdón por el «secuestro» —se disculpó sonriendo mientras se fundía en un abrazo correspondido—. Pero déjame que te vea —dijo separándose, aunque manteniendo las manos sobre los hombros de Fermín—. Estás igual. No has cambiado, doctor.

—Todos hemos cambiado, Fidel. ¿No se te ha ocurrido otra forma menos violenta de encontrarnos?

—Es por seguridad.

—¿Por la tuya o por la mía? —inquirió Fermín con gesto serio.

—Por la de los dos, pero ahora mismo más por ti —afirmó Castro —. Te acaban de disparar por un fallo imperdonable en el protocolo. No te pongas bravo, compañero, todo tiene explicación. Desde el aeropuerto debían haberme informado inmediatamente de tu presencia. Un auto te esperaba, pero se retrasaron y tomaste un taxi.

Cuando mis hombres llegaron al hotel ya te habían disparado, por fortuna sin alcanzarte.

—¿Tú sabías que mi vida corría peligro?

—No, pero ahora sí. Tras tu marcha a México, me interesé por tu pasado. Te intentaron matar nada más llegar al campamento, cerca de Trinidad. Lo único que me dijiste es que habías acabado con la vida de un hombre. No me costó atar cabos y llegar a la conclusión de que ese fue el motivo, que podía tratarse de una venganza. Siéntate, por favor.

Castro se sentó detrás del escritorio y Fermín delante. El primero abrió un cajón, sacó un portafolio y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —quiso saber Fermín.

—Ábrelo —le instó Fidel.

—Es el informe sobre… —Fermín vio las fotografías de Comis tumbado boca arriba, con la cabeza destrozada, casi irreconocible. Cerró el portafolio y lo dejó encima de la mesa.

—Sobre tu crimen —acabó la frase Castro—. ¿Quieres? —preguntó ofreciéndole un cigarro que extrajo del bolsillo de su camisa militar.

—No, gracias.

—¿Y un trago? ¿Sigues sin beber?

—Sigo, pero te lo acepto.

—A veces hay que hacer excepciones, ¿verdad, Fermín? —dijo sirviendo el ron de una botella en dos pequeños vasos.

—Supongo que sí. —Tomó el vaso y se bebió el contenido de un trago, inquieto.

—Tranquilo, doctor. El caso está cerrado y el expediente ya no existe. —Castro colocó el portafolio en una máquina trituradora de papel y la accionó.

—¿Por qué? —quiso saber Fermín.

—Porque los amigos están para ayudarse. Además, es un caso claro de violación y asesinato de una trabajadora por parte de un hombre despreciable que abusaba de su posición de poder y que contaba con la complicidad de la Policía de Batista. No era la primera vez que lo hacía. Lo desconocías, ¿verdad?

—¿Qué mataba a una mujer? —preguntó desconcertado Fermín.

—¡Qué las violaba! Una casi muere, pero tu exjefe, Ignacio Oyarzábal, siempre conseguía proteger a ese degenerado con sus influencias… ¿La amabas?

—Con toda mi alma —contestó con los ojos anegados en lágrimas —. Lo siento.

—No tienes que disculparte. Los hombres también lloramos, pero no le digas a nadie que estas palabras han salido de mi boca —afirmó Fidel con una ligera sonrisa y le ofreció su pañuelo a Fermín. Este se enjugó las lágrimas y miró fijamente a su antiguo compañero y amigo.

—Está vivo y no se detendrá hasta matarme.

—Eso no va a suceder —aseguró Castro—. Tienes mi palabra de que lo de hoy no se repetirá. Ahora ya sabemos que José Comis está en la isla, pero con otro nombre. Su rastro desapareció antes de que tomásemos La Habana. Alguien se tomó muchas molestias en borrar cualquier indicio de su existencia.

Castro llenó los dos vasos de ron. Fermín, que le devolvió el pañuelo antes de hablar, sabía que el fallo de seguridad le iba a costar caro a los responsables. Estaba al tanto de la despiadada represión del régimen castrista, al menos es lo que publicaban los medios de información.

—No quiero que tomes represalias contra los funcionarios.

—No sé a lo que te refieres.

—Acabas de decirme que ha habido un fallo de seguridad.

—Y así es —afirmó Castro después de un trago de ron—. Los compañeros del aeropuerto no han hecho bien su trabajo y serán sancionados. Comunicaron tarde tu presencia en suelo cubano y eso casi te cuesta la vida.

—Todo el mundo comete errores —refutó Fermín.

—Y los errores se pagan.

—¿Con la cárcel?

—¿¡Pero por quién me has tomado!? No soy tan cruel. Aquí se respetan los derechos humanos —sentenció Castro airado.

—Eso no es lo que tengo entendido.

—No te creas la propaganda capitalista, y menos cuando es difundida por vuestro presidente, Echeverría, un asesino de contrincantes políticos de izquierda. ¡Ah, no!, que tú eres español y Franco es un demócrata.

Fermín, ofendido por el último comentario, se levantó de la silla y ya se dirigía hacia la puerta de salida cuando Castró llamó su atención.

—Por favor, siéntate de nuevo. Perdona mi torpeza. Sé que tu familia luchó contra el golpe de Estado de mil novecientos treinta y seis en España, que eran republicanos y te inculcaron el respeto por la democracia y la libertad.

Fermín volvió a tomar asiento, clavó la mirada en Fidel y, antes de hablar, bebió del vaso de ron, buscando las palabras apropiadas.

—No era esto por lo que luchamos. Querías acabar con la dictadura de Fulgencio Batista e instaurar una democracia. ¿Por qué? —preguntó sin apartar la mirada de la del hombre que había instaurado el primer régimen comunista en América.

—La vida da muchas vueltas, amigo. Nunca tuvimos el apoyo de los Estados Unidos; al contrario, Cuba está siendo atacada sistemáticamente por los sucesivos gobiernos del país que presume de defender las libertades. Nuestros enemigos son los mismos que los de

toda Hispanoamérica. La Unión Soviética fue el único país que nos ayudó. Pero dejemos de hablar de política. ¿Cómo están Ana y tu hijo Rodrigo?

—¿Cómo…?

—Que cómo sé de tu vida? —lo interrumpió Castro—. Después de tu marcha no volví a saber nada de ti. No te pusiste en contacto conmigo ni con Ernesto.

—No me mientas.

—Siempre tan inteligente, doctor. Cuba perdió un gran activo al marcharte. Cuando descubrí lo de Trinidad y la «desaparición» del comisario Comis, empecé a preocuparme por ti.

—¿Estás espiando a mi familia?

—Quería saber cómo estabas.

—Entonces lo admites.

Castro se encogió de hombros antes de hablar.

—Fue hace años. Una sola vez. Aprovechando la presencia de un agente de contraespionaje en Ciudad de México.

—Perdona. Volver a Cuba ha despertado los fantasmas del pasado —se disculpó Fermín.

—No hay nada que perdonar, compañero. Te comprendo. Mira a tu alrededor, ¿crees que me gusta vivir así?

—¿Así?, ¿cómo?

—Escondiéndome, ocultándote dónde vivo con la capucha… Soy yo quien debe disculparse.

—¿Tú también tienes pesadillas? —preguntó Fermín.

—A menudo —suspiró Fidel—. Los enemigos de Cuba quieren mi cabeza… ¿Te apetece cenar conmigo o prefieres hacerlo en el hotel? Inauguraré el congreso esta noche en el Nacional, durante la cena.

—La verdad es que no tengo mucha hambre. Tomaré algo ligero en el hotel. ¿Puedo marcharme?

—Pues claro que puedes, Fermín. No eres mi prisionero.

Castro descolgó el teléfono de la mesa y dio instrucciones para llevar a Fermín de vuelta al hotel. Fermín se levantó de la silla, estrechó la mano de Fidel y se encaminaba hacia la puerta cuando este llamó su atención.

—Somos amigos, ¿verdad, Fermín?

—Lo somos —dijo volteándose hacia el presidente de Cuba.

—¿Te volveré a ver? —quiso saber Fidel.

—Esta noche, seguro —contestó mostrando una sonrisa por primera vez durante el encuentro.

—No me refería a eso.

—Lo sé, Fidel. Quién sabe. La vida da muchas vueltas —dijo repitiendo la frase de Castro.

—Aquí tienes tu casa. No lo olvides.

—Mi casa también es la tuya, aunque dudo que me visites en México.

—No lo descartes, compañero. Saluda a Ana y a Rodrigo de mi parte.

—Lo haré. Adiós, Fidel. Cuídate.

—Hasta pronto, doctor.

Un zumbido anunció el desbloqueo de la puerta del despacho, Fermín la abrió y salió al pasillo. Lo estaba esperando el mismo hombre que se presentó en el hotel.

—Acompáñeme —le dijo.

Lo siguió, primero, hasta el ascensor y, después, hasta el estacionamiento subterráneo. Se subieron a la parte trasera del mismo vehículo con el que habían llegado al «refugio» de Castro. El hombre le tendió la capucha y él se la colocó.

Llegaron al hotel. El automóvil se marchó, pero el hombre lo acompañó hasta la habitación, miró a un lado y al otro y se situó junto a la puerta. Fermín entró. La puerta que daba al balcón estaba cerrada a cal y canto. «Por seguridad», se dijo. Encendió un cigarrillo y se sentó en el sofá individual, delante de la mesita de madera. Tuvo la desagradable sensación de haber sido descortés con Fidel. «Al fin y al cabo, sólo se preocupa por mí. Ni siquiera le he preguntado por su familia. No sé si hay alguna mujer en su vida, si tiene hijos. No sé casi nada y quizás no tenga otra oportunidad de preguntárselo», se lamentó.

A la hora de cenar bajó a la amplia sala de conferencias, dispuesta para la ocasión, ya que el congreso se desarrollaría en la Universidad de La Habana. Iba precedido por su permanente custodio, quien, después de saludar al metre, lo acompañó hasta su mesa.

—¿También va a cenar conmigo? —le preguntó Fermín con cara de pocos amigos.

—No, doctor Vázquez —respondió el hombre escrutando la gran sala.

—¿Puedo saber cómo se llama?

—Fausto —fue su escueta respuesta.

—Gracias, Fausto. Ahora, me gustaría cenar tranquilo.

El hombre, que captó el mensaje, se retiró a un lado de la sala.

Poco a poco la mesa se fue completando con investigadores de distintos países. Fermín se levantaba cada vez que llegaba uno nuevo, se presentaba y le estrechaba la mano. A uno lo conocía de otro congreso.

—¡Doctor Urruti! ¿Cómo va su trabajo sobre la glía?

—Mi estimado Fermín, es la gran desconocida. Acabamos de identificar una nueva célula con propiedades neuroprotectoras. He leído sus publicaciones sobre la nueva técnica quirúrgica. Mi

enhorabuena.

—Gracias e igualmente, Urruti.

Comenzaban los comensales a entablar conversación cuando, por megafonía, se anunció la presencia del presidente de la república cubana.

Fidel Castro apareció en el escenario vestido con su habitual uniforme militar. Se dirigió a los presentes en un discurso cargado de referencias a la importancia de la investigación iberoamericana y a las dificultades para llevarla a cabo, lo que, según él, debía ser corregido. También habló de la escasa implicación de los países capitalistas en la curación de enfermedades que afectaban al tercer mundo, despotricando contra la práctica clínica destinada, únicamente, a la obtención de beneficios económicos y a la usura de las empresas farmacéuticas. No faltó la referencia a Cuba como modelo de asistencia sanitaria y su ayuda a los países menos desarrollados.

No hubo nada en la exposición de Fidel que Fermín no esperase. Durante el discurso, Castro cruzó varias miradas con él.

—Les deseo una grata y productiva estancia. Gracias por asistir al Congreso Iberoamericano de Neurología —se despidió, salió del estrado y desapareció por un lateral del escenario, dando inicio a la cena.

Los camareros, en perfecta sincronía, sirvieron el primer plato: un cóctel de gambas con piña, además de agua y vino blanco.

La comida transcurrió dentro de los cánones habituales, con referencias de los comensales a sus trabajos en el campo de la neurología. A medida que el alcohol iba provocando su efecto desinhibidor, las conversaciones fueron derivando a las charlas habituales entre los hombres —casi la totalidad de los presentes—: el fútbol y las mujeres.

Sin ningún pudor, uno de los compañeros de mesa de Fermín reconoció que esa misma noche había contratado los servicios de una «jinetera», una prostituta en el argot cubano.

—Las mujeres de este país me vuelven loco. Te seducen con sus palabras y ese acento meloso y te conquistan en la cama.

El resto de los presentes relataron sus experiencias sexuales con todo lujo de detalles, momento que Fermín aprovechó para abandonar una reunión que le empezaba a parecer indignante.

—Ha sido un día duro y tengo sueño. Si me disculpan, me retiro a mi habitación.

Capítulo 22

«¡No, no! ¿Por qué? ¿Por qué, Dios mío?», gritaba en sueños.

Esmeralda estaba en sus brazos y Fermín corría a trompicones por el camino. De pronto, los ojos de ella se abrieron, le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Acercó los labios a los de ella y, cerrando los ojos, la besó. Cuando los volvió a abrir, Esmeralda seguía ahí, pero inerte, con la cabeza colgando. Entonces se despertó, encendió la lámpara de la mesita de noche y miró el reloj: la una de la madrugada. Siempre se despertaba a la misma hora, a la una en punto, ni un minuto antes ni un minuto después. Fue hasta la pequeña nevera, sacó un botellín de agua, quitó la tapa metálica con un abridor y se la bebió de un trago. Tenía calor y sed, mucha sed. Había apagado el aire acondicionado antes de acostarse por el ruido que emitía, lo volvió a encender, se colocó delante del aparato refrigerador instalado en la pared y dejó que el frío aire refrescase su sudorosa piel, sobre todo la del rostro. Cuando empezó a sentir frío lo apagó y se tumbó en la cama en posición fetal, desnudo.

El timbreo del teléfono de la mesita lo despertó a las siete de la mañana. Descolgó.

—Buenos días, doctor Vázquez. Espero no haberlo despertado. El desayuno ya está servido —escuchó al otro lado de la línea telefónica.

—Gracias. Ahora bajo.

Fermín se duchó con agua tibia, se aseó, se afeitó y se vistió con el traje de corbata que solía utilizar cada vez que acudía a un evento y que Ana había plegado dentro de la maleta con esmero, puesto que, según ella, Fermín era un desastre haciendo el equipaje. Él estaba en desacuerdo, pero prefería no discutir por esa minucia con su esposa. Se peinó y salió de la habitación, precedido por su custodio.

—¿También va a desayunar conmigo? —preguntó con sarcasmo.

—No —fue la escueta respuesta del agente.

Llegaron a la entrada del comedor y su acompañante lo anunció al metre, quien le indicó la mesa asignada. El agente lo acompañó hasta la mesa, escrutó la sala y, como la noche anterior, se retiró a una de las paredes laterales.

Los huéspedes iban de un lado a otro con premura, sirviéndose comida y bebida del bufé libre y llevándolas a su mesa, para, poco después, repetir el procedimiento. Siempre que Fermín veía esa estampa le recordaba a un grupo de niños con permiso para

atiborrarse de dulces.

Aún no se había sentado cuando un joven camarero se personó. Vestía un pulcro traje de chaqueta y pantalón negro con pajarita anudada en el cuello de la camisa blanca.

—Buenos días, doctor —saludó el joven, que separó la silla de la mesa y le instó a sentarse.

—Gracias —murmuró Fermín—. Buenos días —saludó al resto de comensales de la mesa, todos con más comida de la que serían capaces de comerse: repostería variada, queso, huevos, beicon, embutido; incluso carne de ternera y de cerdo. Sobre el limpio mantel de algodón blanco, los cubiertos y la vajilla perfectamente colocados, una tetera y dos jarras cerámicas, una más grande con café humeante y la otra con leche.

Fermín acudió a los expositores refrigerados, tomó una bandeja metálica y, sobre un plato, se dispensó dos lonchas de queso, mantequilla, mermelada y un huevo duro, así como un zumo de mango que se sirvió en un vaso. Después, utilizó la tostadora para el pan y regresó a su mesa.

Una vez acabado el desayuno, con los ojos legañosos y seguido por el agente, regresó a su habitación. Puesto que quedaba más de una hora para acudir al congreso, decidió llamar a Ana. Descolgó el teléfono. Siguiendo las instrucciones del documento situado sobre el aparato, marcó una extensión y, después, el número telefónico de su casa. No tuvo que esperar mucho, a los tres tonos escuchó la voz de su esposa.

—¿Bueno?

—Buenos días, amor mío.

—¡Ya era hora! —contestó ella con tono de reproche.

—Lo siento, pero es que ayer fue un día de locos y no pude llamarte. ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás tú? —preguntó ella por respuesta.

—Con sueño, pero bien. Como en la cama de uno no se duerme en ningún sitio.

—¿Sólo es eso? —preguntó Ana con voz queda.

—No pasa nada, de verdad —mintió Fermín—. Ayer hubo una cena de bienvenida. Ya sabes cómo son esas comidas. Me acosté tarde y me he levantado temprano para desayunar.

—¿Y el país? ¿Está tan mal como comentan?

—No tengo ni idea. Aún no he salido del hotel —volvió a mentir. Le dolía hacerlo, pero no quería preocuparla. «De qué serviría contarle lo ocurrido», pensó. ¿Y el niño?

—Ahora iba a despertarlo.

Tardaron años en tener a su primer y único hijo, Rodrigo. Según los

especialistas, no había ningún problema de fertilidad, pero el caso es que Ana se quedó embarazada una única vez, y de eso hacía siete años. Su suegra se pasó casi todo el embarazo junto a su hija, sin esconder su recelo hacia Fermín cada vez que se veían, que era casi todos los días; a pesar de que, desde que se casaron, él siempre le había sido fiel a Ana.

Rodrigo tenía seis años. Tenían dos mujeres de servicio en la casa: Miguela, la antigua asistenta de los Quiroga, y Julia, una joven que se encargaba de la cocina, la limpieza y la ropa; además del jardinero, Fabián, que trabajaba por horas. Sin embargo, eran ellos dos, Ana y Fermín, los que se encargaban de su hijo.

Los tiempos habían cambiado y los empleados dormían en sus respectivas casas. Ana cuidaba de su hijo, lo despertaba por la mañana, preparaba el desayuno y lo compartía con él. Después, lo llevaba a la escuela, de camino al bufete de abogados donde trabajaba. Fermín lo bañaba por la noche y, antes de acostarlo, jugaba con él y le contaba un cuento que a veces se inventaba. Los fines de semana —si ninguno de los dos estaba de guardia; él en la clínica y ella en los juzgados— los dedicaban a hacer vida familiar. Los sábados comían en casa de los padres de Fermín; los domingos, en la de los de Ana, donde los primos hacían el papel de los hermanos de los que Rodrigo carecía. Y luego, al cine, a ver una película de Walt Disney o un *western*.

—Dale un beso de mi parte. Dile que, si no pasa nada, en un par de días papá está de vuelta. Te quiero —añadió Fermín.

—Yo también te amo.

—Pero yo más —repuso él.

—No empecemos —dijo ella y Fermín pudo escuchar su risa al otro lado de la línea telefónica.

—Hasta esta noche. Ahora tengo que acudir al centro de congresos de la universidad.

—Hasta esta noche —repitió Ana y colgó.

Fermín se quedó un momento con el auricular en la mano, pensativo. Lo colocó en su posición original y salió al balcón. Había dado instrucciones para que no bloqueasen la puerta de acceso. Una brisa salada procedente del cercano mar le acarició la cara. Las gaviotas surcaban el cielo suspendidas por las corrientes de aire. Inspiró profundamente y exhaló de igual manera. Regresó a la habitación, cogió el maletín y salió.

En el vestíbulo, atestado, los huéspedes abandonaban el hotel para subirse a los autocares que los llevarían al centro de congresos. El agente seguía a Fermín de cerca. De pronto, Fermín abandonó la cola, giró noventa grados y se encaminó hacia la parada de taxis. El agente

sacó un radiotransmisor de su cinto, dejando a la vista por un momento la funda de su pistola, pero nadie la vio.

—Cambio de planes. El pájaro va a tomar un taxi. Voy hacia tu posición—murmuró con la boca pegada al aparato.

—Buenos días —saludó Fermín al taxista, que, sentado sobre el capó, apuraba un cigarrillo.

—Buenos días —respondió—. ¿Al auditorio del edificio Varona?

—¿Tanto se me nota?

—Creo que todos los huéspedes del Nacional han venido al congreso.

—¿Le importa si voy delante, con usted?

—Por mí no hay problema.

Llegaron al edificio antes que los autocares.

—¿Cuánto le debo?

—Nada. Lo paga el Gobierno.

—¿Eso incluye los desplazamientos fuera de La Habana? —quiso saber Fermín.

—No tenemos ninguna instrucción que lo contradiga. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en concreto.

—Si piensa ir a la playa, lo puedo llevar —se ofreció el hombre—. Esta semana me toca estar en la parada del hotel Nacional.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —dijo Fermín, que salió del automóvil y se dirigió a la cercana entrada del recinto donde se celebraría el congreso, sin percatarse de que un vehículo se había detenido a unos cincuenta metros, el mismo que lo había seguido desde el hotel.

—Este hombre nos va a dar problemas, lo veo venir —afirmó el agente del hotel al conductor. Se bajó del automóvil y, mostrando su acreditación militar, accedió al edificio después de que lo hiciese Fermín, que recogió de un mostrador el programa impreso de las jornadas del congreso, igual que su vigilante. Lo abrió y comprobó que, como ya sabía, su exposición sería la tercera de esa mañana.

En el vestíbulo había dispuesto un servicio de cáterin al que se aproximó.

—Buenos días. ¿Qué desea? —preguntó una joven azafata de congresos que hacía las veces de camarera.

—Buenos días —correspondió Fermín.

Las mesas estaban bien surtidas, había desde minibocadillos a zumos, agua y refrescos de importación.

Unos minutos antes habría pedido un zumo o agua fría, pero el aire acondicionado del recinto funcionaba a pleno rendimiento y el sudor, ya frío, le había refrescado la piel.

—Un café solo, por favor.

La mujer sirvió el humeante café en una taza mediana que colocó sobre un platillo cerámico, junto a una cucharilla. Se lo entregó y señaló un recipiente con terrones de azúcar y unas pinzas.

—Graci…

No llegó a acabar la frase. El platillo con la taza cayó sobre la mesa y el café salpicó su traje, pero él seguía paralizado. Frente a él estaba Esmeralda, con su radiante sonrisa. No era la primera vez que confundía a alguna mujer con la que había sido su amante, pero nunca había tenido una visión tan clara.

—No es ella —musitó y cerró los ojos.

—¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? —preguntó un empleado de seguridad que se había acercado a su posición.

Abrió los ojos y Esmeralda ya no estaba. En su lugar, la camarera lo miraba con preocupación.

—No es nada. Es que soy un poco patoso.

—¿Está seguro? No tiene buena cara —insistió el empleado de seguridad.

—Seguro —respondió Fermín.

—Para cualquier cosa, estoy ahí —dijo el hombre señalando la entrada y se retiró.

Atento a todo, el agente lo observaba desde una distancia prudencial.

—Le sirvo otro café —se ofreció la camarera.

—Gracias. —Fermín buscó dónde sentarse y probó el café, sabroso para lo que se solía servir en esos eventos.

Una turba de neurólogos accedió al vestíbulo. El ambiente, antes silencioso, se llenó de conversaciones imposibles de comprender para cualquier neófito.

El puesto de cáterin se llenó de asistentes, más por costumbre que por apetito o sed; también, porque era gratuito. Las tres camareras apenas podían atender los pedidos.

Llegada la hora de la primera ponencia, Fermín entró en el auditorio, un espacio diáfano rodeado de columnas que le otorgaban un aspecto señorial, como todo el edificio. Tomó asiento cerca de la pantalla portátil situada al fondo y esperó.

La primera conferencia era sobre infartos cerebrales y su tratamiento. Él intervendría en tercer lugar, unas dos horas más tarde.

Por megafonía anunciaron su nombre. Le tocaba subir al estrado. Sacó una caja de diapositivas de su maletín, se levantó, salvó los escalones y llegó hasta el atril, junto al proyector, donde colocó por orden las diapositivas. Accionó el botón del dispositivo que sostenía con la mano izquierda y en la pantalla apareció la presentación de su

ponencia: el título, su nombre y el de la universidad. Ajustó manualmente el objetivo del proyector para enfocar la imagen y, sin más dilación, saludó a los presentes y comenzó su exposición.

Al finalizar, recibió el aplauso unánime del público y dio paso al turno de preguntas.

Acabada su intervención, volvió a su silla, guardó las diapositivas y, maletín en mano, abandonó la sala. Ya en el vestíbulo, se dirigió al baño de caballeros, orinó, se lavó las manos y salió, primero al recibidor, después a la calle. Varios taxis esperaban estacionados enfrente. Él se dirigió a uno de ellos y golpeó con los nudillos la ventanilla del conductor. El taxista la bajó.

—Buenos días —saludó Fermín, que abrió la puerta trasera y se subió al automóvil.

—Buenos días. ¿A dónde lo llevo?

—A Trinidad.

—¿Ha dicho a Trinidad?

—Eso he dicho —se reafirmó Fermín—. ¿Le supone algún problema?

—No, ninguno, salvo que son muchas horas de viaje.

—Lo sé, y se las voy a pagar.

—Si asiste al congreso, no debe hacerlo —repuso el taxista.

Fermín asintió y el taxi arrancó. Casi a la carrera, el agente que lo vigilaba entró en su coche.

—¡Sigue al taxi! —dijo resoplando a su compañero—. ¿A dónde irá ahora?

Llegaron a Trinidad bien entrada la tarde. Fermín, que aún recordaba el camino a la hacienda Oyarzábal, iba indicándole al taxista la ruta más corta. A medida que se acercaban al ingenio, su frecuencia cardíaca iba en aumento, igual que los recuerdos.

Pidió que detuviese el taxi frente a la regia casona, se bajó y se encaminó a la puerta principal. Antes de subir los peldaños que daban acceso al porche un hombre llamó su atención.

—¿¡A dónde va!?

Fermín se giró. El hombre, negro y de unos cincuenta años, se detuvo en seco y lo miró cerrando ligeramente los párpados. Intentó abrir la puerta infructuosamente y el hombre le volvió a hablar.

—¡Doctor Vázquez! Creíamos que había muerto.

—Pues ya ve que no. Eustaquio, ¿verdad?

—¿Se acuerda de mí?

—Ahora sí. No suelo olvidar a mis pacientes.

—Alguien del Gobierno vino hace años preguntando por usted.

—Era de esperar —convino Fermín, sabedor del interés de Castro por su pasado en Trinidad.

—Se lio una buena después de…, ya sabe.

—Si se refiere a cuando maté a Comis, ya lo imaginaba. ¿Qué fue de los otros dos encargados, Gregorio y Fernando?

—Se marcharon con sus familias, se comenta que a La Florida. Espere, que le abro la puerta. Está todo como lo dejó don Ignacio, bueno, casi todo.

La casa parecía intacta, salvo por el silencio reinante. Fermín echó en falta algún cuadro y varios libros de la biblioteca y dedujo que se los había llevado Oyarzábal. También echó de menos el constante aroma a cigarro y el olor a comida procedente de la cocina.

—Ahora es la oficina de la Cooperativa Dos de Mayo —informó Eustaquio.

—¿Qué fue de la cocinera, Engracia? —quiso saber Fermín.

—Se marchó con el señor Oyarzábal.

—¿Y Juana?

—¿Juana Ramos, su sirvienta? —concretó Eustaquio.

—Sí, ella.

—Aquí sigue, en su casa del poblado.

—Me alegra haberlo visto de nuevo, Eustaquio.

—Yo también me alegro de verle, doctor. Por cierto, ahora nos atienden en una nueva clínica, en Trinidad.

—¿Y la antigua? —preguntó Fermín por la que había sido su casa.

—Ahí vive el compañero Morales con su familia. Es el responsable de la plantación.

—¿Has dicho Morales? Rubio, delgado, alto…

Fermín hizo una pormenorizada descripción física del guerrillero que recogió sus pertenecías de la casa cuando él no tuvo los arrestos para hacerlo. Habían pasado muchos años, pero la respuesta afirmativa de Eustaquio no hizo más que corroborar su suposición: aquel compañero de batallas había aprovechado su influencia para alojarse en una casa que no le pertenecía.

—¿Lo conoce? —quiso saber Eustaquio.

—Creo que sí. Ahora tengo que irme —dijo Fermín.

—Vuelva cuando quiera, doctor. Aquí siempre será bienvenido.

Fermín le estrechó la mano a modo de despedida, salió de la casa y se subió al taxi.

—Siga este camino. Yo le aviso —le pidió Fermín al taxista.

Al llegar a su antiguo hogar, le instó a que detuviese el vehículo.

El ruido del motor debió alertar a los inquilinos, porque, instantes después, mientras se acercaba a la entrada de la vivienda, alguien abrió la puerta.

—¿¡Pero a quién tenemos aquí!? ¡Doctor Vázquez! —exclamó Morales con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos en jarras—. Entra y te presento a mi familia, compañero.

Fermín le hizo un gesto al taxista para que lo esperase y aceptó la

invitación.

Como en la casona de los Oyarzábal, no parecía haber transcurrido el tiempo: los mismos muebles, los mismos cuadros… En el salón, sentados a la mesa, dos adolescentes y una mujer robusta, con el cabello castaño recogido en una coleta.

—Mercedes, te presento al compañero Fermín Vázquez. Estuvo en nuestra unidad, aunque no disparó un tiro; es médico.

La mujer se levantó y le estrechó la mano.

—Me alegro de conocer a un amigo de mi esposo.

»¡Niños! ¿¡Qué os he dicho de las buenas maneras!? ¡Saludad a nuestro invitado! —exigió la mujer.

—Buenas noches —saludaron los dos jovencitos casi al unísono.

—Buenas noches —correspondió con una sonrisa Fermín.

—¿Ha cenado, doctor? —preguntó Morales, que, de forma inconsciente, se había referido a él formalmente—. Donde caben cuatro caben cinco.

—Gracias, pero no puedo aceptar tu invitación.

—Insisto, Fermín.

—De veras que te lo agradezco mucho…, Morales —Fermín no recordaba el nombre de pila de su antiguo compañero—, pero tengo que volver a La Habana esta noche. Señora, niños… Un placer conocer a la familia de un compañero —dijo a modo de despedida y se fundió en un abrazo con su antiguo compañero.

—Esta es tu casa; de hecho, lo fue. Espero que nos volvamos a ver.

Fermín asintió, abandonó la casa con nostalgia y se subió al taxi. A unos cien metros, en un recodo del camino y con las luces apagadas, había un vehículo. Dentro, los dos agentes que lo habían seguido desde La Habana, atentos a los movimientos de Fermín.

El taxi arrancó y, tras una espera prudencial, sus perseguidores hicieron lo mismo, conduciendo a oscuras, orientados por las luces traseras del taxi, que se detuvo al llegar a la aldea. Fermín bajó del vehículo y se encaminó hacia la casa de donde, quince años atrás, había visto salir a Juana, antes de dejar el cuerpo inerte de Esmeralda y huir. Aunque la puerta estaba abierta, la golpeó con los nudillos para anunciar su presencia. Desde el umbral de la casa la vio sentada en una silla, más envejecida de lo que correspondía a su edad, frente a un joven con el que compartía mesa.

Juana dio un respingo en la silla al percatarse de su presencia y se llevó la mano a la boca.

—¡Fermín! ¡Qué alegría verte de nuevo! —exclamó ella.

—Lo mismo digo. ¿Y este jovenzuelo?

—Entra y cierra la puerta —le pidió Juana.

La tenue luz de la única bombilla de techo apenas le permitía ver más allá de la mesa. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra,

se aproximó y miró al muchacho. Había algo familiar en su cara: la mancha de nacimiento, sus ojos, la mirada. Fermín dio un paso atrás e intentó asimilar lo que su vista le sugería.

—Es… —No llegó a acabar la frase porque Juana lo interrumpió.

—Oficialmente es mi sobrino, Juan Fermín Ramos. La verdad es que es mi nieto, tu hijo, Fermín.

—¡Imposible! —negó incrédulo a pesar del evidente parecido de los dos.

—Siéntate, por favor. Tenemos que hablar —le solicitó Juana.

Fermín se sentó cerca de la mujer, confundido, incapaz de pronunciar una palabra.

—Esmeralda murió, pero no la mató ese desgraciado, Comis —afirmó Juana.

Capítulo 23

La noche que Fermín dejó a Esmeralda en el suelo y huyó de la hacienda, uno de los hombres que había salido a la calle de la aldea, alarmado por los gritos del doctor, la tomó en brazos y la llevó hasta la casa de Juana, su madre, la dejó sobre la única cama de la estancia y le dio el pésame a la conmocionada mujer. Así, uno tras otro, fueron pasando todos los adultos de la aldea.

La Policía de Trinidad se personó con el único médico de la ciudad de guardia permanente, don Fulgencio Arias, quien certificó la muerte de Esmeralda. También llegó Íñigo Oyarzábal, que pidió que saliesen todos los presentes excepto Juana, y cerró la puerta de la vivienda.

—¡La han matado! ¡Han matado a tu hija! —dijo la mujer recalcando «a tu hija»—. ¿Quién ha sido?

—Aurelio Comis —contestó el anciano. Las lágrimas que había reprimido comenzaron a brotar.

—Llora como un niño lo que no defendiste como un hombre —le reprochó ella mientras golpeaba con las manos el pecho del hombretón.

—Esto no tenía que haber pasado —se lamentó él.

—Pues ha sucedido y te lo advertí la última vez que fui a tu casa. Te dije que no me gustaba la forma en que Comis miraba a Esmeralda.

—Es… Era muy bella y todos los hombres la miraban.

—Pero no como ese desalmado —repuso Juana—. Sabías, como todo el mundo, que era harina de otro costal y no me hiciste caso.

—Lo siento, lo siento mucho. A Comis lo ha matado el doctor Vázquez y la Policía lo busca.

—Eso no va a devolverte a tu hija.

—Lo sé y ya te ha dicho que lo siento en el alma.

—No me sirve, Ignacio. Podías haberla alejado de esa alimaña. Podías haberla enviado a un internado para señoritas en la capital. Pero no, porque siempre se tiene que hacer tu voluntad.

—Tienes razón, Juana, como siempre —aceptó Oyarzábal con los ojos anegados en lágrimas. Tomó la mano de Esmeralda y la besó en la frente—. Me hago cargo de todos los gastos del entierro y del funeral.

Juana negó con la cabeza y Oyarzábal se acercó e intentó besarla, pero ella giró la cara y lo esquivó.

—No me perdonaré esto en la corta vida que me queda —añadió el hombre, se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa, salió de la

casa y cerró la puerta—. Dejen a Juana a solas con su hija —exigió, con la voz tomada, a los trabajadores que se agolpaban en la calle.

Cuando Oyarzábal abandonó la casa, Juana emitió un grito desconsolado, de impotencia, por la mayor aflicción que puede padecer una persona: la muerte de un hijo.

Agarró la mano de Esmeralda y la colmó de besos. Entonces, notó cómo se movía uno de los dedos, y después otro, y otro. Los párpados de Esmeralda se abrieron poco a poco, como en una película a cámara lenta.

—Mamá —dijo con un hálito de voz.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó Juana mirando al techo—. Es un milagro.

—Tengo sed —suspiró Esmeralda, que se incorporó y se sentó, no sin dificultad, en el borde de la cama, mareada.

La madre le entregó un vaso de agua a su hija, a la que le costó bebérselo por la inflamación de la garganta.

Juana la colmó de besos, pero, poco después, su gesto de alegría se tornó serio.

—Dios no ha tenido nada que ver en esto, ¿verdad? —preguntó la mujer.

Esmeralda sacó un pequeño frasco medio vacío del bolsillo de su delantal antes de contestar.

—Pensaba que, si Comis me creía desfallecida o muerta, desistiría. No recuerdo lo que pasó después de beberlo.

—¡Eres una inconsciente! ¡Podías haber muerto! Esa pócima es muy peligrosa.

—No, mamá. Aunque me hubiese tomado todo el contenido, no me habría matado.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿De dónde lo sacaste?… Dolores, claro. Quién si no. Esa curandera me va a escuchar —amenazó Juana.

—Ella no sabe nada. Había visto cómo lo preparaba y le robé uno de los frascos.

La madre suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—Hija, Aurelio te ha violado y ahora está muerto, lo ha matado el doctor.

—¡No! —negó temblorosa Esmeralda—. Fermín…

—Lo sé. Lo sabemos todos —comentó la madre.

—Estoy embarazada, mamá.

Juana se llevó las manos a la boca.

—¿Lo sabía el doctor?

—No, se lo oculté porque sólo he tenido dos faltas, por eso y porque se iba a marchar. Tiene otra vida lejos de aquí.

—¿Lo amas? —quiso saber Juana.

—Mucho —contestó Esmeralda cabizbaja.

—¿Y él a ti?
—Creo que lo acaba de demostrar —aseguró la hija.
—Voy a salir a gritar a los cuatro vientos que estás viva —afirmó Juana, que ya se disponía a abrir la puerta cuando Esmeralda se cruzó en su camino.
—¡No lo hagas, mamá! Lo condenarían a muerte.
—¡Y eso qué más da! —repuso la madre.
—A mí me importa. Desapareceré, pero antes la gente debe pensar que estoy muerta.
—¿Y qué propones? —preguntó cariacontecida Juana. Esmeralda miró el bolsillo de su delantal—. ¿¡No estarás pensando en…!?
—Sí, lo voy a hacer de nuevo y para ello necesito tu ayuda. ¿Cuándo es mi entierro?
—Mañana por la tarde —contestó Juana.
—¿Ya ha pasado el médico?
—Sí, y ha firmado tu defunción, pero eso tiene remedio.
—No —negó Esmeralda obstruyendo el acceso a la puerta de salida —, nadie más puede saberlo. Voy a hacerme la muerta. Antes de que vengan los de la funeraria, me tomaré el resto del frasco, me enterrarán y tú me sacarás de la tumba por la noche.
—Ni hablar, hija. Ya te he perdido una vez y no voy a consentir que hagas esa bobada.
—Por favor —rogó Esmeralda—. No me va a pasar nada. Nadie acude al cementerio de noche. No necesitarás más que una pala.
La madre parecía considerarlo.
—¿Y después?
—Después me marcharé a Ciego de Ávila, con la tía Liliana y los primos.
—¿Y qué le digo a mi hermana?
—Ya me encargo yo —afirmó Esmeralda—. Le contaré todo y me aceptará en su casa. Ahí criaré a mi bebé y no volveré nunca, pero tú podrás visitarme.
—Es demasiado arriesgado. ¿Y si no puedo sacarte de la tumba?
—Podrás, mamá.
—No. Lo siento, hija. No puedo…
Esmeralda cogió un cuchillo de la mesa, se sentó en el borde de la cama y colocó el afilado metal sobre su muñeca.
—No lo harás —aseguró Juana.
—Ya estoy muerta —replicó su hija.
—Está bien, está bien. Lo haremos a tu manera, pero, si no logro sacarte de la fosa, pediré ayuda.
—De acuerdo —aceptó Esmeralda.
—Suponiendo que esta insensatez salga bien, no podrás subirte al autobús en Trinidad. ¿Cómo vas a llegar a Ciego de Ávila?

—Ya se me ocurrirá algo. Tengo mucho tiempo para pensar.

Capítulo 24

Fermín había escuchado, entre incrédulo y estupefacto, el relato de Juana sobre la fatídica noche.

—¿Qué pasó después del entierro? —preguntó al fin.

—Lo que tenía que pasar —respondió Juana—. Cuando anocheció, acudí al cementerio. Después de una hora cavando, me senté exhausta en el suelo y comencé a llorar de impotencia. Soledad apareció de la nada y me dio un susto de muerte. Dijo que un niño afirmaba haber visto a Esmeralda de pie, aquí, dentro de la casa y hablando conmigo; que nadie le hizo caso al crío, pero que en ese momento ella cayó en la cuenta de la desaparición del tarro con la pócima. Ató cabos y, al no encontrarme en la casa, vino hasta el cementerio. No me quedó más remedio que contarle la verdad y me ayudó a excavar. Nos alternábamos con la pala hasta llegar al ataúd. Entonces, me abalancé sobre la tapa y grité el nombre de mi hija, ella contestó enseguida y Soledad fue a buscar una palanca para abrir el féretro. Esmeralda se marchó después de disculparse con Soledad y, ocho meses más tarde, cuando ya había dado a luz, me contó que había llegado a Ciego de Ávila haciendo autoestop.

—¿De qué murió? —quiso saber Fermín.

—De unas fiebres muy altas, menan…

—Meningitis —la interrumpió él.

—Sí, eso. Meningitis es lo que le dijo el médico a mi hermana. Fue todo muy rápido, ni siquiera pude acompañar a mi hija en su agonía —suspiró Juana con los ojos vidriosos—. Después, me traje al niño, a Juan Fermín, Juan por mí y Fermín por ti. Sólo tenía cinco añitos el pobre. ¿Verdad, Juan? ¿Te acuerdas?

El adolescente asintió mirando de reojo a Fermín. La abuela se levantó y lo abrazó.

—¡Mi niño lindo! Es lo único que me da fuerzas para seguir viviendo.

Fermín, cabizbajo, inspiró profundamente antes de hablar.

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está Esmeralda?

—En el cementerio de Ciego de Ávila.

—Tenía que haber pasado por aquí cuando pude. Fui un cobarde y ahora… —se lamentó.

—No, Fermín. No fuiste un cobarde. Hiciste lo que tenías que hacer, con Comis y con mi hija. De no ser por ti, habría muerto esa misma

noche y no tendría un nieto.

El niño presenciaba atento la conversación.

—¿Y dices que nadie sabe la verdad? ¿Que Soledad hizo una especie de pacto de silencio? ¿Ni siquiera Oyarzábal?

—Sobre ese desgraciado, del que una vez estuve enamorada, prefiero no hablar más. Que siga sufriendo, si es que aún vive, con el dolor de sentirse culpable por la muerte de su hija. Sobre el resto, si lo saben, nadie dice nada al respecto. Soledad también falleció, y en su lecho de muerte me juró que había mantenido el secreto. Además, el niño es como tú, ¿o es que no lo ves? Por cierto, creo que ya va siendo hora de que os presente —dijo y miró con solemnidad al chico—. Juan, este es tu padre, Fermín Vázquez. Fermín, te presento a tu hijo Juan.

Fermín extendió los brazos sobre la mesa y tomó entre sus manos las de su hijo. Sus miradas se encontraron. Los dos se quedaron un rato observándose mutuamente, sin saber muy bien qué hacer o decir, hasta que el hijo rompió el silencio.

—Mi madre me habló mucho de usted. Me contó que se tuvo que marchar y que no le guardaba rencor por ello, que sabía que estaba vivo porque hablaba en sueños con usted. Me dijo que volvería para conocerme. También me dio algo para usted.

El joven se levantó y fue hasta la alacena, abrió la puerta de esta y volvió con algo en la mano: una fotografía y un sobre que entregó a su padre. En la instantánea, Fermín y Esmeralda posaban sonrientes delante del consultorio médico. Hecha dieciséis años atrás, era la misma que guardaba escondida como un tesoro en su despacho, desgastada de tanto manosearla. Abrió el amarillento sobre con el corazón en un puño y lo leyó:

Hola, Fermín:

Cuando leas esta carta, ya no estaré. No me arrepiento de nada de lo que hice, de lo que hicimos, porque, cuando el corazón manda, la razón se amilana. El fruto de nuestro amor es Juan. Se parece a ti más que a mí, incluso en los gestos.

Te amo desde el día que te vi agachado mirando las flores de diciembre.

Lamento lo que te he podido hacer sufrir, aunque estoy segura de que eres feliz, al menos eso. Y por nuestro hijo no sientas ninguna responsabilidad, debe ser un hombrecito y estará bien con mi madre.

No quise interferir en tu vida, aunque siempre he estado contigo. Ahora ya puedes pasar página.

Tuya siempre,

Esmeralda.

Unas lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, pero Fermín se contuvo. Introdujo la carta en el sobre y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. La fotografía se la devolvió a su hijo.

—¿Has cenado algo? —preguntó Juana—. Te puedo preparar tu

plato favorito, moros y cristianos.

—Sí, por favor. Gracias.

No tenía apetito, pero le apetecía seguir ahí, saber más de su hijo, disculparse con él si era necesario. Salió de la minúscula casa y fue hasta el taxi.

—Voy a quedarme a cenar. Si tiene prisa, váyase.

—No me espera nadie. Aquí estaré cuando acabe de cenar —afirmó el taxista, que sacó un bocadillo de una bolsa.

—Le convidaría a cenar, pero no es mi casa y soy un simple invitado.

—No se preocupe por mí, yo estaré bien aquí. Este automóvil se ha convertido en mi segundo hogar.

Fermín volvió a la casa, entró y cerró la puerta. Juana ya había encendido la cocina de gas, la única mejora visible en la estancia.

—Tenemos agua corriente —dijo la mujer señalando el fregadero—. No te puedo ofrecer nada más.

—No necesito nada más —dijo él y se sentó con su hijo. Sus miradas se cruzaron antes de hablar.

—Juan, me habría gustado conocerte antes. Tu madre… Yo…

—Mi madre me lo contó todo.

—Todo todo, no creo —aseguró con una sonrisa—. Soy médico.

—Lo sé.

—Estoy en Cuba por un congreso de medicina. No creo que nos podamos ver muy a menudo, aunque intentaré visitarte.

—Eso también me lo dijo mi madre. Que tenía otra familia a la que yo no conocería. Pero no importa, yo estoy bien aquí —añadió como en un discurso aprendido.

—Desde ahora tienes un padre que se hará cargo de tus necesidades —aseveró Fermín—. ¿Vas a la escuela?

—Al instituto —concretó el joven.

—Eso está bien.

—Quiero estudiar medicina.

—En eso te puedo ayudar, Juan.

—No es necesario —dijo con seguridad.

«El muchacho se expresa con una madurez impropia para su edad. O quizás es que ya no recuerdo esa etapa de mi vida», pensó Fermín.

—¿Qué es lo que te gusta, hijo? —Llamar hijo a un perfecto desconocido le resultó extraño, pero era su hijo.

Juan se encogió de hombros.

—Algo te tiene que interesar —insistió Fermín—. ¿Tienes novia?

Había dado en la diana, puesto que Juan se ruborizó casi al instante.

—Tiene una amiga especial —intervino Juana, que rio.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Fermín.

—Silvia. Y no es mi novia —repuso Juan con gesto serio.

Juana le sirvió a Fermín el plato de comida acompañado de una jarra con agua, un vaso y los cubiertos.

—Hacía diecisiete años que no lo probaba. Está exquisito —afirmó Fermín, que miró de reojo a su hijo.

«Juana tiene razón, se parece muchísimo a mí a su edad, pero la forma de los ojos y el cabello es de su madre», se dijo a sí mismo.

—¿Quién más sabe lo de mi hijo? —preguntó de nuevo Fermín, receloso y mirando a Juana.

—Aparte de mis hermanos, nadie más. Y sé lo que estás pensando: que por qué lo traje aquí. Ya te lo he dicho, es lo único que me queda de mi hija y este es su sitio —sentenció con voz firme, como si Fermín tuviese intención de arrebatárselo.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Fermín mirando a Juan.

—Ya se lo he dicho antes. Aquí estoy bien. De vez en cuando voy a Ciego de Ávila con la abuela, para visitar a la tía, a los primos de mi madre y a sus hijos.

Fermín asintió. No quería ni podía sacar a su hijo de su entorno. Sería un secreto, pero tampoco tenía intención de desentenderse de él. Entonces, miró a Juana.

—Se quedará contigo, con su abuela. Yo intentaré verlo todas las veces que me sea posible y, sobre todo, quiero ser partícipe de su manutención. Recibirás una suma de dinero cada mes, hasta que Juan sea mayor de edad. A partir de entonces se lo enviaré a él —aseguró, miró a su hijo y se levantó de la silla—. Gracias por la cena, Juana. Ahora, tengo que volver a La Habana.

Juana, de pie, lo abrazó y le dio dos besos en las mejillas.

—Buen viaje —le deseó la anciana y lo acompañó hasta la puerta, junto a su nieto.

Fermín se giró antes de subir al taxi. Su hijo seguía ahí, mirándolo con una sonrisa dibujada en los labios.

Capítulo 25

Alicia, aturdida, se había sentado en las escaleras de acceso al hotel.

—¿Te encuentras bien? ¿Pido un vaso de agua? —preguntó el hombre, en cuclillas y frente a ella.

—No, gracias. Se me está pasando.

—Alicia, soy Juan, tu tío. Mi padre… Tu abuelo me dijo que vendrías a verme cuando él muriese.

«Ahora todo cobra sentido. Este era el secreto que el abuelo quería que descubriese. ¿Lo sabía mi abuela? ¿Lo sabe mi padre?», pensó Alicia.

—¿Cómo me ha encontrado tan rápido? —Fue lo único que se le ocurrió a ella preguntarle.

—Me avisaron de que habías preguntado por mí, pero que después volviste a tomar el taxi que te había traído y te fuiste. Aquí nos conocemos casi todos, y no fue difícil localizar a una extranjera con tu descripción y tu nombre. He venido lo antes que he podido —contestó mirando a un antiguo automóvil.

—Perdone —se excusó Alicia—. ¿Y si entramos y nos ponemos más cómodos?

Juan asintió, la siguió hasta el vestíbulo del hotel, en donde se sentaron a una mesa. Un camarero hizo acto de presencia casi de forma inmediata.

—¿Qué desean tomar?

—Una cerveza —respondió Alicia.

—Agua —dijo Juan.

El camarero tomó nota y se retiró.

—¿De verdad que no le apetece tomar más que agua?

Él asintió antes de hablar.

—Por favor, tutéame; al fin y al cabo, somos familia.

—Sí, claro —admitió ella vacilante y con muchas preguntas por hacer.

Una hora y tres cervezas más tarde, Juan le había contado casi todo lo que Alicia necesitaba saber sobre su «otra» familia. Por lo que le dijo, dedujo que su abuelo mantuvo el secreto, pero eso no garantizaba que su abuela Ana o su padre no estuviesen al corriente del asunto.

Alicia sacó una fotografía del bolsillo trasero de su pantalón y se la

mostró a Juan.

—Es ella, ¿verdad? Es tu madre.

—Sí.

—Era muy bella.

—Lo era.

—¿No quieres tomar algo más fuerte? —insistió Alicia.

—Te lo agradezco, pero salvo en las celebraciones, no consumo alcohol.

—Como mi abuelo.

—Eso me contó mi madre —apuntó Juan.

—Hoy tenemos algo que celebrar, ¿no crees?

—No sabía cómo reaccionarías, Alicia. Y sí, es un día para celebrar que acabo de conocer a mi sobrina —dijo Juan sonriendo.

—¿Qué quieres beber?

—Un trago de ron, sólo uno.

Alicia alzó la mano y el camarero se acercó hasta la mesa.

—Por favor, ¿puede servirnos un ron y otra cerveza? Esta ya se ha calentado —dijo señalando el vaso sobre la mesa.

—¿Cómo están tu padre y tu hermano? —quiso saber Juan.

—Están bien. Con mi hermano no tengo mucho trato y con mis padres tampoco. Ahora vivo en España, pero eso ya lo debes saber.

—Sí, lo sé —le confirmó él—. Tu abuelo me hablaba mucho de ti últimamente. Gracias a la tecnología podíamos comunicarnos por videoconferencia casi a diario, pero llevaba días sin saber nada de él. Imaginé que le había sucedido algo malo y te esperaba.

—¿Videoconferencia? —se extrañó Alicia.

—Con esto es fácil. —Juan sacó un teléfono móvil del bolsillo del pantalón—. La conexión no es tan buena como en España, aunque ha mejorado en los últimos tiempos. Es como si quisiese recuperar el tiempo perdido, como si supiese que pronto moriría.

—Mi abuelo no tenía ningún *Smartphone*, al menos que yo supiese. Usaba un viejo Nokia sin conexión a internet.

—Lo hacía desde un locutorio, Alicia. Por eso siempre era él quien me llamaba.

—¿Y las transferencias bancarias?, ¿desde cuándo?

—Eso es más reciente, desde que pude abrirme una cuenta bancaria en Trinidad. Al principio, los envíos eran en efectivo, a nombre de mi abuela.

—¿Desde que supo de tu existencia?

—Sí, primero desde México y los últimos años desde España.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me escogió a mí para desvelar este secreto? —preguntó ella.

El camarero les trajo las bebidas y Juan esperó a que las sirviese para contestar.

—No lo sé, Alicia. Durante muchos años me habló de mi hermano Rodrigo, tu padre. Me enviaba fotografías de él, sólo o en familia. Yo me moría por conocerlo y mi padre siempre me contestaba que algún día, pero ese día nunca llegó. Luego, hace unos dos años, empezó a hablarme de ti. También me envió fotografías tuyas.

—No recuerdo que nos hiciésemos más fotografías que los *selfies* que realizaba yo con mi iPhone.

—Eran en papel, Alicia. De cuando eras aún más joven.

—Debían ser copias u originales de fotografías hechas en México —dedujo ella.

Las preguntas que se estaba haciendo desde hacía un rato eran: «¿Y ahora qué hago?, ¿se lo cuento a mi familia?, ¿eso es lo que quería el *avó* o su única intención es que lo descubriese yo y guardase el secreto? Según la legislación española, es un heredero legal».

Juan la sacó de dudas.

—Quisiera conocer a mi hermano antes de que sea demasiado tarde. Por la herencia no te preocupes, no quiero nada, tal vez algún objeto que perteneciese a mi padre, nada más. No quiero salir de Cuba, como tantos. Aquí estoy bien. Soy ingeniero agrario y tengo una responsabilidad en la plantación. Las cosas empiezan a mejorar y sólo es cuestión de tiempo que tengamos una democracia, pero ni siquiera eso me inquieta. Sea como sea, esta es mi casa y este mi país.

—¿Sabes a lo que estás renunciando?

—Perfectamente —le confirmó Juan.

—Entonces, informaré a mis padres y a mi hermano —afirmó Alicia—. Os pondré en contacto y ya decidís vosotros el encuentro.

—Gracias. Eres tal y como me dijo mi padre: honesta y guapa, muy guapa —dijo mostrando una sincera sonrisa, con la expresión de quien ha estado esperando algo mucho tiempo y por fin ve que sus deseos van a cumplirse.

Capítulo 26

Nunca había resultado premiado en ninguno de los sorteos en los que había participado, ni siquiera en la lotería, por lo que la carta certificada lo pilló por sorpresa. Era un viaje a Cuba para dos personas, siete días en régimen de todo incluido en un hotel de cinco estrellas en Varadero, ampliables a catorce por una pequeña suma de dinero. Acababa de romper con su novia y pronto todo el mundo se iría de vacaciones.

Sin compañía femenina para el viaje y en otras circunstancias, habría invitado a su mejor amigo, salvo porque fue este quien le arrebató a su novia. Su relación sentimental no iba bien desde hacía tiempo, pero nunca pudo imaginar esa doble traición.

Llamó a la agencia de viajes y preguntó si podía viajar solo, porque lo necesitaba, porque quería alejarse de todo y de todos, para desconectar de la dura realidad de su vida. Tras unos minutos de espera al teléfono, una mujer lo atendió. Ella, después de consultarlo con sus superiores, le dio el visto bueno.

—Puede viajar usted solo, pero es una lástima desaprovechar una ocasión como esta. ¿De verdad que no conoce a nadie que pueda acompañarlo?

—No es que no conozca a nadie, es que quiero ir solo.

—Como prefiera. Dispone de seis meses para disfrutar de este premio.

—Me gustaría ir el próximo mes, a principios de agosto, si es posible.

—Déjeme que compruebe las fechas disponibles, no cuelgue —dijo la mujer, que lo dejó en espera con el hilo musical de fondo.

Los meses estivales, especialmente agosto, eran temporada alta turística en España y, en consecuencia, la época con más desplazamientos, junto con la Semana Santa. En circunstancias normales era preciso reservar con mucha antelación para viajar a los destinos más solicitados y, fuera del país, el Caribe era uno de ellos.

—¿Sigue ahí? —preguntó la mujer al otro lado de la línea.

—Sí. Dígame.

—Ha tenido suerte. Hay dos plazas libres en el vuelo de Iberia con salida de Madrid el día uno de agosto a las doce y treinta, y regreso el ocho a las nueve y treinta.

—¡Perfecto!

—Tengo sus datos, pero necesito que me los confirme y me envíe por correo electrónico una copia digital de su documento nacional de identidad y de su pasaporte, este último con una vigencia de al menos seis meses en la fecha de salida del vuelo. Nosotros nos encargamos de tramitar su visado que, junto con el resto de documentación y un maletín de viaje, cortesía de la agencia, le enviaremos a su domicilio.

—Pues no se hable más. Le envío hoy mismo lo que me acaba de solicitar y quedo a la espera de que me envíen la documentación.

En Madrid lucía el sol en un día muy caluroso. La terminal número cuatro del Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas se encontraba abarrotada de viajeros: familias, parejas de jóvenes y no tan jóvenes, grupos de conocidos o amigos. También personas solas, como él; las menos.

Se apoyó en el carro portaequipajes mientras esperaba paciente su turno delante del mostrador de facturación. Había llegado pronto, por lo que la azafata de tierra no tardó en atenderlo. La mujer comprobó la documentación y se la devolvió junto a la tarjeta de embarque. Pasó el control de seguridad y localizó la puerta de embarque de su vuelo en uno de los monitores electrónicos destinados a tal fin. Tras el trámite aduanero, entró en una tienda, donde compró el último ejemplar de la revista *National Geographic* y una botella de agua. Salió y se encaminó hacia un establecimiento de restauración, tomó de los aparadores refrigerados un botellín de cerveza y un bocadillo de jamón que pagó como si de champán y caviar se tratase. Con el ligero almuerzo en una mano y el equipaje de mano en la otra, se sentó a una mesa; entonces, cayó en la cuenta de que había olvidado las gafas de sol, no las utilizaba casi nunca, únicamente cuando iba a la playa, y a veces ni eso; era la ventaja de ser mediterráneo y de tener los ojos oscuros.

Después de almorzar, fue hasta la puerta de embarque, aguardó su turno y accedió al avión. Buscó su asiento, colocó la pequeña maleta en el compartimento superior y se sentó. Había tenido suerte, porque le habían asignado un asiento de ventana y a él le gustaba contemplar el paisaje a más diez mil metros de altura, que en su caso fue el océano Atlántico.

Ocho horas más tarde, la aeronave atravesó unos densos nubarrones y aterrizó en el Aeropuerto Internacional José Martí, de La Habana. Él salió del avión, recogió la maleta grande de la cinta transportadora y pasó el control aduanero sin problemas. En la amplia sala de llegadas varios carteles con nombres impresos destacaban sobre las cabezas de sus portadores. Uno de ellos llevaba su nombre y lo exhibía un hombre negro, corpulento y con gafas de sol; vestía un traje gris con corbata del mismo color. Llegó a su lado y se presentó.

—Buenas tardes. Soy quien está esperando.

—Bienvenido a Cuba. Por favor, acompáñeme. Un automóvil lo está esperando para llevarle a Varadero —dijo el hombretón—. Yo seré su chofer.

Fuera de la terminal hacía un calor sofocante, y la lluvia, tibia, no contribuía a aliviar el bochorno.

El vehículo, grande y negro, esperaba a sus pasajeros. El conductor le abrió la puerta trasera y él entró. Dos hombres, ataviados como el chófer, subieron al automóvil y se sentaron a derecha e izquierda. Escuchó los cierres de las puertas bloquearse y se inquietó.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué está pasando?

—No se preocupe, señor. Todo irá bien —afirmó sin mirarlo el de su derecha.

—¿¡Que no me preocupe!? ¡Quiero…! ¡Exijo que me dejen salir! Ya buscaré por mi cuenta transporte a Varadero.

—Allí lo llevamos —intervino el de su izquierda cuando el automóvil ya había iniciado la marcha—. Tranquilícese, no le vamos a hacer nada.

Su cabeza barajaba de forma vertiginosa varias posibilidades, desde una confusión de identidad a un secuestro, y ninguna solución.

«Estoy a merced de estos hombres», concluyó.

Un tenso silencio se instaló en el habitáculo mientras él hiperventilaba y sudaba profusamente, a pesar de que el aire acondicionado funcionaba a pleno rendimiento.

Llegaron a una autopista y el vehículo aceleró.

Le había prometido a su madre que la llamaría en cuanto llegase a Cuba. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y lo mostró.

—¿Puedo usarlo? —preguntó.

—Más tarde —contestó de forma escueta y sin inmutarse el hombre de su derecha, que aparentaba estar al mando.

Nadie pronunció palabra durante el trayecto de una hora y media que acabó con el vehículo deteniéndose frente a la entrada de un hotel, el que le había asignado la agencia de viajes.

—Ya hemos llegado. Sígame —dijo el que llevaba la voz cantante.

Escoltado por los dos hombres —el conductor seguía en el automóvil—, accedió al vestíbulo del lujoso hotel. Uno de sus dos guardianes se acercó con él hasta la recepción y le solicitó la documentación, intercambió unas palabras con uno de los recepcionistas y, antes de cinco minutos, le entregó los documentos y la llave electrónica. Subieron al ascensor, que se paró en la segunda planta, salieron y se detuvieron delante de la puerta de la habitación doscientos siete, la que constaba en la tarjeta electrónica.

—¿Me permite? Yo abriré —afirmó el hombre, que ahora le parecía más alto y corpulento.

Él se la entregó. El sujeto abrió la puerta, entró y le instó a pasar con un gesto de la mano. El otro hombre se quedó fuera.

—Siéntese, por favor —dijo el hombretón señalando un par de sofás individuales a ambos lados de una pequeña mesa.

Él se sentó y el hombre lo hizo unos segundos después, al otro lado de la mesa.

—Soy un agente de seguridad de la República de Cuba y tengo una oferta para usted.

—¿Y si no me interesa?

—Le interesará —afirmó con convicción el hombre, que le hizo entrega de un sobre.

Él lo abrió. Había dinero, mucho dinero, calculó que diez mil euros en billetes de cien.

—Sabemos que su situación económica no es muy solvente —continuó el agente.

—No puedo aceptarlo —dijo y arrojó el sobre encima de la mesa, cerca del hombre, que no se había quitado las gafas de sol y que sonrió por primera vez.

—Sólo es el primer pago. Cada mes recibirá uno como este.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Algo muy sencillo, que se convierta en la sombra de un caballero y esté pendiente de si alguien lo vigila.

—¿Por qué yo? —preguntó sopesando la propuesta.

—Porque es la persona apropiada. Vive en la misma localidad que el sujeto, acaba de dejar su trabajo y dispondrá de mucho tiempo libre. Además, ha estado en el Ejército y sabría defenderse llegado el caso. Eso sí, deberá hacer un corto curso.

—Mire, no sé cómo sabe tantas cosas de mí ni quiero saberlo, pero yo estoy de vacaciones y pienso disfrutarlas.

—Y seguirá de vacaciones, para ello hemos prorrogado su estancia una semana más sin coste adicional.

—Ya me extrañaba que tuviese tanta suerte —repuso él—. Esto no es producto del azar, está claro.

El agente se encogió de hombros antes de hablar.

—Yo diría que ha tenido mucha suerte.

—Lo tengo que pensar —afirmó sin mucha convicción.

—Usted y yo sabemos que ya ha aceptado la oferta —sentenció el agente.

Capítulo 27

Después del encuentro con su tío, Alicia se tomó unos días libres para pensar. Visitó, ya más relajada, el ingenio Oyarzábal, que no era muy diferente a lo que había descrito su abuelo en las cartas. En el poblado, la pobreza era palpable y casi nadie recordaba a Fermín Vázquez; únicamente algunos ancianos que eran niños cuando su abuelo residió allí. Conoció a la mujer de Juan y a uno de sus dos hijos. Vivían en la misma casucha que sus antepasados, aunque con aire acondicionado y mobiliario actual. En el cementerio localizó la falsa tumba de Esmeralda Ruiz. Una placa grabada con su nombre y unas flores de plástico eran los únicos ornamentos del enterramiento.

Una vez en La Habana, visitó los lugares más emblemáticos de la ciudad, entre ellos La Bodeguita del medio, famosa por ser donde, según la tradición, se inventó el refrescante mojito; también El Floridita, casi en frente de El Capitolio de La Habana, la elegante coctelería que hizo famosa el escritor y periodista Ernest Hemingway, y desde donde llamó a Manuel. No sabía muy bien por qué, pero sentía una atracción especial por él, como si lo conociese de toda la vida, como si hubiese un lazo invisible que los uniese.

—Buenas tardes, Manuel.

—Buenas noches, Alicia. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—Sí, y es mucho más grande de lo que imaginaba.

Ella le contó todo lo acontecido, sin escatimar ningún detalle.

—Vaya, parece que tu abuelo llevaba una doble vida. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Volver, pero no a Madrid, sino a Santiago. Eso sí, primero tengo que recoger mis cosas del piso y despedirme en la oficina. Continuaré mis estudios de posgrado en la Universidad de Santiago. Ya me he informado y me convalidan las asignaturas si encuentro un tutor. En ello estoy.

—Me alegrará tenerte cerca —afirmó Manuel—. Además, hay algo que debo contarte.

—¿Y no me lo puedes decir por teléfono? —lo apremió ella.

—No, es… es mejor que te lo diga en persona.

No sabía si era su tono de voz o la imagen que su cerebro había recreado de Manuel, el caso es que el corazón de Alicia se había acelerado.

—Pues ya me contarás eso tan confidencial cuando nos veamos —

comentó Alicia, que escuchó una sonora carcajada al otro lado de la línea.

—¿Piensas contárselo a tus padres? —inquirió él.

—Debo hacerlo, por mí, porque mi padre tiene derecho a saber que tiene un hermano y porque Juan quiere conocerlo. Después, que hagan lo que quieran.

—¿Y cuándo piensas contárselo?

—Enseguida, en cuanto sepa cómo planteárselo.

—No lo pienses mucho —afirmó Manuel—. Díselo sin rodeos: «Papá, tienes un hermano en Cuba, es mayor que tú y desea conocerte». Más adelante ya le darás los detalles de cómo lo has descubierto. Creo que tu abuelo te escogió a ti para que hicieras precisamente esto.

—¿Insinúas que el *avó* nunca tuvo los arrestos para contárselo él mismo?

—Así es, Alicia. Fermín se enteró de que tenía otro hijo cuando ya tenía encarrilada su vida. Su familia debía ser feliz y no quería que eso cambiase. Aunque su relación con Esmeralda fue anterior a su matrimonio, estaba prometido y traicionó a tu abuela. Incluso Esmeralda lo intuía y creyó que era lo mejor para todos.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que hizo bien? —quiso saber ella.

—No lo sé. Era otra época y no puedo ponerme en el lugar de tu abuelo, pero trato de entenderlo y, con total sinceridad, te he dado mi parecer. Además, Juan ha renunciado a la herencia.

—Pero eso puede cambiar en el futuro —puntualizó ella.

—¿A qué te refieres?

—Tiene mujer e hijos. Es posible que su esposa esté de acuerdo con él, pero sus hijos…

—Todo es posible, Alicia. Igual salgo de casa y una maceta caída de un balcón me mata. Juan parece, por lo que me acabas de contar, un hombre cabal, y lo más probable es que su familia conociese la situación antes incluso de que te enterases tú. Además, ¿habría algún problema si sus hijos reclamasen su parte de la herencia?

—Por mí no. Conozco a mi padre y sé que no se opondría, pero mi madre es harina de otro costal.

—Tendría que admitir lo que decidiesen los herederos; ella no lo es.

—No la conoces, Manuel.

—Pero conozco la ley. No nos anticipemos. Paso a paso.

—Gracias. Necesitaba hablar con alguien —reconoció Alicia.

—Aquí me tienes para lo que quieras.

Quizás sólo fuese su apreciación, pero ella interpretó en ese «para lo que quieras» un doble sentido, uno insinuante, y le encantó.

—Tengo que colgar, Manuel.

—Hasta la próxima, Alicia. Y tranquila, todo va a salir bien.

Esa tarde había decidido ir a la heladería Coppelia, la más famosa de La Habana. Después de esperar pacientemente su turno, porque en Cuba había que armarse de paciencia para cualquier cuestión, pidió un cucurucho con dos bolas de helado: una de chocolate y otra de vainilla. Buscó sitio en el comedor exterior y se sentó a una mesa, bajo la sombra de un árbol. Lametón tras lametón acabó el rico helado y, luego, a bocados, el barquillo, también delicioso. Sacó el iPhone de la mochila y llamó a Carolina. Con ella fue más cauta. Le contó sucintamente lo que había descubierto y le reiteró su intención de dejar la agencia y trasladarse a Santiago de Compostela.

—¿Estás segura? —preguntó su amiga—. Si estás a disgusto aquí, puedes encontrar trabajo en otra empresa de Madrid, pero no tomes una decisión precipitada de la que te puedas arrepentir. Además, así podrás continuar con tus estudios.

—Te agradezco el consejo, Carolina, pero la decisión, para bien o para mal, ya está tomada. Continuaré mis estudios en la Universidad de Santiago de Compostela. Por otro lado, ya he localizado varias agencias de interiorismo en la ciudad donde podría encontrar trabajo.

—Nos veremos antes de que te vayas a vivir a Santiago, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró Alicia—. Tenemos que despedirnos como Dios manda, con una cena, copas, baile y…

—No sigas, Alicia —la interrumpió—. Lo de los hombres me lo dejas a mí —afirmó riendo—. Por cierto, ¿cuándo regresas a Madrid?

—Mañana.

El avión aterrizó en el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas a las ocho y cuarto de la mañana. Alicia había pasado casi todo el vuelo nocturno durmiendo. Tomó un taxi y llegó a su céntrico apartamento cuando el sol comenzaba a caldear el ambiente. Subió en el ascensor, anduvo los escasos pasos que la separaban de la puerta, la abrió y dejó la mochila en el suelo. Lo primero que hizo fue ducharse. Con el pelo recogido en una pequeña toalla y el cuerpo cubierto por otra más grande, preparó café y se sentó a la mesa del comedor con una taza humeante entre las manos. Decidió que era el momento de llamar a su padre. Sabía que antes de las cinco de la mañana estaba despierto, porque desde que tenía uso de razón así lo recordaba.

—Buenos días, hija —escuchó al otro lado de la línea.

—Buenos días, papá —correspondió ella.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupado por lo temprano de la llamada.

Alicia siguió el consejo de Manuel y soltó la noticia como quien lanza una granada y espera que no explote.

—Papá, tienes un hermano ocho años mayor que tú. Vive en Trinidad, Cuba.

Un incómodo silencio se prolongó durante unos segundos, hasta que Alicia decidió romperlo.

—Papá, ¿has escuchado lo que te acabo de decir?

—Perfectamente —fue la escueta respuesta de su progenitor.

Otro silencio, esta vez más corto.

—¿Estás segura de eso? ¿Cómo…?

—Lo he visto y he hablado con él —lo interrumpió Alicia—. Es igualito al *avó*. Pero tranquilo, no quiere nada de nosotros, sólo conocerte.

—Te ha convencido, ¿verdad? ¿¡Cómo puedes ser tan ingenua!?

—¿De verdad que no sabías nada de esto? —preguntó ella.

—Ahora entiendo las discusiones que tenían mis padres cada vez que él iba a Cuba —afirmó—. Una vez al año al menos, que yo recuerde, mi padre, tu abuelo, viajaba a Cuba; según él, por trabajo; según la abuela Ana, por una mujer. Esas cosas no las olvida un niño.

—¿Qué sucede, Rodrigo? —preguntó la madre de Alicia, alertada por el elevado tono de voz de su marido.

—Nada —mintió el padre—. Es tu hija, que quería hablar conmigo. Anda, vuelve a la cama.

—Pues dale un beso de mi parte —dijo la madre antes de volver a regañadientes a la alcoba.

—Hay algo más —continuó Alicia—. El abuelo ha contribuido al mantenimiento del tío Juan desde que descubrió que tenía otro hijo, creo recordar que a partir de mil novecientos setenta y cinco.

—Pues eso denota su interés por nuestro dinero —murmuró el padre.

—No, papá. Fue una decisión única y exclusivamente del abuelo.

—Y eso te lo ha contado ese tal Juan, claro.

—¿Acaso no harías tú lo mismo que el *avó*? —insinuó Alicia.

—Yo no he tenido ni tengo una relación extraconyugal y, por tanto, tampoco un hijo ilegítimo —bisbiseó Rodrigo mirando hacia la escalera, por si su esposa volvía a aparecer.

—Te equivocas —negó Alicia—. El abuelo se enamoró de Esmeralda, así se llamaba la madre de tu hermano. Eso sucedió mucho antes de que se casase con la abuela Ana.

Alicia le contó a su padre los hechos acaecidos la noche en que Fermín mató a Comis, que luego huyó y que se enroló con los revolucionarios que acabaron con la dictadura de Fulgencio Batista. Que no supo que tenía un hijo hasta dieciséis años más tarde.

—¿Y dices que pensó que Esmeralda estaba muerta? Tu abuelo era médico —repuso el padre.

—Ella se tomó algo que la llevó a ese estado —aclaró Alicia—. En cualquier caso, tenía que huir, porque la vida de una trabajadora negra no valía nada, pero el asesinato de un blanco se condenaba con

la pena de muerte… Acabo de transferir los cien mil euros del abuelo a mi cuenta —continuó Alicia—, y ya he realizado las gestiones para que Juan siga recibiendo su asignación mensual.

—¿¡Te has vuelto loca!? No conoces a ese hombre —la reprochó el padre.

—He hablado con él cara a cara y no necesito más para saber que es honesto. Además, era la voluntad del abuelo y su dinero.

—Haz lo que te dé la gana, pero luego no te quejes —le advirtió Rodrigo.

—Me voy a vivir a Santiago de Compostela.

—¿Alguna novedad más? —preguntó su padre con desdén.

—No, eso es todo, papá. Creo que es mejor que ahora te deje pensar, tienes muchas cosas que asimilar. Si te interesa conocer a tu hermano, dímelo y te daré su número de teléfono. Ahora tengo que dejarte. Besos para mamá.

Alicia colgó con sentimientos encontrados, aliviada por haberle contado a su padre que tenía un hermano y triste por la reacción de su progenitor, con la mirada perdida en algún punto del salón, cavilando.

Capítulo 28

Era la primavera del segundo año de Fermín en Santiago de Compostela y se había apuntado a una excursión a La Coruña organizada por el centro de ancianos.

Después de visitar la ciudad, el autocar los llevó a la Torre de Hércules, el único faro romano en funcionamiento en todo el mundo. El día había amanecido despejado, pero una densa niebla de origen marino se cernía sobre la zona. El edificio, del siglo I de nuestra era, se alzaba majestuoso y fantasmagórico sobre un promontorio de la costa. Desde ahí se podían escuchar las olas batiéndose contra las rocas.

Ante la imposibilidad de obtener buenas fotografías del monumento, Fermín decidió pasear por el prado que bordeaba el acantilado. Apenas podía ver más allá de diez metros, pero el sonido del océano Atlántico ejercía un efecto relajante y cautivador. Entonces, una voz conocida captó su atención y miró en dirección al mar.

—¡Fermín Vázquez! ¡Qué agradable sorpresa!

Se aproximó al origen de la voz y, entre la niebla, empezó a vislumbrar una figura humana que lo apuntaba con una pistola. No le extrañó tratándose de José Comis.

—¿Todavía tienes sed de venganza? —preguntó sereno Fermín.

—La venganza es el único sentimiento más fuerte que el amor, doctor —dijo Comis con una sonrisa sardónica dibujada en el rostro.

—¡Qué sabrás tú del amor! —refutó Fermín.

Comis soltó una carcajada histriónica y amartilló el arma.

Los libros de medicina y psicología afirman que, en una situación de riesgo vital, el humano puede adoptar dos reacciones inconscientes, ambas desencadenadas por el cerebro primitivo, el que compartimos con los reptiles: escapar del peligro o quedarse paralizado esperando que la amenaza pase. No obstante, hay otra forma de protección que en raras ocasiones se da y que fue la que adoptó Fermín sin pensárselo, porque la bestia que se agazapaba escondida en su interior se manifestó. Corrió los escasos metros que lo separaban de Comis y lo empujó con toda la fuerza de la que pudo hacer acopio.

Escuchó un disparo. Antes de arrojar a Comis al acantilado, pudo apreciar el pánico en los ojos de este. La seguridad de la que siempre hacía gala el antiguo policía cubano se había transformado en un

gesto de terror ante la inminente muerte.

Un sonido seco anunció que el cuerpo había chocado contra las rocas. Fermín se asomó al borde del acantilado, pero la espesa niebla le impedía ver el mar. Lo que sí escuchaba eran las olas rompiendo con bravura contra la pared granítica.

Notó la cálida humedad en la mano izquierda; de ella goteaba sangre, pero no sentía dolor. Sabía que, en situaciones de estrés, la adrenalina que circula por un organismo provoca que el dolor no aparezca de manera inmediata, así que buscó la herida palpándose todo el cuerpo. No la encontró, estaba intacto, por lo que la sangre sólo podía proceder de Comis.

Fermín escuchó unos pasos acelerados a su espalda y se volvió, justo cuando la silueta vestida con un chubasquero amarillo de marinero desaparecía entre la bruma.

—¡Oiga! ¿Quién es? ¡Deténgase! —gritó en vano.

Intentó ir tras la sombra que proyectaban los tenues rayos de sol, pero la edad y el esfuerzo comenzaron a pasarle factura y desistió. Limpió la sangre de su mano frotándola sobre la hierba empapada de rocío y volvió con el grupo de ancianos, que todavía se encontraban bajo la Torre de Hércules. Nadie hizo referencia al disparo. La mayoría, por la edad, padecía algún grado de sordera, pero el guía no, por lo que dedujo que el tiro debió quedar enmascarado por alguna ola batiéndose contra las rocas.

Se despertó temprano, como siempre, alerta. El día anterior había acudido al consulado cubano con su falso pasaporte. Había entregado el lápiz de memoria directamente al cónsul. El dispositivo contenía las fotografías que había tomado del anciano con barba que vigilaba a su objetivo desde hacía dos días.

No había amanecido. Se dirigió al baño de su apartamento y vio el sobre en la puerta de entrada a la vivienda. Fue hasta la cocina, se colocó los guantes de fregar y lo recogió. Estaba vacío. Era la señal. Con el albornoz como única prenda, bajó hasta el portal y abrió el buzón; dentro había otro sobre, acolchado y más grande que el primero. Subió al apartamento, cerró la puerta y se sentó en la mesa del comedor. Con extremada precaución y la ayuda de un afilado cuchillo, comenzó a cortar la solapa. No encontró nada que indicase que se trataba de un artefacto explosivo. Dejó caer el contenido encima de la mesa: un teléfono móvil. Pulsó la tecla de encendido y enseguida se iluminó la pantalla con un mensaje: «Eliminar amenaza».

Se duchó, se afeitó y se vistió con la ropa del día anterior. Abrió el armario del dormitorio. Al fondo y envuelta en una camiseta encontró lo que buscaba: una pistola Glock. Deslizó el cargador para comprobar

que contuviese las quince balas, lo volvió a introducir, quitó el seguro, amartilló la pistola y la encajó entre el cinturón y la camisa, en la zona lumbar, oculta por el grueso jersey.

Tomó un café tibio y salió a la calle cubierto por un chubasquero amarillo de pescador. A pesar de que no llovía, lo podía hacer en cualquier momento, y necesitaba las manos libres. Se subió a su automóvil, un Seat Toledo blanco, lo arrancó y condujo hasta la plaza, donde el autocar comenzaba a admitir a los primeros ancianos, entre ellos su objetivo.

Siguió al vehículo hasta que este llegó a su destino: La Coruña. Después de visitar varios puntos de interés cultural en la capital gallega, los ancianos almorzaron en un céntrico restaurante; él también, aunque en la barra, con un ojo en la empanada de atún y otro en la mesa donde el hombre comía con fruición, sin atisbo del sujeto de las fotografías.

Tras el almuerzo, el autocar llevó a los pasajeros hasta la Torre de Hércules. Detuvo el Toledo en el estacionamiento, salió, se cubrió con la capucha y caminó hasta dar alcance al nutrido grupo. La densa niebla marina dificultaba la visibilidad. Por suerte, su objetivo se había situado en la periferia. Poco después, el anciano se separó del resto de los visitantes y comenzó a caminar por la orilla del acantilado.

Aun a riesgo de delatar su presencia, no le quedó más remedio que seguirlo. No lo podía perder de vista. Cuando el anciano se detuvo, él también lo hizo y escuchó a otro hombre. La disfonía de la voz indicaba que se trataba de alguien de avanzada edad. Aunque no los veía, podía escuchar la conversación que entablaron.

Una ráfaga de aire acudió en su auxilio disipando la niebla unos segundos, lo suficiente para ver al segundo hombre apuntando con un arma a su objetivo. Se trataba del sujeto de la barba y la orden era explícita. No lo dudó, apretó el gatillo y el sujeto recibió el impacto de la bala en el hombro derecho. Ya se disponía a realizar un segundo disparo cuando, para su sorpresa, el objetivo se abalanzó sobre el herido y de un empujón lo arrojó al acantilado. No podía saber con certeza si había sobrevivido a la caída, pero le costaba creer que siguiese con vida después del brutal impacto contra las rocas. Lo comprobaría más tarde. Ahora debía abandonar el lugar.

El anciano reclamaba su atención a gritos, le instaba a identificarse. No lo hizo. Subió al coche, lo arrancó y, derrapando, se alejó del lugar. Poco después detuvo el Toledo en un recodo de la carretera, sacó el teléfono móvil cifrado y activó la función de enviar un mensaje de texto, la única habilitada. Escribió un breve mensaje: «Amenaza eliminada». Abrió la carcasa del móvil, extrajo la batería, salió del vehículo y arrojó al mar las dos partes del dispositivo.

Capítulo 29

Después de hablar con la casera para informarle de su intención de desalojar la vivienda, Alicia tomó el metro y fue hasta la agencia de interiorismo. Aunque ya llevaba más de media hora cerrada al público y que las persianas exteriores estuviesen bajadas, no implicaba que la actividad en el interior hubiese cesado. En España era habitual que los trabajadores prolongasen su jornada laboral, estaba bien visto y mal pagado.

Presionó el timbre de la puerta varias veces. Yolanda, la secretaria, comprobó que no se trataba de un cliente retrasado. En cuanto se percató de la presencia de Alicia, Fernando le hizo un gesto a Yolanda para que siguiese con sus quehaceres, en ese momento limarse la uñas, y fue él quien activó el mecanismo para subir la persiana de la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó Fernando.

—Mejor de lo que esperaba. Gracias por tu interés. Vengo a despedirme —anunció con gesto serio.

Carolina, al fondo, los observaba sentada desde detrás de su escritorio.

—¿Lo has pensado bien? —insistió Fernando—. Estás atravesando un periodo traumático, de duelo. Es posible que no razones con claridad.

—Te aseguro que es una decisión muy meditada, Fernando. Lo que ha ocurrido no ha hecho más que precipitarla —aseveró Alicia.

—Está bien. Como prefieras —aceptó él—. Aquí siempre serás bienvenida. Puedes volver cuando quieras, porque tendrás trabajo, y si no lo hay, te lo busco —afirmó riendo, con esa sonrisa que a ella siempre le erizaba el vello, pero que esta ocasión no le provocó ninguna reacción. Fernando por fin ya era historia. Había pasado página.

—Prepara la documentación de mi renuncia y me la envías aquí. —Alicia buscó en su bolso un papel y un bolígrafo, pero Fernando, que ya había mudado la alegre expresión por otra más seria, se anticipó y le ofreció una estilográfica y un pósit que extrajo del bolsillo de su impoluta camisa de cuello italiano.

Alicia escribió en la pequeña hoja de papel y se la entregó.

—¿Te vas a vivir a Santiago de Compostela? —preguntó extrañado.

—Sí. Puesto que me voy yo, no me corresponde ni indemnización por despido ni prestación por desempleo.

—¡Ni hablar! —se opuso él—. Es lo menos que puedo hacer por ti. Te ingresaré el finiquito en tu cuenta bancaria y presentaré la documentación para que cobres el paro.

—Como prefieras —dijo ella con desdén—. Voy a hablar con Carolina.

—Sí, claro —admitió Fernando, que se echó a un lado para que ella entrase.

Llegó al escritorio de Carolina y se sentó frente a ella.

—¿Ya se lo has dicho? —murmuró su amiga.

—¿Tú qué crees? ¡Que le den por culo a ese cabrón! —murmuró Alicia sonriendo.

Carolina soltó una carcajada antes de hablar.

—¿Cuándo te marchas a Santiago?

—Mañana por la tarde. Ya he comprado el billete del vuelo.

—Entonces…

—Sí —la interrumpió Alicia—. Espero que no tengas planes para esta noche, porque nos vamos de fiesta.

—¿Tú y yo solas? ¿Y tus compañeros de universidad?

—No me gustan las multitudes. Al final siempre se acaban formando grupitos. Ya me despediré mañana de ellos.

—¿A qué hora y dónde quedamos? —quiso saber Carolina.

—¿Te va bien a las ocho y media en mi casa?

—Dame un poco más de tiempo para arreglarme.

—¿A las nueve? —propuso Alicia.

—De acuerdo. A las nueve.

—Recojo mis cosas y me marcho. Hasta dentro de un rato —se despidió Alicia, que se levantó de la silla y fue hasta el que había sido su escritorio. Recogió una fotografía familiar enmarcada y un cactus y los introdujo en su mochila. No tenía nada personal en el disco duro del ordenador de sobremesa, por lo que ni siquiera lo encendió. Miró alrededor a modo de adiós y salió de la oficina. Al alcanzar la calle inspiró profundamente y espiró, como si haciéndolo se deshiciese de todo lo que había vivido en la agencia.

La despertó la alarma del iPhone. Al levantarse, un intenso dolor de cabeza la obligó a sentarse sobre el colchón. Había bebido mucho esa noche, primero por las calles aledañas a la Puerta del Sol, de tasca en tasca, probando la especialidad culinaria de cada establecimiento y acompañándola de una o dos cañas de cerveza; después en Malasaña, de un bar musical a otro, esquivando seductores mientras los *gin-tonics* caían uno tras otro.

Alicia necesitaba una ducha reparadora para despejarse y un comprimido de ibuprofeno para la cefalea, porque tenía que despedirse de sus compañeros de universidad y acabar de rellenar las

cajas para su traslado. Ella partiría esa misma tarde para Santiago con lo más esencial, del resto de sus enseres y de la ropa se encargaría una empresa de transporte especializada.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Santiago de Compostela a la hora prevista.

Con la mochila a la espalda, arrastró la maleta hasta la parada de taxis. Una fina lluvia la recibió al salir de la terminal.

El taxi se detuvo delante de su nueva casa. Había olvidado el paraguas, y el taxista, amablemente, sacó la maleta del maletero y la dejó junto a la puerta. Alicia le pagó la carrera con propina incluida. Abrió la puerta y entró.

Lo primero que hizo fue encender la chimenea del salón, antes incluso de desembalar el equipaje, puesto que la humedad y el frío eran los dueños y señores de la vivienda. Se sentó en el sofá y se cubrió con la manta que tanto había compartido con su abuelo. Cuando entró en calor, sacó el iPhone del bolso y llamó a Manuel, pero saltó el contestador automático con el aburrido y monótono mensaje de la compañía telefónica: «El teléfono al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura. Si lo desea, puede dejar un mensaje después de la señal». Ella colgó, suspiró y se dejó llevar por el cautivador vaivén de las llamas de la chimenea.

Estaba en un duermevela cuando sonó el teléfono sobre su regazo. Era Manuel y descolgó.

—Buenas tardes, Alicia. ¿Cómo estás?

—Cansada de anoche.

—¿Y eso? —inquirió él.

—Salí de fiesta de despedida en Madrid y, bueno…, ya te puedes imaginar. Ahora mismo estoy en Santiago, en casa de mi abuelo.

—En tu casa —la corrigió Manuel con una voz tan varonil como melosa—. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

—Estoy cansada, pero no te voy a decir que no, porque tengo el frigorífico y la alhacena vacíos —mintió. Su abuelo siempre disponía de queso, embutidos, leche y otras viandas. «Por si acaso», decía, refiriéndose a la escasez de la guerra, o de las guerras, puesto que ahora era conocedora de que había vivido una en su infancia y otra en su juventud.

—¿Te va bien si te paso a buscar a las nueve? —preguntó Manuel.

—Sí. Gracias.

—Entonces, quedamos así. Ahora estoy trabajando. Hasta luego, Alicia.

—Hasta dentro de un rato —se despidió y colgó.

Alicia recordó haber visto un pequeño supermercado cerca de la

casa. Salió a la calle con el paraguas. La lluvia arreciaba y se lamentó de no haberse puesto las botas de agua.

Regresó con una bolsa repleta pero insuficiente, con lo más esencial, y sus zapatillas deportivas empapadas. Dejó la bolsa sobre la mesa de la cocina, se descalzó y colocó las deportivas junto a la chimenea del salón. Avivó el fuego con un viejo fuelle, se tumbó en el sofá, se tapó con la manta y se durmió.

Se despertó sobresaltada cuando el timbre de la puerta la sacó de su ensoñación. Se levantó con premura y desubicada. Fue hasta la puerta y la abrió.

—Buenas tardes.

—Buenas noches —la corrigió Manuel, cubierto por un paraguas negro y una gabardina verde oscuro.

—Perdona. He perdido la noción del tiempo —se disculpó ella—. Pasa, por favor. He comprado cerveza, pero no la he metido en el frigorífico, por lo que no tengo nada que ofrecerte.

—No importa —dijo él dejando el paraguas en el paragüero de la entrada.

—Voy a peinarme y maquillarme un poco y enseguida vuelvo.

—Aquí te espero.

Alicia regresó al salón, aún descalza. Manuel se había quitado la gabardina y se encontraba sentado en el sofá. Vestía un traje gris de lana con una corbata a juego sobre una camisa blanca, así como un cinturón negro, igual que los resplandecientes zapatos, con algunas salpicaduras de agua.

—Te sienta muy bien el traje. Yo, sin embargo, he venido con lo justo y no tengo nada elegante que ponerme —se lamentó Alicia.

—Tampoco es preciso. Estás guapa con cualquier atuendo, incluso despeinada.

Alicia estaba habituada a los halagos, pero esta vez se había ruborizado. Manuel la atraía como la limadura a un imán, y eso empezaba a preocuparla.

—Gracias. ¿Dónde vamos a cenar?

—No te lo he dicho porque es una sorpresa. ¿Te gustan las sorpresas, Alicia? —preguntó con retintín y mirándola fijamente a los ojos, con una mueca de sonrisa que le marcaba los hoyuelos de las mejillas, incrementando más su atractivo.

—Depende.

—¿De qué depende? —insistió él.

—¿Esa no es una canción de Jarabe de Palo? —dijo evocando el grupo musical de Pau Donés.

—Lo es —convino Manuel sin dejar de sonreír—, pero no te vayas por las ramas.

—He tenido demasiadas sorpresas estas semanas.

—Esta te gustará —aseguró él.

—Por cierto, ¿qué es lo que tenías que contarme? —preguntó Alicia para cambiar el curso de la conversación.

—Después de la cena —apuntó Manuel.

—Ahora eres tú quien elude la respuesta —afirmó ella sonriendo—. Está bien, me calzo las deportivas y nos vamos.

Los dos salieron de la casa protegiéndose con sendos paraguas de una lluvia que no daba tregua.

—He aparcado lejos, donde he podido. En este barrio cuesta mucho encontrar estacionamiento.

—Da igual. Me vendrá bien caminar un poco para despejarme —apuntó Alicia.

Después de circular callejeando por el centro de Santiago, Manuel detuvo el vehículo delante de un bar.

—¿Es ahí? —preguntó ella mirando el establecimiento.

—No. Se come bien, pero no me parece un lugar apropiado para invitarte a cenar.

Manuel se bajó del automóvil, lo rodeó y abrió la puerta de Alicia con el paraguas abierto para que ella no se mojase.

—Ahora va a resultar que eres un caballero.

—¿Acaso lo dudabas?

Ella salió, abrió su paraguas y cerró la puerta. Él bloqueó las cerraduras con el mando a distancia.

—Es por aquí —indicó Manuel.

No habían transcurrido ni cinco minutos caminando cuando Manuel se detuvo bajo un pórtico, frotó los zapatos en el felpudo, frente a una puerta, y la abrió con una llave.

—¿Esta es la sorpresa? ¿Vives aquí? —preguntó Alicia.

—Sí y sí. Una de las cosas que desconoces de mí es que soy un excelente cocinero.

—Pues me alegro, pero para cenar en tu casa no era necesario vestirse con traje y corbata.

—Esa es su opinión, señorita. A mí me gusta arreglarme cuando tengo invitados —comentó sin abandonar su sonrisa.

Ya dentro del portal, se dirigió a la escalera

—No hay ascensor, pero puesto que vivo en la primera planta, sólo lo echo de menos cuando tengo que subir con algo muy pesado.

Era un edificio antiguo, pero bien mantenido, de techos altos y suelos de piedra pulida. En el rellano de la primera planta había tres puertas y un ventanuco semiabierto donde las gotas de lluvia repiqueteaban. Las puertas no tendrían menos de ochenta años, pintadas de marrón oscuro y con mirillas troqueladas, como aquellas por las que un vecino misterioso observa en las películas de terror. Pero Alicia no sentía ningún temor, no en compañía de Manuel.

—Adelante —Manuel la invitó a pasar haciendo una reverencia teatral—. Bienvenida a mi hogar.

En contraste con el edificio, la vivienda era moderna y funcional. Renovada por completo, destacaba el gran salón, con paredes de ladrillo avejentado y réplicas de cuadros de Kandinsky y Picasso que se alternaban con fotografías del *skyline* nocturno de grandes urbes.

La luz era tenue y la estancia la presidía una mesa cubierta con un mantel blanco y vajilla para dos comensales. Dos velas encendidas contribuían a otorgar calidez a la mesa.

—¿Quieres tomar algo antes de cenar?, ¿un vermú, una copa de cava o de vino? —preguntó Manuel desde la cocina abierta al salón.

—Un vino —respondió Alicia.

—¿Blanco o tinto?

—Tinto, por favor.

Él se acercó con dos copas en una mano y una botella de vino en la otra.

—Pero siéntate, por favor —sugirió mirando las dos únicas sillas de la mesa. Descorchó la botella y vertió su rojo contenido en las copas —. Espero que te guste el Ribera del Duero, ahora mismo es el único vino tinto que tengo.

—Por mí está bien —aceptó Alicia tomando asiento—. Te queda fenomenal el delantal. Un complemento perfecto para tu traje —añadió con sarcasmo y una sonrisa cómplice.

—Ja, ja, ja. Muy graciosilla está hoy la señorita Vázquez. Pues lo compré de rebajas. Antes tenía uno de tela, pero este, al ser de plástico, es impermeable.

—Por cierto, ¿qué es lo que me tenías que contar? —preguntó Alicia.

—Todo a su tiempo, impaciente.

—Ya veo que te gusta hacerte de rogar —dijo ella sin dejar de sonreír.

—No creas. Soy más temperamental de lo que aparento. Ahora, si me disculpas, acabo de preparar la comida, me quito el delantal y sirvo la cena.

Manuel dio un trago y fue hasta la cocina. Alicia también probó el vino.

Cuando él regresó, ella ya había apurado la copa de vino.

—Parece que te ha gustado el tinto —afirmó Manuel mientras depositaba una bandeja repleta de crustáceos sobre la mesa—. Espero que sea de tu agrado, aunque un vino blanco marida mejor con el marisco. Voy a por una botella de albariño.

Volvió con dos copas más y otra botella, la descorchó y sirvió su dorado contenido.

—No sé si es buena idea mezclar dos tipos de vinos. Se me puede

subir a la cabeza y quizás diga alguna bobada —apuntó Alicia—. Y respecto a tu pregunta sobre mis gustos culinarios, sobra. Soy nieta de gallego. Me encanta el marisco.

—Madrileño —la corrigió él.

—Pero hijo de gallego, que viene a ser lo mismo —zanjó ella.

Dos botellas de albariño y una hora más tarde, los dos habían dado buena cuenta de las delicias marinas.

—Ahora el postre —propuso Manuel.

—En eso estaba pensando, en el postre —comentó con retintín Alicia bajo los efectos del alcohol. Se cubrió la boca con la mano de inmediato, como una niña que acaba de decir algo improcedente.

Manuel, que captó la indirecta, sonrió antes de hablar.

—¿Tarta de Santiago o helado?

—¿¡Pero es que aquí no os cansáis de comer nunca!?

—¿No será que vosotros coméis poco? —replicó Manuel.

—Que sea helado —eligió ella.

—Marchando un helado y un orujo.

—¿Acaso me quieres emborrachar? —inquirió Alicia riendo.

Manuel, que ya estaba a medio camino de la cocina, se detuvo, giró sobre sí mismo y regresó a la mesa; se puso en cuclillas frente a Alicia, colocó su mano tras la nuca de ella, acercó el rostro y la besó. Alicia se dejó llevar. Lo deseaba desde que lo conoció. Pero, instantes después, interrumpió el beso.

—Esto no está bien. Somos familia.

—Oficialmente sí, biológicamente no. Soy adoptado.

—¿Es eso lo que me querías contar?

Manuel asintió y se tomó unos segundos antes de contestar.

—Sí. Supuse que mi madre no te lo habría contado, porque nunca lo hace.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde los cinco años, antes de escolarizarme. Un día, durante el desayuno, mi madre se sentó a mi lado, me besó en la frente y me miró fijamente. Me dijo que me quería mucho. Me lo decía a menudo, pero aquel día había algo diferente en su mirada: lágrimas. Me explicó que mi madre no podía cuidarme y que por eso me había adoptado, que no era menos hijo que mi hermana, entonces una bebé.

»Durante un tiempo lo pasé mal, muy mal —continuó Manuel—. Me volví introvertido y violento. Quería conocer a mi madre y nadie me ayudaba. Años más tarde, cuando era adolescente, mi padre me contó la dura realidad: que mi madre biológica había muerto poco después del parto por una sobredosis de heroína, una plaga que asolaba a los jóvenes de Galicia en los años ochenta y noventa. Lo comprobé, por supuesto. Fui al Registro Civil y localicé a mi abuelo; se había trasladado a Málaga después de que mi abuela se suicidase. La

pobre no superó la muerte de mi madre, su única hija. Él sigue allí y ha rehecho su vida con otra mujer. Nadie sabe quién era mi padre, pero todo parece indicar que corrió la misma suerte que mi madre.

—Lo siento —se lamentó Alicia, que acarició el cabello de Manuel. Este, en un arrebato, la tomó por la cintura, la tumbó sobre la mesa y comenzó a besarla y a desnudarla. Ella se rindió a la pasión.

Capítulo 30

Quizás porque no era su cama, quizás porque hacía tiempo que no dormía con un hombre, el caso es que Alicia se despertó a medianoche. La luna llena iluminaba la estancia. Con sigilo, para no despertar a Manuel, se levantó de la cama.

El exceso de alcohol ingerido había hecho su efecto diurético y, desnuda, se dirigía al baño cuando vio abierta la puerta corredera del armario ropero. No pudo evitar su innato instinto curioso y rebuscó en los cajones, en las perchas y en las estanterías, donde la ropa permanecía perfectamente ordenada y apilada. De pronto, palpó algo duro e irregular envuelto en una camiseta. Pesaba bastante. No se trataba de un complemento del vestuario. Lo desenvolvió y sus pupilas, ya de por sí dilatadas, se agrandaron aún más. Era una pistola lo que tenía en la mano derecha, con la izquierda se cubrió la boca.

En su México natal era común que muchos ciudadanos tuviesen armas de fuego, pero sabía que en España no era así.

Como tenía previsto, Manuel regresó esa tarde a la Torre de Hércules. Estacionó su automóvil en el mismo sitio que dos horas antes, lejos de las cámaras de seguridad.

La niebla había desaparecido por completo y una fina lluvia caía del cielo plomizo formando una pátina sobre la luna delantera del Toledo. Sustituyó la gabardina de pescador por un paraguas que le protegería de la lluvia, de las cámaras y de las miradas indiscretas.

La Policía no se había desplegado en el lugar, lo que indicaba que nadie había visto ningún cadáver. De momento.

Salió del vehículo.

La explanada alrededor del monumento ofrecía un aspecto desolador. Todas las agencias de viajes parecían ponerse de acuerdo para llevar y recoger a los turistas a la misma hora.

Anduvo por la orilla del acantilado. No tenía una referencia clara del lugar donde disparó, puesto que incluso se había llevado el casquillo del proyectil, pero se fiaba de su sentido de la orientación.

Llegó hasta el supuesto punto donde Fermín arrojó al hombre al mar y se asomó. La marea había subido y gran parte de las rocas quedaban por debajo del nivel del agua. El cuerpo no estaba ahí.

Bordeando el acantilado, recorrió varios centenares de metros de

ida y vuelta, pero no halló ningún rastro del sujeto. También oteó el horizonte marino con unos prismáticos, a la búsqueda del cuerpo flotando. No observó nada fuera de lo normal: las bateas de mejillones y algún barco de recreo volviendo a puerto.

«Se lo habrá tragado el océano. Los gases de descomposición lo pondrán a flote en los próximos días, o no, porque esta parte del Atlántico es tristemente famosa por quedarse con las almas arrebatadas de los marineros», pensó.

Ni en los siguientes días, ni semanas, ni meses los medios de comunicación dieron cuenta del siniestro hallazgo.

—Ve con cuidado. Las armas las carga el diablo —escuchó Alicia a su espalda—. Se asustó y la pistola cayó al suelo emitiendo un ruido metálico y seco.

Manuel se acercó, recogió el arma y la devolvió a su lugar en el armario.

—Lo siento —se disculpó Alicia tiritando y con el vello erizado en su piel desnuda.

—Soy yo quien te debe una explicación. ¿Quieres que prepare café? —se ofreció él.

—Sí, gracias. Voy al baño.

—Usa mi albornoz si no quieres vestirte —sugirió Manuel—. Está colgado detrás de la puerta del baño.

Alicia entró en el lavabo e, instintivamente, cerró la puerta corriendo el pestillo. Orinó y se mantuvo sentada en el inodoro, cavilando.

«¿Quién es? ¿Por qué tiene una pistola escondida? ¿Para qué?», se preguntó, y ninguna de las posibles respuestas la sacó de su desasosiego.

Sopesó la posibilidad de vestirse y marcharse de la casa. Lo último que deseaba era comenzar una relación con otro mentiroso.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Manuel detrás de la puerta, sin intención de entrar, porque el pomo no se movió.

—Sí. Ahora salgo.

Se abrigó con el albornoz, que le venía grande. Salió del baño y vio a Manuel sentado a la mesa, descalzo y vestido con un pantalón vaquero y una camisa sin abrochar. La miró y agachó la cabeza. Alicia creyó adivinar arrepentimiento en su breve mirada. Fue hasta la mesa y se sentó frente a él. La taza de humeante café la esperaba, pero no podía tragar, se lo impedía un nudo en la garganta que tampoco le permitía hablar.

Fue Manuel quien rompió el incómodo silencio.

—¿No te apetece? —preguntó mirando la taza de ella.

Alicia negó con la cabeza y se levantó con intención de vestirse y marcharse.

—Por favor, siéntate —insistió él—. Te contaré todo lo que quieras saber, pero no te vayas así. No me rompas el corazón antes de escucharme.

Alicia volvió a sentarse, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—No he sido del todo sincero sobre tu abuelo, pero es que no podía hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué te lo impedía? —inquirió ella con rabia.

—He trabajado para los servicios secretos cubanos. ¿Recuerdas el viaje a Cuba que te comenté?

—Sí —contestó Alicia, cabizbaja.

—Pues creía que me había tocado en un sorteo, pero no era cierto. Fue una encerrona. Me reclutaron para vigilar a tu abuelo.

—¿Lo mataste? —quiso saber ella.

—No, Alicia. ¿Cómo puedes pensar eso? Mi misión era protegerlo.

—¿De quién?

—Entonces no lo sabía. No me dieron esa información. Siempre pensé que tenía que ver con Fidel Castro o su entorno. Ya te hablé de la extraña visita de Fermín al pueblo de los ancestros del mandatario cubano. Tú me lo confirmaste cuando me comentaste lo de las fotografías con el Che y Castro. Las relaciones que se establecen en la guerra son para siempre.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó airada.

—Porque he pasado por eso —contestó con gesto serio. Estuve en Afganistán. Allí vi morir a mucha gente, también españoles —afirmó con los ojos vidriosos—. Aún tengo pesadillas… Creo que fue Comis, el hermano del hombre que mató tu abuelo en Trinidad.

Manuel le contó con todo detalle lo sucedido el día de la visita a la Torre de Hércules.

—¿Y dices que nunca apareció el cuerpo de Comis? —quiso asegurarse Alicia.

—Así es, pero estoy seguro de que murió.

Alicia abandonó de forma prematura el apartamento de Manuel, quien se ofreció a acompañarla, pero ella se negó. Necesitaba reflexionar.

Había salido el sol. Pasó por delante del supermercado en el que había comprado el día anterior y decidió entrar y abastecerse de todo aquello que no había podido llevarse en su primera visita.

Ya estaba llegando a casa con las dos manos cargando sendas bolsas repletas cuando escuchó una voz a su espalda con el inconfundible acento cubano.

—¿Me permite ayudarla, señorita?

Alicia se giró y lo vio. Era un anciano, barbudo y sonriente, de ojos

oscuros y una mirada vacía, tal y como había descrito Manuel a Comis.

Aterrada, dejó caer las bolsas y corrió en dirección a su nuevo domicilio. Alcanzó la puerta y se volvió. El hombre ya no estaba.

«Está muerto. Ha debido ser una alucinación», se autoconvenció.

Regresó para recoger las bolsas de la compra; comenzaba a llover de nuevo.

Llegó a la puerta de su casa y le llamó la atención un ramillete de flores que resaltaba en la grisácea acera. Los pétalos eran de un hipnótico color anaranjado.

Nota del autor

Estimado lector: si ha llegado hasta aquí, lo más probable es que haya leído la novela. Espero que haya disfrutado de la lectura y, en tal caso, le agradecería que recomendase *Las flores de diciembre*. Los autores, sobre todo aquellos que, como es mi caso, autopublicamos nuestras historias, dependemos en gran medida de las recomendaciones de los lectores.

Antes incluso de la publicación de mi anterior novela, *El hijo de Caín*, ya se había forjado en mi cabeza la trama de *Las flores de diciembre,* un *thriller* diferente a mis dos libros anteriores, más intimista, porque necesitaba cambiar de registro, porque no me gusta encasillarme. Sé que asumo un riesgo y que algunos de mis lectores no esperaban algo como lo que han leído, pero es que no entiendo la escritura si cada nueva novela no supone un reto personal.

No he vivido ninguna guerra, por lo que me he nutrido de los recuerdos de aquellos que padecieron la guerra civil española y la posguerra, de los vencedores y los vencidos; los que se quedaron y los que se exiliaron. También he recurrido, obviamente, a la bibliografía sobre la época.

Esas terribles circunstancias, que se han repetido a lo largo de la historia de la humanidad y que siguen sucediendo, nos deberían servir de aprendizaje; sin embargo, me temo que no nos queda más remedio que aceptar lo inevitable: que siempre habrá guerras y sus nefastas secuelas.

La mayoría de las instituciones y de las localizaciones de la novela existen, aunque, en algunos casos, con otros nombres. Asimismo, algunos de los protagonistas secundarios son personalidades reconocibles, pero, como el resto de los personajes, todo lo que se describe es el fruto de la imaginación del escritor y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Gracias por leer y confío en que nos volvamos a encontrar en la próxima aventura.

Pueden contactar conmigo en:

jonvendon@protonmail.com

Twitter: @jonvendon
Instagram: @jonvendon
Facebook: Jon Vendon.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Chelo y Ana, por haberles privado de mi presencia durante mis largos periodos de escritura. No sé si os podré recompensar, pero lo intentaré porque os quiero.

También, mi muestra de gratitud para todos los lectores y las lectoras que siempre han depositado su confianza en mí.

A Alba, por su excelente trabajo de maquetación. A Luis, por la corrección ortotipográfica. También a María, por su incondicional ayuda y apoyo.

Y por supuesto, a usted, que, sin conocer mi obra, ha apostado por leer *Las flores de diciembre*.